



Monstruos rotos
LAUREN BEUKES

Siruela/ Policiaca

Lauren Beukes

Monstruos rotos

Traducción del inglés de
Rubén Martín Giráldez

 Siruela

Nuevos Tiempos/Policiaca

Créditos

Edición en formato digital: enero de 2016

Título original: *Broken Monsters*

En cubierta: fotografía de © Mark Caunt / Shutterstock.com

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Lauren Beukes, 2014

© De la traducción, Rubén Martín Giráldez

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-16638-36-9

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Domingo 9 de noviembre

Antes

Cita

Lunes 10 de noviembre

Antes

Cita

Martes 11 de noviembre

Miércoles 12 de noviembre

Jueves 13 de noviembre

Viernes 14 de noviembre

Sábado 15 de noviembre

Domingo 16 de noviembre

Lunes 17 de noviembre

Martes 18 de noviembre

Miércoles 19 de noviembre

Después

Agradecimientos

Notas

*Soñé con un chico que en lugar de pies tenía
muelles para saltar muy alto. Tan alto que no había
manera
de atraparlo. Aunque al final lo logré. Pero luego
no se volvió a levantar.
Me dejé la piel. Le conseguí unos pies nuevos.
Hice un trabajo de primera,*

*ni os lo podéis imaginar.
Pero no se levantó. Y la puerta
no se abrió.*

MONSTRUOS ROTOS

Domingo 9 de noviembre

Bambi

El cuerpo. El-cuerpo-el-cuerpo-el-cuerpo,
piensa. Las palabras pierden el sentido cuando las
repites. Lo mismo les sucede a los cuerpos, aun

con todas sus variantes. Un muerto es un muerto. Los cómo y los porqués son lo único que cambia. Repasemos. Por congelación. Disparo. Puñaladas. Apaleamiento con un objeto romo, con un objeto afilado, sin objeto alguno cuando los puños bastan. Pim pam y arreando. ¡No sabes lo que te va tocar! Pero hasta para la violencia hay límites creativos.

Gabriella querría que alguien se lo hubiese dicho al cabrón degenerado que ha hecho esto. Porque esto es una cosa dis-tin-ta. Que es como se llamaba, casualmente, la trabajadora sexual a la que soltó con un aviso la semana pasada. Eso es casi lo único que hace el Departamento de Policía de Detroit últimamente, repartir avisos inútiles en La. Ciudad. Más. Violenta. De. Estados. Unidos. *Tararán*. Le parece oír la voz de su hija, el tono teatral de película de miedo que emplearía Layla para enfatizar esas palabras. Todos los apelativos con los que carga Detroit, arrastrando su tremendo simbolismo tras de sí como las latas que cuelgan

de un coche con la inscripción de «Recién casados». ¿Hay alguien que siga haciendo eso, latas y espuma de afeitarse?, se pregunta. ¿Lo ha hecho alguien alguna vez? ¿O es algo que se han inventado, como lo de que un diamante es para siempre, el Santa Claus vestido de rojo Coca-Cola o que las madres estrechan lazos con sus hijas frente a un par de yogures helados desnatados? Ella ha descubierto que las mejores conversaciones que mantiene con Layla son las que se desarrollan en su cabeza.

—¿Inspectora? ¿Está usted...? —pregunta el agente de uniforme. Porque está ahí plantada en la penumbra del túnel, mirando fijamente al chico con las manos enterradas en los bolsillos de la chaqueta. Se ha dejado los puñeteros guantes en el coche y tiene los dedos entumecidos por el viento helado que se cuele desde el río. El invierno enseña los dientes, aunque justo acaba de empezar noviembre.

—Sí, perfectamente —lo interrumpe mientras lee el nombre de la placa—. Estoy pensando en el adhesivo, agente Jones.

Porque solo con superglue no habría manera. Mantener unidas las partes mientras movían el cuerpo. Aquí no es donde murió el chico. No hay bastante sangre en el escenario. Y ni rastro de la mitad que falta.

Negro. No es ninguna sorpresa en esta ciudad. Diez años, diría. Tal vez más si tenemos en cuenta una posible malnutrición o problemas de desarrollo. Pongamos entre diez y dieciséis. Desnudo. Desnudo hasta donde le es posible estarlo. Es más que probable que el resto del cuerpo lleve pantalones, la cartera en el bolsillo de atrás y un móvil sin saldo que aun así haría que llamar a su madre fuese muchísimo más fácil.

Dondequiera que esté el resto.

Está tumbado de lado, las piernas encogidas, los ojos cerrados, aspecto sereno. La posición de

recuperación. Solo que él no se va a recuperar nunca y que esas no son sus piernas. Delgado como un fideo. La piel bonita, a pesar de que se ha vuelto amarillenta por la pérdida de sangre. Preadolescente, determina. Sin marcas de acné. Sin arañazos ni heridas, ni señal alguna de que opusiera resistencia ni de que nada malo le haya pasado. Por encima de la cintura.

Por debajo de la cintura es otra historia. Madre mía. Eso es otro cantar. Tiene un tajo oscuro justo encima del sitio en el que deberían empezar las caderas, y por ahí de alguna manera... lo han *ensamblado* a los cuartos traseros de un ciervo, pezuñas incluidas. La veta blanca de la cola asoma tiesa como una alegre banderita. El pelaje marrón está encrespado a causa de la sangre seca. Las carnes parecen fundirse en la juntura.

El agente Jones se ha quedado un poco más atrás. El olor es horroroso. Gabriella deduce que los intestinos han sido seccionados, en ambos cuerpos,

y están soltando mierda y sangre en las cavidades unidas. A esto hay que añadir el fuerte hedor proveniente de las glándulas odoríferas del ciervo. Se compadece del forense que tenga que abrir este desastre. Mejor eso que el papeleo, de todas formas. O que tratar con los puñeteros periodistas o, peor aún, con la alcaldía.

—Tenga. —Se saca del bolsillo un botecito de brillo de labios. Lo compró en un arrebató con la intención de aplacar a Layla. Un cosmético con sabor a caramelo: eso fijo que salva la brecha que hay entre ellas—. No es mentol, pero algo es algo.

—Gracias —responde él agradecido, cosa que lo señala como un PN. Puto Novato. Moja el dedo en el botecito y se extiende la untuosa crema bajo la nariz; un moco con sabor a cereza. Y con brillantina, descubre ahora Gabi, pero no se lo dice. Pequeños placeres.

—No manche la escena del crimen —le advierte.

—No, no, de ninguna manera.

—Y no se le ocurra hacer fotos con el móvil para enseñárselas a sus colegas. —Mira a su alrededor, el túnel cubierto de grafitis que crecen como sarro en los muros desnudos de esta ciudad, el peso de la oscuridad minutos antes del amanecer, el tráfico escaso—. Vamos a mantener este asunto bajo control.

No lo controlan ni por asomo.

Anoche me salvó la vida una DJ¹

Un codazo en la mandíbula saca de golpe a Jonno de las simas más profundas del sueño. Se despierta estremecido y desorientado y se sorprende en plena pelea con las sábanas. La chica de anoche —Jen Q— se da la vuelta con los brazos por encima de la cabeza, dejando a la vista un tatuaje de pájaros que va del pecho al hombro. No es consciente de que ha estado a punto de provocarle una conmoción cerebral. Le tiemblan los párpados en fase REM, atrapada en un sueño que la hace respirar entrecortadamente, de forma similar al jadeo de placer que le había arrancado él poco antes mientras lo cabalgaba, sujetándola por las caderas. Al correrse, echó la cabeza hacia atrás, sacudiendo la melena de trencitas con tan mala suerte para Jonno que una le dio en el ojo, lo que motivó la brusca interrupción del acto y lo dejó lagrimeando y parpadeando dolorido.

—Tranquila... —le dice mientras le acaricia la espalda para que se le pase.

Nota el halo oscuro de una resaca sobrevolando su cabeza, presta a abalanzarse sobre él. Pero no todavía. Sin ninguna lógica, el dolor del codazo en la mandíbula parece mantenerla a raya.

—Mmmff—dice, no del todo despierta.

Pero Jonno ha rasgado la envoltura de la pesadilla. Le pasa la palma de la mano por la curva de la cintura, bajo las sábanas. Su polla reacciona.

Ya le ha hecho daño dos veces en una noche. Es muy posible que lo siguiente sea romperle el corazón. Lo había intuido por la forma en que justo después se puso a repetir «Ay, Dios mío, lo siento mucho» sin poder aguantarse la risa y se estrelló contra su pecho carcajeándose mientras a él le lagrimeaba el ojo. «Esto no es precisamente un gesto de solidaridad», se quejó en el momento, pero le resultó agradable el peso de su cuerpo sacudido por la risa.

—¿Quieres volver a follar? —le susurra ahora al

oído.

—Mañana —murmura, sin embargo separa las piernas para que a él le quepa la mano—. Qué gusto. Sigue haciendo eso.

Suspira y se da la vuelta para que él pueda colocarse a su espalda. Él le aprieta el miembro duro contra el culo mientras le masajea el clítoris con los dedos hasta que se da cuenta de que respira más profundamente porque se ha dormido. Genial.

Se tumba bocarriba y echa un vistazo al cuarto, pero no se puede decir que haya demasiadas pistas. Ventiladores de madera en el techo: 1 unidad. Armarios modernos de estilo escandinavo: 1 unidad. Persianas de cañas en la ventana. La ropa de ambos esparcida por el suelo. Ni un libro, algo preocupante en el caso de que se plantee enamorarse de ella. ¿Le contó que era escritor?

Se pregunta de qué será la Q. ¿Un apellido real o una coletilla de DJ? Jen X habría sido demasiado

descarado, imagina. No es su estilo, según puede deducir por lo que sabe. Que es, para resumirlo en uno de los listículos de fácil asimilación que no se cansa de elaborar en lugar de ganarse la vida como una persona decente, lo siguiente:

1) Las canciones que pinchó anoche en la fiesta supuestamente secreta en el Eastern Market, en el sótano de una tienda de camisetas, a la que acudió un centenar de personas. No recuerda la música que ponía, pero era ese momento de la noche en que todo se confunde en un bum bum bum.

2) Su manera de bailar, con las trenzas retorcidas en lo alto de la cabeza para evitar precisamente la clase de golpe que le había dado a él. Fue lo primero en lo que se fijó. Se movía como si fuera feliz. Y cuando sus miradas se cruzaron le sonrió. Eso le gustó. No iba tan de sobrada como para no sonreírle.

3) El modo impaciente con que se arrancaba el cigarrillo de la boca cuando estaban fuera, antes

de conocerse, ligados únicamente por la camaradería del fumador, obligados a aguantar el frío con la vaga promesa de un enfisema en un futuro lejano. Hablaron sobre la Motown y el tecno. Sobre ese documental de Rodriguez. La quiebra. Todos los temas de conversación facilones de rigor. En un momento dado pensó que iba a dar una calada, y lo que hizo fue besarlo.

4) Se enrollaron en el coche de ella. Su memoria retiene instantáneas, Instagrams en realidad, porque están borrosas en los bordes: siguiéndola por una callejuela cercada de setos que rodeaba una vivienda hasta una casita apartada, besándole el cuello mientras ella trasteaba con las llaves, el olor de su piel volviéndole loco, palabrotas, risas, su *chiss* repentino al abrirse la puerta y trastabillar hacia el interior.

5) Los contornos de los muebles en la oscuridad mientras lo guiaba hasta el dormitorio. Borrachos los dos. O por lo menos él. Fue consciente por la

manera en que el cuarto dio vueltas por unos instantes. Besos, tirones para sacarse la ropa. El tacto al penetrarla.

Mierda. ¿Usaron condón? El estómago le da un vuelco al ocurrírsele, pero no por los motivos que se lo habrían provocado un año antes.

La chica suelta un ronquidito de conejo y él esquiva otro golpe. Mal vamos. Por la lucidez de sus pensamientos es consciente de que no va a volver a dormirse. Se ha convertido en un experto en su propio insomnio. Normalmente, lo que lo despierta de golpe en plena noche con el corazón desbocado es el miedo. Se inclina en su lado de la cama intentando sacar su teléfono del bolsillo de la chaqueta. Las cuatro cuarenta y ocho. Es más tarde de lo habitual, que suelen ser las dos de la madrugada. Debería echar un polvo más a menudo. *No me digas, Sherlock.*

Jonno no abre la bandeja del correo, aunque un número encima del sobre insiste en que tiene

mensajes nuevos. También tiene nuevos mensajes de voz, según el dígito dentro de la imagen del bocadillo. En el pasado, los únicos símbolos que inspiraban un pavor tan tremebundo eran los signos de la peste. Una X negra pintada en la puerta.

En lugar de eso, abre el navegador y busca Jen Q. Solo aparecen un par de páginas de resultados de búsqueda que se reducen a la lista de algún festival o alguna agenda de conciertos. Un escueto perfil en alguna página de reseñas musicales. Pero en lo que se refiere a redes sociales está en todas las salsas. Todas las habituales e incluso una página de MySpace, lo que significa que probablemente es un poco más mayor de lo que pensaba. Clica entre sus selfies, sus citas edificantes, sus publicaciones de autobombo. «Flipándolo con pinchar en el Coal Club esta noxe. ¡5 \$ x cabeza!». Todo milongas superficiales, de cara a la galería. Él sabe de qué

va.

La resaca va remitiendo. Va a necesitar algo para mantenerla a raya.

Aparta la colcha y se sienta en el borde de la cama a la espera de que se le pasen las náuseas. Jen ni se inmuta. Tiene ojos de mapache por culpa del lápiz corrido. Cate no se hubiese metido en la cama sin quitarse antes el maquillaje. Hace un frío que pela. La arropa con la colcha hasta los pájaros del hombro, se echa una chaqueta por encima y se tambalea hacia donde espera que se encuentre el cuarto de baño en busca de algo para la migraña.

Debería escribir algo. Lo que fuese. En Detroit, a cada cuatro pasos te tropiezas con una historia. Pero los nativos ya las han escrito todas. Que te den por culo a ti y a tu Pulitzer, Charlie LeDuff, piensa mientras tiente la pared para encender la luz.

Da un respingo al encenderse la lámpara halógena y ver su reflejo en el espejo del botiquín:

no es que sea despiadado, es directamente perverso. Se examina la cara. El abotargamiento desaparecerá en cuanto recupere algo de sueño. Las reglas de George Clooney: las patas de gallo en un hombre son sexis y los rodales blancos en la barba zarrapastrosa de seis días son el sello de la experiencia. Treinta y siete años y todavía metiéndote en la cama con una DJ.

Tampoco está tan mal, se dice burlón. Hace caso omiso a su trol interior, que lo pincha: *Sí, pero no es Cate, ¿verdad?*

¿Quién sabe?, piensa. Igual lo es. Igual es muy lista, profunda y divertida. Podría seguirla de aquí para allá, cada noche una actuación en una ciudad distinta, escribir en habitaciones de hotel.

Claro, porque hasta el momento ese sistema te está yendo de perlas.

—¿Te has perdido? —pregunta Jen apoyada en la puerta vestida con un camisón azul de franela feísimo. También tiene la cara un poco abotargada

(algo encantador, a su manera). Se frota distraídamente la clavícula y deja a la vista un atisbo de piel suave.

—Ah, ey. Estaba buscando un ibuprofeno. O lo que sea.

—¿Has mirado en el botiquín? —Divertida, se estira y lo abre con un dedo. Hay un revoltijo de productos cosméticos, frascos de medicamentos, un paquete de tampones que le obligan a apartar la mirada como si volviese a tener doce años y, cosa alarmante, un puñado de agujas en su envoltorio de plástico. Coge uno de los frascos y le caen un par de aspirinas en la mano—. Puedes usar el vaso que hay encima del lavabo. Está limpio. ¿Vas a volver a la cama?

—Claro.

Se traga las pastillas y la sigue de vuelta al dormitorio.

Ella se deshace del horrible camisón dejándolo caer de sus hombros como un luchador y se mete

en la cama.

—He visto la cara que ponías. No tienes que preocuparte, tengo «azúcar», como lo llamaba mi abuela.

—¿Cómo?

—Las agujas. Soy diabética. Las tengo de reserva por si acaso me quedo sin plumas. ¿O qué, te pensabas que te habías liado con una yonqui?

—Por una décima de segundo se me ha pasado por la cabeza.

—¿No te has alegrado de que hayamos usado protección?

—¿La hemos usado? —Ahuyenta el ramalazo de decepción—. Estoy un poco atontado. No es que importe, ya que no eres una, bueno, hmmm.

Es consciente de la pinta de idiota que debe de tener con la cazadora abrochada hasta arriba y la polla colgando. *Un tipo hábil* 2.

—¿No te acuerdas? Eso me hiere en el amor propio.

Pero está sonriendo arropada con la colcha hasta la barbilla.

—Vas a tener que recordármelo.

—Ven aquí —le dice levantando la colcha y señalando con un gesto de la cabeza el paquete de Durex que hay en la mesilla de noche. Él es de los que sabe pillar una indirecta.

—¿Qué soñabas? —le susurra en el pabellón perfectamente ondulado de la oreja mientras la penetra.

—¿Tiene eso alguna importancia?

Se arquea a su vez para recibirlo y en ese preciso momento lo cierto es que no tiene importancia.

—Venga, despierta. Tienes que marcharte.

—¿Mmmmf? —logra mascullar Jonno mientras ella lo empuja fuera de la cama.

Por un instante se siente confuso, luego recuerda dónde coño está. *DJ buenorra. Le has metido la*

polla. Puedes estar contento, chavalote.

—Pero si todavía es de noche —protesta entre la bruma del sueño mientras se pone, pese a todo, los calzoncillos. Planta el pie en uno de los condones usados. Nota la viscosidad a pesar de llevar puesto el calcetín.

—Date prisa. Lo digo en serio.

—¿Ha empezado ya el apocalipsis zombi?

Se pone la camiseta y se da cuenta de que está al revés. Se la saca de un tirón y vuelve a empezar. Ella lo observa sentada desnuda en la cama con las piernas cruzadas y sonriendo.

—Eres un tío peculiar, Tommy.

—Jonno.

Le duele más de lo que debería.

Ella se lleva las manos a la boca:

—Ay, Dios, perdón. Oh, esto es terrible, qué vergüenza. —Sofoca una risa de nuevo. Se inclina hacia delante y entierra la cabeza entre las piernas. No puede parar de reír—. Perdón.

—Lo menos que puedes hacer es invitarme a desayunar —replica él fingiendo gran indignación. Se sube los tejanos y la cremallera. A ver si no la fastidia.

—De acuerdo. Pero solo si sales de aquí ahora mismo.

Él baja la voz.

—¿Son zombis? Porque si es eso, creo que lo mejor es que vayamos improvisando armas.

—Peor que eso, bobo. Es mi padre.

—Espera.

Su cerebro escarba como un perro con la vejiga a reventar esperando en la puerta. Vuelve a mirar a su alrededor. Desde luego no es el cuarto de una adolescente. Y lo que tiene delante es un cuerpo de mujer. La suavidad, la rotundidad y las arrugas de expresión en la piel. Ella advierte su expresión de pánico y se ríe todavía más fuerte apoyándose en él con una mano en su estómago. Él mete barriga automáticamente. *Ya te ha visto desnudo,*

lumberas.

—Has pensado que...

—Con los zombis puedo.

—Tengo veintinueve, idiota.

—Bueno, gracias a Dios. —Y no es verdad, piensa. El perfil que leyó anoche decía que tenía treinta y tres.

—Vivo en casa. De momento.

—¿Y tu padre se cree que no tienes relaciones sexuales?

—No bajo su techo. Bueno, dentro de su propiedad.

—Ah.

—Eso es.

—Entonces igual debería ir tirando.

—Igual sí. —Sonríe desencajada sin poder evitarlo. Señala hacia la puerta con la cabeza—. Ya conoces el camino.

—Pero me vas a invitar a desayunar, de todas formas.

—Hoy no. Tengo lío familiar.

—Entonces mañana.

Recupera la compostura.

—Hay una cafetería en Corktown. Te veo allí a las diez.

—No es demasiado concreto.

—La encontrarás.

—Cogeré un taxi de vuelta, entonces. Y mañana nos vemos. —Intenta que no suene desesperado.

—Muy bien.

Está radiante.

—De acuerdo. —Se queda todavía un momento allí parado.

—Deberías marcharte.

—Dejarte aquí me parece muy mala idea.

—Pero vas a tener que hacerlo igualmente.

—Muy bien. ¿Sabes qué? Es encantador que no digas palabrotas.

—¡Vete! ¡Mecachis en la mar!

Él se inclina y la hace doblarse en un apasionado

beso.

—Muy bien.

Recorre con gran sigilo y cautela el pasillo sin mirar atrás, apestando a *eau de coñito*. En vano.

—Mmmm —dice asomando la cabeza por la puerta del dormitorio. Ella está tumbada tapándose la cara con un brazo y una mano entre las piernas —. Siento mucho ¿interrumpir?

La chica se incorpora en la cama sin el más mínimo atisbo de bochorno.

—¿Quieres irte de una vez?

—Pues sí. Lo que pasa es que... —Se encoge de hombros impotente—. No sé dónde estamos. Era de noche cuando llegamos. Si me puedes decir el barrio, al menos.

Bajo la mesa

TK se despierta debajo de una mesa en una casa desconocida. Los pies le sobresalen por un extremo calzados con unas botas negras y desgastadas. Ha cogido un cojín del sofá para ponérselo bajo la cabeza y ha usado una de las cortinas a modo de manta. Uno tiene que improvisar. A los once años era capaz de vencer a la mayoría de los adultos bebiendo, pero hoy no es el caso. Veintitrés años sin probar ni gota, y tiene las medallas de Alcohólicos Anónimos para demostrarlo, aunque estén en una caja de cartón con el resto de sus cosas en casa de su hermana, en

Flint.

El mantel deja pasar la luz del amanecer, de un gris aletargado. Como una mortaja. No le extraña que estuviese soñando que lo enterraban vivo. Al mirar fijamente las vetas oscuras de la madera se siente como si estuviese dentro de un ataúd: el modelo de lujo por el que tienes que desembolsar un extra, con el exterior en color crema, los agarraderos chapados en oro y el interior forrado de seda. No como en el que enterraron a su madre. Pero esa es una ocurrencia morbosa; hace un día espléndido, tiene un gran porvenir por delante y una casa entera por explorar.

Otro habría dormido en una de las camas del piso superior, pero la familia se ha llevado el colchón de matrimonio y no le ha parecido bien usar los de los cuartos de los niños. Además, es uno de sus talentos especiales. Posee el don de poder dormir en cualquier parte y en cualquier momento. Una vez trabajó en una cadena de

montaje fabricando tornillos donde si uno era espabilado, le ponía ganas y sabía disimular, podía hacer el trabajo de dos hombres durante una o dos horas mientras el otro echaba una cabezadita, y luego al revés. A los jefes no les gustaba, pero mientras el trabajo saliese adelante, ¿qué más les daba? Se le antoja que duerme mejor si hay mucho ruido. Condicionamiento, lo llaman. ¿Taladros, pernos y el chirrido de la maquinaria pesada? Eso para él no es más que una nana. Un puñado de pájaros piando para recibir el nuevo día no tiene nada que hacer.

Se oye un estrépito en la cocina. Se incorpora a toda prisa y estampa la cabeza contra la parte de debajo de la mesa. Maldita sea. No debería haberse confiado tanto, por más que la puerta estuviese cerrada y le hubiesen dado una especie de permiso.

Intentó hacerlo con toda la cortesía del mundo.

Esperó en la esquina, en la acera de enfrente, mientras la familia metía las maletas en el coche y cargaba todo en una camioneta y en un remolque de alquiler. Ataron al techo el colchón y sobre este una mesa con las patas hacia arriba como un bicho muerto. Los niños entraban y salían de la casa con cajas, por turnos, mientras las sombras de la tarde se iban alargando. La mujer no le quitaba ojo de encima, como si la orden de ejecución de hipoteca plastificada y pegada en la puerta fuese culpa suya por algún motivo. Y los niños lo mismo. Le dirigían miradas ladinas y se miraban entre ellos, excepto el bebé, claro, que quería meterse en las cajas para jugar. Un niño bien guapo que andaba a ras de suelo como uno de esos juguetes que funcionan con cuerda.

TK intentó actuar con despreocupación. Se tomó su tiempo para liarse un cigarrillo y fumárselo. No pretendía asustarlos, pero tampoco podía marcharse y dejarlo todo al azar. Podía

presentarse otro. Y vale, es algo que resulta improbable en este barrio donde la suya es la última casa en pie en medio de un montón de parcelas llenas de maleza y desperdicios quemados; y solo se ha topado con ellos porque a eso es a lo que se dedica, a deambular por la ciudad a ver si cae algo. Las coincidencias brutales no son ninguna novedad para TK. Que le pregunten si no a su madre y a su hermana gemela, que hizo que la mataran.

—Déjalo —musitó el marido mientras tiraba de las cuerdas para asegurarse de que todo estaba bien sujeto. Pero ella había ido calentándose, haciendo como si no existiese durante todo el tiempo que estuvo esperando.

—No —replicó tendiéndole el bebé al hombre, y atravesó a zancadas la hierba verde hacia TK, con los puñitos apretados como si fuese un jugador de rugby profesional en lugar de un retaco insignificante. El marido dio unos pasos para

seguirla y entonces se dio cuenta de que al pasarle el niño lo había inmovilizado.

TK tiró al suelo el cigarrillo y lo pisó para apagarlo. Es una descortesía exhalarle tu veneno a otro en la cara. Igual que ensuciar o desperdiciar tabaco, aunque sea del más barato. Recogió la colilla y se la metió en el bolsillo. Cuando se irguió de nuevo la tenía delante, con los brazos en jarras y echando chispas. No contra él, en realidad, pero a veces la gente necesita un chivo expiatorio. Lo había visto en bastantes ocasiones, en el albergue, en las reuniones. No tenía problema en encarnar ese papel para ella.

—¿Es que no puedes esperar a que nos hayamos marchado..., buitre?

Se le quebró la voz a mitad de frase, pero el insulto se abrió paso dando tumbos hasta llegar a él. De buitres sabe poco más que lo que ha visto en la tele, bichos abalanzándose en pos de alguna carroña. Si hubiese tenido la oportunidad le habría

dicho que él es más bien como uno de esos perros callejeros de la ciudad, porque son oportunistas sin vergüenza y puedes maldecirlos lo que te dé la gana, que han aprendido a no tomárselo como algo personal. De todas formas se refiere a los animales solitarios. Cuando se agrupan es cuando tienes un problema. Solo hace falta un perro malo para que el resto se convierta en una caterva de fauces ávidas y gruñidos. Pero él es un chucho solitario y algo sabe de cómo menear la cola.

—Lamento ver que se marchan, señora —dijo TK tranquilo, mirándola a los ojos—. En los buenos tiempos, solo se iban de Detroit los blancos de buena familia.

Atajó la indignación de raíz. Eso es lo que hacen los buenos modales: le dan la vuelta a la tortilla. Hay que tratar a las personas como personas, eso es algo que le enseñó su madre, además de a usar una pistola y cuál era la tarifa mínima de una puta.

—Sí, bueno, díselo a los del banco —respondió

ella restregándose los ojos.

—No se preocupe por sus cosas, señora. Me encargaré de que todo encuentre el mejor sitio y utilidad.

—Gracias. Supongo. —El tono era amargo. Le gritó a su marido, que estaba a punto de cerrar la puerta—: ¡Déjala! Va a dar lo mismo. ¿Verdad? —Miró a TK en busca de confirmación para más cosas de las que él mismo sospechó que era capaz de darle. Pero lo intentó de todas formas.

—Sí, señora. Buena suerte —respondió solemne.

—¡Ja! El que se queda eres tú.

—¿Todo bien? —preguntó el marido a lo lejos.

Las portezuelas del coche se cerraron, pero dejaron la casa abierta a la luz del atardecer, así como a la entrada de cualquier oportunista desvergonzado que por allí rondase.

TK esperó hasta que las luces del remolque desaparecieron al doblar la esquina antes de entrar y cerrar la puerta tras él. Accionó el interruptor,

pero ya habían cortado la luz y tomó la decisión expeditiva —de la que se arrepentía ahora, a la vista del ruido que le llegaba desde la cocina— de esperar hasta el día siguiente para comprobar qué había quedado.

Algo se hace añicos. Cristal o loza, lo que hace pensar a TK que no se trata de ningún saqueador. No le gusta usar esa palabra. Implica robo, y él no ha robado una sola cosa jamás, ni siquiera de niño, cuando era un desastre. Lo suyo es la recuperación y redistribución de bienes. También la orientación laboral, el servicio técnico, los grupos de apoyo, el reciclaje y —cuando no le queda más remedio— las tareas de limpieza en la tienda de artículos para fiestas de la calle Franklin. Puede parecer un lugar de trabajo extraño para un exalcohólico, pero así no tiene que hacer nada deshonroso, y nunca acepta dinero de los menores de edad que buscan a alguien que les compre cerveza, como

hacen los vagabundos. O, como él prefiere llamarlos, los discapacitados domésticos.

Los ruidos de la cocina tienen algo de desmañado. Como trastabillante. A lo mejor es un borracho. O quién sabe. Sale de debajo de la mesa a gatas, palpándose el cuerpo en busca del espray de pimienta que lleva encima. Caducado, pero no puedes creerte siempre lo que pone en la caja. Tiene una cuchilla oculta en el bastón, un artilugio tosco que se fabricó él mismo, pero el espray de pimienta le ha dado buenos resultados, sobre todo con perros salvajes, siempre que uno no tenga el viento en contra ni esté en un callejón sin salida, algo que ya le sucedió en el pasado, pero solo una vez. Thomas Michael Keen aprende rápido.

Avanza en silencio hacia la cocina mientras quita el seguro de la boquilla del espray y lo alza hacia el intruso. Se asoma por el borde de la puerta. La cocina está hecha un cristo. Armarios abiertos de par en par. Comida desparramada por el suelo. La

mujer que le echó la bronca en el césped no dejaría su casa así ni de broma.

El rostro de un bandido peludo asoma desde detrás de una de las puertas del armario con la boca pringada de sangre brillante. TK suelta una palabrota. Y entonces el mapache continúa lamiendo la mermelada de frambuesa del suelo, entre los restos destrozados del tarro que la contenía.

—¡Vete! ¡Tira! ¡Fuera de aquí!

El mapache alza la cabeza y lo observa. TK se abalanza sobre el animal agitando los brazos y gritando.

—¡Mueve ese culo peludo!

Se encrespa, luego se lo piensa mejor y corre hacia la trampilla del gato. Una corriente de aire frío y un golpe seco del plástico y ya está fuera, huyendo en plena madrugada para salvar el pellejo. Y ahora ambos tienen una historia que contar.

Por un momento, TK se plantea volver a meterse bajo la mesa y dormirse de nuevo hasta que el sol haya salido del todo, pero el subidón de adrenalina que le ha dado por culpa del puñetero bichejo se lo impide.

Con la estúpida esperanza de que sea de gas y no eléctrica, prueba los fogones por si puede hacerse una taza de café. Por desgracia, es eléctrica (probablemente venía instalada ya en la casa). Si logra desconectarla y encontrar la manera de transportarla hasta la chatarrería igual se saca cincuenta pavos. Ya está catalogando mentalmente.

Pero uno necesita su chute de cafeína, así que engulle una cucharada de café instantáneo mezclado con azúcar moreno y lo hace bajar con un trago de agua. El grifo espurrea y resuella de un modo inquietante. El ayuntamiento debe de haberla cortado también. Porque, de lo contrario, una casa con tres niños como esta seguramente cuenta con un depósito de buen tamaño, agua de sobra para

lavarse, afeitarse y tirar de la cadena después de hacer lo que haya que hacer. Hay que vivir en la calle para apreciar la decadencia pura de un inodoro de blanca porcelana provisto de cadena.

Una vez, a los trece años, fue casero y el mayor de los drogatas. Se mudó a un edificio abandonado, arrancó los tablones, puso cortinas, cortó el césped, acordó darle una parte a una agradable señora china para que se pasase una vez a la semana a cobrar el alquiler, porque ¿quién iba a pagarle a un niño? Aprendió de un viejo electricista los rudimentos para pinchar la corriente sin freírse como un huevo, y llenaban cubos de agua con la manguera del jardín cuando los vecinos estaban fuera. La cosa fue sobre ruedas mientras sus inquilinos guardaron las apariencias y cuidaron del lugar, pero no puedes esperar que una pandilla de drogatas no joda algo bueno. Al final comenzaron a montar fiestas en el césped de delante, los vecinos llamaron a la

policía y tuvieron que abandonar aquel abandominio.

Tenía la intención de empezar desde cero en cualquier otro lugar y entonces fue cuando mataron a su madre, se desangró en sus brazos y el sistema de justicia lo puso a él fuera de circulación. Diez años seguidos y luego venga a entrar y salir. La cárcel es como la priva, un hábito difícil de dejar. Solía ahogar las penas con cualquier cosa que tuviera a mano, lo que terminaba metiéndolo de nuevo en problemas. Ahora sabe cómo blindarse la sesera, igual que las ventanas selladas con tablones.

TK hurga en los armarios de la cocina hasta que encuentra un montón de bolsas de basura negras y entonces se dirige al piso de arriba para explorar cada habitación con cuidado. Han hecho el equipaje con prisas, dejándose prendas de ropa en los percheros y tiradas por el suelo. Lo dobla todo y lo mete en bolsas. Un montón para él, otro para

enviar a Florrie, lo que sobra para que Ramón rebusque y el resto lo llevarán a la iglesia.

Se prueba una camisa de franela, pero las mangas son demasiado cortas. Lo mismo le sucede con una americana. Es lo que tiene ser tan grandullón. Pero un par de zapatillas rojas que se encuentra dentro de una caja al fondo del ropero le entran bastante bien. Y tampoco es que les pase nada, están prácticamente nuevas, aparte de una mancha negra de aceite en la puntera de la derecha. Se las mete bajo la axila y amontona juguetes rotos, toallitas para bebés, un tubo medio lleno de pomada para la irritación del culito (cuando uno está en plena campaña de recuperación de bienes todo está medio lleno) y los echa en una de las bolsas.

Lo único que le hace falta es un golpe de suerte. Encontrar esa casa que alberga un maletín repleto de dinero. Probablemente podría comprarle esta propiedad al banco por ¿cuánto?, ¿diez de los

grandes? Tal vez menos, en este barrio. Arreglarlo, traer aquí a su hermana, llenarlo de amigotes, en esta ocasión con todas las de la ley.

Dicen que las posesiones te atan, pero a lo mejor no te atan tanto, basta con echarle un vistazo a esta ciudad. La suma total de sus pertenencias cabe en una caja de zapatos. Fotos, un mapa de África, unas gafas para leer, sus medallas de Alcohólicos Anónimos y una casete de sesenta minutos en la que habla su familia, grabada antes de que muriese su hermano pequeño. Las casetes acaban por estropearse. Es consciente de que debería digitalizarla. Sabe algo de ordenadores, es un hombre hecho a sí mismo, pero el reverendo Alan le prometió que lo enviaría a un curso de verdad y eso es lo primero que va a pedir que le enseñen a hacer. Fotografías, voces... esas son las cosas a las que te aferras cuando pierdes la conexión con la gente y no a unas zapatillas chulas o a una tele enorme.

Un repentino golpeteo en la puerta de abajo casi lo hace cagarse en los pantalones, y ni siquiera ha tenido oportunidad de usar las instalaciones todavía. Quizá la familia ha cambiado de idea y ha enviado a la policía. A los polis no les caen bien los perros callejeros, ni siquiera los solitarios poco ladrones y menos mordedores aún.

A lo mejor lograría llegar a la parte de atrás. Ya está pensando qué bolsas vale la pena llevarse cuando oye la voz de Ramón amortiguada por los golpes:

—¡Tú, deja entrar a un hermano, que hace frío!

Le abre la puerta a su amigo, que hoy parece más pirado que de costumbre, encorvado sobre un carrito de la compra destartado, lanzando miradas a uno y otro lado de la calle. Al ver a TK, su semblante pasa del recelo asustadizo a una sonrisa de oreja a oreja y lo saluda agitando el móvil gratuito con localizador que Obama le da a la gente como él para que pueda presentarse a las

ofertas de empleo. También vale para planear el desvalijamiento de una casa, aunque Ramón insiste en enviar elaborados textos neutrales por si el aparato hace lo que dice en la caja y el gobierno los localiza realmente.

—Ey, papi, recibí tu mensaje. Me ha costado un rato encontrar un carro. El puto Whole Foods los ata con cadenas.

—Ese es exactamente el problema de la gentrificación, hermano. No hay luz, pero he encontrado algo de carne y queso en el congelador, si te apetece comer algo.

Ramón echa un vistazo al interior de la vivienda mientras juguetea con las cuentas del rosario que lleva en el bolsillo. Sus ojos huronean aquí y allá hasta posarse en TK y en las Chuck Taylor rojas bajo la axila. Es difícil no verlas.

—Bonitos zapatos.

—Creo que es mi color. Hace juego con mis ojos.

Ramón pone cara de extrañeza.

—Inyectados en sangre —explica TK.

—Claro. —Profiere una carcajada que no logra disimular su envidia.

—Sabes que por ti me quedaría en cueros, Ramón, pero unos zapatos son unos zapatos... — trata de justificarse TK.

—De todas formas, seguro que no son de mi número.

Arrastra los pies en el escalón, con lo que solo consigue subrayar el aleteo de las suelas al separarse de sus zapatos negros.

TK suspira. Capullo.

—Nunca me han gustado las zapatillas rojas. — Cosa que no es cierta, pero ¡qué coño!, a Ramón le resplandece el rostro como si le hubiesen encendido una bombilla por dentro—. Y ahora desfilando, pasa de una vez, que estás dejando que entre el frío —le dice mientras lo ayuda a bregar con el carrito de la compra por los escalones hasta

subir el porche.

La hija de la inspectora³

Layla llega tarde al ensayo del domingo. La culpa es de su madre, que la despertó a tirones a las cuatro de la madrugada porque tenía que salir a investigar una escena y «no te olvides del código

de la caja fuerte de la pistola, garbancito, por si acaso». Cuando tenía dos padres que trabajaban en turnos distintos siempre había alguien en casa, no necesitaba un *por si acaso*, y siempre había alguien que podía llevarla en coche adonde tuviera que ir, como a los ensayos de los domingos, porque a ella también la esperan para una *escena*, perdona que te diga, mamá. Y no como ahora, que tiene que aguardar una hora en la parada del autobús, hecha un ovillo del frío que hace y emborronando su cuaderno, luchando contra la tentación de garabatear el banco como han hecho muchos otros antes. Ella planea dejar su marca en este mundo de otra manera.

Se supone que las actividades extraescolares han de ayudar a Layla a salir de su caparazón. Como si ella no supiese que se trata de un servicio de niñera barato para que su madre no se sienta culpable todo el rato. Pero es que debería sentirse culpable. Es culpa suya que después del divorcio

se mudasen al centro, que solo está al otro lado de Eight Mile, pero cuando no tienes coche eso es como la otra punta del mundo.

Se escurre entre las hojas del portón de la Masque Theater School y sube al trote dos tramos de escaleras que conducen al proscenio. Se siente aliviada al oír por los cánticos —resonantes y extraños a través del hueco de la escalera— que todavía están con los ejercicios de calentamiento. Deja caer la mochila en la entrada y busca a Cas (no es difícil en una sala llena de chavales negros). Se desliza hasta ella y se acopla al galimatías de sonidos vocálicos que sube y baja a coro. La señora Westcott alza las cejas en un gesto a medio camino entre el saludo y la advertencia amistosa.

Shawnia dirige el círculo, levanta el puño para indicar que van a cambiar de ejercicio. Poder negro, bastón de la palabra, todos los rituales representativos. Se quedan todos quietos como

estatuas y esperan la señal.

Shawnia empieza a cimbrearse de arriba abajo como si estuviese sufriendo un ataque y los demás la siguen, tratando de desprenderse de los huesos, volviendo las extremidades flácidas como tentáculos. Layla se desploma hacia delante de manera que sus rizos rebeldes barren el suelo (y no son extensiones, gracias por preguntar; lo lleva al estilo clásico, por su madre, sí, eso quiere decir que es mestiza, y no, no puedes tocarme el pelo, coño, ¿qué te crees que es esto, un zoo de mascotas humanas?).

—¿No has conseguido que te traigan en coche? Apuesto a que a Dorian no le habría importado —susurra Cassandra.

Layla intenta darle una bofetada como por accidente, pero Cas se agacha e integra este movimiento en la coreografía.

—¡Oh, no, demasiado lento! —musita con sorna, y se echan a reír.

—¡Concentración, por favor! —chilla la señora Westcott, que está explicando que el drama viene directamente de los sacrificios rituales humanos. Algunas tribus prehistóricas mataban a su jefe cada solsticio de invierno como ofrenda a los dioses para asegurarse de que volvería la primavera, hasta que llegaron a la conclusión de que cargarse al más astuto y sobresaliente de los suyos tal vez no era la mejor manera de dirigir una sociedad. Comenzaron a representar los sacrificios cubriéndose con máscaras para engañar a los dioses y así lograr que el jefe regresase como un nuevo hombre, o casi.

Es posible creerse el personaje, piensa Layla, una puede reinventarse a sí misma. Se ve capaz. Un nuevo curso en el colegio, colegio nuevo en la otra punta de la ciudad, nueva Layla.

Aprovechó la baza del divorcio para que su padre le comprase ropa nueva y encajar así con

los chicos guays. Pero era difícil actuar todo el rato. Igual que teñirse el pelo de rubio, según Cas. «Créeme. El mantenimiento es una pesadilla».

Además, resulta que es más difícil engañar a unos adolescentes que a los viejos dioses. El hábito no hace al monje. Al final acabas por liarle y sueltas algo tremendamente estúpido, como que lees a Shakespeare por diversión.

Tardó una semana en decidir que no merecía la pena tanto esfuerzo y saboté su personaje a propósito para poder volver a su uniforme habitual, tejanos y camisetas de empollona. Ya era bastante duro su papel de afrolatina que no es ni una cosa ni la otra, que puede encajar con los chicos blancos o con los chicos negros, pero no con ambos a la vez. Pero era una putada retornar al punto de partida, afuera, a comerse el almuerzo en la gimnatería o el cafenasio, como cada cual prefiera llamarlo, porque al igual que todos los colegios subvencionados y bienintencionados,

Hines High andaba escaso de fondos.

Eso fue antes de hacerse amiga de Cassandra, o más bien al revés porque, asumámoslo, Cas juega en otra liga. Está superbuenaa, y eso que nunca va maquillada, con esa melena castaña clara, esos ojazos grises azulados y sus pecas, y unos pechos que hacen que los chicos tengan que mirarla dos veces para creérselo. Y se la pela absolutamente todo.

Por eso se hicieron amigas, cuando Cas llamó guarra a la cara a la señorita Combrink y Layla la cubrió torpemente gritando que sí, que a ella también le gustaban macarras. Acabaron las dos castigadas, pero se pusieron a charlar y convenció a Cas de que se pasase por la audición en el teatro del colegio. Lo bordó sin despeinarse, aunque cante como una rana con enfisema. Lección vital: el aspecto más una confianza en plan *me importa un carajo* suponen que puedes tener lo que quieras: cualquier tío, cualquier amigo. Pero Cas

la escogió a ella. Con lo que Layla se sentía infinitamente agradecida y paranoica. Le había dicho a Cas que estaba esperando el día en que le echara por encima de la cabeza un cubo de sangre de cerdo al estilo Carrie.

—Qué asco. Yo nunca haría algo así. Si quisiese humillarte en público sería mucho más sutil y cruel —comentó ella con desdén.

Pero eso significa que no la hostiga demasiado cuando cambia de tema cada vez que el tema entra dentro de lo personal. Es parte de lo que admira de Cas: que es imposible conocerla. Como Oz. Pero a diferencia del mago liante, en el caso de Cas no basta con apartar las cortinas, porque lo que una se encuentra son cortinas tras las cortinas. Es parte de lo que la hace guay. Pero Layla no puede decírselo porque entonces se le subiría a la cabeza, y ya tiene que competir con un par de tetas enormes. Eso terminaría de desequilibrar el asunto.

Shawnia alza el puño para el ejercicio final antes de comenzar los ensayos como tal, el ciclo de gratitud. Palmada-palmada-pisotón.

—Hoy estoy contenta —comienza— porque... ¡he recibido una carta de admisión de la U de M!

Palmada-palmada-pisotón. Todos la jalean.

Layla tiene puestas sus esperanzas todavía más lejos. Cuando se gradúe dentro de tres años se va a marchar de Míchigan. No es tan ingenua como para pensar que logrará entrar en la NYU o en la de Los Ángeles, pero hay otras ciudades con grandes escuelas de teatro. Chicago, Austin, Pittsburgh.

—Hoy estoy contenta porque tengo una cita para el baile de fin de curso —dice Jessie.

Palmada-palmada-pisotón.

—¿Le habrá pagado? —susurra Cas, y Layla intenta mantener una expresión neutra. Tal vez es más fácil para Cas meterse con Jessie porque es la

única blanca en el grupo de teatro aparte de ella —. Por cierto... —Cas le enseña la pantalla del móvil para que vea un tuit de Dorian: «A punto de llegar a la rampa 18r. ¿Alguien con ganas de hacer skate?».

Se suceden las palmas alrededor del círculo.

—¡Acosadora! —sisea Layla tratando de disimular su satisfacción, haciendo cábalas ya sobre con quién puede acoplarse para que la lleve hasta allí.

—Lo hago por ti, pequeña. Por amoor.

—¡Nada de teléfonos, chicas! —pide la señora Westcott desde el escenario.

—Estoy contento porque termina el fin de semana —entona David, y recibe un abucheo por respuesta pero levanta la voz—. ¡Lo que quiere decir que mañana iré al colegio y veré a mis colegas!

Palmada-palmada-pisotón.

—Tengo un mensaje de un chico al que le gusto

—dice Chantelle.

—Pero ¿a ti te gusta él? —pregunta la señora Westcott burlona.

—¡Ay, y tanto! —Chantelle parece complacida.
Palmada-palmada-pisotón.

—He hablado con un chico que me gusta —dice Keith.

Palmada-palmada-pisotón, un silbido de admiración.

—Mi hermano pequeño ha entrado en el equipo de hockey. Más tiempo de entreno y menos tiempo para incordiarne —dice Cas.

Palmada-palmada-pisotón.

—Estoy contenta porque... —Mierda, Layla ha tenido medio círculo para que se le ocurra algo —... luego voy a ver a mi novio.

Se ruboriza. Palmada-palmada-pisotón. Decirlo lo hace real. O la obliga a intentarlo, por lo menos.

No tenía intención de colocarse, pero después de

los ensayos, paseando por el parque viendo a los chicos haciendo skate, la hierba rebajaba el aburrimiento de esperar a su madre, que le fue enviando mensajes para decirle que estaba liada hasta que todos fueron yéndose a casa, incluida Cas, y se quedó a solas con Dorian, que seguía patinando a cierta distancia de ella, que tenía que ir haciéndose a la idea.

Él la trata de hermanita pequeña. Ella quiere cosas nada fraternales. La diferencia de edad no es tan grande, va a cumplir dieciséis en diciembre. Pero él ya se ha graduado y ha pasado un año fuera, durmiendo en el sofá de unos amigos artistas o músicos por Hubbard Farms mientras decide si quiere ir a la universidad.

—Según cómo lo mires, Detroit es algo así como la nueva Bohemia —le ha dicho pasándole el porro con cuidado de no rozar sus dedos.

Ella ha querido replicar que según cómo lo mires él podría ser el Floricel de su Perdita, si no

fuese porque probablemente no ha leído *El cuento de invierno* y pensaría que es todavía más panoli de lo que es.

No es el único hombre de su vida que no pilla las cosas ni por asomo. La llamada semanal programada con su padre (como si estuviese en la cárcel o qué sé yo) fue fatal, y le ha estado reconcomiendo desde entonces. Le estaba explicando su papel en la obra con el teléfono pegado a la oreja y NyanCat ronroneando contra su pierna, y lo tenía para ella sola, como en los viejos tiempos. Incluso le prometió que cogería un avión para verla si su horario se lo permitía, porque la última actuación que había visto en vivo fue un remake cutre de *La sirenita* sobre hielo, la madre que los parió.

—Ya te digo, ¿cómo se lo montan para patinar con aletas? —dijo ella bloqueando los berridos de fondo de su hermanastra.

—Pues se las arreglan —respondió William, y

ella era capaz de imaginarse su frente arrugándose con divertido terror—: Fue tremebundo, Lay, no tienes ni idea.

Se rio.

—A lo mejor un día estoy yo ahí. La bruja del mar en patines.

Se suponía que él tenía que replicar: «¿Estás de broma? Tú serías la protagonista, cariño», y luego ella se haría la ofendida y tal vez sacaría el tema de *un chico* al que había conocido. Es una rutina dramática que tienen ambos, con sus normas establecidas. Pero entonces la nueva vida de su padre irrumpió, como un hatajo de vecinos viejunos que cortasen la música mientras celebras una fiesta en casa.

—Espera un segundito, Layla. ¡No! ¡Julie, no tires comida al suelo! Vamos, sabes que no tienes que hacer eso, pequeña.

—Recuérdame de nuevo por qué tengo que quedarme en Detroit.

Intentó decirlo con un tono ligero para atraer de nuevo su atención, pero él comenzó a repetir la monserga de siempre, en piloto automático. *Solo hasta que termines el colegio. Tu madre te necesita. Tengo que hacer que esto funcione. No es fácil tratar con estos pequeños hijastros.*

—Claro, lo que menos te hace falta es una hija adolescente de tu matrimonio anterior paseándose por ahí para recordarte cómo la cagaste la última vez —le espetó.

Lo que motivó un largo silencio en la línea.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —De repente sintió nostalgia de los trabajos manuales que tiró a la basura cuando se mudaron: el móvil que construyeron juntos, con planetas que brillaban en la oscuridad y una precisión científica; el atrapasueños que le ayudó a tejer a los siete años (basado en los ojibwa que cazaban aquí, según le contó), con cristalitos colgantes que lanzaban destellos. Se preguntó qué pedacitos de luminosa

sabiduría estaría transmitiendo ahora a sus nuevos hijos—. ¿Tierra llamando a papá? —insinuó con guasa.

Su voz volvió desde muy lejos.

—Eso que has dicho ha estado fatal, Layla. —El tono claudicante inundó su voz, ese tono que ella moteja de P. D.: Post Divorcio. *Sé razonable*—. Además, sabes que tu madre te necesita.

—¡Meeec! ¡Respuesta incorrecta! ¡Gracias por jugar!

Colgó antes de que pudiese replicar. Esperó a que volviese a llamar. No lo hizo. No va a disculparse, piensa rabiosa. Esta vez no.

No se fija en el Crown Vic blanco que avanza muy lentamente junto a la rampa de skate, errando en busca de problemas como solo hacen los polis, las pandillas y los adolescentes aburridos. Ella está perdida en el marasmo psicotrópico de su cabeza, concentrada en la figura de Dorian apostado en el borde de cemento en un instante de

promesa perfecta, con el alumbrado encendido en pleno atardecer tras él. Lleva el gorro calado por encima de las patillas.

—Eh, Lay —le grita—. Creo que es tu madre.

Pero es como oír de lejos a unas mujeres iraníes cotilleando en la tienda de la esquina: suena cargado de un sentido que no tiene nada que ver con ella.

Inclina la tabla sobre el borde y se entrega a la gravedad. Se desliza curva abajo y asciende por el otro lado, trazando parábolas perezosas a través del barro gris que ha producido el hielo derretido. Si entrecierra los ojos casi puede ver estelas tras él. Es hermoso. Como arte. O música, piensa, el silbido de las ruedas al rodar sobre el cemento.

—Lay. —Dibuja un arco agarrado al tronco de un árbol. Exhala una nubecilla de vapor que flota como el bocadillo de un cómic. Su nombre se pronuncia como «ley» en español. Esa es la idea que tiene su madre de un chiste privado.

—¿Qué? —Está enfadada con él por romper la magia. Y entonces el Crown Vic emite un solo buup-buup de la sirena, un destello rojo y azul de las luces montadas en la rejilla frontal. Más sutil que el cacharro que se ponen en el techo, pero tampoco mucho más.

—¡Mierda!

Deja caer el porro. Dios, ojalá su madre no hiciese eso. Se escurre árbol abajo, superconsciente de su cuerpo; las extremidades parecen objetos extraños no del todo listos para hacer lo que se les pide. Se mete las manos bajo las axilas, no solo para ocultar el olor de la hierba en la punta de los dedos, sino también en previsión de que se le desmadejen, porque ahora mismo le parece que podrían salirse de las mangas en dirección al cielo.

—Despierta. —Dorian le da un golpecito en las costillas y la saca de golpe de su modorra. Se ríe de ella, pero no con malicia.

—Vale, vale —murmura ruborizándose. Se concentra en la ridícula coreografía consistente en poner un pie delante del otro. ¿Quién inventó el caminar? En serio lo pregunto.

Él sacude la cabeza y va hacia el coche subido en el monopatín. Se agarra a un retrovisor que lo frena en seco y se agacha para saludar a través de la ventanilla.

—*Hola*⁴, señora V.

—Es *señorita* —dice su madre—. Y prefiero inspectora Versado. O quedémonos con señora. Como en la frase «No, señora, a lo que apesto todo yo como si viviera dentro de una cachimba no es a marihuana».

—Legal en varios estados —responde con una sonrisa.

—Pues múdate a Colorado.

—¡Mamá! Corta ya. Por favor —refunfuña Layla. Abre la puerta y se sube por detrás.

—¿No quieres sentarte delante?

—Qué va... Así puedo fingir que soy uno de tus detenidos. De todas formas me tratas como a una criminal.

—Bueno, como te pille fumando eso...

—No me vas a pillar —replica Layla. Va lista. Sobre todo si puede agazaparse en el asiento de atrás y dar por zanjada la conversación. Entonces podrá tumbarse y contemplar a través de la ventanilla las serpentinas que dibujan las farolas, como hacía de niña cuando salían a cenar y se quedaba dormida y su padre la cogía en brazos y la metía en casa para dejarla en la cama, oliendo a cigarrillos y sudor mezclado con la intensa loción de después del afeitado que se ponía en las ocasiones especiales. Siente un acceso de nostalgia por aquella niña y aquella familia feliz.

—Hasta luego —dice ahora Dor, y se pira.

—Adiós —dice ella optando por el desdén despreocupado, que por lo visto funciona con los chicos como él; eso y un montón de lápiz de ojos.

Y tetas. Y tener tres años más y no ser una tremenda panoli. Por Dios, lo tiene bien chungo.

Su madre la está observando por el retrovisor con esa arruguita descendente en la comisura de la boca, una arruga que antes no tenía. Es marca de la casa en el departamento de policía.

—Sabes, hay estudios que demuestran...

—Que sí, que sí, lo sé, mamá. La hierba corroe el cerebro y me arrepentiré cuando el único empleo que consiga sea darle la vuelta a las hamburguesas. O peor. Que acabe de policía.

—Desde luego, nadie querría eso —dice su madre con suavidad, pero Layla sabe que ha metido el dedo en la llaga por su forma de arrancar, dando un volantazo de ciento ochenta grados hacia la autopista.

—Hoy me ha pasado una cosa rara.

Gambito. Layla no va a caer. Entra en el modo superarisco del menú de opciones emocionales que se abre en cascada en su cabeza.

—Me gustaría que no hablastes con mis amigos.

—No te preocupes. El sentimiento es mutuo.

Dorian..., qué quieres que te diga. Cas, en cambio, me cae bien.

—Y tampoco los puntúes, que no son las olimpiadas de los amigos. No hace falta que los califiques de cero a diez.

—¿Quieres volverte a casa caminando?

—Dorian me podría haber llevado en coche.

—Supongo que es mono, a su manera bajona de porrero.

—¡Mamá!

Layla quiere morirse. Si es tan evidente para su madre, entonces lo sabe todo el mundo. Lo que quiere decir que también es obvio para Dorian, y eso es odioso hasta lo insoportable.

—Está bien, está bien. Tregua. Te he comprado un brillo de labios.

—Genial —dice Layla. Se incorpora, coge el teléfono y empieza a mensajearse con Cas.

>Lay: ¡Por fin! ¡3 HORAS tarde!

>Cas: Más tetaaaaaaa con Dorian

>Lay: ¿¡Qué dices!?

>Cas: ¡Aaaaagh! Temaaaaaa. ¡Tema, no teta! Autocorrector.

>Lay: Freud por un tubo

>Cas: :) :) :)

—He tenido que usar un poco. Espero que no te importe —le explica su madre.

—Mamá, esto es un timo. Deshidrata la piel para que tengas que echarle más.

Pero la perspectiva de la suave y agradable viscosidad del brillo resulta de repente muy apetecible. Aprieta los labios para comprobar hasta qué punto los tiene secos. Bastante secos. Se pasa la lengua por el borde de los incisivos y es hiperconsciente de que los dientes forman parte de su cráneo. Le da un poco de grima pensar que lleva la osamenta al aire, desprotegida. Lo de dentro fuera. Hace un esfuerzo por recordar lo último que ha dicho su madre a través de la cálida

neblina de la hierba. Brillo de labios. Eso.

—¿De qué sabor es?

—Cereza. ¿No quieres saber para qué lo he usado?

—¿Para ponértelo en los labios? —responde Layla. Menú en cascada: sarcasmo máximo.

—Para tapar el olor de un cadáver.

—Eso no funciona. Lo vi en el canal de crímenes. De todas formas, es desagradable. No quiero saber nada de muertos.

>Lay: Historietas asquerosas de polis #mola #nomola

>Cas: T gustan

>Lay: 1 poquito

—¿Seguro? ¿Ni siquiera la parte en la que chuleo al novato que, al contrario que tú, no ve el canal de crímenes?

—Si estás tan desesperada por contármelo, adelante.

—No debería. Ha sido un desastre.

—Pues no me lo cuentes. Lo que quieras. No soy tu psicóloga.

—Le he dado eso. Le han entrado los siete males, pero no ha vomitado.

—Eso es bastante cruel, mamá.

>Lay: Increíble. Es TAN inmadura

—Pobre tío. Supongo que tendría que ver más la televisión. —Se queda pensativa. Lo bastante para que Layla baje el teléfono—. Pobre chaval, también.

—¿Era un chaval?

—Ya te he dicho que ha sido un desastre.

Se aleja desliziéndose de la conversación igual que Dorian en su monopatín.

>Lay: Mierda. Niño muerto.

>Cas: ¡Qué! ¿Qué?????? Detalles. Rápido

>Lay: Luego

—¿Alguien que yo conociese?

—No creo, cariño. Y ya sabes que no cotilleamos sobre eso.

—Pensaba que era lo que estábamos haciendo.

—Sí, ya. Ha sido una indiscreción por mi parte.

—Pues sé indiscreta. ¿A quién se lo voy a decir?

—Layla, ni siquiera se lo hemos notificado a la familia aún.

—Vale. Me da igual. Tú eres la que ha empezado.

—Ha sido un día duro. Lo siento.

—Yo también.

Se arrellana de nuevo en el asiento y vuelve a coger el teléfono. Un escudo reforzado contra la estupidez de los padres.

Antes

Traverse City

Clayton oyó que Louanne había vuelto a Michigan, pero tuvo que pasarse casi dos semanas conduciendo para dar con ella. Cuando conduces

de noche tienes que concentrarte, pero te mantiene la mente ocupada.

Se echa al colete esas bebidas energéticas, Monster, para no dormirse y para contrarrestar el efecto de la oxicontina y una especie de tylenol superpotente en cápsulas rojas que le compra a un camello en Hamtrack, que a su vez las pilla en México, porque se ha hecho polvo la espalda y los médicos son unos cantamañanas.

Y a pesar de no dormir, sueña. Sueña locuras. A veces, mientras conduce, su cerebro conjura formas en la oscuridad. Como anoche. Iba conduciendo sobre un lecho de hojas húmedas y era como un amasijo de cuervos, plumas podridas y picos puntiagudos a mansalva.

Se pregunta si su viejo vería cosas en la carretera cuando atravesaba el país en sus tiempos de camionero. No se lo preguntó nunca. En ocasiones se lo llevaba con él en los trayectos más cortos, a Chicago o Búfalo. Durante aquellos

viajes no hablaban. Clayton tenía demasiado miedo de meter la pata, atemorizado por aquel hombre que masticaba chicle sin descanso porque el tabaco producía cáncer, y circulaban horas y horas así, los dos en silencio, dejando atrás kilómetros y kilómetros. Al final el viejo dejó de llevárselo, porque no podía faltar al colegio. Pero cuando se graduó y dijo que quería estudiar arte, su padre se encogió de hombros y dijo que adelante, siempre que pudiese comer de ello y mantener a los suyos.

Cuando a los cuarenta y ocho años (más joven de lo que Clayton es ahora) el cáncer lo atrapó pese a todo, escondido en los recovecos de su páncreas, le dejó a su hijo la casa y dinero suficiente para hacer algunos cursos y vivir una temporada dedicándose solo a sus obras de arte. Durante años dio cuerpo a sus visiones, las arrancó de su mente a base de pintura o con un soplete de acetileno, e incluso vendió algunas. Solía trabajar a primera

hora del día, llevado por la inspiración y por el fajo de billetes menguante fruto de cualquier chapuza que hubiese hecho recientemente. Aquellos billetes eran mejores que un reloj, marcaban los días que le quedaban para abandonar el pincel, el cincel o el soplete.

Su versatilidad radica en que desempeña tareas que alimentan su faceta artística. Aprendió a soldar trabajando con coches que se blindaban aquí en Detroit antes de enviarlos a la primera guerra de Irak. Aprendió carpintería en una fábrica de letreros. Pero en los últimos tiempos se ha visto obligado a coger cualquier cosa para ir tapando agujeros que parecen surgir sin cesar, porque el dinero dura cada vez menos y los que contratan empiezan a preferir hombres más jóvenes y fuertes. Todo el mundo está siempre pendiente de que llegue lo nuevo, como si su edad y su experiencia no valiesen una mierda. Solo tiene cincuenta y tres años. Todavía tiene fuerzas para

trabajar en lo que sea, y es tan bueno como esos chavales. Tiene perspectiva.

Eso es lo que le dijo a aquel comisarucho enano, Patrick Thorpe. Prácticamente le suplicó para que le diese la oportunidad de ser incluido en la exposición colectiva (se arrodilló como si le estuviese proponiendo matrimonio en medio del supermercado Honey Bee). Patrick rumió y vaciló y le dijo que tenía que hablarlo con los demás, pero que Clayton hiciese algo y luego ya verían.

Aquello, evidentemente, lo paralizó. Todo lo que intentaba se le antojaba sin vida. Hasta que oyó que Lou había vuelto. Lou y Charlie. Está bien conducir con un propósito, pero esa es la parte fácil.

Lo difícil era hablar. Preguntar a la gente si había visto a una pelirroja con un chaval en un Ford Colt plateado. Tuvo que inventarse cuentos. No les hacía gracia que fuese simplemente un padre buscando a su hijo, porque la cosa

conllebaba un feo interrogante: ¿qué es lo que hiciste? Nada. Ese era el problema. Dejó que se marchase.

Fue al restaurante en el que se conocieron y el encargado le dijo que había vuelto a su antiguo puesto, pero que había tenido que echarla cuando la pilló robando monedas del tarro de las propinas. Había oído que ahora vivían en el coche, una verdadera lástima, pero ¿qué se suponía que debía hacer él?

El caso es que aquello le sirvió de pista a Clayton, porque solo hay un puñado de sitios adonde pueden ir una mujer y su hijo cuando se han quedado sin casa pero tienen un coche. Probó en todos los parques de caravanas de Detroit, y luego más allá. En Muskegon dio con una señora que le estuvo alquilando una caravana y que le contó que había recibido una carta de Lou en la que le prometía pagarle la mensualidad que le debía si le hacía llegar su dirección al Mail Boxes

Etc. de Traverse City. Le pasó un fajito de sobres (facturas, nada más que facturas) para que se las entregase él mismo. El chico era un encanto, comentó la casera.

Trató de seguirle el rollo, contándole que quería enseñarle a Charlie a usar un soplete de soldador, cuando fuese un poco más mayor, desde luego, porque el chaval ahora podría achicharrarse la cara entera, pero no se explicó bien y la mujer endureció el gesto y dijo que a lo mejor no era Traverse City, sino Grand Rapids. Y que tendría que esperar al correo después de todo, pero que había sido un placer conocerlo, que tuviese suerte en la búsqueda de Lou y que le recordase por favor lo del alquiler.

Después de esto fue fácil. El Mail Boxes Etc. estaba justo al lado de un Walmart y allí, en el aparcamiento, el Colt plateado, pegado a una autocaravana nueva y flamante con cortinas de encaje y ribetes color crema aparcada junto a una

hileras de árboles que se aferraban a sus últimas hojas.

Al otro lado del aparcamiento, el escaparate de cristal llamaba la atención, un portal luminoso hacia la tierra de lo que se te ocurra, abierto las veinticuatro horas y los siete días de la semana. Entren, entren, tenemos de todo.

Clayton sabe que se puede acampar durante la noche fuera de un Walmart sin necesidad de pagar tarifa de aparcamiento. Uno puede recorrer Estados Unidos de cabo a rabo así. Un peregrinaje para los inquietos y los que han perdido el norte.

Se colocó junto a los carritos de la compra amontonados entre las barras y apagó el contacto de la camioneta. Se quedó sentado allí un instante, bajo las farolas amarillentas, atento al motor que se extinguía, fijándose en los charcos oscuros llenos de reflejos de neón.

Dormir en un coche, pensó. Eso no es bueno para nadie. Podrían volverse a casa con él. Ella y

Charlie. Tendría que poner un poco de orden, pero tiene una habitación de sobra.

Abrió la puerta de la camioneta y bajó. El coche tenía aún el parachoques abollado, el mismo que cuando la conoció. Los vehículos de ambos estaban un poco machacados, pensó, igual que ellos dos.

Lou estaba delante con el asiento reclinado. Es curioso cómo uno es capaz de reconocer a alguien únicamente por la forma de su cabeza. Le pareció entrever al chico en la parte de atrás. Una madeja de pelo rizado entre los escombros de su vida. Cajas, mantas y porquería varia. Un reproductor de CD encima de todo, el led azul era la única luz visible allí dentro.

Dio unos golpecitos en la ventanilla. Uno, dos, sus nudillos estaban salpicados de cicatrices blancas, manchas fruto de la edad y viejas quemaduras de cigarrillo, de una época en que pensó que aquello podía ayudarle.

—Ey, Lou. Soy yo.

Ella se movió, luego se incorporó alarmada. La franja de luz que cruzaba su rostro y la roja melena despeinada hacían que pareciese sacada de un videoclip, aunque menos bonita.

—Baja la ventanilla —le pidió, y ella obedeció, pero solo una rendija, suficiente para oír la nana del CD.

—¿Qué haces aquí? —susurró, tal vez con más aspereza de la que pretendía.

—He venido a saludar.

—Ah, no —dijo ella levantando la voz y alzando la barbilla para que su boca quedase más cerca de la rendija de la ventanilla—. Ya te puedes ir yendo por donde has venido. No quiero verte. ¿Me oyes, Clayton Broom?

—Pasaba por aquí.

—Estamos a cuatro horas de Detroit.

—A lo mejor ahora vivo aquí. Traverse City es un sitio agradable.

Solo había visto lo que se atisbaba desde la camioneta, la noche cerniéndose con todo su peso sobre las calles vacías. Ese es el instante en que las fronteras entre mundos son más porosas y cosas sobrenaturales se cuelan en las cabezas de la gente y se mueven más a su antojo.

—Otra mentira.

—Estoy de coña, soy chistoso.

—No tiene gracia, Clayton. Espera.

Forcejeó con el cinturón de seguridad. Él pensó que era extraño ponérselo en un coche aparcado. Tal vez lo hacía para mantenerse fija en el sitio mientras dormía. Igual que los que se atan a las literas en los barcos.

Tiró del cierre y entreabrió la portezuela para salir. La luz del interior era anodina. Llevaba puestos unos pantalones de chándal, una camiseta verde y unos calcetines de lana rosas. Se los iba a ensuciar allí fuera.

Le agarró el brazo con una fuerza tremenda y lo

apartó del coche de un tirón hasta colocarse debajo de la farola, de manera que pudo ver hasta qué punto se le había ajado el pelo. Acostumbraba a teñírsele de rojo oscuro, como el de las alfombras de los hoteles, pero la henna se estaba desvaneciendo y comenzaban a aparecer raíces castañas y grises. Un gato atigrado. Como el que vivía con ellos cuando estaba de okupa con aquellos artistas adolescentes en el edificio que da a las carnicerías kósher del Eastern Market.

—¿Por qué has venido? En plena noche — preguntó Lou.

—¿Tiene algo de malo que un hombre se preocupe de alimentar la llama de un amor del pasado?

—Llama. —Soltó una carcajada, pero sonó tan quebradiza como el neón del logo—. Lo nuestro fue una cerilla, Clayton. Y se consumió así. — Chasqueó los dedos.

Él insistió:

—Quería ver cómo estabas.

Ella extendió los brazos y realizó una torpe pirueta en calcetines. Se tambaleó, rompiéndole un poco más el corazón a Clayton.

—Pues ya lo has visto. Ahora puedes marcharte.

—Vives en un coche, Lou.

—Solo de momento. Tengo un sitio. Conseguiré un sitio de nuevo. Tengo una entrevista de trabajo aquí la semana que viene.

—¿Aquí?

—¿No has conocido nunca a nadie que trabajase en un Walmart?

—¿Cómo está Charlie?

—Bien. Está bien.

Adoptó un tono cauteloso.

—Quiero verlo.

—No tienes nada que hacer con él. Además, ni siquiera está aquí.

—Entonces ¿dónde está?

—Por ahí. De visita.

Se le desviaron los ojos hacia el coche. Uno azul y el otro marrón, el rasgo más llamativo de su carita angulosa. Como aquel gato atigrado. Te arañaba y te mordía si intentabas cogerlo. Una vez lo encerró en el armario de encima del fregadero en broma. Rompió platos. Le arañó la cara a una de las chicas cuando le abrió. Era difícil distinguir quién estaba más enfadado, si el gato o ella. Lamentaba que se hubiese hecho daño, pero fue divertido de cojones.

Insistió:

—Le he traído un regalo.

—¿Qué clase de regalo?

—¿Ahora tienes tiempo?

Sonrió, aun cuando le indignaba el destello de avaricia que la iluminaba. Ella vio que se había dado cuenta y se enfurruñó.

—¿Te atreves a venir aquí y despertarme en mitad de la noche? Mejor que tengas algo para compensarme.

Se compadeció de ella. El mundo está lleno de gente necesitada. Trató de recordar cuándo había dormido por última vez.

—Está en la camioneta. Deja que vaya a cogerlo —dijo, aún con la esperanza de salir airoso.

Ella se frotó los brazos y clavó la mirada en las hileras de muelles de descarga vacíos de la entrada del almacén. Una máquina limpiadora avanzaba resoplando al otro lado de la carretera.

—¿Quieres mi chaqueta, cariño?

—Quiero el regalo y que te marches.

Él la pinchó un poco:

—¿No me vas a decir «qué tal, me alegro de verte»?

—¿A eso es a lo que quieres jugar? Vale. ¿Cómo estás, Clayton?

—Bueno, para no andarme con rodeos, Lou, me va bastante mal. Otra vez los sueños.

—No me vengas otra vez con esa gilipollez de la cuarta dimensión. —Se pellizcó los brazos como

si comprobase si seguía allí—. Todo está en ese desastre de cabeza tuya.

—Ni siquiera tengo que estar dormido. A veces sueño con los ojos abiertos. Veo cosas. Tal vez algunas personas son más susceptibles a eso. En algunos sitios las paredes son más finas, como en un motel barato.

—A lo mejor deberías buscarte uno. Estoy cansada de hablar. Es tarde. Quiero irme a dormir con mi niño.

—No, espera, por favor, Lou. Déjame que coja su regalo, ¿vale? Por favor. He hecho un viaje muy largo. —Se encaramó a la camioneta y lo sacó del suelo del copiloto: un voluminoso cilindro de metal, parte de un silenciador de tubo de escape viejo, con unas patitas cortas y una cabeza picuda provista de unas graciosas orejas y hocico. Todavía le hacía reír cuando lo miraba. Se dio la vuelta, esperando que ella se mostrase igual de complacida—. Aquí está. Lo he hecho

especialmente para Charlie.

—¿Qué se supone que es?

—Un perro. Todos los niños necesitan un perro.

Mira: ladra y menea la cola.

Le enseñó el ingenioso mecanismo que había instalado en la mandíbula, que se abría y cerraba, y el muelle oscilante en la cola.

—Yo nunca he visto un perro que se parezca a esto, Clayton Brown. Le va a asustar. Y además seguramente se cortará con él.

—He limado los bordes, no te preocupes. Quería dejar que se oxidase para que pareciese pelaje marrón y que hiciese juego con el pelo de Charlie.

—Es pelirrojo.

—Tú eres pelirroja, cariño. —Se rio—. De bote. Charlie ha salido a mí. Yo tenía el pelo castaño antes de que se me pusiese blanco.

—¿Es que no tienes nada en la cabeza?

—Eh, eh, cariño, vamos.

Intentó abrazarla, pero ella se le escurrió.

Antes se reía de sus chistes. Está seguro de que sí. Le contó la historia del gato en el armario y no podía parar de reírse. La camarera más bonita del restaurante, le dijo, aunque fuese mentira. Una noche le propuso llevarla en coche a casa después del trabajo, se quedó por allí hasta que terminó su turno, incluso la ayudó a pasar la mopa por el suelo y darle la vuelta a las sillas del local. La llevó de regreso a casa, donde se pimpló media botella de vodka y lloró sobre su hombro por sus repulsivos exmaridos. Ya iban dos, y ella en lo peor de los cuarenta. Él le habló del mundo que había debajo del mundo y a ella se asustó un poco, pero también hizo que se le acercase más. Ambos estaban solos y asustados, y no hay nada de malo en lo que sucedió después. Fue natural.

—Quiero verlo, Lou.

—No está aquí.

—Entonces ¿quién está en la parte de atrás del coche? ¡Eh, Charlie, muchacho!

Saludó con la mano a la silueta del chaval sentado entre las cajas y las bolsas abultadas. Dos años. La edad exacta. Lou y él estuvieron juntos antes de que se escapase a Minneapolis con aquel tal Ryan. Había hecho el cálculo.

—¿Mamá?

La portezuela del coche se abrió del todo y Charlie salió frotándose los ojos. Clayton se hinchó de un orgullo colosal al ver lo precioso que era el chiquillo. Mejor que todas sus obras de arte. La obra de arte de la biología humana. Un puñetero milagro, es lo que es.

—Charlie, todo está bien, cariño mío. Vuelve al coche. Duérmete otra vez.

—¿Quién es este?

Clayton dio un paso hacia él para alborotarle los rizados.

—Soy tu...

—No —le cortó ella—. Tú y yo lo hicimos una vez. Apenas. Mierda, estaba tan borracha.

—Con eso basta. Las abejas y las flores, papá le metió el pene en la vagina a mamá y la cigüeña llegó graznando.

Ella le tapó los oídos al niño.

—No hables así delante de él. Es pelirrojo, zopenco. Como su padre. Como Ryan. No es tuyo, cretino.

La cortina de encaje se descorrió, la cara de una mujer apareció husmeando por la ventana.

—No. Eso no es verdad. —Negó enérgicamente con la cabeza.

—Te lo estoy diciendo bien claro, zopenco. ¿Qué pasa contigo?

Arremetió contra él de nuevo, como aquel gatito.

—¡No me empujes!

La agarró por las escuálidas muñecas y Charlie gimió como una sirena. Todo estaba saliendo mal, como de costumbre.

El haz de una linterna lo deslumbró.

—¿Todo bien por aquí? —Era un guarda de

seguridad.

Soltó a Lou y se protegió los ojos para ver al hombre. Lo cierto es que no puede confiar en que las cosas sean como se supone que deberían ser.

—Todo bien, Wayne. Pero aquí mi amigo todavía no ha comprado nada —dijo Lou adoptando un tono de ligero flirteo.

—Acabo de llegar. Hace cinco minutos —se justificó Clayton.

—Disculpe, caballero, en el aparcamiento está reservado el derecho de admisión durante la noche.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que tienes que comprar algo —dijo Lou. Sonaba arrepentida. Siempre había tenido genio, pero se le pasaba al momento—. Lo que sea. Te llevará cinco minutos. Luego Wayne estará contento y nos podremos sentar a hablar. Te lo prometo.

—¿Llamas por el nombre de pila a todos los

guardas de seguridad de por aquí?

—Wayne vela por nosotros. Tú también, si vas a comprar algo.

—Política de empresa, caballero —se ufanó el guarda.

—Muy bien, muy bien. Voy. ¿Quieres algo, Lou?

—Hmmm... —respondió ella mirando la puerta brillante al otro lado del aparcamiento.

—¿Cigarrillos? ¿Un Energade? ¿Un refresco o algo para Charlie? —ofreció.

Ella se restregó los ojos, se frotó el dorso de la mano contra la sudadera.

—Sí, perfecto. Te doy dinero.

—No te preocupes. Vuelvo ahora mismo. No te vayas, ¿vale?

—¿Adónde quieres que vaya?

El guarda, Wayne, lo acompañó hasta la puerta como si casualmente fuese en la misma dirección.

—Es buena gente. No quiero problemas —dijo. Se colocó la linterna en el cinturón, junto al espray

de pimienta.

—Yo tampoco —respondió Clayton. Se sentía cansadísimo y le había vuelto el pinchazo en la columna—. ¿Estás enamorado de ella?

—¿Qué? ¡No!

—¿Porque vive en un coche? ¿Te crees que puedes juzgarla? ¿Porque tiene un niño? ¿No es lo suficientemente buena para ti?

El guarda negó con la cabeza.

—Tío, entiéndeme bien. Estáis aquí porque a mí me da la gana. No sé qué problema tienes con la señora, pero más vale que lo solucionéis de manera pacífica o esta misma noche os largáis de aquí.

—No lo pagues con ella.

—Solo te aviso. Tenéis que comportaros civilizadamente. —Las puertas de cristal se abrieron y dejaron escapar una vaharada de aire caliente, como si acabaran de abrir un horno—. Allá vamos, caballero, feliz compra.

Civilizadamente. Es el fin de la civilización, le habría gustado gritarle al guarda. El país entero se viene abajo, los ricos se enriquecen aún más y los pobres viven en sus coches (eso con suerte). Y aquí dentro todo es lustroso y blanco a la luz de los fluorescentes, y paquetes multicolores atestan las estanterías... Pero todo está vacío, habría querido gritar. Toda esa mierda no es nada. Pero se contuvo, deambuló por los corredores entre adornos de Halloween y cogió lo que necesitaba: cigarrillos, una botella de agua para la camioneta, Skittles para Charlie y un refresco. Encontró unas zapatillas en la sección infantil. Zapatillas de deporte con dibujos de superhéroes, aunque dudó entre Batman y Spiderman. ¿Qué le gustaba a Charlie? Ni siquiera lo sabía.

No importa, pensó. Aunque Charlie fuese hijo de Ryan. Él podía dar la talla. Un niño siempre necesita una figura paterna, un hogar estable. No un coche.

—¿Algo más, caballero? —le preguntó el cajero con una sonrisa tan automática como las puertas de la entrada.

Se las arregló para decir gracias y salir de allí.

Pero la plaza de aparcamiento en la que los había dejado estaba vacía. Cerró los ojos. Por si aquello era una de sus alucinaciones. Sin embargo, cuando los abrió el coche seguía sin estar allí. Se quedó plantado con la bolsa de plástico colgando en una mano.

—Se ha marchado —le dijo la mujer de la autocaravana asomándose a través de las cortinas de encaje como si él no fuera capaz de verlo con sus propios ojos. Paladeándolo.

—Ya lo veo —dijo Clayton haciendo un esfuerzo por no echarse a llorar—. Le doy estos cigarrillos si me dice en qué dirección se han ido.

Ella reparó en la bolsa de la compra y se volvió Judas en lo que se tarda en cambiar de canal.

—Han salido en dirección este. Por carreteras

secundarias, diría.

—Diría que dice usted bien.

Le lanzó el paquete de tabaco.

—Mentolados —desaprobó ella.

Si se daba prisa, quizá le daba tiempo a atraparla. ¿Cuánto habría avanzado en aquella tartana?

La camioneta rugió atravesando las calles desiertas, los barrios residenciales poblados por casitas y jardines recortados con esmero hasta llegar a la carretera que salía de la ciudad. Un ruido monótono invadía su cabeza, como una estática de la televisión que engullía todo lo demás, como cuando la niebla avanza desde el lago, un flujo blanco arremolinándose en los bordes del asfalto. La aguja del cuentakilómetros marcaba 100, 120. Estaba absorto en la conducción, a caballo entre el sueño y la vigilia, mientras la camioneta devoraba kilómetros y kilómetros de carretera oscura.

Hasta que dobló una curva en una carretera del bosque y divisó las luces traseras de su coche a lo lejos, entre los árboles y la niebla. Aceleró para asegurarse, se acercó lo suficiente para ver el caballo plateado al galope en la chapa del maletero. Le dio las luces para que disminuyera la marcha. Solo quería hablar.

Vio la silueta de la melena encrespada de Charlie darse la vuelta en el asiento del copiloto. Ella bajó la ventanilla y sacó una mano indicándole que la adelantase, aunque aceleró todavía más. Él aceleró a su vez hasta que estuvo justo detrás y entonces se colocó con un viraje junto a ella mientras bajaba la ventanilla. Oyó aullar la transmisión del Colt. No aguantaría mucho así. La aguja se aproximaba a los 130, 140.

—¿Qué coño estás haciendo? Vas a estrellar tu casa, Lou —le gritó. Las lágrimas eran porque se le había metido algo en el ojo.

Ella le sacó el dedo y lo agitó en el aire.

Entonces perdió el control del coche. El Colt se bamboleó violentamente y Lou abrió la boca en una O perfecta de sorpresa. Clayton volvió la cabeza hacia la carretera en el momento exacto en que unos ojos feroces destellaban en la oscuridad, algo lo embistió como una sombra reventando el parabrisas y rebotó contra la cubierta de la cabina por encima de su cabeza.

Se agachó instintivamente, soltó el volante y la camioneta se salió de la carretera, avanzó dando tumbos por la cuneta y se hundió en el bosque con un sonido como de papel pintado barato rasgándose.

Hojas, comprendió, no papel pintado, y ramas golpeando contra las ventanillas. Intentó pisar el freno, tomar un rumbo a través del follaje oscuro, esquivando los árboles enormes que acechaban en la niebla, que obedeciendo a las leyes de la velocidad dejarían el coche chafado como un acordeón. No quería morir así, solo en medio del

bosque. Las ramas se partían contra la camioneta y la cosa que tenía encima se revolvía obscenamente, dando golpes secos contra el techo. Desistió, dejó que el vehículo fuese donde le diera la gana, que el bosque se lo tragase. Buscó los faros de Lou en el retrovisor, porque seguramente volvería a buscarlo, pero la carretera estaba ya muy lejos, los árboles iban estrechando su perspectiva, como por un ojo de buey.

La velocidad de la camioneta fue disminuyendo y terminó por detenerse, se besó con un enorme sauce negro, hizo un movimiento de retroceso y dejó pintura descascarillada en la corteza. Le invadió una sensación de inmensa calma mientras contemplaba las grietas en forma de telaraña del parabrisas y la niebla gris. Hay límites, dijo. Algo suave y pesado resbaló por el techo hasta el suelo.

Salió de la camioneta. La gravedad era distinta. De paseo por la Luna. Seguramente Lou iba a su encuentro en ese preciso momento con una

linterna, abriéndose camino entre la devastación que había causado en la espesura, con Charlie cogido de la mano, porque no iba a dejarlo en el coche. Charlie se estaría chupando el pulgar, discurría Clayton, esforzándose por ser valiente ante su madre. Pensar en aquel chavalín asustado le rompió el corazón. Se lo compensaría, le daría como premio los Skittles y las zapatillas de Spiderman. Joder, volvería al supermercado y le compraría también las de Batman, y aquello sería una anécdota familiar que contarían en Acción de Gracias. «¿Os acordáis de aquella vez que el tío Clay estrelló la camioneta en el bosque y tuvimos que ir a buscarlo entre la niebla?» (no le pediría al chico que lo llamase papá, si no quería).

—¡Lou! Eh, Louanne, estoy aquí —vociferó hacia los árboles grises y cimbreantes. Pero ni rastro de linterna alguna, ningún grito en respuesta. No deberían estar aquí, ninguno de ellos, tan lejos de la *civilización*. Cuando uno se pone a

vagabundear fuera de la carretera suceden cosas extrañas.

Oyó una respiración áspera. Se movían sombras en la niebla, o quizá eran imaginaciones suyas, su propia respiración. Seguía con una mano apoyada en la camioneta porque la niebla era tan densa que no estaba seguro de encontrar la forma de volver si se separaba. Tenía los dedos entumecidos. Los trozos de pintura que marcaban el árbol comenzaron a retorcerse como gusanos. Se quemaron por dentro y se diseminaron entre otros árboles.

—Louanne. ¿Charlie? —susurró.

Escuchó con atención tratando de aguantar la respiración. Notaba como si algo caminase a su lado, como si al extender la mano fuera a tocar un hombro. Pensó en qué podía usar como arma de la caja de herramientas que guardaba en la parte de atrás de la camioneta.

Se abrió paso hacia la parte de delante, que era

desde donde venía el ruido. Los tenues haces de los faros iluminaban remolinos y pliegues de la corteza, y un flanco trémulo, de pelaje marrón con motitas blancas.

Ya no creía que Lou fuese a aparecer. Pensó que tal vez se había convertido en aquel gatito cruel y se había llevado a Charlie cogido por el pellejo del cogote.

El ciervo alzó la cabeza y lo miró con unos ojos negros.

—Tranquilo —le dijo mientras se arrodillaba, le puso una mano en el cuello caliente. Percibía la vida y la fuerza del animal bajo la palma. Al tocarlo, el ciervo tuvo un ataque de pánico, coceó e intentó ponerse en pie. Pero estaba demasiado destrozado por dentro.

A Clayton le pareció que se hundía en los ojos del animal. Había puertas abriéndose en los árboles que los rodeaban, una puerta se abría de par en par en su cabeza.

No es tuyo, pensó. Nada es tuyo.

—Tranquilo —repitió acariciándole el cuello. Se estremeció ante aquel contacto, pero ya no pateó. No sabía por qué, pero Clayton se había echado a llorar. Los lagrimones le caían por el lado de la nariz y mojaban el pelaje del animal—. Sé cómo hacer esto.

Soñé que era el sueño de un sueño.

Lunes 10 de noviembre

Diamantes de Detroit

La ventana del Rocket Coffee le ofrece a Jonno una vista perfecta de la carcasa hueca de la Estación Central de Michigan. La Acrópolis de

Detroit. Alguna lumbrera propuso conservar las ruinas icónicas. Para eso está todo el mundo aquí, en cualquier caso. Para mirar pasmados los edificios derruidos y hacer fotografías. La única diferencia entre los hipsters que se cuelan aquí en edificios abandonados y los turistas de mediana edad en calcetines y sandalias del Coliseo es que los primeros usan más filtros en sus fotos y los segundos llevan audioguías. De hecho, no es mala idea. Eso podría hacerlo: escribir audiotours. El problema, reflexiona, no es la obsesión por el *ruin porn*, sino que todo el mundo está tratando de adivinar qué significa todo eso. Es la condición humana, siempre descifrando las cosas más de la cuenta.

Como el hecho de que ella lleve cuarenta y seis minutos de retraso. Y eso son treinta y un minutos más de los que se supone que uno debe esperar por cualquier chica, a menos que sea una supermodelo certificada o la productora del biopic de tu

fantástica vida, según las «10 normas de la guía para ligar del hombre moderno» que pergeñó el año pasado para una web cutre dirigida al público masculino. Son cebos para que la gente ponga likes. Pero las pupilas son más caprichosas que los tiburones, y la economía todavía está en el hoyo, y él debería estar escribiendo un *Moby Dick* posposmoderno en lugar de matarse a idear listas amables más rápido que nadie. Pero a ver quién va a pagar por eso.

Oh, lo habían publicado en revistas literarias desconocidas con una base de ocho suscriptores sin incluir la madre del editor ni las copias de cortesía al colaborador. Todos los aspirantes a escritor leyendo los relatos de los demás desesperadamente, como si así fuesen a generar energía suficiente, en una espiral de retroalimentación magnética, para atraer aquellas puñeteras pupilas hacia aquí. Pero no son más que mierda. Incluso los suyos. La única razón por la

que se ha puesto a darle vueltas a esto es porque se ha dado cuenta de que ella no va a venir. Porque eso supone una catástrofe de tal magnitud que mitiga su Fracaso Absoluto Como Escritor.

No va a venir.

La desilusión rebaja la intoxicación por caféina. Ya se ha tomado tres cafés, primero porque se sentía orgulloso de sí mismo, allí sentado junto a la ventana del bar esperando a la DJ buenorra. Eso fue antes de la Llamada de la Naturaleza; al volver para tomarse el tercer corto de leche le habían quitado el sitio, y ahora está encajonado en la parte de atrás, cerca del lavabo, al borde de una mesita redonda que parece haber sido diseñada para emascular.

Pero si estaba exultante. Por ti. En apariencia.

A tomar por saco la exultación. A tomar por saco esta ciudad deprimente del demonio. A tomar por saco su carrera. Debería escribir unas memorias colectivas. Un himno para su generación. Bret

Easton Ellis con un *ennui* más infantiloides. Entonces ella entra por la puerta y Jonno jura por Dios y su puta madre que todos los átomos del local se recomponen a su alrededor. Lleva tejanos, botas para la nieve y una chaqueta afelpada de un color turquesa eléctrico que hace juego con su sombra de ojos, unos pendientes tintineantes y las trenzas retorcidas hacia arriba en una elaborada forma de cruasán.

—¿Qué hay? —saluda al tiempo que suelta el bolso con tal atolondramiento que él se ve obligado a agarrar la taza para que no se caiga—. Perdón.

—Te disculpas mucho. —Sonríe. No puede evitarlo.

—Sí, bueno. —Se encoge de hombros—. Oye, ¿pero no me has pedido uno a mí?

—¡Hace media hora!

—¿Quieres otro? —Le señala la taza, todavía casi llena, y resulta que él asiente, aun cuando es

probable que el siguiente sorbo lo empuje de cabeza al terreno de la parada cardiaca, como aquel chaval que murió por atiborrarse de bebidas energéticas. Pero el café es una cosa natural.

Igual que el herpes.

—Pero para llevar, ¿vale?

—¿Y el desayuno?

—Compraremos unas pastas. Quiero que me enseñes la ciudad. Enséñame tu Detroit.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que a ti te parezca. Tus vistas personales de la ciudad.

—De acuerdo —responde ella con la misma expresión de divertida indulgencia que tenía cuando la pilló con la mano entre las piernas.

Esto va a ser amor, piensa Jonno.

Una vez dentro del Hyundai de colores chillones, ella pone cara de radio y un estallido de tecno brutal inunda el coche, una motosierra gimiente a

un ritmo frenético. Él da un respingo. Suena como el crujido de las mandíbulas de unas máquinas puestas hasta arriba de metanfetaminas. Buen nombre para un grupo de rock progresivo. Máquinas puestas de meta.

Ella se da cuenta y se ríe mientras mastica un trozo de cruasán de almendra.

—El sábado por la noche bailabas con esto mismo.

—¡Estaba borracho!

—¿Quieres que lo baje?

—Por favor.

—Eres un tío gracioso, Jimmy.

Gira el botón del volumen.

—Jonno —la corrige.

—Ya lo sé. Me estaba quedando contigo.

Entonces, ¿dónde quieres que vayamos?

—¿A tu casa?

—No es posible.

—Entonces a la mía.

Aunque pensar en su roñoso apartamento alquilado le produce una viva sensación de resentimiento. Y de pánico. La ropa interior desperdigada, las cajas de pizza vacías, las toallas empapadas echas un guiñapo por el suelo. Necesitaría una hora, no, tres, para dejarlo presentable. De hecho, tal vez sería más fácil prenderle fuego.

—Todavía no —contesta ella.

—Pues a algún sitio que te guste.

—Hará frío.

—Lo soportaré.

—¿Vas a escribir sobre esto?

—A lo mejor. Si es bueno.

—¿No había muerto el periodismo?

—Eso me dijeron.

—Deberías hacerte un canal de vídeo. Conseguir anunciantes.

—Eso también me lo dijeron. Todo va cambiando. No sé cómo se supone que uno debe

mantenerse al día. Es como aprender a bailar salsa en medio de un terremoto.

No está mal, debería apuntárselo. Sería un buen artículo. Improvisa con eso, un artículo facilón. Más carnaza. Igual ella lo vuelve receptivo a algo nuevo. Siempre ha pensado que una musa tenía que ser una bomba sexual.

—El problema es que eres viejo —le dice mientras acciona la palanca del intermitente. Lleva unos mitones a rayas negras y amarillas. El esmalte de uñas descascarillado.

—Gracias.

—Relájate. Estoy de coña.

Dejan atrás el club de vela y ella señala el viejo zoo, clausurado por completo, sin animales desde hace mucho. Quizá se unieron al éxodo blanco hacia los barrios residenciales.

Cruzan la larga extensión de la playa principal. Unas olas de agua sucia con caperuzas blancas socavan la arena gris. Se acuerda de su infancia en

Rhode Island, tumbado bocabajo para disimular una erección incipiente mientras observaba a las chicas embadurnarse con aceite de coco o correr y chillar entre las olas. Había tanto donde elegir... Parecía que todas estuviesen disponibles, que fuese posible beneficiárselas a todas del mismo modo que le iba a ser posible viajar a cualquier país, probar diversos oficios, todas las posibilidades imaginables. No te cierres ninguna puerta, le aconsejaron sus padres, pero no le dijeron que hacerse mayor consiste en ver cómo se te van cerrando puertas, una tras otra.

Se están cociendo dentro del coche. Él forcejea para quitarse la chaqueta y se arremanga el jersey. *¿Los hombres tienen sofocos menopáusicos?*

—Te la vas a tener que poner otra vez —le advierte ella mientras se mete en un pequeño aparcamiento en una explanada de hierba.

—¿Cómo, aquí?

—Me has pedido que te lleve a un sitio que sea

especial para mí. Belle Isle representa recuerdos felices de mi infancia. ¿O qué? —Lo provoca—: ¿Querías hacer exploración urbana? ¿Visitar las ruinas del Sueño Americano? A lo mejor pretendías disparar pelotas de golf desde la planta Packard. No, espera, ya sé: querías cultivar maíz con tus propias manos en una granja urbana en medio de un barrio desamparado.

—Podría estar bien —responde él a la defensiva.

Pero tiene razón. Ha leído toda esa mierda. Todo demasiado manido. Las historias originales se han ido erosionando y el oro que queda es de imitación; o mejor dicho, lo que queda es un puñado de diamantes de Detroit, que es como los de aquí llaman a los cristales de las ventanillas de los coches hechos añicos en el suelo. Nota cómo rompe contra él la ansiedad igual que las olas grises del río.

—¿Has estado en Secret Beach?

—¿Si hubiese estado seguiría siendo un secreto?

—Vamos, gruñón. —Abre del todo la portezuela y el frío les abofetea la cara. Se agacha hacia él—: Me has pedido que te trajera a un sitio que me gustase, no a un sitio de donde pudieses sacar una entrada para un blog.

—A lo mejor la entrada del blog va de eso precisamente.

—Una actitud muy zen por tu parte.

Cierra de un portazo y echa a andar hacia lo que pretende ser un faro en medio de la maleza. Jonno se apresura tras ella poniéndose la chaqueta.

—¡Eh! Espero que no me hayas arrastrado hasta aquí para matarme —le grita.

Ella se da la vuelta, sigue caminando de espaldas de modo que él tiene que correr un poco para alcanzarla, y le dirige una sonrisa malévola.

—Mientras me lo sigas comiendo como la otra noche te dejaré con vida.

Llegar hasta allí les lleva veinte minutos de caminata por el sendero. A Jonno la chaqueta no lo protege del cruel vientecillo. Dejan la trocha para atravesar con dificultad una zona con maleza que les llegaba hasta la cintura y arbustos espinosos; finalmente, los hierbajos disminuyen y revelan una superficie breñosa de playa y un estrecho canal de agua oscura que conecta con el río al pasar el recodo.

Ella extiende los brazos como la ayudante de un mago.

—La playa secreta. También conocida como la playa hipster.

También bastante sobreestimada. Aquí no hay ninguna historia.

—¿Qué te parece?

Creo que voy a decir cualquier cosa con tal de llevarte al huerto de nuevo. *Que es lo más difícil, ¿eh, machote? Camelártelas. Como a la petite Monique, que tenía bien jodida la puta cabeza.*

Remarquemos lo de «jodida» para que Jonno pueda obviar lo de «puta». En los restaurantes caros, se metía debajo de la mesa para mamársela. Se le pone dura solo de pensarlo. O Trish, que tenía un hijo. Aunque el chaval no le caía bien, ni él al chaval. Y estaba en su derecho, porque el chico lo veía como lo que era: un turista más que recalaba en la Isla de las Maduritas para tomarse un cóctel y hacerse una foto en la playa antes de reanudar trayecto hacia destinos menos complicados. O Cate, que era todo lo que podía pedir. *Hasta que...* Calla. Para.

—Secreta lo es un rato —es lo que acierta a decir. El viento se le clava y tironea de él susurrando entre la hierba.

Ella tuerce el gesto.

—Es difícil hacerse una idea de cómo es en invierno. No les hace ninguna gracia que venga nadie. Hay una corriente de resaca en cuanto te alejas y no hay socorristas. Hace un par de años se

ahogó un niño.

—¿Qué es eso? —Señala las columnas de piedra negra, amontonadas una sobre la otra en equilibrio precario, que adornan algunas de las rocas más grandes.

Ella se encoge de hombros.

—Arte.

Esa es una descripción generosa.

—¿Están pegadas?

—No. Creo que esa es la idea, que no estén pegadas. La gracia está en equilibrarlas. — Endurece el semblante mirando el amontonamiento —. Eh, estas son distintas a las que había visto. Ayúdame.

Le agarra una mano para darse impulso y se encarama a la roca para examinarla.

—Sí, mira. Tiene caras. Como si estuviesen fundidas unas con otras. Chulo.

—Te creo.

Pero lo que distingue son unos rasgos bastos

grabados en las piedras, unos ojos someros, bocas abiertas como en un chillido. *Qué romántico.*

—¡Ahí va! —exclama Jen Q al resbalársele la bota. Topa con el hombro en la obra de arte (si eso es lo que es, si hay un motivo para que esté ahí apilado y no en el Detroit Institute of Arts). La columna se desmorona como una construcción de jenga y las piedras caen al agua plop-plop-plop.

Él no le ha soltado la mano, así que tira para protegerla. Ella se deja caer sobre él de manera que ambos acaban de rodillas en la arena húmeda.

—Dios mío, recuérdame que no te lleve a una tienda de porcelana —le dice, lo que le provoca un nuevo ataque de risa. La aprieta, helado y con los tejanos empapados, y abraza el cuerpo cálido de la chica.

A lo mejor va bien, piensa.

Intenta no fastidiarlo.

Anotaciones en la pizarra blanca

La frase de la semana (escrita en rotulador rojo en la pizarra blanca de la sala de reuniones de los inspectores): «No es muy buen vecino». Era parte de la declaración de un testigo a propósito de un tal Jackson Brentworth de la avenida Livernois, víctima de un disparo mortal por culpa de un cortacésped prestado que no había devuelto. Lo mejor era que ni siquiera había sacado de la caja el puñetero cacharro en cuestión. Ahora el señor Brentworth está metido en una caja por los siglos de los siglos, amén. Buen vecino para nada. El tipo tendría que haber devuelto el cortacésped,

¿no? Las maledicencias de la chusma a veces son oro puro.

Media plantilla de Homicidios está presente para la sesión informativa, esperando al oficial al cargo, el capitán Joe Miranda. Gabi está clavando las fotografías oficiales que le ha proporcionado el técnico forense. El cuerpo desde todos los ángulos, hasta la última partícula de material recogida en la escena del crimen, basura incluida. Últimamente es la única manera de que limpien las calles.

Su compañero, Bob Boyd, se hurga los dientes con un palillo y examina los restos que extrae con el interés del experto. Su tamaño es útil en las calles, aunque ese cuello de toro que tiene empieza a ponerse rechoncho, y suda muchísimo con los trajes flamantes que lleva para impresionar. Gabi lo sabe bien, porque le toca compartir coche con él. En verano intentó lanzarle sutiles indirectas, como detener el coche frente a una lavandería

automática y ordenarle que se lavase la camisa o allí se quedaban. Bob desaprobaba que Gabi vistiese tejanos y sudaderas, pero claro, él no tenía que aguantar que un capullo filtrase la talla de sujetador de todas las oficiales cuando las medían para los chalecos antibalas.

Le gusta ver que Ovella Washington, si bien está concentrada en el expediente de su propio caso, le da verdadera importancia a esto. Tiene un montón de horas a sus espaldas. Trabajaba en Antivicio antes de que empezasen a aplicar medidas ejemplares en jurisdicciones aisladas, y en Robos antes de que la transfiriesen a Homicidios.

Luke Stricker tiene todavía más pinta de cafre si cabe desde que se afeitó la cabeza, es la clase de tío que uno espera encontrarse con las esposas puestas, no al revés. Contar con él complica las cosas, pero es uno de los policías más competentes del cuerpo. Y la competencia es atractiva. Sobre todo ahora.

Mike Croff marca el paso de los segundos emitiendo chasquiditos con los labios. Advierte el cabreo de Gabriella y se detiene; pone morritos. Abre los ojos como un inocente dibujo animado y transforma el sonido en un silbido. Pedro y el lobo. *Tu-tu-tiri-tu-tu.*

Ah, claro, y el joven Marcus Jones, alerta y sin perder detalle, con toda su predisposición de recién salido de la academia echada a perder por culpa de un peinado ridículo; trenzas pegadas al cuero cabelludo y rematadas por una colita de rata. Casi le sabe mal la ocurrencia del brillo de labios. Resulta que después de todo tampoco era tan PN: la avisó desde su móvil personal en lugar de por radio, de manera que la prensa solo se enteró del suceso después de que quitaran de en medio el fiambre. Aquí no hay nada que ver, amigos, circulen. Él le salva el culo y ella, a cambio, le endilga un mote estúpido. Ya hay una fotografía en el tablón de noticias, la foto de la ficha de Marcus

photoshopeada de mala manera en el cuerpo de Campanilla, rodeado de polvo de hadas.

Joe Miranda irrumpe en la sala y empieza a hablar como si fuese él quien estaba esperando.

—Muy bien, pongámonos manos a la obra de una vez. Versado, usted nos ha traído este espectáculo y usted se encarga de él. —Se sienta en el extremo más alejado de la mesa, se alisa un mechón de pelo negro y entrelaza las manos.

—Sí, señor. —Gabi se dirige hacia la pizarra y le quita el tapón a uno de los rotuladores—. Agente Jones, si tiene la amabilidad de orientarnos en el repaso de su informe.

—¡No olvides tu unicornio mágico, Chispitas! —brama Bob Boyd formando un altavoz con las manos alrededor de la boca. Los buenos agentes, los mejores del cuerpo, disimulan la risa. Todos excepto Ovella Washington, cuya concentración en el expediente se acentúa.

—Relájate. Igual que cuando redactaste el

informe. Pero si hay algo que dejaste fuera del papeleo, ahora es el momento de aportar los detalles. Comienza por el principio —le dice Gabi.

—De acuerdo. Muy bien. Me dirigía directamente a atender una llamada por un tiroteo en Vernor con Clarke, alrededor de las dos de la madrugada. Domingo. Estoy solo —mi compañero está en el hospital por una apendicitis—. Cuando llego allí, nadie ha visto nada. Encuentro varios casquillos en el césped, pero podrían ser del día anterior. O de la semana anterior.

—Abrevia... —apunta Gabi.

—Claro, claro. —Se da tironcitos de la medalla al mérito. Es adorable que la lleve puesta—. De modo que me meto en el coche... y recibo una llamada por vertido ilegal en el río.

—Vaya, eso sí que es una emergencia —apostilla Boyd.

—Lo habría sido si lo que vertían era nuestro

cuerpo —dice Miranda con serena autoridad. No lo llaman Ol'Blue Eyes⁵ por el color de sus iris (que son castaños y de raíz italiana, para que conste), sino por su frialdad a lo Sinatra.

—Así pues, cojo un atajo bajo el puente que hay cerca de Mexicantown y entonces lo veo. Al chico, quiero decir. Al principio me parece un animal. Atropellado o qué sé yo. Pero luego le veo la cara. Claramente, está..., ya no está. Sigo conduciendo...

—¿Por qué está tan claro, agente? —interviene Luke Stricker. Más severo de lo necesario. Dale un poco de cancha al chaval. Debería decirle algo.

—Los ojos. No hay nadie ahí dentro.

—¿Pudiste ver todo eso desde el coche? —pregunta Miranda—. Podría haber sido un shock. El chico podría haber estado vivo aún. Podrías haber buscado algún documento de identidad.

Gabi interviene.

—Sabemos que murió en otro lugar, señor. Nada de sangre en el escenario, y el informe preliminar

del médico forense indica que el cuerpo estuvo guardado a baja temperatura durante uno o dos días antes de que lo dejaran allí. Llevará un poco más de tiempo establecer la hora de la muerte, pero fue mucho antes de que el agente Jones lo encontrara.

—La próxima vez, compruébalo antes de proseguir tu camino —dice Stricker—. Sobre todo si es un niño.

—Sí, señor.

—¿Por qué no se paró, agente Jones? —pregunta Gabi.

—Tal vez no hubiese actuado así si hubiera ido con mi compañero, pero pensé que el asesino podía estar cerca. Busqué un coche aparcado, alguien corriendo. Lo comuniqué a través de mi teléfono mientras conducía. Avancé un kilómetro y di media vuelta. No podía dejarlo allí tirado.

—Eso estuvo bien pensado, usar su teléfono —comenta Miranda con calma—. A ninguno de

vosotros se os habría ocurrido hacerlo así, tarambanas.

—Muchos civiles cuentan con escáneres de policía, no quería mirones. No me pareció correcto.

—Buen protocolo. Casi podemos garantizar que habrá otro cuerpo, y cuando aparezca, lo comunicaremos por medio de nuestros móviles.

—¿El departamento me va a pagar la factura? — se quejó Croff.

—¡Eh, permítame! —Por fin Washington levanta la vista de sus papeles—. Cuando aparezca otro cuerpo, aparecerá otro cuerpo. Aquí todos tenemos mucho de lo que ocuparnos ya. Lamento que matasen a ese chaval. Es horrible. Pero es un asesinato. ¿Por qué va a disponer usted de todos los recursos?

—¡Washington! —la advierte Miranda.

Pero Gabi no la culpa. Existen casos que acaparan toda la atención. Los niños, sobre todo.

El departamento al completo estuvo obsesionado con aquella chiquilla a la que violaron y asesinaron en el centro hace muchos años. Pero mientras tanto había un asesino que llevaba cinco años masacrando prostitutas a punta de pistola. Washington lo perseguía desde su época en Antivicio. Siempre el mismo modus operandi: disparos en la cara. Jamás ni un solo testigo. Nadie quiere hablar. Y, además, la sensación es que para la gente no son más que un puñado de putas. «El ayuntamiento tendría que ponerlo en nómina en el control de plagas», le había oído decir a algún gilipollas en aquel mismo departamento.

—Igual que en el caso de tu asesino, Ovella, este es poco probable que sea algo ocasional. Hay muchas posibilidades de que aparezca otro cuerpo mutilado. Tal vez en seis meses, tal vez mañana. Seguramente nuestro hombre ha hecho prácticas en el pasado.

—Yo me encargo de eso —dice Stricker. Le gusta el trabajo de pitbull, los procesos en los que puede clavar bien los dientes.

—Necesito a todos aquí. —Gabi coge el rotulador negro y escribe «John Doe» en la pizarra, pero la tinta se agota a mitad de palabra —. La madre que lo parió. —Prueba con otro rotulador.

—¿No sería mejor John Fawn?⁶ —bromea Croff.

—¿Qué?

—El cervatillo. No era una cierva.

—De acuerdo —accede ella; borra el «doe» y lo sustituye por «fawn».

—John Yearling⁷ —farfulla Boyd—. A diferencia de los cagones como vosotros, yo piso el bosque de vez en cuando.

—Bambi —dice Stricker.

Y eso zanja la cuestión. Es ese pálpito de haber dado en el clavo; todos sonrían y asienten. Café y humor negro: el combustible que alimenta a la

policía.

—Muy bonito. Como oiga a alguien referirse a este cadáver en público como Bambi lo mando a Tráfico de por vida. No escriba eso, Versado —amenaza Miranda.

—Sí, señor. Perdone, señor. —Borra «Bambi» y vuelve a poner «John Doe».

Debajo anota:

Identificar cuerpo

Localizar escena del crimen

Móvil

Asesinos con MO similares

Boyd: Asociaciones de caza, guardias forestales, clubes de excursionismo

—Ay, mierda —se queja su compañero.

—Los cagones como nosotros no seríamos capaces de entrevistar a los imponentes señores de la caza —se burla Gabi—. Tú ya tienes un pie dentro.

—Eso es verdad, pero la temporada está en su

apogeo. Solo en Michigan hay millones de cazadores inscritos. ¿Quieres que los interrogué uno por uno?

—Puedes empezar por los que tengan algún antecedente por violencia.

—Aparte de lo de disparar a los animalitos... — dice Croff imitando la voz de Elmer Gruñón, afanándose en su habitual cachondeo. En todos los departamentos hay gente trabajadora y holgazanes, y Croff, desde luego, pertenece al Equipo de los Zánganos. Le deja el trabajo duro a Stricker y lo demás lo solventa a fuerza de labia y contactos.

—Cargos por violencia doméstica. Tortura de animales. Disparar fuera de temporada.

—¿Era un ciervo de cola blanca o de cola negra? Gabi arranca la fotografía de la pared y se la tiende a Boyd.

—Blanca. ¿Puede eso ayudarnos a determinar la procedencia del animal?

Boyd se pone las gafas y entrecierra los ojos.

—Significa que viene de una población autóctona. Hubiera sido mejor si fuese de cola negra. Lo habrían traído de Oregón o Canadá. Hubiera sido mucho más fácil de rastrear.

—En Belle Isle hay ciervos —comenta Chispitas.

—El caso es que encaja bastante bien. ¿Le salió a la primera, o hay por ahí un montón de ciervos muertos que no encajaban? Bob, añade taxidermistas a tu lista.

—¡Déjame respirar! Ya tengo un millón de cazadores. ¿Dónde se supone que tengo que encontrar taxidermistas?

—Debe de haber una asociación profesional. Busca en internet —sugiere Stricker.

—Eso ha sonado como si te ofrecieses voluntario para hacerlo.

—Venga. Me encargo yo.

—Perfecto. Y busca también otras prácticas similares.

Stricker: Taxidermia. Monstruos de feria. Otros

No puede evitar pensar que la categoría «otros» no es inapropiada para describir la relación que existe entre todos ellos. El número de divorcios entre policías es alto. No es casualidad que también sea alto el número de líos entre departamentos. Los jefes hacen la vista gorda si uno lo lleva con discreción. Mientras estaba intentando arreglar las cosas con William se mantuvo al margen de eso, pero aquí está ahora, follándose como una bestia al competente agente Stricker cuando sus días libres coinciden.

—Muy bien, y ¿cuál es el móvil? ¿Aparte de ser un puto tarado?

—Estaba ahí a la vista. Quiere llamar la atención —dice Washington.

—Tampoco es que lo colocara en un pedestal en mitad del paseo del río.

—Pero tiene razón, quería que lo encontrasen. No pretendía esconderlo. Un niño y un animal.

—Un niño negro y un animal. ¿Cómo llamamos a eso?

—El móvil podría ser racial.

Washington: Crímenes racistas / grupos locales agresivos

—¿Y qué hay de los satanistas? Podría ser un crimen ocultista —aventura Croff.

—Claro. —Gabi pone los ojos en blanco.

—O algún rollo tipo vudú.

Satanistas. Ocultismo. Rollos tipo vudú

—¿A ti se te da bien esto, Ovella?

Se cruza de brazos y deja al descubierto las brillantes puntas de sus dedos (los adornos de diamante que lleva en las uñas hacen que mucha gente la subestime).

—¿Porque soy negra o porque soy católica?

—Los satanistas acostumbran a ser blancos —interviene Boyd con intención de aplacar los ánimos.

—Eso es racismo, estás insultando a los

satanistas de color —se mofa Croff.

—¿Queréis añadir al hombre-perro de Míchigan a la lista? —se queja Washington.

—Dejadlo ya. Tenemos que recopilar información por teléfono sobre cuerpos hallados recientemente en otras jurisdicciones y distritos víctimas de asesinatos más o menos similares. No permitáis que os endosen sus casos abiertos —dice Gabi.

—¿Me puedo sentar ya? —pregunta el novato.

—Todavía no, Chispitas. ¿Te fijaste en alguna otra cosa en el escenario?

—No había ni sangre ni nada parecido. Y tenía un aspecto sereno. Creo que no vio lo que se le venía encima.

—No especulemos sobre eso hasta que no tengamos más datos.

—¿Forenses? —inquire Miranda.

—Cuando acabemos voy a ver al forense. El desmembramiento debió de ser fatal, y tenía una

herida en la parte posterior de la cabeza, cerca de la base del cráneo.

—¿Y el pegamento que mantenía las dos mitades unidas?

—He hecho una solicitud con carácter de urgencia para identificar el elemento adhesivo. Industrial, probablemente, eso nos facilitaría el rastreo. Pero las pruebas llevarán varias semanas a menos que encontremos alguna pista.

Escribe su propio nombre.

Versado: Autopsia / Adhesivo

—¿Se sabe cuándo estarán los resultados? — pregunta Miranda.

—Entre seis y diez días. Habrían tardado más, pero les ha llamado la atención. Rompe la monotonía de las heridas de bala y los restos de semen.

Chispitas continúa rumiando:

—En la escena había muchos grafitis, pero supongo que es normal.

Gabi examina las fotografías.

—A lo mejor vale la pena echar un vistazo a lo que dicen.

—¿Cómo? ¿Que el asesino dejó su firma? Eso sería ya la leche, ¿no? —comenta Scroff con sorna.

—¿Como aquel imbécil que asesinó a su mujer y publicó la foto en Facebook? —replica ella con candidez impostada—. ¿O el idiota que atracó hace dos semanas la gasolinera de Dearborn sin quitarse la chapa de empleado de McDonald's con su nombre? Los criminales hacen estupideces cada día.

Grafitis sospechosos

—¿Tienes ya identificado al chico? —pregunta Miranda.

—Stricker y Boyd se han puesto con ello esta mañana.

—Hemos sacado todos los informes de niños desaparecidos y hemos enviado solicitud al resto

de jurisdicciones. Tenemos alrededor de un centenar para revisar. Ya están descartadas las chicas y ahí estamos, con los chicos. Suerte que lo tuvieron en un congelador, por eso tenía tan buen aspecto.

Sabe a qué se refiere Luke. Conservado. Un par de días en pleno julio y lo hubiesen encontrado hinchado como el muñeco Michelin. Eso le sucedió una vez con una adolescente que llevaba tres días ahogada. La madre no paraba de repetir: «Que no, que no, que esa no es mi pequeña. Mi niña no está así de gorda, no tiene esos mofletes». Costó dos horas convencerla de lo contrario, y únicamente porque la chica llevaba tatuado un caballito de mar en un tobillo. Gabi lo entiende: una no quiere creérselo. No en la vida real.

—Podríamos pasarle la foto del chico a la prensa —propone Boyd.

—No vamos a difundir la foto —dice Miranda.

—No tiene por qué ser entera. Cortamos solo la

cabeza.

—¿Te lo voy a tener que repetir?

—Era solo una idea. —Se rasca la barba.

—Esperaremos otro día. Ya va a ser suficientemente traumático para la familia sin necesidad de verlo en la prensa.

—¿Puedo acompañarla al forense? Yo lo encontré, me da la sensación de que debería pasar a verlo.

—Por mí bien, Chispitas. Si el comandante de tu jurisdicción te autoriza. Pero te advierto que si vienes tendrás que apechugar con todo. Te usaré.

—Gracias, señora.

—Ovella, ¿puedes contactar con el Centro de Inteligencia de Míchigan? Mike, tú tienes un amigo en el FBI, ¿verdad?

—Yo no tengo amigos, Gabriella, ya lo sabes.

Cierto: lo que tiene son tres hijos y un matrimonio feliz con una directora de recursos humanos. Por eso es un tremendo sabelotodo. Se lo

puede permitir.

—Si pudieses hablar con alguien que tenga acceso a una base de datos mejor que la nuestra, sería de gran ayuda. Y te ganarías una cerveza.

—Que sea un pack de seis.

—Bueno, señores, ¿todos de acuerdo? Si encontráis algo hacédmelo saber cuanto antes.

—¿Y si se nos acaban los minutos de la tarjeta y tenemos que hablar por radio? —pregunta Chispitas.

—Usa un código.

—¿Qué tal «Faline»? —dice Croff mientras teclea en su smartphone.

—¿Eso qué quiere decir?

Croff les enseña la pantalla.

—Es la novia de Bambi en la película. O sea: tú ahora mismo, Gabriella.

El estallido de risas es tan unánime que decide no darle importancia.

—Perfecto. Que sea Faline. Todos los demás

investigamos en el resto de jurisdicciones. Fiambres parecidos, modus operandi, conexiones de todo tipo. Comenzad por las cercanías y luego id hasta donde haga falta. Nuestra mayor prioridad es identificar el cuerpo y localizar el resto. También el del ciervo. —Lo escribe en la pizarra. La tinta del rotulador se acaba en mitad de la frase «localizar el resto». Lo lanza contra la pared—. ¿Es que en este sitio no hay un puto rotulador que funcione?

Antes

Historia del arte

Clayton se sumergió en el trabajo. De lo contrario tenía demasiado tiempo para pensar, sobre el parabrisas resquebrajado, la abolladura

en la rejilla y la sangre en la lona de la parte trasera de su camioneta. Todo formaba un batiburrillo en su cabeza. Los recuerdos eran como pececillos de plata que salían disparados a esconderse en rincones oscuros. Era más fácil mirar para otro lado que tratar de atraparlos.

(No mires en el congelador).

Además, el trabajo iba rodado. Estaba inspirado como no lo estaba desde que tenía veinte años, cuando era demasiado joven y estúpido como para tener dudas sobre lo que hacía. Era capaz de abandonarse a ello, bucear en la parte más honda del lago: el mismo embotamiento en la cabeza, la presión en los oídos, el dolor en el pecho, la falta de aire.

Cuando emergió, cegado por la luz del fluorescente del sótano, habían pasado horas. Días, quizá. Su cuerpo se reajustó, con sus fastidiosas necesidades. El estómago le rugía hambriento, la espalda le dolía, tenía las manos

acalambradas y cubiertas de nuevos callos. Pero había completado una nueva obra hecha con materiales nuevos, por fin había utilizado todas las cosas que había ido atesorando en el sótano a lo largo de los años; obras modeladas con arcilla, alambre, papel de periódico y trozos de madera inservible. Un trabajo extraño y hermoso como no había logrado nunca. La escultura que le había prometido a Patrick languidecía en el patio intacta. Ahora le parecía burda y tosca. Pero no estaba seguro. No se fiaba de su criterio. Igual se estaba volviendo loco, decidió.

La última vez que sufrió aquellas lagunas mentales fue casi diez años atrás, cuando bebía demasiado en el piso de Eastern Market. Se acopló a aquellos chavales porque su entorno parecía más vivo e intenso: una auténtica escena artística, como París en los años veinte, Nueva York en los setenta o Berlín en los noventa. Pero no encajó. Era demasiado viejo, su obra

demasiado extraña, no sabía cómo hablar con la serie interminable de chicas tatuadas y de melena brillante que pasaban por allí para posar en retratos o ser fotografiadas, generalmente en toples, cuando no desnudas.

No se aficionó al ácido ni a ninguna otra droga, por más que circularan entre los chicos. Coca, speed, ácido, mescalina. Aquellas fiestas a las tantas de la noche en las que él era quien estaba fuera de lugar, sentado en el sofá solo. Se acomodaban a su lado y ni le hablaban. Bebía para hacerlo más llevadero y se despertaba sin saber qué había sucedido la noche anterior, entraba tambaleándose en el salón compartido y percibía las malas vibraciones. Se pasaba el día angustiado, a la espera de que viniese alguien y le recriminase por lo que había hecho. Alguna cosa inapropiada, se decía, algún chiste estúpido que todos se hubiesen tomado demasiado en serio.

Pero no había bebido. Ni dormido, ni comido, ni

se había tomado las pastillas para el dolor. Evitó abrir el congelador, tras haber quitado las finas estanterías de plexiglás y dejarlas junto al aparato. También se esforzó por no mirar las manchas negras de la pared, que parecían agrandarse cuando pasaba por delante. Un efecto lumínico, moho de los periódicos amontonados en el pasillo en pilas a punto de derrumbarse.

Abrió una lata de judías en salsa de tomate y la vertió en un plato que metió en el microondas. El aparato zumbó y la bandeja de cristal dio vueltas y vueltas hasta que ¡PING! La normalidad de aquello lo reafirmó, aunque el acto de comer se le antojara repulsivo. Embutirse la cucharada en la boca, masticar la pulpa blanducha, la lengua moviéndose adelante y atrás hacia la garganta, tragar... Todo era automático, como si funcionase por medio de la memoria muscular de quien hubiese sido en el pasado. Se tanteó en el bolsillo en busca de cigarrillos y se dio cuenta de que no le apetecía

fumar; aquel sabor químico en la boca, la manera en que lo dejaba sin aliento.

Se sentía distinto. «Distinto». Lo pronunció en voz alta. Las palabras sonaban extrañas. El significado se desplegó. Era como si Clayton fuese el pellejo y los huesos con los que cargaba.

(No mires en el congelador).

Tenía que hornear aquellas figuritas de arcilla (las que no recordaba haber modelado, pero eso no era raro). Por eso no suele trabajar con arcilla, porque no tiene horno, pero cree que Miskwabic Pottery le dejará usar el horno de cerámica de los alumnos. De vez en cuando los ha ayudado a llenar cajas con baldosas y a trasladar grandes bolsas de arcilla húmeda hasta la casa de Betty Spinks a cambio de clases de cerámica.

Guardó las figuritas y las sacó al garaje sin mirar las grietas tejidas en el parabrisas —tendría que arreglarlo—. Agarró la lona de la parte trasera y tiró de ella para tapar las manchas rojizas.

Al tirar de la puerta del garaje, una parte de él esperó que se abriese a la nada. Pero era un esplendoroso día de otoño, la luz del sol atravesaba las nubes bajas y la luz se diseminaba por todas partes.

Dejó atrás hileras de casas de madera con la pintura desconchada y los jardines invadidos por las malas hierbas, los árboles pelados alzaban las ramas como si desearan horadar el cielo; tomó un atajo por Indian Village, donde las viviendas se fueron haciendo mucho más bonitas y estaban adornadas para Halloween, con calabazas en las ventanas y madejas colgadas a modo de telarañas sobre los enormes y viejos robles y olmos que ribeteaban las avenidas de las casas históricas.

Avanzó por el suelo de grava del aparcamiento del acogedor edificio estilo Tudor y aparcó de cara a la verja, bajo un árbol junto a la carretera, para que la luna rota no se apreciase a primera vista.

El guarda de seguridad gordo le aguantó la puerta mientras entraba con su carga; del interior se escapó un aire cálido.

—¿Le echo una mano, caballero?

—Voy bien —respondió Clayton.

Casi le sonó a verdad, allí en aquella tienda luminosa, con sus expositores de arte y mosaicos artesanales envueltos en un aura iridiscente. Los edificios históricos de toda la ciudad estaban decorados con mosaicos inspirados en la cultura miskwabic, vestíbulos convertidos en geometrías de luz, piedras angulares y rebordes embellecidos con brillantes dibujos. Pero aquí no se vende nada parecido. Lo que tienen son «mosaicos de regalo», con motivos botánicos, devocionales o simplemente geométricos; la panorámica del horizonte de la ciudad, una D de los Tigres de Detroit, números de calles, una pequeña bailarina, calabazas para Halloween. Coge toda la belleza del mundo y redúcela a lo kitsch, pensó.

Dentro, una familia curioseaba mientras un hipster con el pelo alborotado los aleccionaba sobre historia prestándole especial atención a la hija veinteañera. Betty estaba tras el mostrador, el pelo canoso en una trenza no muy apretada, con un jersey rojo y un pañuelo de cuentas multicolor al cuello. Alzó la cabeza al oír su voz y dirigió los ojos por encima de las gafas hacia él.

—¡Que me aspen! Clayton Broom, ¿dónde has estado escondido?

—Traigo esto —dijo con desgana indicando el fardo.

—Ya veo, cariño. ¿Puedes llevarlo a la parte de atrás? Eh, Robin, cuando acabes de flirtear, ¿podrías ocuparte de la caja?

Clayton siempre la había considerado una ricachona sensata.

—Claro, Betty. —El jovencito del pelo arremolinado lo saludó con un gesto amistoso de la cabeza, pero su atención ya pasaba de nuevo a

la hija, que *no puede perderse* los pendientes que tienen en el expositor.

Clayton los observó dando vueltas el uno alrededor del otro con la indiferencia documental de quien no tiene dos dedos de frente.

Betty atravesó la sala de horneado, dejó atrás los dos hornos industriales situados uno junto a otro como una clase de historia (el viejo horno de ladrillos con las señales de quemaduras en la parte de delante y el agresivo horno de brillante acero), hasta llegar a su despacho.

Despejó el escritorio, depositó sus archivos en una silla para que cupiese la caja.

—Y bien ¿qué tenemos aquí? ¿Puedo echar un vistazo?

Pero ya estaba tirando de las lengüetas de cartón y sacando una de las figuritas, una mujer con cabeza de pájaro, una especie de esbelta bailarina de Degas, con los brazos extendidos como si pudiese echar a volar. En la caja había una

bandada entera con distintas caras.

—Uf —dice, pero Clayton se dio cuenta de que estaba impresionada—. ¿Has estado practicando?

—Probando cosas nuevas.

—Eso es importante. He hecho que mi nieta pruebe la cerámica y ahora sus padres se quejan de que no tienen sitio para tanta obra maestra.

—Me sucede lo mismo. No tengo sitio. Ha sido una... racha. Me ha salido de dentro. No deja de salir.

—Vaya, eso está genial. Si te queda algo de polvillo mágico del que te dio el duende, dímelo. Yo también he estado experimentando. ¿Qué opinas? —Le indicó con un humilde gesto de la cabeza la encimera del área de trabajo donde, junto a un portátil desvencijado, había un elaborado jarrón de pliegues superpuestos y barnizado en delicados verdes y blancos que viraban al rosa oscuro en el borde superior—. He estado jugando con las formas de la naturaleza.

Flores, insectos, anémonas marinas.

Clayton examinó aquel jarrón decorativo, el remolino de pétalos que se desplegaban desde la base.

—Es bonito —acertó a decir, y acto seguido le espetó—: Betty, creo que tengo un tumor cerebral.

El semblante de ella se dulcificó.

—Vaya cambio de tema, querido. ¿Has ido a que te vea un médico?

Clayton negó con la cabeza.

—No me fío de los médicos. Todos trabajan para las compañías farmacéuticas. Pero mi viejo murió de cáncer de páncreas, conozco los síntomas. Llevo tiempo sintiéndome inquieto y veo cosas. Me lo noto, Betty, como si tuviese un pulpo dentro de la cabeza llenándolo todo con sus tentáculos.

—Siéntate, Clayton. ¿Quieres un café? Sabe a gasolina, pero te levantará un poco el ánimo.

Clayton se hundió en una silla junto a la puerta, más baja de lo que esperaba. Ella devolvió con

cuidado la figurita a la caja, tratando de no estropearla, y luego se sentó a su lado en el borde del escritorio.

—¿Duermes últimamente?

—No lo sé. —Se corrigió—: Supongo que sí, he tenido sueños. Pesadillas. Gente con cabezas de papel maché. Monstruos en el bosque.

—Te has entregado a la dejadez, querido. Deberías volver a casa y descansar un poco, come algo y luego vete al médico. Que te hagan pruebas. Seguro que no es un tumor. —Le apretó con fuerza el hombro. Él percibió la fuerza de aquellos dedos huesudos, como de coral—. Vete a casa y cuídate. ¿No tienes a nadie que te pueda echar una mano?

Asintió mientras luchaba por contener las lágrimas. La compasión era terrible. Betty era lo suficientemente sabia como para advertirlo. Cerró la caja y cambió de tema para centrarse de lleno en los negocios.

—Bueno. Deja esto aquí y yo me encargo de que

lo horneen. Te aviso cuando estén listas para barnizar, a menos que quieras dejarlas tal cual, cosa que no quedaría mal. ¿Quieres pagar ahora o al entregar?

—Te pago ahora. No puedo garantizarte que tenga dinero luego.

Se levantó para rebuscar unos billetes arrugados en el bolsillo.

—Como prefieras, querido. Veinte pavos. Si quieres pagarme ahora, perfecto. Si quieres pagar en especies más adelante tampoco hay problema. Bien sabe Dios que el almacén necesita una limpieza. Lo tenemos lleno de cajas de existencias, ya no sé qué está roto y qué es de la temporada pasada.

—Te pago ahora, estoy boyante. —Era mentira, pero no quería debérselo. Aplanó el billete sobre el escritorio y aplastó con los dedos las dobleces. El tacto como de ala de polilla le dio dentera—. ¿Alguna vez te has planteado hasta qué punto es

rígido este mundo?

—La arcilla no lo es. El material con el que trabajamos, quiero decir, no tú.⁸

—Pero yo también soy rígido. Todos estamos encasillados en lo que somos. Tomemos esto, por ejemplo. —Levantó el billete.

—Esa es mi intención, tomarlo, querido.

—No es nada. Pero la gente cree en esto. El dinero manda. Esto es lo que define el valor de las cosas. Esto es lo que tienes, el sitio en el que estás, lo que eres, lo que puedes ser. El dinero es un sueño que se ha hecho definitivo por su cuenta. —Se dejó llevar, la lengua le iba a mil por hora. Le sucedía a veces, cuando hacía tiempo que no trataba con gente—: ¿Conoces la anécdota de Miguel Ángel?

—¿Que era homosexual?

—Eso no. Lo de la Pietà, la Virgen y Cristo. Cuando acabó de esculpirlos, se echó hacia atrás y gritó: «¡Habla!». Esperaba que su obra de arte

cobrase vida. Pero no lo hizo. ¿Cómo puede ser?

Estaba de nuevo al borde de las lágrimas.

—Creo que Dios es el único que puede insuflar vida al barro, querido. Y estás equivocado en lo del encasillamiento. —Dio unos golpecitos a la caja llena de mujeres-pájaro—. ¿Ves esto, listillo? ¿Tú ves lo lejos que has llegado, cuánto has evolucionado como artista? Un artista tardío, es cierto, pero has trascendido tu ser, Clayton Broom. No me vengas a hablar de rigideces.

Él asintió mientras trataba de recordar cómo se fingía la alegría, los músculos faciales concretos que entraban en juego.

—Gracias —logró decir.

Pero se preguntó si aquello era lo que quería realmente.

Trayectorias

Gabi ha descubierto que hay trayectorias que se cruzan con nuestras vidas y unen distintas cosas. A veces de un modo literal, como la cicatriz que tenía Bambi bajo el brazo.

Pocos años antes había tantos cuerpos no reclamados en la morgue del condado de Wayne que el ayuntamiento tuvo que alquilar un almacén para camiones y guardarlos todos allí, apilados en tres alturas, como un desayuno de tortitas, con la única diferencia de que las tortitas no llevan etiquetas colgadas del dedo gordo del pie. No era porque nadie los quisiese lo suficiente como para

ir a recogerlos: las familias tenían que ahorrar para poder pagar los funerales.

Luego abrieron un laboratorio adicional de patología en la universidad, así que Bambi será lo bastante novedoso como para que le den prioridad. Las nuevas instalaciones huelen todavía a muerto, a formol y a productos de limpieza, y está ese regusto metálico peculiar que se le queda a una en la parte posterior de la lengua. Los corazones continúan haciendo el mismo ruido pastoso al caer dentro de un cubo repleto de órganos. Los cadáveres tendidos en las mesas de metal siguen siendo carcasas vacías.

—Hipotecas ejecutadas —le comenta a Marcus.

El novato asiente con complicidad, pero no pilla el chiste. Está muy verde.

Boyd se hurga una oreja con el meñique.

—A mí me parece que así son más humanos. Cuando disparas a un animal, aprecias de verdad lo que hacía de él un animal.

—Eso es precioso, Bob, sobre todo teniendo en cuenta que les disparas igualmente. ¿Quieres estarte quieto con el dedo?

—Me pica. —Se limpia la cera en el pantalón—. He visto en una revista un anuncio de velas para los oídos. ¿Tú crees que funcionan?

—¿Por qué no las pruebas y luego nos cuentas?

Alrededor de su fiambre hay una pequeña multitud vestida con ropa quirúrgica. Sabe que se trata de Bambi por el hueco de quince centímetros que separa las partes del chico y del ciervo bajo la sábana.

El doctor Mackay manipula aquí y allá bajo la sábana hablando en voz baja. Parece sacado de otro siglo, la frente marcada por unas arrugas tan profundas que uno podría hacerlas sonar como un LP si tuviese un tocadiscos a mano. Lleva años intentando retirarse, pero le siguen pidiendo que vuelva. Detrás tiene dos policías que estiran el cuello para ver bien.

—Fuera de aquí, chicos. Este caso no es vuestro.

—Solo queríamos echar un vistazo. Esto es una majadería de tres pares de cojones, agente.

—Que sí, que sí, es el colmo de las majaderías. Ahora, aire.

Boyd hace el gesto de dirigirse hacia ellos, y su volumen es suficiente para que se larguen.

—¿Deja que entre cualquier mirón, doctor Mackay? ¿Cobramos entrada? —le espeta Gabi.

—Traían un cuerpo, inspectora, igual que usted. Un poco menos recortado que el suyo. —Suena como si la culpase personalmente por eso—. Y el resto son alumnos. Hay mucho interés en este caso, como puede figurarse. —Asiente en dirección a los aludidos—: Pueden marcharse.

Boyd se tapa la nariz.

—¿No lo ha lavado?

—Lo hemos lavado con la manguera de chorro a presión. Lo que huele usted es el contenido del cubo. Ácido estomacal, bilis y heces. Relleno. Su

asesino no se esmeró demasiado.

—¿Necesitas brillo de labios, Chispitas? —
bromea Boyd con Marcus, que respira con fuerza
por la nariz.

—No, gracias, señor. Estoy bastante interesado
en la autopsia.

—¿No lo estamos todos?

Mackay retira la sábana y deja al descubierto el
cuerpo, ya abierto. Las excavaciones humanas: la
violación inopinada de la integridad del cuerpo.
Todos observan la cavidad abdominal.

—Muy desmañado. Fíjense aquí, donde seccionó
el estómago. Lio una buena.

—No es un cazador. Un cazador no evisceraría a
nadie con tanta torpeza —dice Boyd.

—A no ser que tuviese prisa. Además, me
atrevería a decir que hay un montón de aficionados
correteando por el bosque con semiautomáticas
que no serían capaces de diferenciar el culo de un
ciervo de la cabeza. —Gabi empuja con el pie el

cubo que hay debajo de la mesa. Está lleno de pelotas de papel y de una tela escamosa, manchada y hedionda—. ¿A qué se refería con «relleno»?

—A primera vista parece papel de periódico, aunque tenemos que enviarlo a analizar. Se usó para rellenar la cavidad, probablemente para mantener la forma después de sacar los órganos antes de ensamblar las dos partes.

—Necesitaba que tuviese buen aspecto —aventura Gabi.

—¿Por qué papel de periódico? —pregunta Chispitas.

—Lo que tenía más a mano. Estoy convencido de que no es lo que usan los taxidermistas profesionales. ¿Qué utilizan? ¿Serrín? ¿Gomaespuma emulsionante?

—A mí no me preguntes. Ese tema se lo encomendaste a Stricker —se justifica Boyd.

—Creo que hacen moldes. Mire, aquí tiene su herida mortal. —Señala un agujero de sangre

costrosa a media altura de la nuca—. Un traumatismo producido por un objeto afilado seccionó la vértebra. Podría ser un martillo o un cincel, pero le aplicaron una fuerza extrema y el amoratamiento de esa zona indica que se trata de un aparato mecánico, probablemente neumático. Diría que fue una especie de pistola de clavos, y es algo que le comento a usted pero no pongo en el informe porque entra en el campo de la pura especulación. Si consiguiese traerme el clavo sería genial. Pero como puede ver por el desgarró del tejido, se lo arrancaron. Puede que con unos alicates.

—¿Es difícil hacerse con una pistola de clavos?

—pregunta Gabi.

—Las ferreterías las venden a miles. Haré unas comprobaciones —interviene Boyd.

—Y aquí viene la parte más jugosa. ¿Ven la juntura por donde lo unieron al ciervo? Tuve que sajarlo, pero pueden apreciar en la intersección,

aquí, que el tejido está fundido.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Un adhesivo con resultados de cirujano plástico, pero algo distinto. Lo cierto es que es extraordinario; una reacción química ha provocado que las proteínas revienten y se mezclen entre ellas. Como si la carne se hubiera soldado. He enviado correos a varios colegas a propósito de esto.

—Soldadura. Pistolas de clavos. El puto Manny Manitas anda suelto —comenta Boyd.

—Me hace gracia cómo intentó tapar la hendidura cepillando el pelaje del ciervo hacia arriba. Es un toque imaginativo. Ah, y tengo otra cosa interesante para usted. Le va a encantar.

—Ay, Dios —dice Gabi.

Mackay levanta el brazo delgaducho del chico para revelar los pliegues recónditos de la axila, con los primeros rizos de vello pubescente. Por algún motivo, parece más invasivo que verlo ahí

tendido abierto en canal, así que la reacción instintiva de Gabi es apartar la mirada.

—Mire —insta Mackay, así que tiene que hacerlo. Bambi tiene una cicatriz antigua en el tríceps. Un trozo abombado de tejido cicatrizado justo encima de la axila, como una margarita—. Por aquí es por donde salió la bala. Medio centímetro a la derecha y habría entrado de nuevo en el cuerpo, directo a la cavidad torácica.

No tuvo tanta suerte esta vez, piensa Gabi.

Clavos y agujeros

—Deja de tontear, ese no vale la pena.

Cas se apoya sobre Layla, le aplasta el pecho contra la nuca, y le quita el ratón.

Su mejor amiga lleva una máscara de gato de plástico, porque es lo único que quedaba en la juguetería. Necesitaban algún tipo de disfraz, y aquello era más barato que las caretas de Guy Fawkes, que de todas formas se manufacturan en una empresa explotadora china. La máscara le da a Cas un aire de superheroína loca buenorra: la Cachorrita Vengadora, mientras que Layla parece una capulla. Como es habitual.

—Ey. A lo mejor quería hablar con él —dice Layla al tiempo que Cas clica para librarse del guaperas de pelo desaliñado y gafas. Eso en el mejor de los casos, porque a ver, que Lay tampoco es ningún partidazo. No hay más que preguntarle a Dorian. Solo con oír su nombre ya le da un vuelco el estómago.

—No estamos aquí para eso. Y, por favor. Esas

gafas eran tan de postureo...

Clica siguiente, siguiente, siguiente, atravesando la lista de cámaras en vivo. Una chica tocando la guitarra, murmurando una canción fuera de tono con la cara oculta bajo la melena. Un chavalín repantingado sobre un revoltijo de sábanas de Batman jugando a la consola sin siquiera levantar la mirada. Seguramente se ha olvidado de que se dejó la cámara encendida. Un chico con acné diseminado por toda la cara como una serie de constelaciones que sonrío a la cámara cuando las ve y alza una mano, pero Cas ya lo ha pasado con un clic.

—Da asco que ni siquiera ordenen la habitación —se queja Layla. Aunque no está mal saber que todos son unos patanes. El desastre de vida de todos y cada uno ahí expuesto a la vista del mundo entero, como si tuviesen su reality privado. No puedes mirar hacia otro lado. La ruleta de la conexión humana.

—¿Es que tú la ordenas, doña Perfecta? —le espeta Cas.

—Tengo una inclinación natural por la limpieza. Y quítame las tetas de la cabeza. ¿No puedes deshacerte de ellas? —La empuja sin demasiada convicción.

—No puedo hacer nada. Tienen vida propia.

Clic. Clic. Clic. Siguiente. Siguiente. Siguiente.

—Deberían tener su propia bandera nacional y su Constitución —refunfuña Layla—. Tengo que hacer los deberes ya.

—¿Qué deberes?

—Los ejercicios de historia. Colonialismo belga en el Congo.

—Eso lo has escogido tú, no me creo que el señor Jeffries te asignase ese tema —la acusa Cas.

—Quiero aprender algo sobre la historia de los míos.

—Yo estoy más preocupada por mi presente. Y tú solo eres mitad afroamericana. Me río yo del

Congo. —Cas se detiene—: La-hos-tia.

Un hombre de mejillas cinceladas se está maquillando, una buena capa de sombra de ojos brillante y pestañas postizas que se le rizan hasta casi tocarle las cejas.

—Ey, guapitas —dice un poco desilusionado—. Me gusta vuestro disfraz. ¿Queréis hacerme compañía mientras me arreglo?

—Perdona, RuPaul, pero vamos de farol — replica Cas.

Siguiente.

—Parecía guay.

—Sí, claro. A ver si podemos volver más tarde. Clama al cielo que necesitas consejos para maquillarte.

Y entonces Cas da con lo que estaba buscando. Tampoco era tan difícil de encontrar. A Layla le sorprende que hayan tardado tanto. Él también ha estado clicando, tumbado en la cama sin camiseta. Tiene una expresión franca y lleva la cara al

descubierto. Igual que la salchicha pálida que le cuelga fuera de los tejanos, semierecta. Pero se incorpora cuando las ve.

—Vaya, holita, soldado —saluda Cas con un ronroneo digno de Lana Del Rey.

—¿Qué hay? —acierta a decir el chico.

Han visto algo de porno. Layla ha visto un montón de penes. Pero le siguen pareciendo fascinantes en su interminable variedad. Como las habitaciones desordenadas.

—¿A qué vienen las máscaras?

—Son para enseñarte las tetas mejor —responde Cas en el mismo tono sensual fingido, y Layla tiene que contenerse para no soltar la carcajada—. ¿Cómo te llamas, cariño?

—¿Por qué?

Se la menea con la mano, arriba y abajo. Enseña los dientes entre la sonrisa y la mueca.

—Para poder gritarlo cuando piense en ti más tarde.

—Gavin. Venga.

—¿Ahora? ¿Quieres decir ahora mismo? —Cas ladea la cabeza hacia Layla, exagerando el gesto para que el sentido quede claro pese a la máscara, como si no diese crédito a lo que está oyendo.

—Las tetas. Enséñamelas... —jadea, la mano es un borrón. Su cámara barata no tiene suficiente resolución.

—Tú primero. —Cas se inclina frente a la cámara apretando los hombros para subrayar el canalillo.

—¿Qué?

—Enséñame las tetas.

Disminuye la velocidad, vacilante.

—¿Quieres que...?

—Enséñame las tetas, cariño. Enséñame esos pezones de macho. Eso es lo que me pone. Seguro que los tienes pequeños y prietos, como clavos, ¿a que sí?

—¿Qué? —repite el otro. La mano va más lenta.

—Clavos. Esas cositas brillantes de metal que llevan los zapatos y las chaquetas, ¿sabes? En plan moda militar y tal —añade Layla servicial.

Cas le da un golpe con el hombro para que corte el rollo y se ciña al guion. Pero Layla está harta del guion y de las humillaciones mezquinas en las que se recrea Cas.

—Hmmm, ¿qué?

Parte del riego sanguíneo parece reconducirse hacia el cerebro a la vez que va entendiendo que no van a cumplir.

—¿Por qué no dejas de repetir eso? —se burla Cas—. Qué. Qué. Qué. ¿Es que no vocalizo lo suficientemente bien para ti? No sufras, hombretón. Bueno, no es que se te pueda aplicar ese apelativo, ¿verdad? Hombrecito por debajo de la media. Pero eh, tú no tienes la culpa de que tu polla parezca la de un retrasado.

—Que os follen. Que os follen, zorras.

Se la guarda en los pantalones mientras estira la

otra mano hacia el ratón para cerrar la ventana. Pero Cas logra decir la última palabra.

—No con esa cosa, gracias. Pero no te preocupes, Gavin, hemos estado grabándolo todo. Mañana esto va a ser viral.

Es una mentira flagrante, pero él no lo sabe. Mira con los ojos desorbitados como un pez que se asfixia.

—No, esperad...

Cas cierra la ventana y se tira en la cama de Layla a punto de chafar a NyanCat, que abre un ojo con cautela y enrolla la cola de forma que le toca el hocico.

—¡Oh, Dios mío, ha sido histórico! His-tó-ri-co. ¿Verdad?

—Sí, bueno —responde Layla resignada. A continuación se rebota con indignación—: Y no puedes decir «retrasado», Cas.

—Venga, se lo estaba buscando, y por favor, zorra, no es más que una palabra. ¿No te parece,

NyanCat? —Le rasca la cabeza con un nudillo. La levanta y le acaricia con la nariz la cara. NyanCat patea en el aire, asustada, luego se relaja y se deja hacer, ronroneando. Típico. Ni siquiera los felinos son inmunes a la avasalladora personalidad de Cas —. Sé qué te puede animar.

—¿Ver una película?

—¡Hacerlo otra vez!

—¿Se te ha olvidado que tenemos deberes?

—¿No cuenta como sociología? Estudios de género o lo que sea.

—Sí, claro, lo voy a incluir en mi solicitud universitaria.

—Igual vale, si das con la fórmula adecuada, ya sabes.

—No soy ninguna mema, Cas, a mí no me la vas a dar.

—Ey, chicas. —Su madre abre un poco la puerta.

—¡Mamá! ¡Se supone que tienes que llamar! — Layla se arranca la máscara, a sabiendas de que

eso la hace parecer más culpable.

—¿Para que podáis salir del porno? LOL.

A Layla esto le da auténtico repelús.

—¡Por Dios, mamá! Nadie dice eso. ¿Qué quieres?

—Ey, señora Versado. Estábamos ensayando nuestro papel. —La saluda con la mano y sin quitarse la máscara. Se emociona con la madre de Layla igual que lo hacen los chicos con sus pechos.

—¿Con máscaras?

—Nos ayuda a meternos en los personajes. Es un ejercicio de teatro —contesta Cas locuaz.

—Venía a ofreceros un chocolate.

—Sí, claro, mamá. ¿Qué quieres realmente?

—Necesito que me ayudes con el ordenador. Y luego puedo traeros el chocolate. Si es que estáis haciendo los deberes de verdad y no trasteando con internet.

—¿Qué te ha pasado esta vez?

—No se conecta. Y los del trabajo nada.

—¿Nada qué? Acaba las frases, mamá.

—Que no funcionan. No funcionan tampoco. Qué humor tenemos esta noche. ¿Problemas con chicos? Porque, ya sabes: YOLO.⁹

—¡Mamá! Dios. Vale, voy. Pero no digas nada más, por favor. Nada de postear de coña en mis cuentas, ¿eh? —Se despega del escritorio.

—¿Haría eso yo? —Cas pestañea con inocencia —. ¡Adiós, señora Versado!

Layla se abalanza sobre el portátil de su madre en el salón.

—¿Qué le pasa?

—Estoy buscando fotografías de cadáveres y no me salen más que dibujos infantiles.

—Vale, ya veo el problema. Tienes activada la búsqueda segura. Vuelve a introducir tu búsqueda. ¿Cómo era?

—Cadáveres más animales.

—No pienso escribir eso. ¿Qué es lo que buscas en concreto?

Su madre suspira.

—Cadáveres fuera de lo común de los que se haya informado en los últimos años. Híbridos animal-humano. Proyectos extraños de taxidermia en Michigan y alrededores.

—¿Es el chico?

Layla posa la mirada sobre la Nikon que su madre usa para hacer sus propias fotos de la escena del crimen, el lector de tarjetas conectado al puerto USB.

—Es un caso, Lay. No hagas preguntas.

—¿No tenéis una base de datos policial para cosas así?

—Claro. Tan útil como de costumbre. Ya he enviado una solicitud al Centro de Inteligencia de Michigan —responde sin poder contener el sarcasmo.

—¿Y aquellos nuevos ordenadores tan

sofisticados?

El nuevo cuartel de Seguridad Pública parece sacado de TechTown, todo gris y azul, cemento y cristal, con un parque lo suficientemente grande como para aparcar furgonetas de la prensa. Dentro hay una zona de recepción como Dios manda, con sofás cómodos y vitrinas de recuerdos y trofeos, salas de reuniones equipadas con aparatos audiovisuales, un gimnasio con televisores sobre las cintas de correr, una máquina de café de verdad... y los escritorios de los agentes, en cubículos grises deprimentemente idénticos.

Layla siente algo cercano a la nostalgia por la vieja jurisdicción de Beaubien, donde a veces pasaba ratos haciendo los deberes en un rincón del despacho de su madre, entre paneles de madera, cristal esmerilado, archivadores negros enormes y el ordenador que solo servía de pisapapeles. Y, claro, vale, un suelo de flores que daba ganas de vomitar, la asquerosa sala de interrogatorios del

tamaño de un armario, en cuyas paredes la gente escribía mensajes como «Emmie, lo siento tanto, no era mi intención que las cosas fueran así, Dios es amor, por favor, Dios, ayúdame».

Recuerda cómo se quedó cuando, a los trece años, vio una foto clavada en el tablón en la que aparecía el cadáver de una mujer desnuda despatarrada como una estrella de mar, la cámara enfocada directamente a su pubis. Alguien había escrito en bolígrafo encima: «Asesino: ¿Bob Esponja?». Su madre arrancó la foto de allí, haciendo que las chinchetas rojas saltaran y rodaran por el suelo. «Perdona, garbancito. Haz como si no lo hubieses leído. Humor estúpido de polis».

Eso se lo conoce al dedillo. Proviene de una larga y orgullosa estirpe por parte de padre. Su bisabuelo fue bombero, el hijo de este fue sargento, y luego el padre de Layla se volvió un traidor y se fue a la seguridad privada, aunque es

menos peligroso, está mejor pagado y cuenta con prestaciones. Sabe que se supone que debe continuar con la tradición porque lleva lo de ser policía en la sangre, pero en lo que a ella respecta, es un asunto de testosterona. Como los parásitos que contagian los gatos y que controlan la mente. Toxoplasmosis. Si la vida está determinada por señales químicas, las suyas le están diciendo: venga, muévete, muchacha, vete de Motor City. En cualquier lugar mejor que aquí. Lo que sea menos policía.

—Nuestra sofisticada red tiene un sofisticado virus. Alguien estaba descargando porno y tenemos un espartano o algo así.

—Troyano —corrige Layla automáticamente.

—Lo mismo me da un griego que otro.

—¡Mamá! —se queja Layla encogiéndose.

—Los tíos del servicio técnico juran que mañana estará arreglado, pero mientras tanto...

—¿Es que no puedes echar a todos los policías

inútiles y ya está?

—No quedaría nadie. Vamos, garbancito, siempre me dices que en internet se puede encontrar lo que sea.

—En ese sentido es como el universo, siempre en expansión. Pero la mayoría son fanáticos y perturbados, te lo advierto, mamá.

—Creo que mi asesino encajaría en esos criterios.

Layla obtiene los resultados de la búsqueda.

—Bueno, allá vamos. Animal-humano cadáveres híbridos. Todo tuyo.

—Genial.

Su madre se pone las gafas y escruta la pantalla con los ojos entrecerrados. *La isla del doctor Moreau*, el monstruo de East River, 25 experimentos científicos realmente escalofriantes, aquel ratón horrible con una oreja creciéndole en la espalda, una ardilla de dos cabezas con un vestido y un parasol, entre otros 307.000

resultados, a cada cual más estrambótico.

—¿Qué es...? —Gabi tuerce la cabeza—. Ah. Vale. ¿Se supone que eso es la cola o un tentáculo?

—Voy a excluir «furries» y «hentai» de los términos de búsqueda. A menos que creas que puede resultarte útil.

—No. No lo creo.

—Te estás metiendo en una madriguera chungu, mamá. Buena suerte.

Layla abre la puerta de su dormitorio empujando con la cadera; trae dos cafés solos, porque el chocolate es para los niños, y se encuentra a su amiga sospechosamente concentrada, desplazando hacia arriba los comentarios de un foro con varios gifs más que chocantes.

—Eh, no te vas a creer lo que acaba de decirme mi madre... Ay, la madre que te parió, más te vale que no estés subiendo fotos más a ningún sitio porno para pajilleros idos de la olla.

—Depende. ¿Me dejas alguna de cuando tenías diez años? —replica Cas con una sonrisa.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Troleando.

—No vamos a hacer eso.

—Pero la pequeña SusieLee ya tiene dos mensajes.

—Necesitas otras aficiones. Lo suyo sería una relacionada con confeccionar articulitos llenos de detalles y que te llevasen muchísimo tiempo para luego venderlos en Etsy.

—¿Como, por ejemplo, tampones caseros con consignas feministas?

—Eres repugnante.

—Y a ti te encanta.

—Sí —admite Layla—. Zorra.

—Putá.

—Te quiero.

—Lo sé.

Soñé que era un hombre.

Martes 11 de noviembre

Tejido cicatricial

La vieja herida de bala en la axila del chico proporciona a Gabi un punto de partida. Seiscientos cuarenta y siete tiroteos sin

consecuencias fatales el año pasado en Detroit. Pero la ciudad no está tan podrida como para que un niño de seis años alcanzado por una bala perdida en medio de una guerra de pandillas no sea noticia. Por lo menos, no de momento. Ayuda que la ambulancia se averiase por el camino y los agentes presentes en el escenario tuviesen que llevar al chaval en coche patrulla hasta el hospital. Hace cinco años, lo que significa que hay que escarbar un poco, pero existe un rastro de papeleo que conduce directamente a la víctima.

Se llamaba Daveyton Lafonte. Once años. Lleva desaparecido desde el viernes tarde. Los padres denunciaron la desaparición a la prefectura número 10, que no había respondido al teléfono cuando Gabi encargó a Chispitas que llamase a todas las comisarías ayer. Achaquémoslo a fallos burocráticos, falta de recursos, falta de presupuesto, falta de puto interés.

Conducen hasta la casa de Ewald Circle con las

malas noticias. La acompañan Bob Boyd, que es sorprendentemente bueno con los pésames (así amortiza el traje) y Chispitas, que está realizando un curso intensivo de conversaciones horribles que jamás hubieras querido tener pero que vas a tener una y otra vez.

Gabi ha ido aprendiendo que la charla trivial funciona como una especie de camino de piedras para salvar la conmoción que se abre entre el «Lamento informarles de que su hijo ha sido asesinado, ¿puedo entrar?» y la brutalidad del «Tengo que hacerles algunas preguntas».

Los cómo que surgen entremedias. Sortear los detalles. Usar vocabulario técnico. «Bisección lateral». «Posible accidente de caza». «Había un animal muerto en la escena». Tantearlos para ver qué saben, cómo reaccionan, porque también los padres son sospechosos. La parálisis de la incredulidad que tendrá que atravesar. El guion oficial no te da más indicaciones.

—¿Tienen alguna fotografía reciente? —les pide Gabi con tanta delicadeza como le es posible.

Sobre el piano, junto a una instantánea inocente y cómica del chico acechando tras la rejilla de un casco de hockey demasiado grande para su cabeza, y a un retrato del colegio hasta la cintura en el que aparece observando esperanzado un futuro que nunca llegará, hay una fotografía de Daveyton con el antiguo alcalde, caído en desgracia y que ahora cumple condena.

La coge. De tan atento, el chico parece preocupado, o tal vez es por la expresión de Kwame Kilpatrick: la frente fruncida, la boca abierta, pontificando. Tal vez su instinto le estaba diciendo que el alcalde era un bribón corrupto y rastro.

—Estábamos muy orgullosos en aquel momento —comenta la señora Lafonte quitándole la foto y devolviéndola al piano. La recoloca y la gira un poco—. Nos estrechó la mano a todos. Para Davey

no significó tanto, claro. Él quería conocer a Steve Yzerman. Siempre fue seguidor de los Alas Rojas de Detroit. Kwame le prometió que se encargaría. Quería jugar al hockey, pero la equipación es cara.

—El alcalde prometió que no volverían a hacerle daño a nuestro hijo —dice el señor Lafonte. Se sienta muy tieso en una tumbona de cuero negro que no está diseñada para esa postura.

La señora Lafonte emite un sonido estrangulado de pajarillo. No parece darse cuenta, como si su cuerpo fuese algo ajeno a ella. Marcus se mira los zapatos, conmovido. Se produce una pausa espantosa.

—¿Les apetece un café? —pregunta la madre de Daveyton, aferrándose al ritual social.

—No, gracias. —Dios, odia esta parte del trabajo—. ¿Toca? —Señala el piano.

—Antes sí —responde Lafonte, agradecida por la pregunta—. Una vez toqué con la Orquesta Sinfónica de Detroit. Pero eso fue antes de la

artritis. Siempre deseé que a Davey le gustase, pero le interesaban más esos bichitos guerreros, ¿cómo los llaman?

—¿Pokemon? A mi hija le gustan —apunta Gabi.

Layla tenía tres o cuatro años, de modo que solo pillaron los coletazos de la moda, pero recuerda lo pesada que se ponía cuando atravesaban el pasillo de los juguetes. Había tantas cosas que William y ella intentaban controlar. Con lo fácil que era cambiar de canal y poner *Barney y sus amigos*. Sostenían largas discusiones sobre si debían dejarla jugar con Barbies o con pistolas de juguete, y sobre por qué no había una Barbie policía con pistola. Pero luego Layla comenzó a desarrollar sus propios gustos y opiniones, el mundo entero le entraba por los ojos de golpe y ya no pudieron hacer nada para protegerla.

—Battle Beasts —dice el marido, neutro.

—¡Battle Beasts! Eso es. Compras los muñecos, pero luego se supone que has de tener un teléfono a

la última con el que interactuar para luchar con otros chicos. ¿Seguro que no les apetece tomar nada?

—Esto es demasiado. No puedo... —empieza el señor Lafonte.

—Los primeros días son cruciales. ¿Por qué no le indica al agente Jones dónde está la cocina y él nos hace un café? Y también podrían enseñarnos el cuarto de Davey.

Están buscando indicios de un hogar infeliz, señales de violencia, puertas ocultas, habitaciones secretas, sótanos cerrados con llave, olor a sangre o lejía.

—No, no, yo haré el café. Creo que me irá bien mantenerme ocupada, ¿sabe? —Les dedica una frágil sonrisa—. Esperen un momento, vuelvo enseguida.

Pero empieza a subir alelada las escaleras que llevan a la planta superior. Marcus hace un amago de seguirla para reconducirla hacia el sol que

entra por las ventanas de la cocina, pero Gabi niega con la cabeza. Déjala.

—¿Podríamos ver su habitación? —insiste Gabi.

—¿Está segura de que es nuestro chico? —pregunta el señor Lafonte, atreviéndose a pensar que la noticia que ha traído a su casa es incorrecta.

—Tendrán que identificarlo. Creo que podría hacerlo usted, señor Lafonte. No hay necesidad de hacerle pasar otro mal trago a su esposa. —Lo mira a los ojos—. Pero sí, estamos seguros.

El hombre se desinfla de esperanza como un globo de helio. Parece que fuese lo único que lo mantenía erguido. Los hombros le cuelgan y se encorva, el cuerpo entero se desmorona.

—Nos mudamos aquí para alejarnos de todo esto. Después del tiroteo. Este es un buen vecindario. Se supone que en los barrios buenos no pasan estas cosas.

—En todas partes suceden cosas malas, señor Lafonte. Discúlpeme, pero tengo una lista de

preguntas rutinarias que necesito que me conteste. Algunas van a resultarle desagradables.

—Mi hijo está muerto, inspectora...

—Versado —completa ella.

Hace un gesto displicente.

—¿Cree que sus preguntas pueden hacerme daño?

De modo que empieza a desgranarlas sistemáticamente. Dónde vieron por última vez a Daveyton. Con quién. ¿Tenía amigos que pudieran ser una mala influencia? ¿Actividad relacionada con pandillas? ¿Algún adulto que manifestase especial interés en él? ¿Tenía aficiones? ¿Había mencionado algún encuentro con desconocidos? ¿Enfermedades? ¿Se medicaba? ¿Se drogaba? ¿Problemas en el colegio o en el barrio?

—¿En este barrio?

A su espalda, la señora Lafonte baja las escaleras trabajosamente con la colada en una cesta de plástico y desaparece en la cocina. Una

rutina, igual que la charla trivial, como vía de escape, porque lo más cómico de la muerte es que la vida sigue.

—¿Tienen trofeos de caza? —pregunta Boyd.

—No. ¿Qué pregunta es esa? —El señor Lafonte cada vez está más desconcertado.

—¿Han salido alguna vez de excursión por el bosque?

—¿De qué va esto? —La indignación endereza la espalda del padre.

—Intentamos cubrir todos los frentes, señor. Seguir todas las líneas de investigación. Es posible que haya sido un accidente de caza.

—¿Qué le ha pasado a mi hijo? Quiero verlo. — Se pone en pie.

—Lo verá, señor Lafonte.

No como ella lo ha visto, evidentemente. Los Lafonte tendrán a su hijo limpio de arriba abajo, con una pudorosa sábana de plástico para tapar el lugar donde estaban las piernas. Sin embargo, se

darán cuenta de inmediato. La visibilidad de la ausencia.

—Quiero verlo ahora mismo.

Oyen un ruido estridente en la cocina. Marcus reacciona el primero y corre hacia el estrépito. Instinto de poli machaca. Gabi y Boyd han perdido la práctica. Se queda clavado en la puerta al ver a la señora Lafonte con los dientes apretados, aplastando un dinosaurio de plástico contra la rechinante trituradora de basuras. Por todo el lavadero hay trozos de plástico azul con un estampado atigrado. La mujer aprieta el juguete contra las cuchillas, que rechinan a pocos centímetros de sus dedos. El juguete sonríe con expresión idiota y los ojos saltones a pesar de que el plástico blando va siendo cercenado. La cesta de la colada está llena de juguetes.

—Pare, señora Lafonte. Por favor. —Gabi le aparta las manos de la trituradora.

—Ay, disculpe, querida. —La madre de Davey

se da la vuelta con una sonrisa vaga. La conmoción nos lleva a hacer cosas extrañas. Gabi recuerda a una mujer que saltó del porche y dio tres vueltas corriendo alrededor de su casa, como si de aquella manera pudiera dejar atrás las malas noticias. La señora Lafonte le tiende el plástico hecho trizas—. ¿Los quiere para su niña?

La piel que te cubre

Toc-toc. ¿Quién es? Clayton. ¿Qué Clayton? Clayton el que se va para no volver, devorado por dentro por la cosa soñante que dejó entrar en su cabeza y que no contaba con quedarse atrapada ahí, absorbida por la herida abierta de la mente del hombre, ardiendo como un farol en uno de esos lugares fronterizos donde la piel de los mundos es permeable, exactamente como las paredes de un motel barato, si es que las paredes de un motel barato pueden transformarse de vez en cuando en un menisco que uno pueda articular accidentalmente. Lo único que quiere el sueño es volver a casa, y no sabe cómo hacerlo.

El sueño transita por la ciudad en el cuerpo de Clayton, tirando de sus pensamientos como si fuesen hilos en un laberinto por cuyas calles hubiese de guiarlo. Su memoria muscular acierta a llevar a cabo las toscas tareas mecánicas: cambiar de marcha, pisar el freno, obedecer las normas de tráfico. Todas las normas. Todas las que son

decisivas. ¡Coche! ¡Árbol! ¡Semáforo! ¡Parada de autobús! Las cosas son todas una única cosa aun cuando existan categorías, especies entre ellas mismas, porque los nombres las encasillan en categorías y especies incluso más específicas. ¡Anciano! ¡Álamo! ¡Roble! ¡Tupelo! ¡Ciprés blanco! ¡Tilo! La rigidez del mundo es sofocante. Y no obstante..., hay indicios de que se sueña en el mundo. Hay un mundo rico y enmarañado de significado bajo el mundo. Clayton lo sabe.

Los pensamientos de Clayton son cosas borrosas que titilan bajo la superficie y los mantienen vivos a ambos. Ha de aferrarse a ellos para conducirse por el mundo, para hacer que las palabras de Clayton salgan por su boca en el orden adecuado.

A veces los nervios fantasma se activan en la carne reconstruida, como cuando pasa por la esquina del café y la mano se le va a la boca buscando automáticamente el cigarrillo. O cuando se vuelve para contemplar el contoneo de caderas

de una mujer que camina por la calle delante de él.

Hay otros lugares con asociaciones personales intensas, capas de significado diseminadas por la ciudad que la hacen más practicable. Dejan atrás un hospital y el sueño se estremece por culpa del recuerdo que Clayton guarda del olor a detergente. Sábanas echas un guiñapo, manchadas de mierda, sangre u orina. El calor brutal de la lavandería y el vapor que se escapaba de entre las puertas de la secadora. Lo despidieron por robar una sábana sucia y colgarla en una exposición. La llamó «Enfermo».

El sueño se acomoda en los recuerdos de Clayton. Los persigue, y el hecho de que no sean exactamente como el hombre los rememora le da esperanzas, la esperanza de que tal vez el mundo pueda ser retorcido y doblegado.

El sueño es capaz de percibir las corrientes inconscientes que discurren bajo la ciudad como las tuberías del gas que exhalan espesas vaharadas

de vapor a las calles.

Hay líneas de asociación. Hay miedos anidados. El negro puño gigante suspendido de cables en la isleta rodeada de altos edificios, un monumento al boxeador Joe Louis, pero también al poder y al miedo. Las torres cilíndricas de la sede de la General Motors situadas allí cerca, un amasijo de pollas de cristal apretadas entre sí para mayor seguridad, con todas las luces encendidas, irguiéndose desafiantes en la oscuridad.

Las corrientes son burdas y sutiles en las vallas publicitarias que gritan eslóganes que dicen una cosa pero significan otra, aprovechándose de deseos y obsesiones, pero también vivas en los grafitis, las pintadas garabateadas que se contorsionan exigiendo mírame, reconóceme, estoy aquí.

Y el arte lo que más.

El sueño y Clayton se sientan en un frío banco de mármol del patio central del Detroit Institute of

Arts, que Clayton jamás había pisado porque no le agradaba la formalidad, cuando pensaba que el arte debía ser áspero y directo, y contemplan los frescos gigantes de Diego Rivera, que representan hombres y maquinaria y uno siente la agitación interna. Todas las galerías son así, los sueños borbotean bajo la superficie de la pintura, bajo la piel de las estatuas de bronce. Clayton estaba cerquísima. Pero no sabía cómo acceder al otro lado.

El sueño piensa que sí lo sabe. Se necesita vida para crear vida. «Las abejas y las flores», por echar mano de un pensamiento del hombre que habita.

Al final, el sueño tiene que marcharse del museo de arte. Las necesidades del cuerpo son un fastidio constante. De modo que está tras el volante de la camioneta cuando ve al chico medio tumbado contra el lateral de la parada de autobús, con la cabeza apoyada contra el plexiglás pintarrajeado.

Detiene el coche y contempla al chico dormido. No hay nadie más por allí. El chico se remueve y una pierna da unas pataditas por reflejo, como si fuese un conejo o un perro. U otra clase de animal.

Se baja del vehículo y va a buscar algo en la caja de herramientas que el hombre guarda en la parte trasera.

Lo recuerda por un sueño que Clayton tuvo una vez.

—¡Arriba!

Sacude al chico, desmadejado, por los hombros desnudos. Tiene la piel todavía pegajosa y fría tras pasar la noche en el congelador del sótano. La cabeza le baila hacia atrás, y el sueño gime de frustración, sus lágrimas se estrellan como cristal en el cemento, entre los detritos del túnel, la basura y los condones, los neumáticos viejos, restos de tiza de un mural en el que aparece el rostro de una chica, que les sonríe desde arriba

alentándolos con serenidad en la quietud y la oscuridad.

Lo ha traído aquí para quitarle el velo cerca de la frontera física entre Canadá y Estados Unidos, con la esperanza de que las fronteras se superpongan.

No comprende qué ha salido mal, por qué no se levanta, vacilante al principio sobre sus nuevas piernas, quizá, como un fauno, antes de comenzar a dar botes, brincar y volar; luego su ser, el ser que ha creado, desgarraría la piel que se extiende entre los mundos y le dejaría colarse por allí de vuelta a casa. O descargaría los dominios del sueño sobre ellos.

Ha sido más que cuidadoso, más que paciente. La manipulación de la carne es complicada, y presenta sus propios desafíos, pero no es tan diferente de trabajar con metal, arcilla o madera. Ha seguido las instrucciones del paquete de productos químicos con mucho celo. Un día de

preparación, un día para que cuajase. Tal vez ese fue el error. La elección de materiales, el congelador, dejar el ciervo en el frigorífico, el plástico que momificaba al chaval hasta asfixiarlo. Tal vez abrió los ojos en el arcón helado, golpeó con las manos en la tapa, tal vez se despertó y volvió a desvanecerse y ha perdido su oportunidad.

Acaricia el pelaje cerdoso de las patas, que llega hasta la suave piel del vientre del chico, el agujero del ombligo. Toma una de las pequeñas y compactas pezuñas, coge una de las manos del niño y entrelaza sus dedos delgados con los dedos torpes de Clayton. Los aprieta con suavidad. Lo reprende. Levanta ya. Ya está bien de juegos. No tiene gracia. Palabras que conoce gracias a la cabeza de Clayton.

Pero el chico es una cosa muerta y vacía. Lo ha hecho todo mal. Esta estúpida cabeza, estas manos estúpidas. Trata de recordar cómo sobrevivió,

aquel hombre en el bosque y el señuelo de los espacios deshabitados..., una vacante que el sueño se apresura a llenar, una puerta que traspasar.

—Lo lamento —dice el sueño por la boca de Clayton. Y de verdad lo siente, por ambos.

Cuando está a punto de encaramarse de nuevo a la camioneta, duda y recoge del suelo un trozo de tiza rosa. Dibuja el contorno esquemático de una puerta, la tiza se le parte entre los dedos gordos de Clayton. Pero es perseverante, porque tal vez la próxima vez la puerta se abra y el chico se alce vacilante sobre sus pezuñas y dé unos pasos danzarines.

El sueño lo volverá a intentar.

El País de Cualquier Parte¹⁰

No hay ninguna actuación de manual, Gabi lo sabe. Cada caso se define por sí solo. Pero uno empieza con lo que tiene. Trabaja caminando hacia atrás. Rellenando huecos. Daveyton no llegó a casa entre las cuatro y las cinco de la tarde, como solía hacer los viernes. Salió del colegio hacia las tres, según el profesor de ciencias que supervisaba aquel día la quedada, que es como se refieren en la Humboldt Middle School a la hora de atención después de clase; información confirmada por la filmación que han recuperado de las cámaras de seguridad. El colegio no se puede permitir el

mantenimiento de la biblioteca, pero tiene cámaras de vigilancia y detectores de metal. Prioridades.

Lo habitual hubiera sido que fuese caminando hasta la parada del autobús (transporte público: el colegio no dispone de servicio propio) con una compañera, Carla Fuentes, que ese día tenía cita con el dermatólogo y su padre la recogió antes. Lo que significa que desapareció en algún punto entre el colegio y su casa. Ese es el peor de los lugares posibles, ese País de Cualquier Parte.

Han interrogado a los padres juntos y por separado, con un abogado presente y sin él, y se les ha derivado a terapia. Ambos se encontraban en sus respectivos trabajos en el momento de la desaparición de su hijo. Tenían la suerte de contar con ingresos por partida doble. Juliet Lafonte trabaja de administrativa en un consultorio médico, aunque la artritis hace de ella una mecanógrafa algo lenta. Hay testigos de su paradero a lo largo de todo el viernes.

Paul Lafonte se encarga de los pedidos en una imprenta. Su coartada es impecable, rematada con una hoja de horas con su firma. Su empresa ya había impreso un montón de panfletos de «Se busca» que los padres han estado metiendo en los buzones de todo el vecindario. Tendrán que imprimir otros nuevos. En lugar de «¿Ha visto a este chico?», «¿Lo vio?». El carácter definitivo de la conjugación en pasado.

Investigan a los vecinos de los Lafonte, a los profesores de Daveyton, al director, tratando de determinar dónde estaban aquel día, con quién se vio la víctima, si había algún adulto que hubiera mostrado un interés desacostumbrado en él.

Hace acopio de todos los tópicos que no alcanzan para resumir una vida. Era «un buen chico», era «apreciado por los demás», «se esforzaba en clase, pero a veces se despistaba». Sus asignaturas favoritas eran matemáticas y sociales.

Adopta una expresión grave.

—Se recreaba demasiado en lo del tiroteo. Lo había convertido en una celebridad. Eso no me gustaba. Cualquier excusa era buena para enseñar la cicatriz. Se inventaba un montón de cuentos. Decía que era un superhéroe, que la bala era radioactiva y le había dado poderes; luego saltó desde lo alto de las gradas y se rompió un brazo. En otra ocasión, hizo una redacción sobre cómo le habían disparado porque sabía demasiado. Había oído sin querer a un jefeazo planeando la muerte de su madre, porque la habían estado usando como tapadera para pasar droga en su piano. Su madre se libró, pero le rompieron los dedos y por eso ya no podía tocar el piano.

Hablan con algunos de sus amigos del colegio, con el permiso de sus padres y la presencia del consejero. Gabi le pregunta a Carla Fuentes por el camino que suelen tomar los chicos hasta la parada del autobús. ¿Había algún sitio en el que les

gustase detenerse? ¿Un desvío o un atajo que les agradase coger? La niña no sale de su estado de estupefacción durante toda la entrevista. «¿De verdad está muerto? ¿De verdad, de verdad?».

Los niños tienen más preguntas que respuestas. Lo mismo sucede con los padres. Los rumores ya se están propagando.

El que le disparó fue un nuevo iniciado de la pandilla, y había vuelto para acabar lo que dejó a medias. Era el conserje, que tiene antecedentes por un robo a mano armada hace diez años, y por eso los colegios no deberían contratar a exdelincuentes. Y una teoría que podía llevarlos a alguna parte: el padre quería pagar sus deudas de juego con el dinero del seguro.

Gabi y Boyd dejan que Chispitas se encargue del papeleo y recopile una lista de personas a seguir y se van a repasar el itinerario que habría realizado Daveyton desde la parada del bus.

El sol es tenue; el cielo, de un azul desteñido.

Pasan junto a una franquicia de coches de segunda mano y una gasolinera, un solar vacío, el cascarón quemado de una vieja residencia universitaria, el tejado calcinado derrumbado sobre el ladrillo rojo y la hiedra. Un cartel fijado en el hueco de una ventana promete dinero a cambio de oro.

—Hay sitios a puñados donde agarrar y encerrar a alguien. Vamos a tener que volver por aquí — observa Boyd.

—¿Hemos telefoneado ya a la compañía de autobuses para comprobar si el conductor se acuerda de Daveyton?

—Se lo encargaré a tu cachorrito.

—Qué desagradable, Bob —dice Gabi, pero la verdad es que Chispitas hace gala de un entusiasmo perruno del que uno se siente tentado de aprovecharse—. Bastante tráfico. Es la hora del almuerzo. Me pregunto cómo estará esto un viernes a las tres de la tarde —comenta mirándose el reloj.

—Más tranquilo.

Llegan a la parada de autobús. Plexiglás pintarrajeado con grafitis y manchado por la lluvia y el polvo. El banco de madera está dividido en cuatro por medio de unas barandillas para evitar que nadie se caiga. En la madera han grabado toscamente iniciales y palabrotas. En el último asiento faltan varias tablillas. El suelo está tachonado de colillas consumidas hasta el filtro. Boyd mira detenidamente la carretera a izquierda y derecha, observa el deteriorado bloque de apartamentos de enfrente, el aparcamiento que hay al otro lado de la carretera. Gabriella se acuclilla junto al banco.

—Bob. Aquí.

La premura del tono hace que su compañero se dé la vuelta. Ella le señala una salpicadura marrón bien visible en el cristal, bastante abajo, a la altura del culo si uno estuviese sentado. O a la altura de la cabeza si te las hubieses ingeniado para

encontrar una postura que te permitiese tumbarte. O si alguien te hubiera levantado del banco de un tirón, te hubiese tirado al suelo y te hubiera disparado en la cabeza con una pistola de clavos.

—Lo hizo aquí, en plena calle.

—Ese hijoputa o tiene unas pelotas de acero o es más tonto que un zapato.

—Carpe diem. Aprovechó la oportunidad. Estaba conduciendo por la zona en busca de la víctima adecuada. —Hace el gesto de conducir.

—Uno que encajase con los pantalones de ciervo que tenía preparados. Iba calculando tallas.

—Vio al pequeño Daveyton esperando el bus. A lo mejor dio la vuelta para echar otro vistazo. Aparcó. Primero debió de intentar meterlo en el coche. Le propuso llevarlo.

—El viernes hacía un frío bestial —conviene Boyd.

—Hmmm. Un chico listo como este no tragaría con eso, y nuestro asesino no correría ese riesgo.

No, aparcó frente a la parada del autobús para tapar la vista, fue directamente hacia él. Tal vez ni siquiera se molestó en iniciar una conversación, se limitó a aplastarlo contra el suelo y meterle el clavo en la cabeza. Lo cargó en el coche y se marchó.

—Diría que estas gotas de sangre aquí y aquí corroboran esa teoría. —Boyd señala unas gotas muy tenues en el suelo—. Un clavo directo al cerebro... No debió de derramarse demasiada sangre. Si no se lo sacó en la escena, debió de actuar a modo de tapón.

—Nuestro cabrón depravado es también un cabrón taimado. Tenemos que acordonar esto. Consigue declaraciones de la gente que vive en ese bloque de apartamentos. Haz que analicen la sangre y la identifiquen. ¡No te comuniques por radio! —le advierte al llevarse Boyd la mano al cinturón—. Solo teléfonos móviles.

Boyd pone los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, Versado. Esto va a terminar siendo una tormenta de mierda lo hagamos como lo hagamos.

El brillo

—¿Dos semanas en Detroit y todavía no has visto la fábrica Packard? Pero ¿qué clase de

periodista eres tú? —se burló Jen.

Buena pregunta, apostilla su trol.

—Me he pasado la mayor parte del tiempo emborrachándome —replica Jonno, lo que puede sonar a que estaba de juerga en lugar de encerrado en el estudio (a un paseíto del centro) que le había alquilado por cuatro semanas a un diseñador de páginas web a través de AirVacancy. El plan era tomarle un poco el pulso al ambiente, comprar un coche, encontrar un sitio más estable para vivir, conseguir tal vez un trabajo de camarero, conocer gente guay y comenzar una nueva vida. Su anfitrión había tenido la amabilidad de dejarle sobre la mesa una pila de guías de la ciudad y periódicos locales, pero no era capaz de enfrentarse al Detroit Institute of Arts ni a Corktown, y cuando salía a pasear solo llegaba hasta la licorería y se escabullía de vuelta a casa.

Necesitaba un periodo de adaptación. Necesitaba fortalecerse. Una vez logró llegar hasta

el restaurante francés que había en el local contiguo al vestíbulo de abajo, donde estaban poniendo películas de Fellini con subtítulos. Se bebió ocho martinis y la preciosa camarera (que podría haber estado interesada en él antes de que se pusiese paposo) tuvo que ayudarlo a entrar en el ascensor. Eso es dolor. Eso es pérdida.

Eso es morir de asco en el apartamento de un desconocido autocondolándose por ser un idiota patético incapaz de hacer planes de futuro.

Tendría que haberlo meditado un poco más, pero estaba demasiado destrozado como para pensar con claridad. Desde lo que sucedió en Nueva York estaba en caída libre. Hasta que llegó Jen Q.

Jen-Jen-Jen.

Su musa, su salvadora, su Juana de Arco con trenzas. Fue el destino, que lo obligó a salir una noche de sábado. *Te estás precipitando. El Asombroso Hombre Restablecido.*

Ahora que tiene un pie dentro de la vida social

de la ciudad (y vale: ahora que cuenta con un coche), Detroit es otra cosa. Todo el mundo conoce a Jen Q. Es guay y popular y le abre puertas a partes de la ciudad que cualquiera tiene vistas... y a continuación las fuerza para que se abran a lugares que él no se habría imaginado.

—Pues allá vamos, el plato fuerte —dice mientras pasan por debajo del enorme puente de la fábrica Packard: más de tres kilómetros de edificios destartados.

—El destino de peregrinaje número uno de la América Moribunda —dice Jonno. Pero pese a todo está impresionado. La desolación generalizada. Ladrillos rotos y pilares de cemento que sostienen el cielo. Todo empantanado por malas hierbas y grafitis. La palabra «mierda» aparece mucho, lo que parece apropiado.

Pasan por delante de una sesión de fotos de moda en un interior sombrío repleto de escombros, un tío delgaducho sostiene en alto una pantalla

reflectora para dirigir mejor la luz hacia una chica con el pelo cardado al estilo ochentero y vestida con la parte de arriba de un bikini y unos shorts muy cortos que se apoya desafiante contra las frías pilastras de una planta industrial derruida mientras a su espalda se filtran pedazos de cielo.

Unos viejos indigentes observan la escena desde la puerta de enfrente.

—¿Pervertidos autóctonos? —dice Jonno.

—No seas tan moralista. Viven aquí. Recogen trastos, los limpian y los venden en eBay. A saber qué les sucederá si reurbanizan este sitio.

—Ahí hay una historia fantástica, ¿puedo hablar con ellos? Podría escribir algo sobre eso.

—No —salta Jen—. Déjalos en paz. Eso ya lo han hecho todos. ¿Sabes qué es peor que los quince minutos de fama? Los mismos quince minutos una vez detrás de otra sin que cambie nada. Continúan viviendo en un edificio abandonado y continúan rebuscando entre la

porquería.

Son unos buscavidas, se empeña en censurarlos Jonno interiormente.

—Date prisa —dice ella empujándolo hacia el teatro abandonado. Han aparcado al otro lado de la carretera para no llamar la atención. Puede que lo llamen exploración urbana, pero no deja de ser allanamiento. Le tiende una mascarilla—. Ponte esto. Por el amianto.

—Genial —responde él con sarcasmo.

Pero es verdaderamente genial. Se siente inspirado como desde hacía años no se sentía, y si eso supone morir de una horrorosa enfermedad pulmonar dentro de una década, perfecto.

El teatro es como una catedral por dentro, la misma sensación de paz y sobrecogimiento. *O quizá solo es que hace frío, está en silencio y los pasos resuenan.*

No esperaba que lo conmoviese tanto. Las

hileras de butacas se curvan de cara a un escenario destartalado, cuelgan a cada lado los restos podridos de unos cortinajes astrosos. Una de las butacas ha sido arrancada como un diente cariado y colocada en el centro de la escena. Se comprende la intención. Poseída por una multitud de civilizaciones pasadas. Un recordatorio de la mortalidad. También esto se desmoronará y caerá.

—¿Quieres subir a la terraza?

Jonno echa una mirada cautelosa al tramo de escaleras cubierto por un alud de escombros y polvo. Valora la posibilidad de que se derrumbe bajo sus pies y lo envíe de vuelta adonde empezó.

—Qué va.

Jen lo arrastra a una fiesta con almuerzo en el loft de un par de tipos que han hecho millones con un sitio web, Text Regrets, donde la gente publica mensajes que desearía no haber enviado. Parece que se las hayan inventado, son muy ingeniosas,

por más que estos tíos juren que son todas reales.

—Uno está tan cabreado que escribe sin pensar.

Jen lo empuja hacia el interior del cuarto de baño y le tiende la llave del coche para que se meta un tiro de coca.

Tienen toda la razón. Y por eso cuantos más textos lee, más le parece que ahí está todo. No solo mensajes groseros sobre mamadas enviados por error a tu madre, sino el pathos y el bathos, la comedia y la riqueza de la experiencia humana. En un texto. ¿Qué esperanza le queda? El mundo se condensa, la atención se concentra en pantallitas, y hay gente más astuta y lista que sabe escribir para esa clase de nanoespacios. Le gustaría hundirse en la desesperación, pero la cocaína se lo impide.

Se sientan a una larga mesa para almorzar, unos perros corren torpemente por la cocina y en las paredes hay colgadas llamativas obras de arte. Un chico joven con unas rastas revueltas que se dedica a la artesanía histórica local, una abogada,

un arquitecto, un ingeniero de Google y una pareja de preciosas modelos promocionales que andan metidas en una muestra ambulante para una marca de gafas de sol a la última, montando tenderetes.

Al otro extremo de la mesa charlan sobre arte y sobre la diabetes de Jen, después de que se quite el jersey color crema y se pinche delante de todos; se pellizca un trozo de carne de la cintura y clava la pluma de insulina. A él le encanta que sea tan *me la pela* el protocolo y las preguntas que surjan a raíz de esto. Le encanta el contraste de su piel oscura y la lana clara. Le entran ganas de acercarse y pellizcarle él la cintura, con posesividad y lascivia. Pero una de las modelos promocionales lo tiene arrinconado contándole cómo reparten muestras gratuitas a emprendedores y contactos.

—Estáis extendiendo el virus del deseo comercial —observa Jonno. Han llegado a ese punto de la tarde en el que hablan entre todos.

—Echo de menos a mi perro. Llevamos ocho semanas en la carretera. Quiero volver ya a Nueva York —dice la morena.

—Yo soy de Nueva York. ¿Me das unas gafas? —dice Jonno.

—Vaya, lo siento, no he traído ninguna. ¿Mañana a lo mejor?

Pero su piadosa sonrisa dice que a lo mejor nunca. Se da la vuelta para charlar de perros con el arquitecto.

Llegan al final de una exposición donde todo es cansino e idéntico: las mismas chorradas anticonsumistas de siempre, Ronald McDonald con el uniforme yihadista y Mickey Mouse en el papel de Saturno devorando a sus hijos. Una máquina de bolas de chicle con el rótulo «Verificación de la realidad» dispensa caramelos que imitan las píldoras rojas de *Matrix*.

—Muy cuco. ¿Cómo se les habrá ocurrido?

—¿Siempre estás de vuelta de todo? —dice Jen ahuecándose el pelo—. Ay, espera, que tengo que saludar a Simon.

Serpentea entre la gente para hablar con un joven de aspecto resuelto con barba de leñador y tatuajes por todas las superficies disponibles. Jonno se echa un puñado de píldoras rellenas de polvo efervescente en el hueco de la mano y finge que no está examinando al tal Simon. Se traga una con la esperanza de que alguien les haya metido eme (eso sí sería arte experiencial), pero sospecha que el único resultado será la lengua teñida de rojo. Tal vez hacerse viejo va de esto: ya nada es nuevo.

—Siempre es lo mismo. Nada es original — comenta el hombre que tiene al lado mientras observa lo grotesco del Mickey Mouse a punto de engullir a un niño entre los dientes afilados.

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo — dice Jonno, contento de haber encontrado a un camarada de cinismo, hasta que ve que se trata de

un zarrapastroso con una mata de pelo blanco en la cabeza y una cazadora marrón arrugada. Jen sigue hablando con Simon, le toca un brazo, Jonno siente una punzada de celos por la columna que intenta disimular dándole palique al otro—: Claro, ¿dónde está el arte que ha de cambiar el mundo? No ha sido descubierto.

Igual que los asombrosos novelistas pendientes de ser descubiertos por todo el mundo, piensa.

—A lo mejor está esperando que lo descubran —responde el del pelo blanco. Le taladra con unos ojos azules e intensos.

—Pues sí, ¡pero no puede esperar! Uno tiene que hacer contactos, tiene que conseguir colocarlo delante del público adecuado. Se reduce todo a las pupilas. Siempre se trata de las putas pupilas.

—Eh, Jonno, este es Simon. Te estaba hablando de él antes. ¿El de la sesión de espiritismo? —interrumpe Jen.

Jonno recuerda vagamente fragmentos de una

conversación al otro lado de la mesa mientras intentaba sacarle unas gafas gratis a la modelo. Algo sobre un artista que se había suicidado en una autocaravana customizada por él mismo.

—Ya te digo, hermano. Nos hinchamos a cerveza y tías desnudas, hicimos una barbacoa en la bañera... Todas las cosas que le gustaban. Yo me encargué de la güija. —Se levanta la camiseta para mostrar un tatuaje pasado de moda y el ojo que todo lo ve en el pecho—. Su espíritu no apareció, pero creemos que lo habría aprobado.

—Mira, pues esto sí que es original —señala Jonno volviéndose hacia su nuevo amigo, pero el zarrapastroso se ha alejado, y Simon tiene más coca, aunque Jen se abstiene por esta vez. Demasiado para la chica fiestera.

Está bastante hecho polvo cuando terminan en un bloque de apartamentos en el centro a las tres de la madrugada, donde unos cuantos juerguistas

encogidos por el frío esperan no sabe muy bien qué, pero algo para lo que han de ponerse a la cola. La gente escribe mensajes. De arrepentimiento tal vez. O instrucciones, porque un hombre se asoma desde una ventana y lanza unas llaves atadas a una bolsa de plástico para que haga de paracaídas como uno de aquellos soldados de juguete.

La chica que está delante las coge, abre la puerta que conduce a unas escaleras de caracol con las paredes repletas de grafitis y la comitiva sube resueltamente. Le recuerda a Williamburg en la década del 2000, las turbulentas fiestas en el almacén del distrito. Alguien ha dibujado los contornos de una puerta en la pared, junto a la caricatura estrambótica de un gato que les enseña un dedo.

—Toc-toc, ¿ya hemos llegado? —dice Jonno golpeando con los nudillos sobre los trazos de tiza.

—Vamos. Dos plantas más —le dice Jen dándole un codazo.

La fiesta es inquietante. Un cuarto oscuro con gente que deambula sin entusiasmo por la pista de baile. Alguien en la parte de atrás les vende un par de cervezas a cinco dólares. Jen se pone un rato a los platos y Jonno se escabulle hasta la terraza cerrada entre una jungla de plantas de maría, intentando no sentirse viejo y solo. Un tío escuálido con pinta de Thor, melena rubia y nariz de vikingo, le ofrece una raya encima de la funda de un vinilo y se ponen a charlar.

—Este es el Detroit sobre el que quiero escribir —dice Jonno, sintiéndose más urbano que nunca—. Sesiones de tatuaje espiritista, arte callejero descerebrado y millonarios gracias a los mensajes de móvil. La gente ni siquiera sabe que esto está pasando.

—Claro que sabemos que está pasando, capullo. Tú eres el que no sabe que está pasando —le

espeta el Thor anoréxico.

Pero Jonno no se deja achantar. Percibe que esto es algo trascendente, algo real y de lo que puede formar parte. La droga le tira de la lengua:

—¿Te has dado cuenta de lo oscura que está esta sala? Intentamos mantener a raya la oscuridad rodeándonos de ella. Esta ciudad —dice inspirado—, esta ciudad se reduce a su gente, que ha de arder en la oscuridad. Se trata de brillar o extinguirse.

—O igual tenemos las luces apagadas para que la poli no se fije —interviene Jen Q echándole los brazos por encima de los hombros. Le besa la coronilla—. Vamos, es hora de irse a la cama. Creo que ya has tenido suficiente.

Un Poder Superior

En algunos albergues te hacen jugar a las sillas musicales. Das vueltas alrededor, de mesa en mesa. TK ha descubierto que lo mismo sucede con los programas de rehabilitación. Todo se centra en conocerse entre ellos, pero piensa que es un poco como bajarse los pantalones. Uno tiene que exponerse, desnudo a la vista de todos. Te pones en pie y dices: *Soy alcohólico. Soy drogadicto. Soy un asesino. Soy un mal bicho.* Se supone que se trata solo de una parte de lo que eres, pero se ve que una vez te cuelgas esa etiqueta ya no hay quien te la quite. Unas palabras tienen más fuerza

que otras. Es... ¿cómo lo dicen en Hollywood? Tu discurso de ascensor.

Ha estado investigando el tema, leyendo sitios web sobre cómo escribir un guion, pero todos esos consejos para prosperar en Hollywood implican un desembolso de pasta. Compra el libro. Haz el curso. Haz que un lector profesional te haga un informe de tu sinopsis. Lo mismo que cuando miraba cómo ser un operador intradía siete años antes de que la economía entera se viniese abajo como el robot gigante de una película.

La vida también se va a pique, y los programas de apoyo quieren que apeles a un Poder Superior en busca de ayuda. Lo que tú decidas. Dios, Jesús, Buda, Krishna, Mahoma. Todo el puñetero catálogo a tu disposición. TK escogió su silla.

—No puedes escoger una silla, TK —le dijo Celeste en aquella misma reunión. Era una adicta al crack, llevaba diez años sin hablarse con su única hija después de robarle la tarjeta de crédito

y el dinero suelto, pero allí estaba, dándole lecciones sobre Dios.

—Y tanto que puedo. Lo estoy sintiendo ahora mismo: la presencia de mi instancia superior me presta su apoyo... justo debajo del culo.

La sala entera estalló en risotadas y la consejera le dio un manotazo en la espalda mientras sacudía la cabeza. Pero TK hablaba completamente en serio. Nadie le va a convencer de que hay un dios que permite que exista la clase de burradas que él ha tenido que soportar. Que un chaval tenga que vengar a su madre. Que un abogado de oficio apenas se digne a mirarlo y mucho menos escuchar su versión de lo sucedido. Lo que pasó luego en la cárcel. Un dios que permite que a un chaval le suceda todo eso no es alguien a quien a él le apetezca tener de colega. Gracias, pero me quedo con mi silla.

Así que no es que no crea en Dios, es que no se tragan el uno al otro. Sin embargo, no se lo va a

contar a esta gente, a los que hacen cola fuera de la iglesia de San Rafael, a la sombra de Comerica Park, más desastrados que las multitudes que se reúnen aquí durante los encuentros deportivos. Algunos le dirigen una sonrisa al menos, pero otros no son capaces ni de eso. De ese lugar se puede volver, si eres capaz, si logras dar con tu silla.

TK recorre la fila chocando la mano. «Ey, ¿qué tal?, me alegro de verte. Abrimos a las once. No os vayáis».

La iglesia lo llama la hora de la sopa, pero casi nunca ponen sopa. En invierno sirven bocadillos, salchichas y chile, y dan patatas fritas y chucherías; lo que sobra de las tiendas del barrio, repartido en bolsas de papel marrón por los voluntarios. Ha oído comentar al reverendo Alan que cada vez es más difícil conseguir donativos.

Cuando TK era un chaval pensaba que vivir en un país libre significaba que eras libre para

disponer de lo que tuvieses a mano. Se desengañó de esa idea prontísimo. Odiaba a muerte a los viejos que intentaban pararlo en una esquina, «¡Chiiico! Deja que te cuente una cosa». No quería que le contasen nada. Tenía que experimentar la injusticia en sus carnes. Uno piensa que el mundo se reduce a la aritmética básica. Uno más uno. Una vida por otra. Pero por lo visto el sistema de justicia norteamericano no funciona así, independientemente de lo que diga la Biblia sobre ojos y dientes. Le costó mucho tiempo descubrirlo y ahora, casi en la sesentena, ha conseguido recomponerse, ya lo tiene claro, y los chavales no quieren escucharlo. Se ha convertido en uno de esos viejos. «¡Chiiico! Deja que te cuente una cosa».

Diez minutos después de que se abran las puertas y cuando a la gente aún no le ha dado tiempo apenas a sentarse con su comida, Lanny ya está montando el pollo porque le han dado pretzels

cuando quería galletitas saladas. Era cirujano ocular, según dice. Que es la manera sofisticada de decir *médico de los ojos*, porque los médicos necesitan palabras largas tanto como necesitan escalpelos, láseres y batas blancas. Lanny dice que si no le temblasen tanto las manos podría arreglarle a TK el bultito que tiene en el párpado. Dice que es párkinson, pero TK reconoce a un alcohólico cuando lo ve, y eso sin contar la petaca de Carstairs White Seal que se saca del bolsillo para añadirle un chorro al café.

Aquí hay de todo, no solo cirujanos oculares. Cualquiera puede ver que estaban encima de la trampilla que conduce al foso cuando pensaban que eran la atracción principal.

—Lanny, Lanny —dice TK pasándole el brazo por encima. Lo malo de ser un arreglalotodo voluntario es que te toca arreglar los puñeteros problemas—. Lanny, amigo mío, no te preocupes. Toma, cámbiamelos, que yo tengo galletitas.

Lanny sigue refunfuñando.

—Aquí no me tratan bien, TK. Uno tiene derecho a sus galletitas.

TK lo acompaña hasta la mesa, donde están sentados Ramón y su lady Diyana con las manos entrelazadas como lapas, mirándose fijamente el uno al otro igual que un par de nostálgicos adolescentes. Pero, a diferencia de los adolescentes, han visto lo suficiente en su vida como para saber que lo que sienten es único y valioso. Diyana está risueña estos días. Normalmente se tapa la boca con la mano para que no se le vea el único diente que le queda, negro, pero desde que se juntó con Ramón se ha reconciliado consigo misma. El amor tiene estas cosas.

—Bonitos zapatos, Ramón —dice TK al fijarse en las zapatillas rojas mientras le guiña un ojo y siente cierto remordimiento. Ve que también se ha afeitado.

—Gracias, TK.

—Déjame verlas —pide Lanny.

—Igualitas a las que tenía a los diecinueve. Solo que aquellas eran blancas —comenta Ramón sacando la pierna por debajo de la mesa y torciéndola a un lado y a otro para que puedan contemplarlas.

—En cuanto nieve se te van a quedar caladas —refunfuña Lanny.

—Pues me pondré las botas —replica Ramón como si tal cosa.

Lanny ya está aburrido de la conversación.

—¿Sabes que me han dado pretzels? ¿A ti te han dado pretzels o galletitas?

—Voy a pillarte una salchicha. Así estarás conforme, ¿o no, Lanny?

TK se dirige hacia la cola cuando ve aparecer por la puerta a un hombre con pinta de desorientado. El pelo largo y blanco recogido en

una coleta, un rostro tan arrugado y poco acorde con su cuerpo como la cazadora marrón que lleva. Unos cincuenta y muchos, le echaría, aunque la calle se las arregla para hacer que la gente parezca más vieja. Tiene unos rasgos demacrados y flácidos, las mejillas hundidas y unos pliegues blandos amontonados bajo la mandíbula inferior, pero también unos ojos azul claro afilados como el cúter que podría sacarte un chaval en plena calle. Aquí hay de todo, se recuerda TK, pero comprueba automáticamente si va armado. En la cárcel, un hombre con esos ojos es un hombre con una intención. O con un destornillador. Pero el hombre solo lleva un vaso de plástico vacío y se dirige hacia la mesa que sirve Kool-Aid. Tiene el dorso de las manos salpicado de pequeñas cicatrices, como las que se hace uno en la fábrica de tornillos cuando se desprenden virutas de metal y se te pegan al cuerpo y tienes que quitártelas con pinzas al terminar tu turno en lugar de ir a tomarte

una cerveza fría. Eso si todavía tienes trabajo. Si no has renunciado a la bebida.

—¿Qué tal, todo bien? ¿Necesitas algo? —le dice, intentando que se sienta cómodo. Ese es uno de sus cometidos, que los nuevos se ubiquen.

El semblante del individuo se estremece mientras busca distintas combinaciones. Ah, piensa TK, un autista. Son más fáciles de manejar que los psicóticos.

—Estoy buscando a alguien. Pensaba que era Louanne, pero no. Ni el chaval tampoco. No se ha podido levantar.

Habla de manera vacilante, tragándose las palabras como si tratase de controlar un tartamudeo.

—¿Sabes cómo se llama? Si es alguien que viene a menudo, a lo mejor lo conozco. Si no, puedo ayudarte a buscarlo en el ordenador. Páginas blancas, Facebook. Hoy en día puedes encontrar prácticamente a cualquiera —propone TK

cortésmente.

—No lo sé —responde mientras observa la enorme sala, los grupos de gente apiñada alrededor de las grandes mesas con hules de alegres colores. Se rasca la barba blanca de dos días—. Alguien. Vaya sitio chungo. Está todo el mundo para el arrastre.

—Eh, venga, solo están un poco bregados. Pero son buena gente. ¿Por qué no te sientas un rato con nosotros? —replica TK, y continúa charlando; con estos suele ir bien, los calma—. ¡Este sitio es como ir al cine! Tienes de todo: drama, acción, amor, penurias, alegrías, resurgir de las cenizas... ¿Sabes que aquí han rodado *Transformers*? Y *Robocop*. Creo que ya es hora de que hagan una peli sobre personas en lugar de máquinas. Explosiones y guerreros robóticos y tal, ¿qué tiene que ver eso con el corazón? —Hace una pausa—. Sé que vamos tirando, pero la cosa es que no puedes juzgar a la gente por el exterior. Como dice

la Biblia, el cuerpo solo es un recipiente. No es que sea yo muy religioso. ¿Sabes que cuando estás en los doce pasos te hacen escoger un Poder Superior?

Ya se prepara para lanzarse a soltarle su relato, pulido como un número cómico.

—Una silla —responde el hombre.

TK vacila.

—¿Ya te lo había contado? ¿Nos conocemos?

—Veo el interior de las cosas. Como si fueran sombras en la pared. La gente es un desastre. Pero veo las sillas. Veo a tu madre.

—Eso no es asunto tuyo. Toma. —Le pone una bolsa marrón en las manos al llegar al principio de la cola—. ¿Te van bien los pretzels? —Le pasa la bandeja a Dennis el Grandullón, que hoy se encarga de servir los platos—. ¿Quieres también una salchicha? Dos con todo para mí, por favor. No, espera, que sea una con ketchup y otra con mostaza, y la cebolla aparte. —No recuerda cómo

le gusta a Lanny.

Se le empieza a ensombrecer el ánimo. Es posible que esté a punto de darle un ataque. Él los llama *sus Domingos Negros*,¹¹ aunque pueden aparecer cualquier día de la semana.

—No deberías comerte eso.

—¿Ves un bufet de ensaladas por aquí? —Le sale más agresivo de lo que pretendía.

—¿Sabes con qué los hacen?

TK responde desdeñoso:

—Sodio, grasas, un montón de sustancias químicas que probablemente terminarán provocándome un cáncer. Pero todavía no me han matado. Además, no es para mí.

—Con despojos.

—Claro. Labios y ojos del culo. Pero está rico, de todas maneras.

—Intestinos, grasa, órganos. Trozos que saltan del hueso y que arrancan con mangueras del suelo del matadero y que luego trituran hasta reducirlo a

una pulpa rosa —recita el hombre como si fuese un poema infantil.

—Mira, si quieres hacerte vegetariano, perfecto, pero aquí tenemos una norma en lo que se refiere a soltar sermones...

—Pulpa rosa. Eso es lo que sois todos por dentro. Como has dicho: recipientes. Hay que abrirlos. —Agarra a TK de un brazo, un destello de revelación en su mirada—. Tienes que venir conmigo. Tengo una camioneta fuera.

—Te sugiero que me sueltes, amigo. No es lugar para esto. A mí no me va eso —dice TK con frialdad. Se suelta de un tirón—. Si quieres un rollo, lo buscas fuera de la iglesia. Creo que deberías coger tu comida y largarte de aquí.

Pero a medio camino hacia su mesa se da la vuelta y ve al hombre con la bolsa de papel colgando de una mano y la mirada perdida en el suelo... (¿cómo es la palabra que usan en ese cómic que tanto le gustaba del niño con el tigre

imaginario?). Desconcertado. Eso es. Parece perdido por completo.

—Deberías plantearte asistir a las reuniones, amigo. Los jueves.

Al volver a su mesa, la silla de Lanny está vacía.

—Está en el cuarto de baño. Dijo que igual tardaba un rato. Los pretzels lo descomponen — explica Ramón.

—Muy bien. Entonces le dejo esto aquí.

—¿Estás bien, Tom? —Diyana es la única a quien le permite llamarle así—. Pareces contrariado.

—Estoy bien. Tengo que tomarme la medicación, nada más. Voy adentro a buscarla.

TK está furioso consigo mismo. Ese hombre ha reavivado una vorágine de infamias que hacen presión agolpándose en el interior de su cabeza.

Las oficinas de la parte de atrás del vestíbulo acostumbran a estar cerradas. La confianza es un objeto de lujo, como los zapatos de diseño o un

café de marca. Tienes que ser capaz de permitírtela. Pero la habitación donde guardan las sillas y las mesas siempre está abierta. Nadie ha intentado llevarse aún el mobiliario y a nadie se le ocurre mirar allí, lo que significa que si a uno le apetece puede echarse una siesta sin que lo molesten.

Pasa entre las pilas de sillas, luego se pone a cuatro patas, coloca la chaqueta a modo de almohada. Una cabezadita de diez minutos para apaciguar los nubarrones y calmarse después del encuentro con su nuevo amigo.

TK emerge de la oscuridad forcejeando. Diyana y Ramón se inclinan sobre él mientras Dennis el Grandullón trata de meterle una cucharilla de plástico entre los dientes.

—Sácame esa mierda de la boca, tío. ¿Es que no te han enseñado nada?

—No quería que te mordieses la lengua —

responde Dennis.

—Lo mejor en caso de ataque es ponerle un almohadón a quien sea debajo de la cabeza y dejar que se le pase.

—Vale, vale, TK, lo siento.

—No seas duro con él, Tom. Intentaba echar una mano.

TK se incorpora y entrecierra los ojos. La luz es demasiado brillante. Se le antoja que va a provocarle otro desvanecimiento. Tiene la cabeza llena de fantasmas de metal torturado y de sábanas con un puto estampado de flores abiertas.

—¿Qué ha pasado?

—Has tenido uno de tus ataques.

—Eso ya lo sé. Me refiero a ¿qué ha pasado con las sillas?

—Pensábamos que habías sido tú. —Diyana mira a su alrededor perpleja.

Las sillas están dispuestas a su alrededor formando círculos perfectos, el blanco de una

diana con él en el centro. Pero eso no es lo más desconcertante. Lo peor es que alguien les ha dado la vuelta y las ha colocado con las patas hacia arriba como si fuesen un montón de insectos muertos.

—No he sido yo, tíos. Yo no —contesta TK cayendo de rodillas con el estómago revuelto.

El arte de la pesca

Han cancelado el crédito extra «Futura promesa» en el que se matriculó Layla. *¡Por supuesto!* Pero nadie se ha molestado en comunicárselo. Doble *por supuesto*. Le da igual, de todas formas era un rollazo. «¡Iniciativa empresarial! ¡Economía creativa! ¡Creación de marca personal! ¡Capitalizar el uso de las redes sociales!». Con el patrocinio de la Detroit New Business Association. El ponente, que no era mucho mayor que ellos, se pasó la última clase explicando cómo preparar la página de Facebook de la empresa sin concretar qué clase de negocio podía ser. Ella supuso que debía de estar esperando que se les ocurriese a ellos.

—¿Por qué no te haces detective privado? —le preguntaba esta mañana a su madre cuando le ha dicho que probablemente terminaría tarde el turno.

—Porque prefiero ayudar a la gente antes que perseguir defraudadores para una compañía de seguros. Como tu padre —le espetó ella. Se

arrepintió de inmediato—: Maldita sea, lo siento, Layla. Ha sido una gilipollez por mi parte, pero no entiendo por qué siempre tienes que pincharme.

Más de media clase desaparece cuando se pone de manifiesto que no va a venir ningún profesor. Sigue a los rezagados hasta la gimnatería, un grupúsculo de gente guay. Solo se sabe el nombre de un par de ellos: CeeCee Wallace, con sus botas forradas de borreguillo y su camisa tejana con una cola de zorro enganchada en la espalda, y Travis Russo, que camina chocándose con todo como si fuese un coche nuevo que está aprendiendo a conducir.

Este último se aleja para echar unas canastas con un colega y las chicas se sientan fuera de la cancha y balancean las piernas mientras van desgranando cotilleos sobre un montón de gente que Layla no conoce, por lo que le cuesta hacerse una opinión. Quién se lo hizo con quién, quién es una puta, quién le pone los cuernos a quién, quién va a hacer

estallar un drama. Intenta convertirlo en un ejercicio de teatro; las estudia, rellena fragmentos de diálogo y la manera de terminar las frases con una entonación ascendente, lo que hacen con las manos... A lo mejor por eso la gente fuma. Por eso se pone hasta el culo en las fiestas. Una cerveza es algo que puedes sostener en la mano.

Piensa en los accesorios que la señora Westcott les ha pedido que lleven a los ensayos en el Masque para ayudarlos a meterse en su papel. Le gustaría tener algo que le facilitase el meterse en el personaje de Layla La Que Encaja Sin Esfuerzo.

Hay una pausa en la conversación, tras la cual todas convienen en que Abbie es una puta calentorra. Layla intenta intervenir con una frase que ha ensayado y que la hará parecer lista, guay y profunda.

—Eh, no creéis que... —tartamudea cuando todas se vuelven hacia ella—. Fumar. Que es un ritual primitivísimo; eso de reunirse alrededor del fuego.

—En su cabeza usaba esta ocurrencia como trampolín para llegar a las sombras en la cueva de Platón, y a cómo sabemos qué es real. Igual que el calentamiento global, o la ruptura de tus padres, o que resulte que Abbie es una puta calentorra. No puedes esperar que las cosas permanezcan inamovibles, porque una capulla piensa que todo va de perlas hasta que aparece el granjero con un hacha. Ahora su frase parece horriblemente cutre y pretenciosa.

—Claro. Y porque la nicotina es adictiva a más no poder —replica CeeCee.

Las demás se ríen y el círculo se cierra sobre sí mismo de nuevo. Una célula que acaba de repeler a un virus.

Travis pasa la pelota.

—¿Esa es tu amiga? —le pregunta con auténtico interés cuando Cassandra atraviesa la puerta doble buscándola. Anda como si estuviese en una película de atracos, el abrigo que ondea a su

alrededor y su maligna mochila de Hello Kitty colgando de un hombro.

—Sí —responde Layla, agradecida por el rescate, pero también un poco sorprendida de que Travis se dirija a ella. Recoge sus cosas—: Tengo que irme.

—¿Qué pasa, zorra? —le grita Cas mientras ella se apresura a su encuentro.

—Han cancelado la clase —le explica. Los otros se han quedado callados. Nota sus ojos clavados en la nuca y siente gratitud por la burbuja de sofisticación intocable que Cas lleva siempre consigo.

—Ey, ¿tú no eres...? —comienza Travis.

—No —ataja Cas—. Vamos, zorra, que perdemos el autobús.

—Siempre podemos pedir que alguien nos lleve.

Se trata de una costumbre de larga tradición en el instituto, ser agradable con los chicos que tienen coche, pero Layla no ha tenido el valor de

momento.

—¿Con esos pajilleros? Prefiero caminar. Además, dentro de un mes ya tendrás carnet, ¿no?

—Eso suponiendo que apruebe. Y luego aún tendré que conseguir un coche.

Layla tiene que acelerar para ponerse al paso de Cas, pero ya va siendo ella misma. Su amiga saca eso de ella. Su potenciadora personal.

Pasan por delante de las hileras de taquillas abolladas, el cuarto de baño que apesta a marihuana, y abren de un golpe las puertas que dan al aparcamiento. Que Hines High no tenga detector de metales es motivo de orgullo, es una prueba de la calidad de la educación y de la fe que la escuela tiene en sus alumnos. Lo que no quita que esta mañana hayan hecho un registro del aparcamiento en busca de drogas.

—¿Qué tal el crédito extra de matemáticas? —pregunta Layla.

—Matracas. No sé ni para qué me molesto, si de

todas formas voy a terminar de camarera. Ya sabes lo que dicen: a grandes tetas, grandes propinas. Cadena Hooters, espérame que voy.

—Pero ¿tu padre no quería que fueses al MIT?

—Pues sí, y también quiere revolucionar las redes sociales. Eso no quiere decir que vaya a suceder. ¡Corre, ahí está el autobús!

—Dice muy poco a favor de la sociedad que tus tetas vayan a conseguir que llegues más lejos en la vida que yo con mi talento y mi cerebro —jadea Layla mientras corren hacia la parada.

—Sin olvidar mi precioso culo —dice Cas casi sin aliento, ignorando la mirada escandalizada del conductor cuando la puerta se abre con un siseo y ella pasa la tarjeta—. Además, prefiero ser una camarera de Hooters feliz que una actriz deprimida en el paro.

—¿Quién dice que vaya a estar en el paro?

Se dirigen al fondo del vehículo.

—¿En serio me lo preguntas? —Cas se coge a la

barra mientras el autobús se sumerge en el tráfico y le echa a Layla una mirada de ojeadora de modelos por encima del hombro—. Porque, claro, hay tantos papeles para actrices de color en Hollywood... Solo te digo que mejor que vayas ahorrando para operarte la nariz. Y de paso ponte tetas y hazte la liposucción. Y aclárate la piel, ya que estás.

—¿Ah, sí? Pues en Detroit no hay Hooters siquiera, zorra.

—Puedo poner en marcha mi propia franquicia. Igual copio la idea y les hago la competencia. Tooters.

—O uno más culocéntrico: Pooters.¹²

—Eres repugnante, Layla Jane Stirling-Versado. Ella sonrío de oreja a oreja.

—Y a ti te encanta.

Pillan asiento en el medio, junto a la segunda puerta, porque Cas se marea.

—¿Tienes noticias de Dorian?

—Le mandé un mensaje. Ni siquiera me contestó.

—Pasando de ti. ¿Has visto la chica a la que le ha estado escribiendo en Facebook?

—¿Qué? ¡No!

—No sé qué fiesta del sábado. Es de Los Ángeles. Artista o qué sé yo.

La pone en la pantalla, la conversación a la vista de todos.

>¡Qué ganas de conocerte por fin en la Dream House! xxx

TimTam Linden. «Artista. Fashionista. Peligro». En su foto de perfil lleva el pelo rubio ceniza en un copete pronunciado que asciende por la parte de delante y termina en un flequillo cortísimo. Cuando lo mod se hace punk. Mola tanto que Layla quiere morirse. Curiosean sus fotografías: planos en la playa con mucho filtro, posando con gente de aspecto vagamente famoso, luces en un edificio...

—Tenemos que ir —dice Layla.

—¿A la fiesta? Mis padres no me dejarán.

—No, escucha. Cogemos un taxi. Les dices que vas a dormir en mi casa, yo le cuento a la mía que me quedo en la tuya.

—Estás loca.

—Estoy enamorada.

—Lo que yo decía.

El teléfono de Cas hace ese molesto sonido de ardilla que tiene configurado como tono de alerta para su MChat. Se endereza en el asiento y le da un codazo en las costillas a Layla.

—¡Qué hijoputa!

Le enseña el móvil. La señora mayor sentada frente a ellas con un gorro adornado con una rosa de punto las mira mal.

—No te preocupes. De todas formas, no necesito el bazo. ¿Qué pasa? ¿Es que ha cambiado el estado de su relación? —pregunta sarcástica Layla mientras coge el teléfono. La ventana de chat está abierta.

>ChicoTerciopelo: Ey, SusieLee2003. ¿Qué tal el día? :)

—No sé qué es esto. ¿Quién es ChicoTerciopelo?

—¿A ti qué te parece, boba? Un amable desconocido que quiere hablar con la pequeña SusieLee.

—¿En serio? —Se fija en el nombre de usuario, la foto de perfil de una rubita rechoncha que Cas encontró a saber dónde, sentada sobre una valla y descubriendo al sonreír un hueco entre los dientes mientras sostiene un girasol—. ¿Esto qué es, una imagen de archivo? Nadie va a ser tan estúpido como para tragárselo.

—Pues alguien acaba de hacerlo.

—Ay la hostia, tenemos que responder.

Layla desliza el pulgar para abrir el teclado.

>SusieLee2003: ¡Hola! :) Por el momento bien. ¡Ojalá fuera verano!

- >ChicoTerciopelo: Entonces desde luego no estás en California.
- >SusieLee2003: ¡En Michigan! Frío BESTIAL. ¡Que nieve de una vez! ¿Dónde estás tú?
- >ChicoTerciopelo: Qué nombre más bonito. ¿Es el de verdad?
- >SusieLee2003: ¿El tuyo es el de verdad? :)
- >ChicoTerciopelo: LOLOLOLOL No. :)

—La leche, qué asco de tío —dice Layla.

—¡Sigue! No lo pierdas.

Pero lo dice con cierto resentimiento.

- >SusieLee2003: El terciopelo es romántico. :) Me hace pensar en cosas suaves.

—¡Como mi vulva! —exclama Cas jovial. La Señora de la Rosa en el Gorro salta del asiento y les clava unos ojos como puñales—. ¿Qué? ¡Usted también tiene una!

- >SusieLee2003: Como gatitos. Y vestidos bonitos.
- >ChicoTerciopelo: Vestidos de fiesta. Con lazos.
- >SusieLee2003: ¡Como las Kardashian!
- >ChicoTerciopelo: No me gusta mucho ese programa.
- >SusieLee2003: ¡A mí tampoco! ¡Son tan ricos + falsos!
- >ChicoTerciopelo: No sabes lo refrescante que es oír decir eso

a alguien de tu edad.

—Tendrías que meter más errores de teclado para que sea creíble —sugiere Cas.

—Para tu información, eso forma parte de la historia del personaje. La pequeña SusieLee es muy precoz y resulta que ganó el concurso de deletreo tres años seguidos —contesta Layla inventando sobre la marcha.

>ChicoTerciopelo: Eres una chica preciosa, SusieLee.

>SusieLee2003: Qué fácil es decirlo. :(

>ChicoTerciopelo: Es verdad. La belleza está en el interior. Ojalá todas las chicas lo supieran.

>SusieLee2003: De ti no se burlan los chicos.

>ChicoTerciopelo: ¿Por qué se van a burlar de ti los chicos?

>SusieLee2003: Dicen que estoy gorda. Que soy tonta y fea.
:_(:

>ChicoTerciopelo: No eres nada de eso.

>SusieLee2003: ¿Tú qué sabes? Ni siquiera me conoces.

>ChicoTerciopelo: Se pueden deducir un montón de cosas por la manera de hablar de alguien. Me doy cuenta de que eres lista y buena. Háblame de tu yo verdadero. De tu interior. Lo que no ven esos chicos estúpidos.

>SusieLee2003: Mmmmm :{ ¿Como qué?

>ChicoTerciopelo: Cosas que te hagan feliz. ¿Qué quieres ser?
¿Cuántos años tienes?

>SusieLee2003: Me gusta la música. Estoy aprendiendo a tocar la guitarra.

>ChicoTerciopelo: Eso es genial. Ey, tengo un cupón de descuento para discos. ¿Lo quieres?

—Bingo —dice Cas.

>SusieLee2003: ¿DE VERDAD? Estaría de coña.

>ChicoTerciopelo: ¡Sin problema! Te envío el código a tu correo.

>SusieLee2003: ¡OK! ¡Guau! ¡Gracias! <Abrazos>

>ChicoTerciopelo: ¿Puedes hacerme un favor?

>SusieLee2003: No sé. Depende.

>ChicoTerciopelo: No es nada del otro mundo. ;) Envíame un vídeo tocando la guitarra, por favor. Me encantaría escuchar una de tus canciones. O envíame más fotos. Tienes una sonrisa preciOsa.

>SusieLee2003: ¡Qué va! Solo sé tocar acordes. Todavía no me sé ninguna canción.

>ChicoTerciopelo: Perdón. El teclado. No te hagas de menos. Cree en ti misma. Yo creo en ti y acabo de conocerte. ¡Chateamos pronto! Te enviaré ese cupón en cuanto me lleguen tus fotoas, ¿ok? <Abrazos>

>SusieLee2003: ¡Gracias ChicoTerciopelo! <abrazos>
adiós!!!!!!

Layla le tiende el móvil a Cas.

—Bueno, ha sido divertido. Y... me siento sucia.

—¿Y ahora dónde vamos a encontrar un vídeo de esa misma chica tocando la guitarra, listilla?

—¿Qué? No le vamos a enviar nada. —Se ríe—. Como mucho, un mensaje de «Te hemos pillado, pervertido».

—¿Por qué no? Cuanto más tiempo esté ocupado con nosotras, menos tiempo tiene para andar acechando a niñas de verdad.

—¿Quieres ir de justiciera a tope?

—Oh, ya te digo. Tendríamos que quedar con él. —Da botes en su asiento.

—Ni de coña. Y no sabes si es realmente un pervertido. Podría ser también un chaval. Un chico solitario que sabe lo que es que lo acosen en el colegio. A lo mejor busca ayuda y las gilipollas somos nosotras.

—¿En serio? ¿De verdad crees eso?

—No —admite Layla.

—Entonces continuemos con el juego, me cago en la puta.

Layla echa un vistazo por la ventana.

—Nos hemos pasado de parada.

—La hostia.

En pleno juego

Todos vivimos tres versiones de nosotros mismos; una vida pública, una vida privada y una vida secreta. Observemos a cualquier chico y su forma de actuar con sus amigos del colegio. Preguntémosle a su madre cómo es en casa. Intentemos que crea que ese mismo chico ha robado en la tienda de la esquina. «Mi chico, imposible», dirá, y con toda la razón. Porque *su* chico jamás haría algo así. Pero en contextos distintos somos cosas distintas para gente distinta.

Tomemos como ejemplo a Gabi y a Luke. En la comisaría son colegas de profesión. Pero aquí en su casita ordenada de Highland Park son amigos con derecho a roce, sin ataduras, lo que le permite a ella mantenerlo separado de Layla y de los jirones de su vida personal. Por eso exactamente los policías terminan acostándose entre ellos. ¿Quién tiene tiempo para conocer gente?

La primera vez fue en la parte de atrás del coche, a las tantas de la noche, después de que el

departamento al completo saliese a celebrar el fallo del caso Granston. Lo de jugar a futbolos (bolos con una pelota de rugby) lanzando el balón por la carretera fue idea de Joe Miranda. Acabaron bastante hechos polvo, lo suficiente como para que la dirección los enviase a descansar. Ella lo llevó en coche a su casa.

No les dio tiempo a llegar.

Ahora se trata de sexo a demanda, siempre que lo permitan sus respectivas agendas. Es descarga de estrés. No significa nada. Podría ser peor. Podría ser una alcohólica o hincharse a valiums. Pero eso requeriría que hablase con alguien para conseguir una receta. Luke no cuenta con que hable. No hablar es algo que hacen con toda la intención. Hay normas tácitas. No permiten que esto interfiera con su trabajo. No hablan de adónde los lleva.

A ella le gusta lo que él le hace, la manera en que la obliga a abandonarse, el mundo se vacía; y

le gusta ser capaz de hacerle lo mismo, el modo en que su férreo control se doblega. ¿Quién es ahora el poli perfecto?, piensa mientras ve cómo se corre, el cuerpo entero estremeciéndose por el ímpetu.

—No estés tan satisfecho —le dice cuando acaban, mientras alarga la mano para coger uno de los chicles Nicorette que guarda en la mesilla de noche junto con los condones. No es lo que se dice un cigarrillo poscoital, pero bueno.

—¿Es que no puedo enorgullecerme de mi trabajo?

Suena el teléfono y se da la vuelta en la cama para mirar la pantalla. William Stirling. Gruñe.

—¿Tienes que cogerlo? Puedo irme a la cocina.

—Es mi ex —explica Gabi seleccionando rechazar llamada—. Quiere que Layla vaya a pasar las Navidades con ellos, ya que yo me la quedo en Acción de Gracias, y ahora no me apetece hablarlo.

No dice lo obvio: que no quiere quedarse sola todas las vacaciones..., ni estas ni las próximas.

—Terminarás teniendo que hablarlo más tarde.

—Sí, pero puedo coger fuerzas con un trago.

¿Qué hay de ti? ¿Te llevas bien con tus exnovias?

—¿Ahora vamos a tener una conversación personal? Porque por mí bien.

Ella se incorpora sobre los codos y le pasa la mano por el estómago. Ambos están en buena forma, pero ya no son jóvenes. Se nota un reblandecimiento de los músculos. Eso vale también para sus convicciones. La experiencia ha desgastado el filo de las verdades inamovibles en las que creía cuando era más joven.

—¿Crees que al hacerte mayor te vuelves más empático?

—No. Creo que la mayoría de la gente se vuelve más firme en sus creencias.

—Tú estás más firme ahora —le dice apretándole cariñosamente la polla.

—Estás cambiando de tema.

—Ya entiendo por qué te hiciste inspector. No fastidies algo bueno, Stricker. —Lo besa. Mira el teléfono—. Tenemos una hora antes de que nos toque volver.

—¿Qué vamos a hacer con tanto tiempo?

—Se me ocurren algunas cosas —dice mientras se desliza para sentarse encima de él.

El problema de la química es que tiende a hacer explotar las cosas. Y ella ya empieza a sentir en su interior una serie de reacciones en cadena.

A veces las cosas más estúpidas y simples funcionan. Tocar todos los timbres de un bloque de apartamentos hasta que alguien abra. Ha visto a policías que se hacían pasar por personal del servicio de reparación del cable, lectores del contador de la luz, repartidores de pizza: lo que fuese con tal de entrar en el edificio. Va contra el reglamento. Pero a veces hay que hacer lo que hay

que hacer. A veces basta con pedirlo.

Cada noche hay cien tipos de juego en marcha en todo Detroit, desde dados en las esquinas hasta jugadores con apuestas por todo lo alto en partidas de póquer que se celebran en lugares cambiantes. Esta noche se celebra una encima de un restaurante kurdo de Greenfield.

El sitio está adornado con kilims en las paredes, mesas bajas de latón y lámparas enormes con grabados geométricos. Hace una noche apacible si no contamos la muchedumbre de hombres trajeados que atraviesan sin titubear la cortina de cuentas de la trastienda. Los pocos clientes que hay por aquí saben lo suficiente como para evitar el contacto visual.

La cortina de cuentas conduce a un pasaje que se abre a la cocina, los baños y a una puerta cerrada, atendida por un matón con un portapapeles y el cuerpo abultado en las zonas adecuadas, a destacar la correspondiente a los pantalones, con forma de

pistola.

No se puede participar en una timba sin entrada. Las entradas van ligadas a nombres en una lista de invitados en la puerta. Si no hay coincidencia, no hay entrada. Así es como evitan que entren polis, y más importante, la clase de oportunistas que podrían intentar robarles. Hay que ser más que imbécil para cagarla con los rusos, pero Gabi sabe que en Detroit la gente es capaz de apretar el gatillo por una lata de Pepsi sin necesidad de que haya cientos de miles de dólares de por medio.

—No estáis en la lista —les informa el hombre abultado sin molestarse siquiera en mirar el portapapeles. Se huele que son policías.

—Venimos a ver a Timor. Dile que soy Stricker —le contesta Luke.

—Podéis esperar en la parte de atrás, cruzando la cocina. Si quiere hablar contigo, voy a buscaros. Si no, os largáis. Porque entiendo que no venís buscando jaleo.

—Dalo por hecho.

Les hace una seña hacia la cocina. El chef levanta la vista de un elaboradísimo surtido de meze: carne, dolmas verdes y brillantes, y compactos pegotes de hummus. Algo diametralmente opuesto a sus habilidades culinarias, que consisten principalmente en recalentar cosas, si bien desde que William se marchó ha aprendido a usar la barbacoa. Gabi se da cuenta de que está famélica. Suelen pararse a comprar un bocadillo caliente después del sexo. No es romántico, pero el romanticismo se la trae floja.

El chef sacude la cabeza, decepcionado por su presencia, y ella frena su intención de pedir algo para llevar.

Esperan fuera junto a los cubos de la basura en un callejón que huele a porquería y meados rancios. Luke se mete un cuadradito de chicle de nicotina en la boca y le tiende el paquete. Gabi

rechaza el ofrecimiento.

—¿Crees que tu hombre nos va atender?

—En privado sí, una vez tenga la partida organizada. Es curioso. Como todo el mundo. Este caso que te has echado encima, Gabi... es bien jodido.

Se restriega la palma de las manos en los pantalones.

—Es lo peor que he visto.

—Una vez recibí una alerta por la muerte de un bebé. Cuando todavía patrullaba.

Gabi da un respingo.

—Lo pillo. No me cuentes más.

—No, es que fue peor de lo que imaginas. Escucha —dice Luke, pero con una sonrisa divertida.

—Mejor que tenga un final feliz.

—Escucha. Llegamos a la casa, abandonada, sellada con tablones, y mi compañera se niega a salir del coche. No quiere verlo. Casi está

llorando. Me ruega que vaya yo. Negocia. Semanas de papeleo si no la obligo a que venga conmigo. Y yo tampoco quiero ver un bebé muerto, pero alguien tiene que ir.

—Así que vas.

—Sin otro respaldo que ella llorando en el coche. Estoy cabreado. La llamada decía que el bebé estaba en el sótano, de modo que bajo los escalones de uno en uno paseando la luz de la linterna adelante y atrás, con una mano en la pistola por si algún yonqui se abalanza sobre mí, y allí está. Tal como decía la alerta, un bebé muerto. Una cabecita pelada sobresaliendo entre desperdicios. Noto el vómito en la boca. Porque vemos de todo, pero bebés muertos...

—Joder.

—Todavía es peor. Veo otra cabeza.

—Pero ¿qué caso era ese? No lo recuerdo.

—Y otra. Y otra. Y otra. El puñetero sótano está lleno de bebés muertos. —Sonríe—. Solo que no

son bebés, ¿sabes? Son muñecos. Un tarado de los cojones ha llenado su sótano de bebés de plástico.

—Ah.

—Fui a buscar a mi compañera. Le dije: «Tienes que venir a ver esto». Y la saqué a rastras del coche. Bajó las escaleras llorando, luego chilló, después se rio y terminó pegándose. La transfirieron a un puesto de oficina al mes siguiente. Gracias a Dios.

—¿Y los muñecos?

—Supongo que allí siguen. Alguien debería recogerlos, limpiarlos y donarlos a una residencia o algo así. ¿Tú ex no tenía niños?

—Eres una persona horrible —responde ella riéndose.

—Lo mejorcito de Detroit. ¿Lo odias?

—¿A William? No. No fue culpa de ninguno, dejamos que se estropeará hasta que fue demasiado tarde. Nos quedamos atrapados entre el trabajo y correr tras nuestra hija, y hacíamos

turnos distintos... Cuando lo miro ahora, diría que eso fue la gota que colmó el vaso, ¿sabes? Barcos que se cruzan en la noche. Mis padres querían que me mudase con ellos a Miami después de divorciarme, pero me pareció que eso era rendirse.

—Ya había percibido eso en ti.

—¿Que soy perseverante?

—Testaruda.

Su padre le va enviando enlaces a cada noticia sobre crímenes violentos acaecidos en Detroit, como si ella pudiera de alguna manera ignorarlo trabajando en lo que trabaja. El caso de Renisha McBride,¹³ el de la chica de veintidós años a quien su casero blanco disparó en la cara, el del colegio que decidió parar una pelea entre dos chicas con espray de pimienta, el del almacén que comerciaba con extremidades humanas.

Se excusó por no poder ir el día de Acción de Gracias este año porque sabía que iban a poner

toda la carne en el asador. La agobiarían para que buscara un buen trabajo en investigaciones y enjuiciamientos especiales, quizá, e invitarían a comer a algún conocido (que resultaría estar soltero y pertenecer a un gremio amable como la contabilidad o la abogacía).

—¿Alguna vez te planteas el traslado? —le pregunta Luke.

—¿Después de partirme el espinazo durante ocho años para llegar a Homicidios? Pero sí he pensado en Ann Arbor. Una pequeña ciudad universitaria. Sería bueno para Layla.

—En Ann Arbor no sucede gran cosa —observa Luke.

—El asunto es que ya no creo en la justicia. No la hay. No la suficiente. Los violadores se libran por un tecnicismo. El dinero te salva de cualquier aprieto. El que menos tiene que ver cumple pena por asesinato. ¿Te acuerdas de aquel agente que cerraba los casos a base de recoger huellas

dactilares de vagabundos y manipular los archivos de pruebas? La gente es corrupta, perezosa y mala en su trabajo.

—Es una afirmación cruel, la que acabas de hacer.

—No todos. Algunos están simplemente desbordados. Tienes que llevar a cabo el arresto, archivar todas las pruebas y la acusación lo fastidia porque tienen otros cuarenta juicios y no pueden poner toda su atención en uno. O el caso se demora porque el ADN no ha sido analizado. Pero ¿qué vas a hacer? ¿Rendirte? ¿Apartarte de todo esto? —Hace un gesto que abarca las basuras y el callejón, convirtiéndolo en un chiste, porque ambos se están crispando—. Es como hacer de padre. Haces lo que hay que hacer.

La puerta se abre tras ellos y la luz provoca la estampida de un grupo de cucarachas que se escabulle buscando refugio en la oscuridad.

—Os espera —dice el matón.

Los escolta tras la cortina de cuentas y por un estrecho tramo de escaleras, pasan por delante de una habitación cerrada en la que resuenan voces masculinas, entre borrachos y desatados (la algarabía que rodea al dinero). Llama una vez a la puerta que hay al fondo del pasillo y la abre del todo a un dormitorio con una gran fotografía de La Meca en la pared del cabecero.

Timor está sentado en la cama, fumando. Tiene unos ojos demasiado pequeños en relación con la cara, lo que le confiere una apariencia de rata rolliza con barba de pocos días; por el cuello y por las mangas de la camisa hecha a medida se le escapan pelos negros.

—Les doy diez minutos, ¿entendido? Porque quiero que sepan que no tengo nada que ver con esto. Pondremos las cartas sobre la mesa y luego pueden marcharse por donde han venido.

—Paul Lafonte. Encontramos su número en la lista de teléfonos marcados recientemente —

comienza Gabi.

El hombre la interrumpe:

—Sí, me debe pasta. Doscientos dólares. ¿Cree que le haría semejante putada a un hombre por doscientos dólares? ¿Tiene eso alguna clase de lógica financiera? Un brazo roto no me ayuda con los pagos del velero.

—Me da la impresión de que es usted de los que no paga.

—Estamos en recesión. ¿Qué quiere que le diga?

—¿Qué clase de velero?

—¿Sabe de embarcaciones? Un Beneteau First 30.

—Mi padre me enseñó a navegar. Es capitán de un yate en Miami. Cruceros al atardecer, eventos corporativos. Aunque no es suyo. El mantenimiento es demasiado caro.

—Deje que le pregunte entonces, señorita inspectora. ¿Su padre lanzaría a alguien por la borda por romper una copa de champán?

—Si supusiera un perjuicio para su negocio y necesitase dar ejemplo...

Timor le echa una mirada piadosa.

—El señor Lafonte no puede perjudicarme. Es un don nadie y yo soy... el que maneja el cotarro. Lamento mucho lo que le ha sucedido a su hijo. Es horrible.

—¿Así que sabe lo sucedido?

—El chaval está muerto. ¿Le parece poco?

—En este caso sí. Hay ciertos detalles... poco comunes.

—¿A qué detalles se refiere? —Retuerce uno de los pesados gemelos dorados.

—Me temo que no puedo entrar en eso, pero necesito hacerle unas preguntas. Discúlpeme si soy demasiado directa —empieza Gabi.

—No, no, las mujeres directas me gustan. ¿Querría venir a navegar un día conmigo? Me encantaría ser su anfitrión. Ver lo que le ha enseñado su padre. —La mira con lascivia, y

muestra la boca llena de blancas y brillantes fundas.

—¿Y nadar con los peces? No, gracias. —Le sonrío con aspereza—. Los rusos son famosos por enviar mensajes. Mensajes brutales. Cortando manos y pies. Decapitaciones. Hace un tiempo se encontraron pies en remojo en Canadá. Debieron de lanzarlos desde un velero.

—Gabriella —la avisa Luke.

Timor sonrío con sarcasmo.

—Yo también he oído esas historias, y tal vez algo de eso es verdad en otras ciudades. No puedo hablar por todos los rusos. Pero nosotros no asesinamos niños. ¡No somos mexicanos de mierda! Ni siquiera los narcos harían algo tan estúpido. Atraer a la policía ¿por qué? ¿Por doscientos dólares? Dígale al señor Lafonte que como muestra de buena fe y compasión le perdono la deuda.

—Qué magnánimo por su parte.

—Soy un hombre generoso —responde Timor, pero la atmósfera se ha vuelto fría—. Entonces, ya la saludaré desde el muelle cuando esté sacando algún borracho del agua. Ahora, si tienen la amabilidad de disculparme, tengo que volver a una partida de póquer.

De vuelta, en el coche, Stricker tamborilea con los pulgares sobre el volante, una línea de bajo que expresa su irritación.

—No deberías haber hecho eso.

—Sé que me he pasado, pero tampoco iba a darnos pasaporte. Tal como ha dicho, no vale la pena sabotear su propio negocio.

—Me refiero a que no deberías haber flirteado. ¿Cómo se te ocurre?

Gabi suelta una carcajada ante lo ridículo de la situación.

—¿Qué? Me ha invitado a su velero. Le he pegado un corte. ¿Cuál se supone que habría sido

la reacción apropiada?

—Por cosas como esta las mujeres policía tienen mala reputación.

—Tú podrías haber dicho exactamente lo mismo.

—A mí no me estaba mirando las tetas.

—¿Es que eso es culpa mía?

—¿Sabes cómo te llama Mike Croff?

—Claro. Me lo ha dicho a la cara. Dos-por-uno. Latina y mujer, lo que significa que tengo las de ganar, ¿no? Así el departamento parece más progresista.

—Tres-por-uno. Porque eres eso, y además guapa.

—Vaya, mira que me dices cosas bonitas. Tú tampoco estás mal, Stricker. Podrías ser el modelo del departamento. ¿Qué dice eso de ti?

—Mike dice que a los medios de comunicación les vas a encantar cuando toque hacer declaraciones a la prensa. Si juegas bien tus cartas puedes llegar a lo más alto.

—¿Y tú qué crees, Luke? ¿No me merezco ser comisaria? ¿No me lo he ganado?

Luke mantiene los ojos fijos en la carretera, atravesando calles desiertas alumbradas intermitentemente por el alumbrado deteriorado.

—Tú fuiste la primera en llegar a la escena. Las cartas caen donde caen —le responde con serenidad.

Miércoles 12 de noviembre

Líneas de investigación

Si Gabi tuviese que puntuar la reunión sobre el caso le daría un Muy Deficiente. Un montón de indicios sin respuestas concretas, disputas

mezquinas porque todos quieren una cosa u otra y todos están tensos. Ni siquiera la caja de donuts que Chispitas trae de Heidi's Kitchen por iniciativa propia calma los ánimos.

Hora aproximada de la muerte: algún momento entre las tres y las cinco de la tarde del viernes, probablemente en la parada del autobús que, a pesar de haber sido acordonada, se ha convertido ya en un monumento conmemorativo repleto de flores y ositos de peluches atados.

Causa de la muerte: un golpe muy preciso en la parte posterior del cráneo, que seccionó la vértebra. Pudo ser una pistola de clavos, o de las que usan en los mataderos con el ganado antes de cortarles la garganta. Veintinueve mataderos registrados en Míchigan, diez dentro de la ciudad, principalmente alrededor del Eastern Market. Doscientas siete ferreterías solo en Detroit. Están haciendo pruebas con cráneos de cerdo con varios instrumentos para acotar la búsqueda.

Siguen a la espera del resultado del adhesivo y la sangre hallada en la parada del autobús. Ha cursado otra solicitud de prioridad.

Mientras tanto, ella se ha puesto a repasar los archivos del caso del tiroteo en el que Daveyton se vio atrapado, pero fue desde un coche y no llegó a identificarse al agresor.

Por desgracia, lo rocambolesco de la historia lo hace más atractivo para los medios. Siempre están entrando llamadas que suplican detalles. Los padres han pedido que no se proporcionen fotografías a la prensa.

—Que quede claro... —dice Joe Miranda con calma para que todos tengan que prestar atención mientras habla—. Los periodistas tienen que seguir esta indicación a pies juntillas. Pueden enseñar lo que les digamos y nada más.

Ovella Washington ha confeccionado una lista deprimentemente larga de miembros de grupos racistas del estado.

—Se retratan en internet, en su mayor parte — explica—. Un montón de «Trayvon¹⁴ se lo estaba buscando», «Renisha merecía morir» y la inveterada autocompasión y pesar por cómo el hombre negro los oprime. El nombre de Daveyton solo apareció una vez en los foros: «Un negro menos del que preocuparse». Si su asesino es un racista tarado no va fanfarroneando sobre ello por internet. Los neonazis están preocupados por controlar el tráfico de drogas. Hablan mucho, pero no creo que quieran arriesgarse a que la poli se les eche encima por un golpe como ese. —Golpetea el expediente con las uñas brillantes—. En conclusión, creo que es muy improbable que haya sido obra de un grupo organizado, pero podría ser un tarado perteneciente a un grupo.

—Así que no podemos descartar que la raza pudo ser un factor.

—Hay muchísimo odio ahí fuera. Lo que puedes hacer es traerme un poco de lejía cerebral para

que pueda sacarme de la cabeza la mierda horrenda que he tenido que leer.

—¿Y sobre los satanistas? —dice Boyd.

—No he encontrado ninguno. Hay un equipo de patinadoras que se hacen llamar «Bomboncitos de Satán». No creen ni en Dios ni en Satán, y desde luego no realizan ningún tipo de ritual ocultista.

—Entonces es un nombre bien tonto —masculla Boyd.

—También he hablado con miembros locales de las comunidades practicantes de Wicca y paganas, que se sintieron francamente ofendidas. Tengo la dirección de un herbolario, si quieres hablar con un santero. A veces sacrifican animales.

—Para mí, sacrificar cabras no es tan distinto de sacrificar niños. Ese rollo vudú me pone los pelos de punta —dice Mike Croff.

—Tío, eres imbécil, un capullo ignorante si crees que el vudú y la santería son la misma cosa.

—Caray, qué sensible. ¿Eres creyente, Ovella?

—Guardad las formas los dos —interviene Miranda con suavidad, pero es suficiente para que ambos se callen.

Se hace un silencio lúgubre y finalmente Marcus abre la boca:

—Volví para echarle un vistazo a los grafitis en el sitio donde se encontró el cuerpo como dijo usted, inspectora Versado. Al fondo del túnel hay un mural pintado con la cara de una chica, así que me metí. Es un homenaje: uno de sus amigos lo pintó después de que se matase al caer desde un tejado.

—Muy bien, ¿y? —pregunta Gabi.

—Bueno, Daveyton murió. Y estuvo a punto de morir cuando le dispararon. Podría haber una conexión. Tal vez es una manifestación del asesino que atañe a los niños muertos. No tiene por qué tratarse de un móvil racial.

—Parece un poco traído por los pelos. Lo siento, Chispitas.

—Pensé que debía decírselo de todas formas. También hay un cuadrado rosa dibujado con tiza en la pared, cerca de donde estaba el cuerpo. Tiene que ser reciente, porque la tiza se borra.

—Buen trabajo. Tomo nota —dice Gabi.

De hecho, está impresionada: tienen que andar con cuatro ojos, en este punto de la investigación. El chico apunta maneras.

Stricker interviene, un poco frío, piensa ella.

—Te he encontrado una taxidermista. Ha estado dando clases en Cleveland, pero volverá si quieres hablar con ella.

—Desde luego que quiero —contesta Gabi. Para entonces a lo mejor incluso tienen resultados del laboratorio.

—También he hablado con la gente de la barraca de feria. Tienen un número de tragafuegos, contorsionistas, acróbatas y marionetas. No tienen ningún espectáculo de fenómenos. El director me preguntó si era una sugerencia.

—Ahora sería mal momento para empezar. ¿Qué tal la criba en los archivos de cazadores, Boyd?

—Genial. Realmente genial. ¡Solo hay novecientos noventa y ocho mil cuatrocientos cincuenta y tres permisos para empezar!

—Pero eso no es lo que estás haciendo.

—Qué va... Investigo a los cazadores acusados de crueldad animal. Significa que han matado ciervos fuera de temporada o han disparado a animales de un tamaño menor al permitido. Dos arrestos en octubre, pero cada año se dan un montón. He dado la voz de alarma para que me avisen en el caso de alguna muerte poco común, o alguna noticia sobre cazadores que vayan a por crías. Pero también hay que tener en cuenta que cada año hay cincuenta mil accidentes de coche relacionados con ciervos. Nuestro hombre podría haberlo atropellado sin querer. O a propósito. Lo que digo es que lo del ciervo es una putada.

—¿Y qué hay del contenido del estómago?

¿Alguna flora inusual?

—Volveré al forense —gruñe Boyd.

Y ella ha recuperado el periódico ensangrentado que se usó para rellenar la cavidad y ha revisado página por página. Secciones arrancadas al azar del *Detroit Star* de los últimos años. Chispitas está comprobando la lista de suscripciones y cotejando referencias con el resto de indicios.

Ahora que la noticia ha visto la luz, muchas comisarías han llamado con casos abiertos ni por asomo relacionados con el que les ocupa. «Pero es un chico negro», se quejan, intentando endilgárselo. «Es un hombre con una antigua herida de bala». «El cuerpo lo encontraron en un campo donde pastaban los ciervos».

Todavía no han encontrado lo que falta de los cuerpos.

El alcalde les ha enviado a alguien para la declaración oficial. Confían en que el departamento de policía será capaz de manejar la

situación con el debido cuidado y sensibilidad hacia la familia, y sin alarmar a todos los padres con hijos en edad escolar.

—En otras palabras, que les hagamos el favor de no encontrar otro cadáver cosido al culo de un ciervo —concluye Miranda, y da por terminada la reunión.

La apertura

Jonno lleva media vida detrás de la próxima gran moda, tratando de encontrar un nuevo gancho, una nueva perspectiva, un nuevo giro, pero ahora se da cuenta de que la gente no quiere novedades: lo que quiere es el consuelo de lo familiar. Dame tu apoyo, hermano. Ayúdame a seguir creyendo lo que ya creo.

Los sabios dan a la gente lo que quiere, más de lo mismo con un envoltorio ligeramente distinto. ¡Mira: es exactamente la misma mierda que ya has visto, pero esta vez desde otro ángulo y con más explosiones! El énfasis se pone en los ángulos de cámara. Es más fácil captar la atención de la gente con películas, le aseguraba Jen, y espera por lo más sagrado que así sea, porque acaba de fundirse lo que le quedaba de sus ahorros en un ordenador portátil caro con software de edición y un objetivo a la última para su iPhone.

Por mucho que esté envejeciendo como George Clooney, la cámara no lo favorece de la misma

manera. La pantalla le muestra un rostro que no reconoce en el espejo, la blandura bajo la barbilla, las orejas más grandes de lo que creía. Orejas de viejo. Pronto le empezarán a salir pelos.

Si se tratase únicamente de su orgullo viril sería capaz de superarlo. Los hombres no necesitan salir guapos en la pantalla como las mujeres. Pero las palabras tampoco le salen como deberían. En cuanto Jen dirige el iPhone hacia él, la pifia. Ha probado a redactar antes el guion, pero entonces lo recita sin gracia. No es capaz de pronunciar las palabras como sabe que suenan en la página. Es una distorsión maligna de la cámara. Venganza, porque la tecnología es consciente de que él la odia y el sentimiento es mutuo. Pero se esfuerza, joder si se esfuerza. Está plantado frente a una casa que han convertido en una especie de caprichosa escultura, unas hojas de plástico cubren las paredes, Adán y Eva se dan la mano por encima del quicio. Esto no es lo suyo.

—La escena artística de Detroit está..., a ver. Mierda. Empezamos otra vez. Vale. La ciudad puede estar marchita, pero la escena artística de Detroit florece...

—No uses esa palabra —lo interrumpe Jen.

—¿Qué?

—Te esfuerzas demasiado en ser ingenioso. Esto no es escritura.

No fastidies, piensa Jonno, y le dedica un saludo marcial.

—¡Sí, señor Marshall McLuhan!

—Otra vez te pasas de ingenioso. Intenta sonreír. Le sostiene el micro como si fuese un cucurucho de helado y él le enseña la dentadura obediente.

—Menos colmillos.

Intenta una sonrisa diferente que resulta igual de falsa. Intenta transmitir con la mirada una chispa que atraviese la pantalla y mantenga mirando a la gente más de veinte segundos, que es cuando la mayoría clica para cerrar, según ella.

Jen ha investigado sobre estadísticas de visualización y publicidad, y si consigues más de cien mil reproducciones YouTube te deja usar sus estudios e incluso tal vez te envía una cámara buena. Le ha enseñado vídeos de gente jugando a videojuegos, por Dios y la Virgen, que se embolsan cien mil dólares al mes por publicidad, y un guaperas de Sudáfrica que gana un millón anual haciendo vídeos en plan coña amable sobre su perro y cuánto odia la playa.

—Alta cultura, por lo que veo —se queja Jonno.

—Lo pasean por todo el mundo. Hace bolos en centros comerciales. Las chicas chillan como si fuese Justin Bieber.

—Ese no soy yo, bonita. Ni lo voy a ser.

—No, pero tú eres más listo que él. Tienes algo que contar. Solo te falta contarlo.

Ella le ha dado de alta el canal de vídeo, incluso le ha diseñado un logo, algo a medio camino entre la hostelería y el mundo de los DJ. Que es más de

lo que él ha logrado esta semana.

Que sí, que ha enviado planteamientos de algunas historias a todos sus viejos contactos y también a algunos nuevos editores. El problema es que cuando se marchó de Nueva York no se limitó a quemar las naves, sino que las hizo saltar por los aires y roció el agua con napalm.

A uno se le puede pasar una fecha de entrega, dos, incluso tres. Puede dejar sin responder correos cada vez más frustrados, airados y decepcionados siempre que termine volviendo arrastrándose y alegue una tragedia personal. (Y eso es verdad, piensa con furia antes de que su trollogre entrometerse. Fue trágico. Lo dejó para el arrastre). Pero ¿seguir sin contestar cuando te han garantizado clemencia? ¿Y convertirse en un infractor reincidente? Está en una decena de listas negras. Se necesitaría un milagro para volver a publicar, y ese es el único motivo por el que ha dejado que Jen lo convenza.

El lado bueno: ella pasa más tiempo en su casa, lo que implica que tiene que mantenerla ordenada. Eso, en la peculiar psicología humana, hace que se sienta inmediatamente mejor consigo mismo (tampoco es que desconociese esos «5 pasos para levantarte el ánimo al instante»). Follar también ayuda. El lado malo es que ahora le parece que tiene que cumplir todas sus expectativas.

Cuando lo que en realidad quieres es que sea ella quien cumpla las tuyas. Un pequeño Jonno o una Jen chiquita. Ey, ¿le has preguntado si su diabetes es genética?

Él fue quien se desentendió. Acusó a Cate de haberse quedado embarazada a propósito para cazarlo. Como si fuese el partidazo del siglo (y una gran perspectiva de futuro). Un escritor autónomo que vivía en un apartamento cutre en Queens y con idea de mudarse a Jersey porque el alquiler empezaba a ser demasiado caro,

arrastrándose hacia la cuarentena sin nada en su haber excepto dieciséis mil palabras de la Gran Novela Americana (que se negaba a dejar que leyera ella).

Mientras tanto, lo cierto es que Cate sí tenía una carrera. Directora de marketing para un sofisticado negocio minorista por internet. Se las arregló para conseguirle comisiones por redactar el contenido del portal: «La resurrección del tweed» (le pusieron de verdad ese título), los rincones para desayunar más secretos de Martha's Vineyard. Con eso se pagaba el alquiler hasta que se le pasó una fecha de entrega por culpa de una resaca y se puso chulo con el editor por correo. Y la verdad era que le disgustaba depender de la buena voluntad de Cate.

Quiso que abortase. Siendo responsables y sensibles, era lo que había que hacer. Solo llevaban saliendo ocho meses. Y, vale, a lo mejor había hecho algún chiste tonto sobre la de cosas

gratis que les caerían si se casaban, pero no se refería a eso. Aún no.

Buscó la información en internet. Más fácil imposible. Si hubiese estado de seis semanas se habrían tenido que encargar de ello de inmediato. *En plan golpe de la mafia.* Intentó explicárselo en la vinoteca del barrio, cómo bastaba con insertar un par de pastillas y, cuarenta y ocho horas más tarde, problema resuelto. Podían encargar una pizza, ver unas pelis... él la cuidaría.

—Haces que suene como una cita. O como un gripazo —le dijo Cate.

A través de la ventana veían cómo rodaban una película en una parte cortada de la calle, con cámaras, grúas y una mesa con comida dispuesta debajo de un toldo.

—¿Te preguntas qué están rodando?

—Una colisión —contestó señalándole un BMW abollado y una moto en el suelo. Un hombre fornido le enseñaba al actor, embutido en cuero

negro, cómo tenía que rodar sobre el capó. Una y otra vez. Así se hace.

—Igual que nuestra relación —trató de bromear.

Cate le dio vueltas al tallo de su copa entre los dedos. Había pedido agua con gas, no vino.

—Voy a tenerlo. Tengo treinta y ocho años, Jonno, a lo mejor no tengo otra oportunidad —dijo, con sus ojos grises bien abiertos.

A lo largo de las siguientes seis semanas rompieron, volvieron, rompieron de nuevo. Dijo algunas gilipolleces. La acusó de usarlo como banco de esperma. Ella replicó que hubiera sido el último hombre sobre la faz de la tierra que habría elegido como banco de esperma. Le pidió un test de paternidad. Ella le dijo que solo si firmaba una exención de modo que si resultaba ser hijo suyo renunciaba a su derecho a verlo.

El miedo lo vuelve feo a uno.

Fue a la primera eco sin él, le envió un archivo de audio del latido del corazón. Como ruido

blanco o de tráfico. Eso no era nada, se dijo. «Suerte con ello», le mensajeó.

Se despertó junto a una chica con la que había ligado en un bar y tuvo su gran revelación. Llevaba doce años tratando de salir adelante en aquella ciudad, y el resultado era nulo. Aquel apartamento cutre sin fregadero en la cocina que le obligaba a lavar los platos en el cuarto de baño y una chica de Cincinnati no tan bonita como para ser modelo, con la misma voracidad que él, deseando comerse el mundo: las luces brillantes, las fiestas, aquellos rincones secretos donde desayunar sobre los que escribía para otros. Todo es mentira, tenía ganas de decirle. Para gente como tú y como yo hay porteros. Podemos llegar hasta la puerta, pero jamás formaremos parte de ese mundo realmente. Él llevaba intentándolo muchísimo tiempo. Nueva York ya no estaba hecha para gente creativa, y tal vez llegaría un momento en que tendrías que dejarte de fantasías y concentrarte en lo

importante.

Como el amor. Como una familia.

Y entonces, justo cuando acababa de descubrir lo que de verdad deseaba, Cate perdió al niño. No hicieron falta pastillas. El cuerpo tiene sus métodos para deshacerse de un feto no viable. Como si fuese mercancía en mal estado.

El veinte por ciento de las mujeres sufre abortos involuntarios durante el primer trimestre. Le sucede a millones de personas, le dijo. Es parte de la experiencia humana. Aquello lo empeoró... su dolor ni siquiera era único.

Ella lo superó. Él no.

Se obsesionó, exploró todos los sitios web sobre embarazos: «A las once semanas, el tamaño de tu bebé es el de un higo».

O el de una lima, o el de una uva muscadina, sea lo que sea. Un sinfín de bebés comestibles. Cuatro centímetros. El dolor parecía de un tamaño mayor que eso.

Le suplicó que volviese con él en un puto Starbucks cerca de su trabajo. Cate no perdió la compostura a pesar de llorar. Él intentó explicarse. Repasó todas sus actuaciones estúpidas y atemorizadas, y cómo aquello había sido el proceso que había atravesado para llegar al punto al que había llegado. Ahora estaba comprometido. Podían volver a intentarlo. Ella se inclinó sobre la mesa para cogerle una mano entre las suyas y dijo:

—Dios mío, Jonno, nos hemos librado por los pelos, ¿no te parece?

Y entonces se levantó y puso veinte dólares para pagar los cafés (demasiado, y además él ya había pagado en el mostrador) y salió de su vida, y no le devolvió ni las llamadas ni los correos (todos los que se esforzaba en no enviar).

Después de eso la cosa se desbocó. Abría el ordenador y el cursor parpadeante le resultaba tan puñeteramente opresivo que se iba directo al navegador. Joder, ¿por qué tenían que hacer que

parpadease?

Jugaba a videojuegos en línea y veía un montón de porno. Los videojuegos se fueron haciendo cada vez más estúpidos. El porno cada vez más oscuro y chungo. Se dio cuenta de que era un síntoma de su propio entumecimiento. Escuchaba el audio del latido de un fantasma.

Dejó sonar el teléfono sin cogerlo. No devolvía las llamadas a sus amigos. No llamó a sus padres ni a sus hermanas. Se le pasaron un sinfín de fechas de entrega. Dejó sin pagar el alquiler. Con dos meses seguidos bastó.

Llegó a casa y se encontró con la cerradura cambiada y sus cosas metidas en cajas en la puerta. La mitad se lo habían robado ya. Tiró el resto en los escalones de la entrada del edificio, cogió el portátil y una bolsa de ropa (cosas bonitas que Cate le había conseguido gracias a sus descuentos como empleada) y compró un billete de avión de última hora con destino al sitio más de

mala muerte que se le ocurrió.

Si hubiese sido más valiente igual se hubiera metido en las drogas duras, habría caído en desgracia y terminado literalmente en el arroyo. Pero aquello le pareció una maniobra más drástica. Un peregrinaje de perdición a la meca de los sueños rotos. Sus amigos creyeron que se había vuelto loco. Les envió un mensaje en grupo y no respondió. No se puede empezar una nueva vida sin deshacerse de relaciones extintas.

Sin embargo, no esperaba encontrar nada aquí. No tenía previsto enamorarse, ni mucho menos lograr la oportunidad de rehacer su vida por completo.

Si fuese capaz de salir bien parado ante la cámara.

—Vale. Vale. ¿Estás grabando? Estoy aquí en la planta eléctrica de Detroit, donde los artistas trabajan en el proyecto Dream House. Ha costado

tres meses de preparativos convertir estas ratoneras en...

—No creo que debas llamarlas ratoneras. Suena irrespetuoso —lo interrumpe Jen.

—Vale —responde él echándose el pelo hacia atrás—. ¿Seguimos?

—Bueno, pero arréglate el pelo.

Jonno se atusa el pelo, coge aire y comienza de nuevo:

—Estoy aquí en la planta eléctrica de Detroit, donde un grupo de artistas visionarios lleva tres meses trabajando duro para transformar el esqueleto de estos edificios —alza las cejas para subrayar lo dicho mientras ella le hace una mueca — en asombrosas obras de arte.

—Tal vez deberías hacerlo menos parecido a un canal local de noticias. A la gente le gusta el humor.

—¿No te ha gustado la metáfora del esqueleto?

—Quieren verte, Jonno. Déjalos entrar.

—No soporto esto.

—Lo editaremos. Comenzaremos con una imagen superinquietante de una obra con música y una voz en off. Quedará chulo. Hazme caso. Vale, mírame a mí, no a la cámara, así parecerá más natural.

QELQHC. *¿Qué es lo que haría Clooney?*
Buena pregunta. Pone rígida la mandíbula para disimular los pliegues de la barbilla y ladea la cabeza un poquito. Actitud. Esa despreocupación de Clooney, como si acabase de tocarle el culo a la novia en el altar.

—Esto es lo que sabéis de Detroit —dice mientras cuenta con los dedos—. Uno: la ciudad está en bancarrota. Dos: está lleno de edificios en ruinas que parecen hermosos si los fotografías con la luz adecuada. Tres: Eminem.

Jen asiente y articula: «Cojonudo».

—Pero hay un fascinante grupo de jóvenes artistas que no permiten que ninguna de estas cosas entorpezca su visión. Soy Jonno Haim. —Suenan

bien—. Y voy a acompañaros en los preparativos del proyecto Dream House. Con suerte, respirando lo justo de amianto y sin que se me derrumbe un tejado encima.

—Corten.

Jen se le tira encima y lo cubre de besos.

—¡Ves! Sabía que ibas a hacerlo genial.

Él le devuelve los besos. Le encanta su entusiasmo, su fe en él, su dulzura. Siempre se le han dado bien las patrañas.

Y desea con todas sus fuerzas que Cate lo vea.

Relleno

Los medios de comunicación están eufóricos ante la perspectiva de la rueda de prensa. Con mencionar secuestro infantil y asesinato valdrá. Especialmente cuando la víctima ya era un símbolo del intrépido espíritu de supervivencia de Detroit con una medalla al mérito por recibir un disparo desde un coche. Porque si no se trata de una niña rubita de raza blanca necesitas la baza del interés humanitario. El departamento de policía ha divulgado el nombre de Daveyton y una fotografía y ha ofrecido una recompensa a cambio de más información. Aún no han revelado los detalles. Gabi *espera* no desvelar a los reporteros la auténtica dimensión del caso.

Lo detesta. No se hizo policía para plantarse delante de cámaras y periodistas que se alzan y vuelven a desaparecer con sus preguntas como topos, y las palabras de Luke en mente. *Tres por uno.*

—¿El asesino escogió específicamente a

Daveyton?

—En este momento no queremos hacer comentarios —responde ciñéndose al guion que la alcaldía le ha dado.

Los flashes la hacen sentirse como si estuviese en medio de una de esas experiencias con paparazzi que pueden alquilarse para la graduación o las bodas. Alfombra roja, limusina, cámaras persiguiéndote. Glamur barato.

—¿Es cierto que el cuerpo fue mutilado?

—No puedo comentar esa cuestión.

—¿Se trata de un asesino en serie?

—Por el momento solo tenemos este caso.

—¿Dónde están los padres? ¿Son sospechosos?

—Están de luto. —*Están de luto, gilipollas,* piensa, pero no lo dice, aunque tampoco disimula lo que piensa—. Han hecho una declaración que les hemos impreso para que la recojan a la salida.

—¿Deberíamos cerrar los colegios? ¿Nuestros hijos están a salvo?

La ayudante del alcalde, Jessica diMenna, se adelanta un paso con la suavidad de un whisky de malta y con el pelo del mismo color miel:

—La alcaldía se va a reunir con todos los colegios del distrito y con los líderes de la comunidad. La Humboldt Middle School permanecerá cerrada durante una semana para que el profesorado y los alumnos puedan digerir esta trágica pérdida y para que asistan al funeral de Daveyton. Estamos convencidos de que nuestras fuerzas del orden pondrán al monstruo que ha hecho esto ante la justicia. Me gustaría subrayar que es muy importante que mantengamos la calma y que continuemos con nuestras vidas. Creo que es lo que Davey hubiera querido.

Gabi observa el suelo. Sospecha que lo que hubiera querido Daveyton es una puta oportunidad de vivir.

—Ha salido bien —comenta Jessica con una sonrisa, posando para una última serie de

fotografías, una mano en el hombro del capitán Miranda y otra en el de ella. La prueba visible del convencimiento de que todo va a ir bien.

Gabi no lo soporta. Se aleja en cuanto puede. Piensa en mandarle un mensaje a Stricker: tal vez un polvo rápido le alivie la ansiedad. Pero por el momento no se hablan fuera de la sala de reuniones porque sigue enfadada con él. Peor aún, igual él tiene razón: igual la están preparando para su presentación en sociedad. Todavía recuerda el tacto de la mano de Jessica en el hombro. A Stricker que lo follen, piensa (metafóricamente, si no puede hacerlo ella en persona). Y que los follen a todos por ponerla en esta posición cuando está aquí solo para hacer su trabajo.

El coche de Boyd está aparcado fuera de la casa de la taxidermista, una pulcra vivienda de dos dormitorios en Livonia, al otro lado de la carretera, viniendo desde el centro comercial.

—¿Ya le has echado de comer a las fieras? — pregunta Boyd mientras baja el cristal de la ventanilla y deja escapar un hechizante aroma de café.

—Un asco. ¿No tendrás un...? —Pero Marcus ya le está tendiendo una taza. Lo coge agradecida—. Vaya, desde luego que puedes quedarte, Chispitas.

—Lo siento, se ha enfriado un poco.

—Sí, siento haberos tenido esperando.

—Estábamos demasiado asustados como para entrar sin ti —dice Boyd mientras llama al timbre—. Eh, ¿qué le dice un taxidermista a unos policías?

—No sé, ¿qué?

—Que os zurzan.

En ese instante Maxie Lautner abre la puerta.

—¡Oh, hola! Me había parecido oír voces.

No tiene el aspecto que debería tener una taxidermista.

Para empezar, es bonita. Veintipocos, bajita, pelo

rubio y uno de esos pendientes de aro en la nariz que Gabi siempre ha pensado que son los piercings más estúpidos de todos. Sería fácil agarrarla por ahí y doblarla, obligarla a arrodillarse. Pensamientos de poli: lo más feo que se te pueda ocurrir.

La chica avanza haciendo clop clop con sus botas de tacones como si fuesen pezuñas y los conduce hacia el salón. Es una casita ordenada, si pasamos por alto los espeluznantes bichos muertos que hay por todas partes; conejos y ratones, sobre todo, aunque hay varias cabezas de ciervo y un canguro joven que saca la testa de un bolso tejano bordado con la frase «El hogar está donde está el arte» en punto de cruz dorado.

Chispitas se inclina para examinar la vitrina llena de pequeños esqueletos. Hay un conejo con dos cabezas bajo una campana de cristal, sobre dos patas, con una pata levantada como si señalase algo justo detrás de ellos. Gabi refrena las ganas

de volverse a mirar.

—Todo es legal, antes de que pregunten —dice la chica.

—¿Por qué nos dice eso?

Maxie lanza una mirada cautelosa al uniforme de Gabi. Su voz adopta esa entonación que hace que cada frase suene como una pregunta.

—Ya he tenido problemas antes con la policía. Supongo que fue culpa mía. Estaba trabajando en un canguro adulto en el garaje, empezó a colarse sangre hasta la calle y a mi vecino le dio un patatús. Al momento aparecen los polis y entran en mi garaje y ahí estoy yo ¿con el escalpelo metido en un cadáver sangrante? Uno de ellos empieza a gemir: «Oh, Dios mío, ahora mismo no puedo con esto». Y yo me pregunto, ¿qué hubiera hecho ese hombre si se topa con un asesino de verdad?

—¿De dónde coño sacó un canguro?

—Generalmente compro conejos muertos congelados por internet, pero mis amigos me

llaman cuando ven algún animal atropellado, y un tío conocía a otro que ¿trabajaba en el zoo? Así que cuando se les murió el canguro quedamos en que me lo enviaba conservado en hielo seco.

De hecho, piensa Gabi, la parte más increíble de la historia es que los vecinos se molestasen en llamar. La mayoría de la gente haría la vista gorda. Ojos ciegos, como las perlas de cristal escrutadoras del conejo de dos cabezas.

—¿La ficharon por delito contra la seguridad y la higiene? —le pregunta Marcus.

—Qué va. Los cazadores tienen permitido procesar carne en sus casas. Siempre que tengan una licencia.

Maxie se apresura a enseñarles sus credenciales.

—Tengo una licencia de taxidermia expedida por el Departamento de Recursos Naturales. Tiene que estar por aquí. —Abre un cajón de un escritorio pasado de moda y rebusca en el interior—. Cubre animales domésticos y atropellados. Lo único que

no puedo tocar son especies en peligro. Como aquel tío que me llamó para preguntarme si le haría un águila calva, y yo estaba ahí en plan ¿es un delito federal? Te pueden caer diez años de cárcel por eso, son doscientos cincuenta mil dólares de multa.

Boyd suelta un silbido.

—Eso es mucha pasta.

—Lo sé. Hay que ser muy estúpido.

—Me gusta este conejo de dos cabezas.

—Vaya, gracias. De ese estoy orgullosa. La gracia está en conseguir que sean lo más realistas posible, pero a veces es divertido jugar y crear animales contrahechos. Como las sirenas de Fiyi del circo Barnum Bailey. Son mis favoritas. Mitad pez, mitad mono.

—¿Sabe de alguien que lo haga con humanos? ¿La abuelita o el abuelito de alguien? —le pregunta Boyd.

—Están esos bebés realistas —dice Gabi

pensando en la historia de Luke de los muñecos en el sótano—. Son populares entre las mujeres que han abortado o han perdido un hijo. ¿Ha oído que alguien haga eso con bebés de verdad?

—Ah, tío, eso es tristísimo. —Maxie se sienta en el sofá tapándose la cara con las manos—. ¿Hacer embalsamar y disecar a tu propio bebé? No, eso es más que ilegal. Mucho más ilegal que un águila calva. Para trabajar con cuerpos humanos tienes que estar registrado como empleado de funeraria.

—¿Y conoce a alguien que lo haga?

—A ver, a los taxidermistas nos va el humor retorcido. Y lo raro vende, ¿comprende? Hay una tienda en San Francisco que siempre me está dando la brasa para que le haga más conejos de dos cabezas. O ratones con atuendo victoriano y pequeños parasoles. Pero jamás he oído que nadie haga nada con personas de verdad.

—¿Conoce a alguien que se especialice en ciervos? ¿O en ciervos contrahechos?

—Ah, ciervos hacen todos. Son aburridos. A mí me gusta trabajar con animales pequeños. Es lo complicado. Prácticamente en todas las clases que doy alguien aprieta el estómago de un ratón y lo revienta. Hay que hacer un agujerito pequeñísimo para despellejarlo. Es como pelar una naranja. Una naranja enorme.

—¿Cómo se logra que no pierda la forma? —pregunta Gabi pensando en el papel de periódico que encontraron dentro de Daveyton.

—Bueno, se puede hacer un molde del cuerpo en yeso y rellenarlo con gomaespuma o lo que hace mucha gente ahora, sobre todo con animales pequeños: construir una pequeña momia de forma parecida al animal con cinta adhesiva o cuerda y luego ponerle la piel encima. Se pone un poquito de líquido de embalsamamiento en las garritas y en la nariz para que no se agrieten y listos.

—¿Y las costuras? ¿Usa superglue o algo parecido?

—No, se zurcen. Con mucho, mucho cuidado, desde dentro y con hilo de pescar. En la mayoría de animales, el pelaje tapa la costura. Si se tratase de un reptil o un pez, la cubrirías con arcilla y la pintarías con aerógrafo.

—Pero ¿podría usarse superglue?

—En el caso de que no tengas ni idea de lo que estás haciendo, supongo. Ah, pero ustedes preguntaban por ciervos contrahechos. Me suena haber visto una foto de un cervatillo con alas de paloma en internet.

—¿Cree que podría encontrarla de nuevo? ¿O identificar al artista?

—Diría que era alguien de Croacia. Tiene animales contrahechos muy bonitos.

—Ahora voy a enseñarle unas fotografías —le dice Gabi pasando al modo formal—. Tiene que entender que forma parte de una investigación en curso y que no puede divulgar ninguna información.

—Caray.

—Es una investigación de asesinato. ¿Está de acuerdo con estas condiciones?

—Claro, por supuesto. Ya se lo dije por teléfono. Es como ser médico, ¿no? Estricta confidencialidad.

Gabi no le señala que una licencia del Departamento de Recursos Naturales no es exactamente lo mismo que un doctorado en medicina.

—Son muy gráficas. La aviso.

Maxie se encoge de hombros.

—Trabajo con animales atropellados.

Gabi le tiende las fotografías. Las coge con cuidado. En ninguna se ve la cara de Daveyton.

—Coño, esto es muy chungo —exclama la chica palideciendo, con lo que los agujeros de la nariz se le ponen rojos.

—¿Se parece esto al trabajo de alguien que conozca? ¿Ese tipo de Croacia?

La taxidermista niega con la cabeza.

—No. Desde luego que no.

—¿Alguien que haga cosas similares? ¿Con conejos o monos? ¿Prácticas?

—No. No así. Esto no es obra de un taxidermista. No se corta a través del cuerpo así... ¿por en medio de la carne? La piel se abre por la espalda, junto al músculo dorsal, o se hace una incisión en el vientre por debajo del estómago para sacarla. La carne no se toca. —Da un respingo.

—¿Y si tuviese prisa?

—Imposible. Se va a pudrir. Toda la gracia de la taxidermia es intentar quitar tanta carne como se pueda. Dejamos las dos primeras capas de piel porque se secan alrededor de los folículos e impiden que el pelo se caiga, pero nada más. Este individuo no es taxidermista. Ni siquiera intenta hacer algo parecido. Me refiero a que se pueden ver vídeos de cómo hacerlo en internet. Este tío no

tiene ni la más remota idea.

Faygo y una pistola¹⁵

Las pesadillas han ido sucediéndose cada vez que TK cierra los ojos. Es la manera que tiene Dios de obligarlo a pensar más en su familia, por más que él no tenga ningún trato con Dios. Así que,

a pesar de que no hace ni un par de semanas desde la última visita a su madre, va de nuevo. Sigue siempre todo un ritual: le lleva una botella pequeña de Jim Beam y una Faygo Cola, se bebe un trago y el resto lo vierte sobre la tumba. Si lo haces honrando a tus muertos no cuenta como romper la sobriedad. Cuesta creer que hayan pasado ya cuarenta años. Parece que fue ayer.

Por entonces no lo llamaban TK. Era Tommy. O Tom o Tee. La noche en que su madre murió él había llevado a sus hermanos pequeños para hacer truco o trato. Era el primer Halloween de Florence, disfrazada de fantasma con una sábana vieja estampada de flores. Cuando se quejó, le explicó que las chicas fantasmas llevan flores. Leroy iba de vampiro con una capa, hecha a partir de una vieja sudadera a la que TK le había cortado las mangas, y dos churretes de pintalabios rojo en las comisuras de la boca. Incluso pasearon hasta una barriada de blancos para ver los adornos y

llamar a las puertas. Los caramelos eran mejores, pero también los miraban peor. Así que cuando volvieron a casa estaba de mal humor. Vio la puerta abierta y supo, lo *supo*, que algo iba mal.

Los pequeños discutían por una chocolatina.

—Esperadme aquí —les pidió.

—Pero es que estoy cansada —dijo Florrie.

—He dicho que me esperéis aquí, si no os confisco los dulces. No veréis ni uno.

Florrie se echó a llorar, aquel llanto agudo suyo que se convertía en hipos y boqueadas. Pero no podía calmarla en ese momento. Entró y se encontró a su madre con medio cuerpo en el sofá y el resto apoyado en el suelo, sangre por todas partes (sobre aquella mullida alfombra blanca de la que estaba tan orgullosa) derramándose a través de su ropa. Tuvo que gritarles a Florrie y Leroy que os he dicho que no entréis en casa, me cago en la puta.

Intentó levantarla, pero era como un saco de

serrín. Tenía burbujas de sangre en los labios. Le susurró:

—Te quiero, mi niño, te quiero.

—¿Qué ha pasado, mamá?

—Ricky —respondió. Aquel nombre no debería haber sido su última palabra.

El novio de su hermana gemela. Aquello era un culebrón. Se había equivocado de mujer. Mató a la gemela buena. Lo que pasa es que su madre también era mala. Las dos eran mujeres de mala vida que tonteaban con hombres perversos y tenían más hijos de los que podían hacerse cargo.

Iba armado desde los nueve años para poder proteger a su madre, recogerla del bar donde algún tío estuviese exigiendo cosas por las que no pensase pagar. TK aprendió a temer el chirrido del teléfono de pago del vestíbulo o la voz de algún chaval llamándolo desde la calle: ¡*Tommy!* Pero de todas formas bajaba con su calibre 38 metido en los calzoncillos a las dos de la madrugada para

vérse las con algún negrata borrachuzo que se estuviese poniendo demasiado sobón.

Leroy trató de asomar la cabeza para fisgonear.

—¡Id a casa del tío Lewis! —le gritó TK. Fue a buscar la pistola detrás de los álbumes de fotos de la estantería.

—¿Adónde vas? —le preguntó Florrie agarrándosele a los pantalones mientras él echaba la llave e intentaba bajar las escaleras—. No te vayas, Tommy.

—Voy a pillar una Faygo de uva a la tienda —le explicó apartándola. Había una parte de él que también se creyó lo que estaba diciendo.

—¡No te vayas! No nos dejes. ¿Y los dulces?

Hizo alterarse también a Leroy. Allí estaban los dos gimiendo, pero lo único que podía hacer era mantenerlos fuera de la casa.

—Id a casa del tío Lewis —repitió, pero no se quedó a ver si obedecían.

No llegó a la tienda. Fue a casa de Ricky Furman

(sabía dónde vivía) y lo estuvo observando desde fuera por la espalda mientras veía la televisión como si nada hubiera pasado. *La familia Monster*. La melodía del principio todavía le hace hervir la sangre. La puerta principal no estaba cerrada con llave. Entró directamente, lo agarró, tiró de él volcando el sofá y le metió cuatro disparos allí mismo, en el salón. No se acuerda de nada de aquello. Todo en rojo, como cuando miras hacia el sol y luego cierras los ojos. Como recuperar la consciencia después de un ataque. Fue él quien llamó a la policía.

Creo que acabo de dispararle a alguien.

Solo que no era simplemente alguien. Era el cabronazo que había apuñalado a su madre mil veces hasta que la dejó seca.

La lata de Faygo que llevó la última vez está tirada en la hierba junto a la tumba, a la sombra de los árboles del paraíso. Intentó conseguirle una

parcela cerca a Leroy, pero en aquella zona eran muy caras. Hizo incinerar a su hermano hace tres años, tras morir de un ataque al corazón, y esparció las cenizas sobre la tumba de su madre para que estuviesen juntos.

Coloca la lata sobre la lápida y toma prestada una silla plegable de otra un poco más allá. A nadie le va a importar que la use mientras la vuelva a dejar en su sitio. Se agacha (sus rodillas no son lo que eran) y la lona cruje como si fuese a rasgarse, pero aguanta.

—Mira, mamá, mi Poder Superior sigue cuidándome.

Intenta no pensar en las sillas colocadas a su alrededor en el trastero de la iglesia. Cerrando el círculo.

—¿Cómo va, mamá? Florence te manda besos. Hablé ayer con ella por teléfono. Ya no trabaja para aquella compañía de telemarketing. Se aprendía de memoria los guiones, pero ahora se ve

que tienes que repetir las palabras exactas por motivos legales y que es demasiado caro imprimir manuales en braille. Le he dicho que tendría que demandarlos por discriminación, pero ya sabes cómo es Florrie. Demasiado buena persona para pelearse.

Empuja un poco la lata con la punta del pie mientras piensa en la sonrisa de alegría inmoderada de Florrie, que no puede ver que la mayoría de la gente dosifica su felicidad como si fuese algo que se les puede acabar.

—Sigo con lo de buscarme una casa, ahorrando un poco y esperando a ver si me conceden esa ayuda. El ayuntamiento va tan lento, mamá... Le tengo echado el ojo a un sitio que está bastante desvencijado. Creo que puedo arreglarlo, con un año y algo de ayuda... Y entonces me traeré a Florrie, la sacaré de esa residencia para ciegos de Flint. De todas formas, tendré que hacerlo durante el verano, con el buen tiempo.

Arranca las malas hierbas más rebeldes.

—Siento mucho peso, mamá. En el pecho. No como si fuese un ataque al corazón, no te preocupes. Me estoy cuidando. No voy a ir por el camino de Leroy. A veces parece que llevo el mundo entero a cuestas, ¿sabes? Supongo que no. Eras una puta de mierda que no se preocupaba más que por sí misma. Pero no dejas de ser mi madre. Nunca he querido y odiado tanto a alguien al mismo tiempo, mamá.

Se hunde en el silencio y da un puntapié a la lata, sin rastro de la violencia que lo corroe.

—Bueno, el caso es que he pensado que podía pasarme por aquí. Cuídate. También a Leroy. Y no te preocupes por mí, mamá.

De camino a casa se desvía para dar un paseo por Delray, donde se extiende la planicie entre las casas custodiadas por ángeles pintados en colores planos. El mundo necesita más ángeles, incluso de

los de madera. Un perro rubio le ladra desde detrás de una reja de tela metálica, con tremenda ferocidad territorial y sin pelotas. Igual que esos chavales pandilleros. Se piensan que una pistola equivale a tener cojones. Por eso se las meten en los calzoncillos. Pero un hombre tiene que pensar con las entrañas, no con su pipa.

Cruza la calle para librarse del perro y se dirige hacia el cubo de ladrillos sellado de color rosa pastel que constituye el único edificio en pie. El resto es cemento derruido, hierba, matojos y basura que ha tirado aquí la gente. Siempre hay neumáticos. A veces un patinete. Casi seguro. Husmea por los alrededores a ver si hay algo salvable. Un día pensó que había encontrado el hueso de una pierna humana. Incluso avisó a la policía, que estaba tan horrorizada como él hasta que llegó el inspector e identificó el hueso como de vaca. «¿Qué te creías, que André el Gigante la había palmado en este solar?». TK no se sintió

demasiado mal, porque los polis también estaban acojonados. Lo invitaron a una hamburguesa y se rieron del asunto.

El edificio color melocotón desvaído es un club de striptease. O eso era. STRIPPERS 24 HORAS, puede leerse en el cartel, o casi. Se han caído algunas letras, o las han quitado. Ahora se lee RIP 24 H. Que me aspen si eso no es una señal; entonces ve la orden del juez en la puerta: «Ejecutado y embargado»... Pues sí, era una señal.

Las puertas y las ventanas están selladas con tablones, pero a veces descuidan la parte trasera. Sobre todo si no tienen pensado volver. TK rodea sin prisa la construcción. Evidentemente, alguien ha roto ya el marco, todavía enganchado al cerrojo, pero no a la puerta. No es allanamiento si no fuerzas la puerta. TK abre la puerta a la oscuridad, que se vuelve absoluta cuando cierra tras de sí.

Vuelve fuera y rebusca hasta que encuentra un

trozo de cemento roto para aguantar la puerta y que entre algo de luz. Al pasar por los lavabos, peste a meados rancios. Penetra confiado en el bar y choca con la cadera contra el borde de una mesa de billar.

—Mierda. ¡Au!

Se saca el teléfono y lo usa como un patético sucedáneo de linterna. El lugar ya ha sido saqueado. Botellas destrozadas. Grifos de latón arrancados de cuajo de los barriles de cerveza. Lo de debajo debe de ser cinc. Un sitio como este no invertiría demasiado dinero en accesorios. Recoge un taco de billar de una mesa. Nunca ha sido boy scout, pero vale la pena andar preparado.

Busca la escalera que lleva a los camerinos. En los tiempos en que él era un perro ladrador recién salido de la cárcel tenía una novia estríper. O pensaba que era su novia, cuando no era más que otro desecho en busca de un poco de atención a cambio de pasta. Sabía que las chicas guardaban

sus cosas en los camerinos y que el despacho del jefe estaba detrás. Apostaría a que quien sea que haya entrado aquí no ha llegado hasta ese cuarto.

Se encarama al escenario y es incapaz de resistir la tentación de agarrarse a la barra americana y balancearse alternando su peso de un lado a otro. «Cariñito», se mofa para sus adentros.

Se oye un tic-tac metálico en la penumbra a su espalda.

TK gira sobre sus talones dando un golpe con el taco contra la barra para mayor efecto que reverbera por el club vacío.

—¡Sal de aquí cagando leches o te parto la cabeza! ¿Me oyes?

Espera atento. Pero no hay reacción. Esta vez no hay ningún bicho curioso. Se acerca a la parte de atrás de la cabina del DJ y aparta la cortina para revelar una puerta. Al principio piensa que está cerrada, pero la empuja con fuerza hasta que cede, dando paso a una escalerilla estrecha que debe de

haber sido una putada subir con tacones.

Arriba hay un ático angosto, intacto aparte de los cristales por el suelo en los puntos donde algún imbécil decidió romper a pedradas las ventanas. El gobernador civil olvidó estos bienes, lo que significa que es juego limpio, reflexiona TK. Tiene que encorvarse para pasar por debajo de los travesaños.

Los cuatro estrechos cubículos que hacían las veces de camerinos están rodeados de bombillas. Hay uno de esos zapatos de tacón alto transparente caído en el suelo desamparado. Ahora tu príncipe ya no te va a encontrar, piensa. Desliza los dedos por las enmarañadas pelucas rojas y rubio platino de una encimera hasta que ve salpicaduras de heces de rata y retira de golpe la mano.

La puerta que lleva al despacho se quedó abierta, pero también lo está la portezuela de la caja de seguridad tras el escritorio. Obviamente, al jefe le dio tiempo a limpiar la caja, aunque no

se llevó la priva. La decepción le deja un regusto a tabaco rancio en la boca. O tal vez es el olor de la estancia. No va a engañarse: esperaba encontrar una bolsa de deporte repleta de billetes de cien, como en las películas.

Pero entonces se da la vuelta y ¡bingo!: un televisor plano colgado en un rincón. En perfecto estado. Tiene incluso el mando a distancia puesto en la pared junto a un letrero escrito a mano que dice: «El personal que no coloque de nuevo el mando en su sitio será multado». Envía un mensaje de texto.

>TK: R. Strippers 24 Horas, DelRay. Trae un destornillador.

Van a necesitarlo para sacar la tele de su soporte sin estropearla, y una bolsa de basura para transportarla. No quiere que le roben, especialmente en este barrio.

Rebusca en los cajones de las taquillas de las

chicas mientras espera a que Ramón le devuelva la llamada. Encuentra maquillaje reseco, un peine de púas largas, la parte de arriba de un bikini de lentejuelas. Deja todo eso (a él no le gustaría que un desconocido manosease su ropa interior). Encuentra también una fotografía de un chaval entrecerrando los ojos por el sol mientras monta en bicicleta por el paseo de la ribera. ¿Por qué se la han dejado aquí? Eso le preocupa. Todavía sigue desconcertado por el tema cuando oye el mismo tic-tac que sonó abajo.

—¿Ramón?

No hay respuesta. Coge el taco de billar y baja las escaleras con cuidado.

Su amigo está de pie en la penumbra, de cara a la pared con la palma apoyada como si intentase empujarla, la otra toqueteando su rosario. A TK le produce un escalofrío que le recorre la columna hasta llegar a la base del cráneo.

—¿Qué haces? —le grita más alto de lo que

pretendía, pero coño, es que le está poniendo de los nervios ahí plantado con la mirada fija en la puta pared.

—Es una puerta —dice Ramón, pero la voz le sale aguda y distante—. Creo que puedo abrirla.

Las manos juguetean con las cuentas.

—No. No lo hagas —dice TK apresurándose escaleras abajo.

Se tropieza y se da de bruces con el escenario. Es la única explicación posible, porque lo siguiente que ve es que uno de esos taburetes de metal se estampa contra Ramón, que cae al suelo y deja de tocar la puerta, que no es una puerta ni por asomo, sino un rectángulo de tiza que alguien ha dibujado allí.

—¿Por qué cojones has hecho eso? —dice Ramón levantándose vacilante sobre las rodillas mientras se frota la cadera, donde le ha golpeado el taburete.

—Ha sido sin querer. Lo he tirado al bajar. —

Desde casi la otra punta de la sala. TK escruta el bar con suspicacia mientras ayuda a Ramón a ponerse en pie—. Me he equivocado con la tele. Tiene una raja enorme.

—¿Me has hecho venir hasta aquí para nada? —refunfuña.

—Sí, lo siento. Te compensaré. Vamos, nos largamos de aquí. Esto es demasiado triste, tío. Demasiado triste.

Lo hace avanzar hacia la brillante luz del sol, lejos del dibujo de la pared. Pero Ramón sigue echando la mirada atrás.

En boca de todos

Gabi está revisando de nuevo las fotografías cuando una carpeta de cartón se desliza lentamente delante de su pantalla, con el remate de un efecto de sonido. «Cha-bluuuuuuuuub», hace Mike Croff asomándose por el borde de su cubículo como el gato que se comió al canario y tenía además una coartada perfecta.

—Mejor que sea bueno, Mike —le dice cogiendo la carpeta. Es lo único que echa de menos de Beaubien: los despachos con puertas.

—¿Estás preparada para que te pete la cabeza?
—Croff extiende los dedos imitando una explosión

en cámara lenta.

—A ti te voy a petar yo —lo dice en serio, después de lo que Luke le contó.

—Qué graciosa. ¿Cómo me vas a petar si no tienes polla?

—Si no es la otra mitad del chaval, ya puede ser la hostia de espectacular.

Se repantinga en la silla. Su vieja silla se habría hundido, permitiéndole arrellanarse, pero esta está diseñada ergonómicamente con un soporte lumbar más bajo que de algún modo echa a perder cualquier intento de postura chulesca en plan *me importa una mierda*.

—Tengo algo precioso para el departamento forense.

Coge la silla de Boyd de su escritorio y se sienta a horcajadas, con la barbilla apoyada en el respaldo, observándola.

—Ya era hora —contesta Gabi tamborileando con los dedos sobre la carpeta, sin abrirla, para no

darle esa satisfacción.

—No es ni superglue ni Dermabond, que es lo que los cirujanos plásticos utilizan para pegar el corte de la piel, sobre todo en chavales que se han partido la cara contra el borde de una mesa. Tampoco es Fibrin, que es lo que usarías para cauterizar vasos capilares.

—Gracias.

Abre por fin la puñetera carpeta y echa una ojeada con ánimo de librarse de él. Cadenas de aminoácidos. Grupo funcional del tipo R. Desnaturalizado. Enzimas.

—¿Qué coño es la «transglutaminasa»?

—Ahí es donde la cosa se pone interesante. ¿Alguna vez has oído hablar de Wylie Dufresne o Heston Blumenthal?

—Por tu madre, Mike: ¿has conseguido identificarlo? —Se endereza en la silla: es más fácil con el soporte lumbar.

—Ya te gustaría. ¿Quieres que te dé el caso

envuelto en papel de regalo y con un lacito? No, resulta que hay chefs que se dedican en cuerpo y alma a la cocina pretenciosa. Gastronomía molecular.

—Me estás haciendo perder el tiempo.

—Ah, pero así funciona el efecto cuentagotas. Excepto que, a diferencia de la economía, da resultado de verdad. Las técnicas culinarias han entrado en la cadena alimentaria.

—¿Podemos ir al grano?

—Transglutaminasa. También conocida como pegamento de carnes. Los restaurantes sofisticados, como los que tú o yo no podemos permitirnos, querida, lo usan para hacer mixturas como, yo qué sé... crema catalana de tocino de gambas. El asador asqueroso de la esquina lo usa para pegar entre sí recortes de carne cruda. Dime si te resulta familiar: «Funciona fundiendo las proteínas, uniendo músculos y fibras en una sola pieza».

—¿Hasta qué punto es accesible? ¿Has repasado los proveedores locales de transglutaminato?

—No puedo hacer todo el trabajo por ti, Versado. Y, por cierto, es transglutaminasa. Y te haces llamar inspectora.

—Dentro de un momento te voy a llamar a ti otras cosas.

—¿Así es como se dice gracias en español?

Gabi le enseña un dedo.

—Vaya, eso es traducible en cualquier cultura.

Resulta que es posible encargar pegamento de carnes igual que se encargan los conejos muertos para disecar: por internet.

La lluvia golpetea el metal de los volquetes de los camiones aparcados en formación compacta con un ratatat de arma automática, formando charcos bajo los neumáticos con regueros de arcoíris por culpa del aceite. A Gabi le entra agua por la parte de atrás del cuello porque al

supervisor de Halston & Sons: Especialistas en proteínas no le entusiasma la idea de dejarla entrar, principalmente porque han entrado por el patio, ya que a veces no les gusta usar la puerta delantera.

—¿Otra vez? —J. Halston (según su chapa) no se alegra de verlos. Uno de los hijos, o más bien un nieto—. Todos nuestros empleados están registrados y sindicados. Y nos hicieron una inspección sanitaria el mes pasado. Si es a lo que vienen, ya está todo dicho.

Tiene cara de contable y cuerpo de boxeador, como si la descripción de su puesto incluyera ser capaz de poner a raya media vaca a puñetazos. Las cejas hirsutas bajo la capucha de su chubasquero han descendido hasta las gafas, como nubarrones sobre un campo de maíz.

—No estamos aquí por eso. Por nosotros, como si sirven carne de rata, no es asunto nuestro —dice Boyd frotándose el cuello de la chaqueta por

donde la tela barata se le pega a la piel.

—¿Qué me acaba de decir? —El joven Halston se eriza furioso—. Proporcionamos carne a seis de cada diez de las hamburgueserías más reputadas de este puto país. Compruebe los comentarios. Nuestros clientes son los restaurantes finos de Nueva York y L. A.

—Estoy convencida de que su carne es exactamente tal como pone en la etiqueta —lo apacigua Gabi.

—Ya le digo si lo es. Rata... —Niega con la cabeza.

—Está usted en la lista de clientes de la zona de Detroit de los proveedores Tengu por un producto llamado ActivTG.

—Sí, ¿y qué? Está en boca de todos. La Agencia de Alimentos y Medicamentos ha dado su aprobación. Gran parte de la carne de la industria la usa.

—Se han encontrado restos de esa sustancia en

la víctima de un asesinato y estamos intentando rastrear el origen.

—¿Es por ese chaval? ¿El que encontraron con, qué eran, restos animales?

La tormenta que se cernía sobre sus cejas escampa. Gabi casi es capaz de ver cómo su mente lleva a cabo piruetas circenses cognitivas. Lo intercepta antes de que pueda agarrarse al trapecio.

—A nuestra víctima la encontraron en una zona donde acostumbran a tirarse toda clase de residuos. Ahora mismo estamos siguiendo todos los indicios posibles.

—Hay que joderse, eso es terrible. Un chaval tan pequeño.

—¿Tiene hijos?

Es un golpe bajo, pero funciona. La experiencia une a la gente. Guerra. Ataques terroristas. Paternidad.

—Ya han abandonado el nido —responde con

resignación.

—¿Lleva alguna foto? —le pregunta, tentando a la suerte.

El hombre se saca el móvil, toquetea aplicaciones, se da cuenta de que se le está mojando y finalmente los invita a pasar al muelle de carga, donde no hace falta gritar por encima del golpeteo de la lluvia y (más importante) donde está seco.

El muelle de carga está atestado de cajas refrigeradas con el logo de Halston, mientras los empleados, con mono blanco, redecillas para el pelo y guantes, se afanan con paquetes de carne envueltos en film. Desde luego tiene pinta de estar aprobado por la Agencia de Alimentos, pero es más que eso: es estéril, absolutamente separado de la realidad de los animales que están al otro lado.

Le enseña a Gabi una fotografía de una chica de rostro franco y un ajustado vestido de graduación.

—Esta es la mayor. Atiende la centralita en

nuestra sucursal de Chicago. Mi chico acaba de terminar el instituto.

Pasa a una foto de un chico que posa con los brazos cruzados sobre el pecho, con una intención fallida de intensidad.

—Bien guapos. —Gabi ya tiene listo su gesto de reciprocidad—. Esta es la mía. Es una buena pieza. Quiere ser una estrella de Broadway.

—Grieg quiere ser enfermera —dice él con una mueca.

—Los crías para que piensen por sí solos y mira qué pasa —se compadece Gabi.

—¿Y de qué animal era? Los restos que encontraron.

—No tenemos todavía los resultados del laboratorio —miente—. Sobre todo estamos interesados en averiguar más sobre esa sustancia, el Activ. ¿Decía que aquí lo usan?

—Hacemos lo que nos piden nuestros clientes. Carne hecha a la medida. El corte o la porción del

tamaño que usted desee. También lo hacemos para marcas blancas. Últimamente hemos tenido más pedidos para productos de especialista.

—¿Como qué?

—Salchichas sin tripa. Cosas así.

—¿Turducken?¹⁶ —propone Boyd.

—De momento no. ¿Cree que se va a poner de moda?

—En el Medievo acostumbraban a rellenar los lechones con pájaros.

Esto lo sabe únicamente gracias a Layla y su gusto a la hora de escoger los proyectos de historia más abstrusos. Adoración de gatos en Egipto, aparatos de tortura medievales...

—Eso no lo hacemos —responde, aunque Gabi percibe que se lo está planteando. Seguramente hay que estar pendiente de lo que se lleva. Con la carne se pueden hacer tantísimas cosas...

—¿Pero aquí tocan toda clase de animales?

—Matamos nuestras propias ovejas, pero

recibimos carne de todo el país.

—¿Alguna vez usan pistolas de clavos? — pregunta Boyd, debido a que las pruebas forenses no han sido concluyentes hasta el momento y podría ser un elemento a eliminar.

J. Halston desestima la cosa de un plumazo:

—No, los aturdimos y les cortamos la garganta. Los clavos son para las vacas.

—¿Y qué hay de los ciervos? En su web dice que también se dedican al venado.

—Y tanto. Nos traen la carne. Igual que con la ternera, el pollo y el cerdo, y un par de veces hemos hecho avestruz por encargo especial. Menos colesterol.

—Pero no traen a los animales en sí.

—No, vivos no, señora —le responde como si se lo explicase a una niña de tres años—: traemos las reses muertas, ya preparadas, y las cortamos.

—Sabe, nunca he visto en persona el proceso de envasado de la carne —dice Boyd.

—Puede ver un vídeo que tenemos en nuestra web. Maquinaria de tecnología punta para hacer los cortes adecuados y analizar la carne en busca de impurezas.

—¿Le importa que echemos un vistazo por aquí?

—Eso infringiría nuestro código sanitario. —
Cambia de actitud.

—Podríamos conseguir una orden de registro.
¿Cuánto tiempo nos llevaría, Bob?

A veces basta con mencionarlo para acabar con las indecisiones.

—No sé. —Boyd se rasca la barriga—. ¿Un par de horas? Pero es un coñazo.

—Vamos —protesta Halston—, seguramente la mitad de los mataderos de todo el estado usan Activ. También los restaurantes. Coño, si se puede comprar por internet. ¿Van a pedir órdenes judiciales para todos?

Gabi intenta calmarlo:

—Bueno, a lo mejor podría proporcionarnos una

lista de los empleados que tienen acceso al producto.

—No hay problema. Pero también puedo decirles que nos llega directamente de Tengu a nuestra oficina central dentro de una caja llena de bolsas de aluminio selladas de un kilo cada una. Una vez se abre la caja, es posible que alguien haya cogido una sin que lo sepamos.

—¿Kilos?

—Es una empresa japonesa. Trabajan con el sistema métrico.

—Así que tiene acceso prácticamente cualquiera.

—No es ácido clorhídrico. Ni siquiera se necesitan guantes para manipularlo. Es completamente inofensivo, por lo tanto no lo guardamos bajo llave.

—¿Algún incidente en el lugar de trabajo? ¿Empleados descontentos? ¿Comportamientos extraños?

—Antes cogía a gente de la calle para que hiciesen varios turnos, pero miren, queremos hacerlo bien, trabajar con los sindicatos. Los empleos son demasiado valiosos.

—Y han tenido problemas con la inmigración —le susurra Boyd a Gabi al oído.

—¿Puedo hablar con el departamento de personal?

—Si insiste... —responde a regañadientes.

Salen de allí con una lista de empleados de los últimos cinco años, incluidos trabajadores temporales (pero no los ilegales, señala Boyd), y una bolsa de pegamento de carnes para analizar.

El hombre que se comió el mundo

Patrick Thorpe se queda plantado en la entrada y escucha el tañido electrónico apagándose en las profundidades de la casa. A la tercera va la vencida. Nadie podrá decir que no ha intentado dar con Clayton. El tipo no responde al teléfono. No tiene dirección de correo electrónico. Ni siquiera atiende a la puerta.

El comisario de exposiciones comienza a caminar hacia su coche, en parte aliviado y en parte molesto por sentirse mal, cuando sabe que Clayton prácticamente se ha acoplado a la exposición porque se lo suplicó de rodillas en

medio del Honey Bee cargado con un montón de piñatas. Se compadeció de él (alguien que lleva tanto tiempo obligado a reponer estanterías en el supermercado mexicano), pero la lástima no es motivo suficiente para sacrificar la excelsa calidad de la muestra y, por más que Detroit cuente con su puñado de genios excéntricos, no está seguro de que Clayton Broom sea uno de ellos.

La puerta chirría a su espalda y su alivio revienta como una burbuja. Patrick fuerza una sonrisa conforme se va dando la vuelta.

—Ah, ey, Clay. «Ey, Clay», ¡rima! —Se ríe para disimular la incomodidad. Broom escudriña por la rendija que ha abierto en la puerta. Algo en su cara anda mal. Tiene la expresión caída, como si hubiese sufrido una apoplejía o tuviese la parálisis de Bell—. Pensaba que no estabas en casa.

Clayton abre la boca, boquea como si estuviese tirando de su cerebro para sacarlo de aguas profundas.

—Estaba trabajando.

—¿Soldando alguna pieza? —dice Patrick, señalándole la máscara levantada, el mono grueso y los guantes.

—También otras cosas.

—Perfecto. Oye, ¿tienes un minuto? —Vacila.

—Estoy ocupado.

Clayton se aparta para cerrar la puerta. Patrick pone una mano en el marco.

—Por eso. La muestra. Quería hablar contigo. No tengo tu número de móvil.

—No creo en los móviles.

—Eso está bien, está bien. Dependemos demasiado de ellos. Ya no se ve más que gente pegada a las pantallas todo el día. Nos sorbe los sesos. ¿Puedo...?

Clayton recula a regañadientes y Patrick penetra en el pasillo lóbrego jalonado por pilas de periódicos en equilibrio y piedras colocadas unas sobre otras. Huele fatal, como a humedad y óxido.

Por las paredes se extiende un moho negro.

—¿Estás... redecorando...?

—Es la casa del padre de Clayton, la casa de mi padre. Son sus muebles viejos. Está muerto.

Mastica las palabras como si fuesen tabaco, algo que luego se ha de escupir.

—Lo siento. ¿Estás pensando en hacer papel maché? Aquí hay riesgo de incendio. Debes tener cuidado, amigo.

Sigue parloteando, agitado. No se había dado cuenta de que Clayton estuviese tan ido. Igual es la claustrofobia de la casa, las pilas de revistas viejas, que lo han vuelto chalado. Igual es contagioso.

—Tengo un extintor.

—Mira, pues hablando de cosas inflamables...

—Aprovecha Patrick—. He estado charlando con Darcy, ¿te acuerdas de Darcy, la co-comisaria de exposiciones de la Dream House?, y tengo que decirte la verdad, Clay: estamos un poco

preocupados. ¿Esa especie de dragón-mantis religiosa con el que andabas? Bueno, en primer lugar, ya está hecho. El Gurgitador.

Clayton revive. Parece que hay alguien ahí dentro, después de todo.

—Yo eché una mano en eso. Monté la mandíbula para que pudiera abrirse y cerrarse.

—Ah, claro. Impresionante. ¡Un dragón-bus lanzando fuego por la boca y parando el tráfico de todo Gratiot! —Sacude la cabeza al recordar el drama—. También fue todo un hito en Burning Lakes.

—No me invitaron.

Clayton se repliega.

—Vaya. Bueno, oí que las entradas fueron muy caras. Pero, oye, no es fácil ser original. Tú lo sabes, llevas en esto lo suficiente como para haber visto todas las modas dar dos vueltas. Prácticamente eres un historiador del arte.

La boca de Clayton se tensa como si le hubiesen

apretado una tuerca.

—¿Crees que mi obra no es original?

—No, no. Tu obra nos encanta, lo sabes, Clay. Pero nos preocupa el fuego. Tenemos en marcha instalaciones en casetas de esas de madera y, dime que estoy loco, pero una escultura con un tanque de propano que escupe llamas de dos metros en el aire podría ser un poquitín peligrosa. No queremos que nos cierren la fiesta por incumplir no sé qué ordenanza de incendios del ayuntamiento. Quiero decir, si la haces sin que lance llamaradas a lo mejor nos lo replanteamos. Pero no estoy seguro de cómo tienes la agenda, ni si te supone echarte atrás. —Intenta infundir un tono de esperanza a su voz.

—No voy a hacer la mantis religiosa.

—Ah. —Patrick respira aliviado—. Ah, pues es una pena, porque la fiesta es el sábado. Así que... ¿quieres decir que al final no presentas nada? Nos encantaría que vinieses igualmente. Puedo

apuntarte en la lista de invitados. Pero no te sientas obligado. Si estás decepcionado por no poder traer nada a la muestra, nadie va a pensar mal si no te apetece...

—He estado trabajando en otra cosa. Te la voy a enseñar.

—Bueno, vale, o sea: tengo que hablarlo con Darcy —parlotea mientras sigue a Clayton por toda la casa, pisando un montón de bolsas negras de basura junto a la puerta que han atraído a las moscas incluso con este frío.

—¿Qué tienes en el congelador? —pregunta al ver un pósito en la puerta que dice: «No abrir».

—Nada. Está estropeado —gruñe Clayton.

Patrick está tarareando mentalmente aquella canción funky: «Won't you take me to... crazy town». Le va a cargar el muerto a Darcy y saldrá pitando de aquí a la que pueda. «Clay, no creo que esto vaya a funcionar. Sabes la importancia que le da Darcy a la cohesión de la visión creativa. No

podemos incrustar otra pieza al azar como si el arte fuese intercambiable...». Y entonces lo ve. Se lleva los dedos a la boca.

—Oh. Oh, Dios mío.

El jardín no se recuperará jamás. La hierba amarilla ha sido arrasada por el polvo de cemento y las chispas del soplete. La mantis religiosa languidece al fondo, una cosa abultada y tosca hecha a retazos con trozos de coches desguazados, con sierras por garras y tres pares de piernas de maniqués desparejadas sobresaliendo del caparazón, unos reflectores por ojos y mandíbulas que se abren gracias a un resorte para poder escupir fuego por medio de un tanque de propano alojado en el vientre. Pero eso no es lo que mira.

Vacila y luego avanza unos pasos, paseando entre las figuras que ocupan la totalidad del patio. Cuerpos retorcidos de cemento o marañas de cable o combinaciones soldadas de madera, metal y barro. Un ejército de bellos deformes, desde

miniaturas a monstruos en todas las técnicas imaginables.

—Oh, Dios mío —dice de nuevo Patrick, olvidándose de todo, de todas las dudas, de toda la malicia. Esto podría ser tremendo. Clayton podría ser el nuevo Tyree Guyton—. ¿Cuánto tiempo llevas con esto?

—No lo sé.

Ya está escribiendo el panfleto del catálogo mentalmente. Distorsiones deshumanizadas, la anulación del yo, con guiños a Francis Bacon o Steven Cohen. Qué coño, a David Bowie.

Hay esculturas vagamente humanas de arcilla, con las bocas muy abiertas, dispuestas en un batiburrillo, las cabezas medio rebanadas. Están todas con el cuello retorcido como sacacorchos para mirar hacia la casa. Una bandada de figuras femeninas con puntiagudas cabezas de pájaro burdamente modeladas en bronce que le tienden unos brazos inquietantemente largos se alinean

junto a un viejo tronco.

Una escultura de Jesucristo con expresión beatífica alza una mano tallada bendiciendo, pero tiene la boca llena de bisagras y engranajes, y los andrajos que lleva por ropa están comidos por el moho de estar a la intemperie bajo la lluvia. Una mujer hecha de alambre se tapa los ojos con las manos, petrificada, y por entre los dedos le chorrea alquitrán.

Y entonces se topa con el amasijo. Un bulto de malformaciones en plástico derretido y parafina que ha burbujeado al rebelarse bajo el soplete, formando ampollas que se extienden como una plaga, chamuscadas, distendidas y reventadas para que se asemejen a rostros, recubiertos por una capa de cera: un hombre gordo de cuyo vientre brotan cabezas. Tiene la boca casi desencajada de tan abierta y una dentadura de clavos, embutidos en las fauces con las puntas hacia arriba. En su carne anidan juguetes y desechos.

—Esto es... asombroso, Clay. —Patrick está anonadado—. Tenemos que hablar. Después de la muestra de Dream House. Hay una galería de Nueva York que está buscando cosas nuevas. Deberías exponer en solitario allí. En el espacio adecuado, eso sí. Vas a necesitar un sitio amplio para que tu obra respire. —Titubea, repasa mentalmente a toda prisa las posibilidades—. ¿Alguien más lo ha visto?

Clayton se encoge de hombros.

—¿Podemos llevar este? ¿El gordo? ¿Tiene nombre?

—No.

—¿Sin título? ¿El amasijo? ¿El hombre que se comió el mundo?

—Llámalo como te dé la gana.

—Encajará a la perfección. Hay un desván en la Lust House (cada edificio tiene su temática). Íbamos a instalar una piscina infantil llena de condones y pelotas de plástico con palabrotas

garabateadas, pero esto va a ser muchísimo más potente.

—¿Lo verá la gente? Esto necesita pupilas.

—No te preocupes por eso. Esperamos que asistan cuatrocientas personas. Hay un tío que quiere filmarlo incluso.

—¿Quieres...? —Clayton parece aturdido, en lucha consigo mismo—. ¿Quieres formar parte de esto?

—¿A qué te refieres?

—Necesito a alguien. Podría hacer algo de ti.

Suena tan esperanzado que es casi insoportable. No es de extrañar. Tantos años de rechazos. Y, ¡eh!, lo consigue mucho antes de que el mercado se recupere. No es ninguna mala idea, piensa Patrick.

—¿Te refieres a una comisión especial? ¡Me encantaría! Pero ahora mismo lo que tienes que hacer es concentrarte en esto. No te cuestiones, ¿entendido? Esta es tu mejor obra. Ah, espera. ¿Necesitarás ayuda para transportarlo?

—Tengo la camioneta.

—Genial. Asombroso. No me creo lo lejos que has llegado. Esto es tu pasaporte a la gloria, amigo. —Le palmea el hombro y descubre asqueado que la chaqueta de Clayton cruje, como si tocara las alas de una cucaracha. Retira la mano y se concentra en no restregársela en los tejanos—. Esto es tu pasaporte a la gloria, amigo.

Herbolario

La mujer de la melena de mofeta, negra con mechones blancos, tras el mostrador, con una estantería llena de velas y botellitas a su espalda, no se alegra de recibir a la policía en su establecimiento.

—No. Lo siento. No conozco a nadie que haga brujería. Aquí vendemos bendiciones.

—Ya veo —responde Boyd cogiendo un grueso cirio con una etiqueta en la que se puede leer: «Vela para comer coños».

—Yo no juzgo a mis clientes. Encargo lo que me piden. Los ricos tienen psiquiatras. Esta gente acude a mí. Yo escucho sus problemas —rezonga.

—¿Y por casualidad no ha escuchado a ningún cliente que le cuente que practica santería? ¿O lucumí, o vudú? —pregunta Gabi.

—Cualquier tipo de brujería nos sirve. Sobre todo si entra en juego el sacrificio —asegura Boyd.

En momentos como este Gabi desearía que sus

padres le hubiesen enseñado más español. Estaban tan concentrados en naturalizarse ellos mismos, y principalmente a ella, que todo era inglés, inglés, inglés. Se crio en Kentucky, donde constituían casi toda la comunidad hispana del lugar, y no se mudaron a Miami hasta que cumplió los dieciséis. Fue su primer contacto con la cultura cubana, y durante un tiempo la absorbió. La cocina, el idioma, los chicos.

—Me están espantando la clientela.

Pelo de mofeta los repele a un lado para que pase un hombre escuchimizado y mugriento con zapatillas rojas. El individuo coloca una vela encima del mostrador.

—Lotería premiada, potencia triple.

—Serán cinco dólares. Que tenga un buen día, Ramón. Buena suerte, dele recuerdos a su señora —dice la dueña.

El hombre se marcha, haciendo que la pesada campana oriental taña sonoramente.

—¿Cómo puede dedicarse a esto sin mala conciencia? A ese hombre no le sobran los cinco dólares —pregunta Boyd apoyándose en el mostrador.

—Vendo concienciación e introspección. Una vez encienda esa vela, cada vez que pase por delante pensará en ello. A lo mejor compra un billete de lotería, o tal vez está pensando en dinero y se presenta a un trabajo. Le vendí una vela de amor y me ha contado que ahora está con alguien, y muy feliz.

—¿Esto qué es? —pregunta Gabi sosteniendo una bolsita de papel con una etiqueta escrita a mano que dice «Corazón de lobo».

—No es corazón de lobo, realmente.

—¿Puedo abrirlo?

—Solo si lo compra.

—¿Vende partes de animales normalmente?

—No.

Gabi coge otra bolsita, alargada y retorcida.

—¿Entonces qué es este «Hueso de gato negro»?

—Disculpen.

De la trastienda que hay tras una cortina emerge una mujer de blanco con un montón de collares de colores y una bufanda blanca alrededor de la cabeza. Se mueve de una manera peculiar, y sus brazaletes tintinean.

—Le he oído hablar...

—¡Díselo tú, Iya! Están espantándonos la clientela.

—¿Preguntan por sacrificios animales y santería?

—Estamos investigando... —comienza Gabi.

—Como un par de policías paletos e ignorantes del campo... —interrumpe furiosa la mujer.

—Ojo ahí, a lo mejor somos unos paletos, pero no nos va a insultar. Soy de Detroit de los pies a la cabeza —replica Bob.

—¿Qué han encontrado, un altar en medio del bosque con huesos y cornamentas, y se han

asustado? Eso es palo monte, no santería. O chavales copiando chorradas que ven en la tele.

—Discúlpeme. Hemos empezado con mal pie. ¿Me permite? Soy la inspectora Gabriella Versado, este es mi compañero Bob Boyd. ¿Podemos hablar de esto en privado para dejar de ser tan ignorantes? Se trata de la investigación de un asesinato en el que el cuerpo fue hallado con partes de animales.

—Hago consultas en la trastienda. Podemos hablar ahí, pero solo hasta que llegue mi próxima visita —responde con la rigidez de la escarcha en la hierba, y los hace pasar al cuarto que hay tras la cortina.

—Gracias —dice Gabi sentándose a una mesa baja, con Bob pegado a ella para poder cerrar la cortina—. Una vez asistí a un sacrificio (igbo) con mi tío en Miami. Una gallina.

—Eres afortunada. Es una experiencia muy espiritual, un sacrificio animal supone vida para ti.

Debes ser respetuosa con ese gesto divino.

—Sé que también matan cabras a veces. ¿Alguna vez se matan ciervos?

—Solo sacrificamos cabras y carneros: ni vacas, ni cerdos, ni caballos, ni cabras. Y la tradición dicta que hemos de comernos al animal después, de modo que no queden restos. Creemos en... el karma, por decirlo así. Cuando uno perjudica a otras personas, de una manera u otra se está perjudicando a sí mismo. Practicar brujería solo causa problemas a quien lo hace.

—Como la violencia, que tiene su manera de pasar la bola —aventura Gabi.

—Es una buena forma de verlo —dice la mujer reevaluándola.

—¿Puedo enseñarle una foto y usted me dice qué le parece?

Gabi se saca la fotografía de Daveyton del bolsillo de la chaqueta y la pone bocarriba sobre la mesa.

La mujer la ojea y da un respingo.

—¿Que qué me parece? ¡Es de psicópatas! Esto es obra de una persona muy trastornada.

—¿No es palo monte?

—No. —Le hace una seña para que guarde la foto—. En el palo monte no se mutila a gente viva, y mezclar un cuerpo humano con el de un ciervo no tendría ningún propósito ritual. Es absurdo.

—Entonces, mirando la foto, ¿qué diría que es?

—Es alguien con una mala cabeza. Un loco.

—¿Qué significa eso de «mala cabeza»? —insiste.

—En nuestros *patakis*, nuestros mitos folclóricos, creemos que venimos al mundo con un destino que escogemos en Arun. Obatala crea el cuerpo humano, pero uno tiene que conseguir su cabeza de manos del alfarero que las moldea con arcilla en su taller. En un día bueno hará hermosas cabezas, pero a veces se emborracha y hace una mala cabeza. Es un defecto divino. Por fuera no se

distingue, pero una vez has elegido cabeza tienes que vivir tu destino.

»La mayoría tenemos una cabeza regular. No es perfecta, pero lo suficientemente buena para que, con la ayuda de los orichas, nos inclinemos por el lado bueno. Pero la gente con una mala cabeza está tan malograda que no se puede arreglar. No hay remedio, lo único que puede hacerse es detenerlos y reciclarlos en el universo.

—Entonces, ¿tenemos su bendición para dispararle a este tío hasta matarlo? Me aseguraré de dejarlo claro en mi informe —bromea Boyd.

La santera hace caso omiso.

—Sabe, inspectora, hay muchísima energía oscura centrada en ustedes a causa de la naturaleza de este crimen. Han de tener cuidado. Los hace vulnerables a cosas que pudieran sucederle tanto a ustedes como a sus seres queridos. Deberían dejar que les diese mi bendición o que les haga una limpieza.

—Vale, creo que voy a pasar, gracias. ¿Hemos terminado, Versado?

—Yo sí quiero —responde Gabi, sobre todo por cortesía, pero también al recordar la adolescente que fue en Miami.

—Como quieras. Te espero fuera.

Bob atraviesa la cortina.

La santera coge un hatajo de hojas de laurel y se lo pasa a Gabi por todo el cuerpo, como si la cepillase mientras murmura una plegaria en otro idioma. Yoruba, imagina.

—Gracias.

Trata de convencerse de que se siente más ligera, pero solo es el aroma de las hierbas. Es demasiado mayor y está demasiado desencantada para la magia.

—Debería llevarse un talismán como protección. *Asabache*, le ayudará a repeler el mal.

—Ah, pero ese es el problema: no pretendo repelerlo, sino encontrarlo —responde Gabi.

Jardines tapiados

En el bloque de apartamentos de Cas hay una tienda de café y otra de regalos en el vestíbulo, porque es un edificio histórico, uno de los platos fuertes de la arquitectura de Detroit, con genuinos azulejos miskwabic, elaborados motivos florales

en el exterior y dibujos art déco dorados en el pasillo de entrada. Es un lugar hermoso y vivo, pero lo más importante: tiene un aura prestigiosa. Hay incluso un portero que recuerda su nombre, como aquel cuento de la niña que vive en un hotel que le gustaba a Layla de pequeña. Pero no es viejo ni caballeroso, ni viste un uniforme con botones de cobre. Está en la veintena, viste una camisa de color berenjena que viene a ser el uniforme del lugar, lleva bigotillo y la mira con lascivia.

—¿Qué hay, qué tal la tarde, señorita Cassandra? Y la señorita Layla, ¿verdad? Un placer tenerla de nuevo con nosotros.

—¡Hola, Javier! —Cas agita la mano de camino al precioso y antiguo ascensor y pulsa repetidamente el botón.

—¡Hola! —Layla agacha la cabeza.

—Si necesitan lo que sea solo tienen que llamarme.

Se dobla sobre el escritorio con especial intensidad, como si lo dijese muy, muy en serio.

—¿Me estaba tirando los trastos? —pregunta Layla mientras las puertas del ascensor se cierran tras ellas.

—¿Cuánto tiempo llevas en este mundo? Los hombres te tiran los trastos siempre. Pero no te sientas especial. Así es como les enseñan a comportarse con los vecinos. Por lo visto, «que pase un buen día» ya no suena sincero.

—Qué pena.

Pero es capaz de entender que las palabras se desgastan igual que los zapatos.

—¿Por qué lo preguntas, te mola?

—No, a menos que sea artista y skater y juegue en otra liga. ¿Por qué, te mola a ti? —dice Layla rápidamente.

—Chicos. Qué asco.

—¿Chicas? —la pincha Layla.

—Eh, chavalita, te quiero, pero no de esa

manera. De momento voy en solitario. —Cas se hace un ridículo mohín sexi en el reflejo de las paredes doradas—. Además, yo también juego en otra liga. ¡Ay! ¡No me pegues!

El viejo ascensor las lleva traqueteando hasta el piso catorce y Layla va pensando que es raro que a Cas no le mole nadie. Tal vez es asexual o trans como Eric Redding (antes Erica). Asistir a un colegio superliberal concertado significa que los chavales no esconden para nada su identidad, pero también que todos están al tanto de los asuntos de los demás. Antes incluso de que comenzase el semestre ya sabía lo de la chica a la que apodaban Clamidia (por motivos obvios) por el chismorreo en línea. Shakespeare no hubiese dado en el clavo en esta época. No es el mundo lo que es un escenario: lo son las redes sociales, donde una trata de representar su espectáculo. El resto de la vida son ensayos, preparativos con vistas a ser fabulosa en internet.

Junto a la puerta de entrada hay una maleta roja con ruedas, lo que significa que la madre de Cas, Helen, o llega o se marcha. Lleva vestidos ajustados y tacones altos y vuela dos veces por semana a las planicies del país donde haya campos de trigo y silos, entregada a la resolución de conflictos laborales para una empresa especializada en grano. Layla diría que jamás ha visto a Gabriella con tacones. Tal vez en las fotos de boda (que han sido relegadas al sótano junto con otros recuerdos de su vida anterior).

La madre de Cas es delgada y guapa. Su maquillaje siempre es impecable y su melena rubia da la impresión de que acaba de salir de un anuncio de champú.

—Es formaldehído —le contó una vez Cas—. Ese tratamiento capilar especial que es pero que muy venenoso. Y si está delgada es porque tiene el síndrome de la bailarina. —Suspiró exasperada al verse obligada a explicarlo—: Ya sabes. Bulimia

y anorexia sentadas en un árbol V-O-M-I-T-A-N-D-O. No te preocupes, ahora hay una app para eso.

—¿Para la anorexia? —Layla se ha quedado pasmada.

—Probablemente. Aunque yo me refería a contar calorías. Y compensarlas con las que quemarás corriendo en la cinta estática. Mi madre se pasa como una hora en el gimnasio cada día. Y por el aeropuerto hace eso del *power walking*. Te juro que si la dejasen, llevaría pesas en el equipaje de mano.

—Cassandra, ¿eres tú? —Levanta la mirada del portátil en el salón.

—Ey, mamá. Hablábamos del portero.

—¿Es nuevo? —pregunta la madre como mera formalidad, pero su atención se pierde de nuevo en la pantalla como si la tuviese atada a una plomada.

—Es el de siempre. Comentábamos simplemente lo mono que es.

Layla se da cuenta de que Cas se está burlando

de su madre.

—Ya, ya —responde vagamente la señora Holt, pero Layla se fija en que tensa los hombros.

El padre está cocinando. Layla lo cataloga como papi hipster de teleserie cómica: dulce y divertido, pero en cierto modo trágico. Se ha afeitado la cabeza para disimular la alopecia.

—¿Viene Lay contigo? ¿Se quedará a tomar un bocado?

—Gracias, señor Holt. Solo si no es molestia.

—¿Estás de coña? Eres nuestra invitada favorita. Y llámame Andy, por favor. ¿Pasta con gambas y chile te va bien?

—Suena fabuloso.

Esto es lo que envidia Layla. La cuasi normalidad. Que sí, las estadísticas te dirán que el divorcio es algo normal, pero ella quiere esto. Un hogar con dos niños y dos padres y algo rico en el fuego, el olor extendiéndose hasta llenar la casa entera.

Sus padres siempre planearon tener más hijos, pero primero estaban ocupados y luego dispararon a un amigo y les entró el pánico, y al final nunca terminaron de decidirse.

—¿Ben está en casa? —pregunta Cas buscando con la mirada a su hermano pequeño.

Van a colegios distintos, por motivos que Layla no ha sido capaz de desentrañar. Educación especial o algo así, aunque a primera vista no parece que tenga nada malo. Cas le ha asegurado que eso es porque no ha pasado el suficiente tiempo con él, pero pese a lo bruja que pueda llegar a ser, lo protege casi al límite de la obsesión.

—Está entrenando. Volverá a y media.

El padre es tecno-empresario. Estuvo en una compañía de las grandes de Silicon Valley y les «hizo una buena» (son sus propias palabras). Por eso se mudaron de Oakland, California. Detroit es más amable con la creación de nuevas empresas:

menos gastos en infraestructuras, incentivos fiscales, está hambrienta de talento y ofrece oficinas baratas en TechTown. Cree en la revitalización de la ciudad «a muerte». A Layla le encanta escucharlo hablar. Es un idioma distinto en el que cualquier palabra puede ser verbalizada. Cas y ella tienen un juego secreto durante las comidas: dan un sorbo de zumo cada vez que usa jerga técnica como «ángel inversor».

—¿Cómo va Crater? —le pregunta Layla, tratando de recordar el nombre de su gran proyecto.

—Curatr —la corrige él automáticamente, haciendo vibrar la erre.

—Por favor, no le des pie —se queja Cas.

—Todavía no sé si lo pillo. ¿La cosa es que coge todas tus redes sociales y las tiene en el mismo lugar?

—Sí, es un agregador. Lleva todos los datos que te entran a una plataforma.

—¿No es eso lo que hacen ya las redes sociales?

—¡Tiene toda la razón, señorita! —responde con una especie de acento británico cutre, casi se alegra de no ser la única con padres capullos—. Pero la diferencia es que Curatr es una red social antisocial. Es un diario privado, solo para ti y para la gente verdaderamente cercana. Se trata de daros a vosotros, los chavales, un espacio que os pertenezca solo a vosotros y que sea absolutamente seguro. Va vinculado a nuestra otra propuesta, el gestor de reputación Walled Garden, y usa un modelo de suscripción para personalizar mejor la optimización en motores de búsqueda.

—No sé muy bien qué significa eso —dice Layla, aunque piensa que era el módulo siguiente a Futura Promesa. Optimización en motores de búsqueda: conecta con tu público ideal.

—Significa que colaboramos con los motores de búsqueda más potentes para promocionar los resultados que tú apruebes y hacer que desciendan

los que podrían resultar dañinos.

—¿Como haber puesto cara de pato a los doce años? —O que te llamen Clamidia, piensa.

Se revuelve incómodo. Tal vez no sabe lo que es poner cara de pato y da por hecho que es algo peor.

—Sí. Piensa que es como si tuvieses un publicista para ti sola. No podemos deshacernos de algo para siempre, pero podemos esconderlo cuatro páginas más atrás en los resultados de búsqueda. Puede que incluso diez.

Cas bosteza teatralmente.

—Papá, ¿podemos comer en mi cuarto? Tenemos deberes.

El padre está dolido, pero lo disimula.

—No problema. Marchando dos menús para mesa de trabajo.

—Tres, por favor —grita Helen desde el salón.

—Ah, no. ¡Alguien tiene que comer conmigo!

—Tu hijo volverá pronto.

Y, tal como lo dice, Ben entra por la puerta mirando ceñudo la pantalla de su móvil bajo la mata de pelo rubio y pasando pantallas sin parar. Cas se abalanza sobre él y le arrebató el teléfono.

—¿Qué miras? ¿Te ha escrito una chica? — pregunta.

El chico se ruboriza e intenta quitárselo.

—¡Va, venga! ¡Los teléfonos son privados!

—Privilegios de hermana mayor.

—¡Devuélvemelo! ¡Isa!

Cas examina la pantalla, luego se lo lanza a su hermano satisfecha.

—Calla ya, bobo. Era una coña. Aquí tienes tu estúpido teléfono con tu estúpido videojuego.

—Jo, tía, me has fastidiado la puntuación. ¡Muchas gracias!

—Me he limitado a hacértelo más difícil. Soy como un dispositivo de dificultad extra. Deberías estarme agradecido.

—Lo que tú digas. —Se aparta el pelo y Cas

distingue el morado en el ojo. Le agarra la cara y le alza la barbilla para ver mejor—. ¿Quién te ha hecho esto? Porque si te lo ha hecho alguien me lo voy a cargar.

—Tranquila. Es lo que tiene el hockey. Me he dado con el codo de Jimmy durante el entrenamiento. ¿Te vas a subir por las paredes cada vez que alguien me tire al hielo? Porque entonces mejor que no vengas a verme jugar. ¡Papá! Dile que no puede venir si se va a poner como una loca.

Está verdaderamente alarmado.

—Como si me importase un pimiento verte jugar.

—¿Eso quiere decir que no vas a venir?

—Claro que iré, y Layla también. Nos hemos hecho trajes de animadora y letreros para levantarlos y todo eso. «Ben, Ben, es supergenial; corre, corre: ¡va a marcar!».

—¡Mamaaaaá!

La madre no levanta la mirada del portátil.

—¿Podéis dejar de incordiaros el uno al otro?

—¿Te sientas a comer conmigo, Benjamin? —le dice su padre.

—¿Tengo que hacerlo?

—Qué va. Podemos comer cada uno en un sitio distinto de la casa, todos conectados a nuestros aparatos y sin dirigirnos la palabra.

—¿No es esa la clave de tu trabajo? —apunta Cas.

—No —suspira el hombre con resignación—. Se trata de crear nuevas herramientas para facilitar nuevas vías de expresión apropiadas.

—Nos estamos expresando. Solo que no con la gente que hay dentro de esta habitación. ¿Podemos irnos ya? Por lo de los deberes...

—Sí, claro —se desinfla—. Pero porque tienes una invitada. Mañana por la noche nos sentaremos todos a la mesa como una familia de verdad.

—Dios, me ponen de los nervios. Tienes tanta

suerte de que tu madre sea tan pasota —dice Cas tras cerrar de golpe la puerta y dejarse caer de espaldas en la cama. Trastea por encima de la cabeza para conectar el teléfono a los altavoces y comienza a sonar una apacible melodía shoegaze.

—Sí, es genial —replica Layla socarrona—. Blancos. Mis padres jamás me dejarían salirme con la mía así como así.

—¿Echas de menos a tu viejo?

—No sé. A veces.

Todo el tiempo. En las rarezas más insignificantes, los proyectos de empollones, poder estar juntos y no tener que hacer nada. No se dio cuenta del lujo que eso representaba. Desde la conversación desastrosa del sábado solo ha tenido una conversación forzada con él.

—¡Vamos, aparta! —le dice a Cas mientras salta en la cama.

El dormitorio de Cas es el caos y la belleza, empapelado con fotografías arrancadas de revistas

o impresas. Una gótica con un barroco vestido de encaje y unas prótesis en las piernas grabadas a mano con motivos más barrocos si cabe, una tormenta de relámpagos sobre un volcán, parques temáticos abandonados, acantilados sumidos en la niebla. Tiene un candelabro hecho con grullas de origami y cadenillas de luces. Es como si el cuarto entero fuese un Tumblr de objetos que la hacen feliz.

—Podrías subir todo esto a internet. Sería mucho más fácil de gestionar —comenta contemplando la pared por si hay alguna foto nueva desde la última vez que vino, hace dos semanas. Una fotografía de siluetas de caballos recortados por los rayos del sol, una ilustración de una sirena rolliza con espinas venenosas inspiradas en las del pez león, una chica con la melena teñida con los colores del arcoíris cayendo en cascada.

—Internet no es real. Además, tengo que compartir el PC con Ben en el salón —responde

Cas aburrida.

—Pero no tienes página de Facebook ni nada —
insiste Layla.

—Demasiadas energías. Está diseñado para hacerte sentir insegura a raíz de la maravillosa vida de los demás. Lo único que haces es alimentar la maquinaria.

—Es un motor de ansiedad.

—Eso es lo que digo. Tendríais que daros de baja todos. Ya tienes suficiente ansiedad de manera natural.

—Qué va.

—¿Te preocupa si las gambas que mi padre ha comprado eran congeladas? A lo mejor están infestadas de salmonela.

—El proceso de cocción la mataría.

—¿Estás segura? Pero ¿las bacterias no son más invencibles que Superman y las cucarachas juntos?

—la pincha Cas.

—¡Cucaman! —exclama Layla para distraerla,

porque está logrando ponerla nerviosa—. Apuesto a que a alguien se le ha ocurrido disfrazar a una cucaracha de superhéroe. ¡Podemos mirarlo en internet!

—Como te acabo de decir, el ordenador está en el salón.

—¿Cuál es la clave de tu wifi? Lo busco en mi teléfono.

—Mi padre tiene spyware. No sé si te he dicho que es superparanoico.

El padre de Cas empuja la puerta con la punta de la zapatilla, la bandeja en equilibrio. La comida huele de maravilla, como en un restaurante.

—Vamos, Casandra. Sabes lo que opino de las puertas cerradas —la reprende.

—Perdona, no queríamos que la música os molestase.

—Subiré la tele. No es que estemos de charla familiar —responde taciturno.

—Gracias, señor Holt.

—Mmm, gracias, papá —dice Cas echándolo de la habitación. Al salir, deja la puerta abierta de par en par—. Y por eso estas cosas las hacemos en tu casa.

—¿Por qué son tan controladores?

—Es porque una vez intenté quitarme de en medio.

—¿En serio?

—O les preocupa pillarme tocándome. O haciendo como mi madre. —Saca dos dedos para subrayar lo que dice y finge que se los mete en la garganta—: Guaaaagh.

De niña, Layla acariciaba ese tipo de fantasías de princesa pop: que había habido un error fatal, que la habían cambiado en la cuna y un día sus verdaderos padres (unos aristócratas neoyorquinos, o estrellas de cine hollywoodienses) vendrían a buscarla. O que su búho entraría por la ventana trayéndole su pergamino de Hogwarts.

Piensa en cómo Ben llama «Isa» a Cas, y en lo poco que hablan de su antiguo colegio y de su vida en Oakland.

—¿Puedo preguntarte algo en serio? —le dice mientras juguetea con las gambas.

—¿Serio como Dorian? ¿O serio en plan el cambio climático? Porque me dan pena los osos polares y tal, pero no sé qué podemos hacer nosotros como individuos. Aunque creo que usar el transporte público ayuda.

—Cas.

—Venga, va. Pregúntame lo que quieras.

Se queda tan quieta y tensa como su madre poco antes. Se le nota en los hombros, por más que esté removiendo sus fideos con los palillos, la cabeza gacha, fingiendo que se esfuerza en atrapar una gamba del fondo. Es curioso cómo el lenguaje corporal puede ser genético.

—¿Estáis en protección de testigos?

Cas suelta una carcajada y se destensa por

completo.

—Sí, exacto. Nos has pillado. No se lo digas a nadie. Pásame la salsa de soja.

—Lo digo en serio, Cas.

—¿En plan que mi padre fuese un soplón de incógnito en el mercado de software y estuviésemos huyendo desde entonces, y mi madre en realidad trabajase para la CIA y por eso vuela tanto de un lado a otro?

—Vale, que sí, suena un poco chorra dicho así.

—Entonces se le ocurre algo horrible—. Espera. ¿De verdad intentaste quitarte de en medio?

Cas deja los fideos y le echa una mirada llena de desdén y lástima.

—¿No lo hemos intentado todos?

Jueves 13 de noviembre

Bien abierto

—¿Qué os ha dado con el grafiti en Detroit? —
comenta Jonno al micrófono, plantado debajo de
un paste-up de un detalladísimo jabalí de tres

pisos de alto—. Igual que los perros en Coney Island, perros callejeros y vello facial hipster, no ves otra puñetera cosa allá donde mires.

Avanza hacia la cámara mientras Jen va reculando. Pasa junto a una señora mayor con un bolso rosa chillón.

—Tags, tags por todas partes, pero también obras de valor que podrían competir con grandes nombres internacionales como Banksy, Blek Le Rat o Faith47. ¿Y a quién hemos de agradecer esta explosión del arte callejero en la ciudad? —Hace una pausa dramática—: A los altos índices de criminalidad.

Nueva pausa; a continuación, un hombre con un pasamontañas se acerca corriendo a la señora por detrás y le arranca el bolso. La mujer chilla consternada.

—¡Corten! —grita Jen—. Simon, tienes que entrar antes.

Simon entra en plano con el pasamontañas

levantado y pinta de contrariedad y le devuelve el bolso a la señora.

—Esto es una chorrada —se queja Jonno. Detesta todo del hecho de estar ahí; se ha convencido de que hay algo entre Simon y Jen, la energía residual entre quienes se han acostado alguna vez.

—Pienso lo mismo. Yo no me dejaría quitar el bolso así como así. Debería forcejear, a lo mejor pegarle con él un par de veces antes de que se escape —añade la víctima del tirón.

—Tranquilo, Jonno, queda guay. Si no funciona, siempre podemos cortarlo. Y, por supuesto, Ivy, si quiere improvisar, vía libre.

—Estupendo, ahora la señora tiene más papel que yo —dice Simon metiendo cizaña. Todo el mundo quiere ser director.

—Queremos que sea divertido.

—No es divertido, es trágico —dice Jonno.

—Eso es incluso más divertido.

—Bueno. Repito desde el principio y a ver si esta vez Simon es capaz de entrar en el puto momento indicado.

Sigue detestando el asunto, aun cuando se le da bastante bien en cuanto entra en calor. Le hace acordarse de su madre, que era enfermera en obstetricia. Odiaba insertar catéteres, de modo que lo hacía tan rápido y eficientemente como podía, con lo que la llamaban para poner todos los catéteres.

Y se siente en cierto modo halagado de que Jen se lo tome tan en serio. Ha estado diseñando una secuencia introductoria de dos segundos para el canal con un amigo suyo animador (hombre, por descontado), y han estructurado el programa de lo que van a grabar, centrándose en la escena artística: el nuevo arte callejero, la fiesta del sábado en la Dream House, una comida con la sofisticada élite social en un restaurante itinerante la semana que viene en una ubicación secreta.

Igual hasta sale bien, piensa Jonno.

El vídeo de preparación que hicieron para la Dream House obtuvo 788 visualizaciones en las primeras veinticuatro horas. Lo observaron mientras crecía, y fue asombroso cómo cada nueva visualización era un pequeño chute de confirmación. La pieza que graban ahora no va sobre arte, va sobre la extravagancia de la que hace gala Detroit, que es lo que la gente está ávida de ver. Tal vez logren llegar a varios miles de reproducciones. Se trata de conseguir audiencia.

Repiten la escena. Esta vez Simon entra a tiempo, la ancianita que han convencido para que deje su porche y participe en la escena por cincuenta dólares grita histérica, y Jonno continúa con su paseo, improvisando sobre el guion que han escrito por la mañana:

—El departamento de policía tiene cosas más importantes de las que ocuparse que el arte callejero. El resultado es que los grandes artistas

de California, hartos de que los arresten continuamente, se trasladan a Detroit. Ellos pierden, nosotros ganamos. Aquí nadie va a venir a incordiarte.

No presta atención a la pelea que se ha desencadenado a sus espaldas ni a los gritos de Simon: «¡Ay, mierda! Pero ¿qué le pasa? ¡Quitádmela de encima!».

—Hay nombres familiares en la escena. Revok. Nekst, Pose, Elya. The Smooth Wizards League, Loaf. —Según Jen, en todo caso, él no ha oído hablar jamás de estos capullos y eso sin incluir a los osadísimos estudiantes de Bellas Artes, o a la purria de blancos que pasan hierba y les gusta pensar que están siendo creativos al estampar sus firmas—. Pero algunos prefieren permanecer en la sombra, como quienquiera que esté detrás de los Delray Angels, una hueste celestial de madera pintada que algunos creen que vigila uno de los barrios más desamparados de la ciudad.

—¡Genial! ¡Corten! Editaremos luego lo de los ángeles. ¿«Desamparados», Jonno?

—¡Oh, vamos! No me dejas pasar una —grita dándose la vuelta hacia donde el atracador de pega yace ovillado en el suelo, protegiéndose la cabeza con los brazos—. ¡Ey, señora Ivy! Ya puede dejar de pegar a Simon.

Todo el mundo quiere salir en películas. Todo el mundo ansía su minuto de gloria. Saca la cámara por la ventanilla mientras el coche circula para grabar cambios de plano del paisaje de Detroit, con la bufanda por encima de la nariz para protegerse de la racha helada de viento.

—¿Has traído comida? —pregunta Jen desde el asiento del conductor, y él rebusca en la bolsa que tiene a los pies y le tiende los bocadillos que ha hecho por la mañana.

—No puedo comerme esto.

—¿Qué?

—¿Pan blanco y mermelada? ¿Es que quieres matarme?

Sonríe, pero con un matiz de hartazgo herido. Una mirada que dice «Pensaba que me prestabas atención».

—Mierda, lo siento, cariño. Lo he hecho sin pensar.

Pero ¿cómo se supone que tiene que acordarse de toda esa retahíla? A lo mejor ahí hay un artículo: «10 cosas que debes saber sobre salir con una diabética de tipo A». Cosas como que salir a comer fuera es un ejercicio nada placentero, porque la comida es algo que hay que gestionar, no saborear; o cómo la libido insaciable de tu diosa sexual decae con el nivel de azúcar.

—No te preocupes, podemos comprar algo de camino —le contesta ella con despreocupación.

Scott, el fotógrafo, está esperando dentro de su coche, con los cristales velados por la condensación. Sale del vehículo, larguirucho y

barbado, con el gorrito calado hasta la frente.

—Ya estaba a punto de dejaros tirados, tíos.

—¡Lo siento, cariño! Hemos tenido que parar a pillar comida. —Le da un beso en la mejilla, pero Jonno no es capaz de distinguir si hay algo ahí—. No te preocupes, no te entretendremos mucho. Si puedes explicarnos de qué va esto, te presentas, y luego os paseáis Jonno y tú por el edificio, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Vale, soy Scott. Soy escultor y fotógrafo, y trabajo mucho en estos edificios abandonados.

—Explícanos qué encontraste ayer —interrumpe Jonno.

—He estado haciendo un poco de trabajo de seguimiento, volviendo a visitar lugares que había fotografiado para ver cómo habían cambiado. Volví aquí y...

—Corten. Ahora llévanos dentro.

Scott se rasca la barba.

—Tengo que decir que prefiero estar del otro lado de la cámara.

—Te comprendo, tío, pero lo estás haciendo genial —le dice Jonno.

—Por aquí.

Scott los guía hacia el interior del club de striptease desvencijado, tras colocar un pedazo de cemento para mantener la puerta abierta.

—Estoy grabando —dice Jen mientras sostiene un foco de mano sobre los dos hombres—. Puedes seguir hablando si quieres.

—¿Decías que viniste hace un par de días?

—Eso.

—¿Puedes decir la frase?

—Volví un martes, como parte de la serie de seguimientos que estoy haciendo, y me encontré este grafiti. Lo he visto bastante por toda la ciudad durante los últimos días.

—¡Y revelación! —exclama Jen.

Dirige la luz hacia la pared mientras Scott y

Jonno se apartan uno a cada lado. Hay una pared dibujada con tiza.

—Lo que estamos observando es un rectángulo rudimentario hecho con tiza sobre la pared. ¿Hay un nombre concreto para esto?

—Yo las llamo puertas fantasma. Diría que son una especie de monumentos funerarios en los lugares donde ha muerto alguien o ha tenido lugar un suceso. Lo percibes, ¿no? Aquí hay una energía peculiar. Muchas de las obras de tierra (los cementerios de las antiguas poblaciones indígenas) de Detroit fueron destruidas con el proceso de industrialización. Y ahora muchas de esas fábricas han sido abandonadas o demolidas también. Como la de la Solvay Process, que se construyó sobre el Great Mound of the Rouge, el collado más grande de Detroit, y hoy no es más que un descampado, un área industrial tóxica. Es una bestialidad: fantasmas de las industrias encima de fantasmas de los nativos: lo que tenemos aquí es la acumulación

de miles de años de fantasmas. Hay quien tiene pueblos fantasma, nosotros tenemos toda una ciudad fantasma.

—Corten. Ha estado fenomenal, Scott. Gracias.

—Ha sido divertido. —Pasa la mano por la puerta de tiza—. Aunque me inquietan de verdad; la manera en que aparecen de noche. He oído que hay una al fondo del túnel donde mataron a aquel chaval, pero los policías han dejado a alguien haciendo guardia. No he podido acercarme. ¿Esto lo pondréis en YouTube? Avisadme cuando lo subáis.

Alza la cámara y les hace una foto, cosa que molesta a Jonno (es como si tuviese que tener la última palabra).

—¿Van con vosotros? —pregunta Scott señalando hacia una pareja harapienta que se ilumina con una vela, inmóviles en la puerta.

—*Perdón*, lo sentimos, lo sentimos —dice el hombrecillo desaliñado agitando las manos

mientras empiezan a retroceder.

—¡No, esperen! Eh, ¿podemos hablar con ustedes? No somos policías, no se preocupen. Estamos haciendo una película —grita Jen mientras corre hacia ellos.

—*El video* —lo intenta Jonno en un español macarrónico, y les hace el gesto de darle a la manivela, como si eso significase algo todavía.

—Sobre los grafitis. ¿Están aquí por eso? ¿Por la puerta?

La mujer tira del brazo del hombre.

—Papi, no creo que sea buena idea.

—Cinco minutos, por favor —implora Jen.

—¿Puede decirnos su nombre a cámara y por qué está aquí? —le pregunta Jonno a este hombre con toda la inclemencia de la calle grabada en el rostro.

—Me llamo Ramón. Esta es mi novia, Diyana.

Jen hace una rápida panorámica para que entre en plano la tímida mujer de cabello plateado que

está detrás.

—Vivimos en la calle, y cuando el frío arrecia nos quedamos en un albergue o en casa de algún amigo. Yo era mecánico. Era capaz de arreglar cualquier coche. Ford. General Motors. Chevrolet. Pontiac. Todo menos esos coches nuevos de ahora. Los construyen robots, necesitas robots para arreglarlos.

—¿Qué es eso que lleva? —lo interrumpe Jonno.

—Es una vela bendecida del herbolario.

—¿Y qué van a hacer con la vela?

¡Por Dios!, piensa Jonno, cómo hay que tirarle de la lengua...

—La traemos a la puerta. Para rezarle y tener suerte y buena fortuna.

—¿Qué son esas puertas?

—Te pones aquí en el momento justo en que se abre la puerta y te lleva adonde te dé la gana.

Su amiga se inmiscuye:

—Pero a lo mejor no quieres ir adonde te lleva

esa puerta. Solo crees que quieres.

Pero se encoge cuando Jen vuelve la cámara hacia ella.

—He oído a algunos llamarlas «puertas fantasma».

—No sé. Llámelas como le venga en gana.

—¿Qué hay que hacer para abrirlas?

—Se oyen cosas distintas. Hay que estar aquí a medianoche en luna llena.

—¿Lo ha intentado?

—No, hermano. No quiero líos con esta clase de cosas. —Ramón se persigna.

—Entonces ¿para qué traen la vela?

—A veces hay que apaciguar a los espíritus. Tenerlos contentos.

—¿Podemos grabarle mientras la encienden?
¿Los dos juntos, quizá?

—Muy bien. —Asiente, como si fuese algo razonable. Se agacha con sus zapatillas rojas brillantes y enciende un mechero de plástico sobre

la vela frente al dibujo de tiza.

—Quédese un momento ahí. ¿Puede cerrar los ojos, como si estuviese rezando?

—Si quiere...

—Y no hable. Ni siquiera mueva la cabeza. Quieto ahí. Cinco segundos más. Tres, dos, uno. Gracias.

Ramón se endereza apoyando las manos en las rodillas.

—¿Ha quedado bien?

—Precioso. Muy conmovedor. Es genial mostrar el lado más espiritual de la ciudad —dice Jonno—. Ahora, si podemos hacer una toma de Diyana y usted cogidos de la mano y levantando la vela juntos o algo así. No, no sonrían. Serios. Eso es. Perfecto.

Les da diez dólares a cada uno.

Trol en el menú

—Aún estamos a tiempo. Con darle su IP y su correo electrónico a Anonymous o quien sea basta. A Pedobear. A Bullyville. Al programa *Atrapa a un depredador sexual*. Hay gente que se encarga de estos temas —dice Layla agarrando el fajo de panfletos que han impreso en su casa.

—¿Como la policía?

—Mi madre me mataría.

Pero su madre no es lo único que la preocupa. Su padre se subiría por las paredes, porque lo que están haciendo es la antítesis de un «comportamiento razonable».

—Deja de quejarte. Va a ser épico. Estamos en un lugar público, llevamos máscaras. Lo vamos a poner en YouTube, en serio, y el tío es un puto degenerado que se lo tiene más que merecido.

—Me encuentro mal.

—Es la náusea que precede al momento de impartir justicia.

—Pues a mí me parecen náuseas corrientes.

Cas sonrío a una mujer que sale del solárium. A Layla las camas de bronceado del póster de la puerta le parecen instrumentos de tortura, como esas con pinchos por dentro. Piensa en los rayos uva apuñalándola ahí, el negro brotar de los melanomas extendiéndose bajo la piel. Cas hace un gesto para que le pase uno de los panfletos y se lo planta a la mujer en la cara.

—Disculpe, señora. Hemos perdido a nuestro ChicoTerciopelo. ¿Lo ha visto usted?

—¿Es vuestro gato?

La mujer coge el papel y le echa un vistazo.

—Bueno, le gustan las gatitas, pero solo si son menores de edad.

La señora hace un visaje y les devuelve el panfleto.

—Es repugnante.

—Eso mismo pensamos nosotras, señora —le grita alegremente Cas mientras se aleja.

Perdido: Un pedófilo

Nombre: ChicoTerciopelo aka Phil

Aficiones: Videojuegos, chatear con preadolescentes, pedir fotos picantes a las niñas.

Han discutido sobre el texto y sobre si debían incluir su nombre completo y la fotografía que han encontrado en su perfil de Facebook, cuya cuenta estaba hecha con la misma dirección de correo. ¿Cómo se puede ser tan tonto? A Layla casi le sabe mal. Es como si viviese en el pasado, antes de la Agencia de Seguridad Nacional, de su programa de vigilancia electrónica PRISM y de los robots

voladores asesinos. Es la clase de tío capaz de caer en una estafa de correo.

Reconocieron el terreno hace dos días para decidir la mejor posición para la «Operación Bajada de Pantalones», que no es lo que planean hacer realmente, ha prometido Cas. Es un nombre metafórico. Porque «Operación Expiación» suena a una especie de documental sobre la Inquisición española.

Empuja a Layla delante de una mujer mayor con una gabardina lila, la cabeza gacha para protegerse del frío.

—¿Ha visto usted a nuestro...? —comienza Layla, pero no es capaz de terminar la frase. Le tiende el panfleto, muda.

La mujer le dirige una sonrisa de disculpa.

—Ay, no, cariño, gracias. Soy luterana.

El hombre dijo que vivía en Bloomington y que iba a estar en la ciudad unos días por un asunto de negocios, y que: Eh, a lo mejor podían verse. Sería

divertido. Podía invitar a SusieLee a un batido. Podía ir a buscarla. Por suerte, lograron convencerlo de que no lo hiciera. Se supone que ha quedado con ellas (bueno, con ella, con SusieLee) en la mesa que hay bajo el cuadro de la mujer azul en la pastelería.

>SusieLee2003: No tiene pérdida.

>ChicoTerciopelo: ¿Y si esa mesa ya está ocupada?

>SusieLee2003: Ya me verás. LOL!

Layla la convenció para que no pusieran el nombre completo.

—Quiero hundirlo.

—Hay leyes contra la calumnia, imbécil.

—¡Disculpe, señor! —Cas se aparta para dirigirse a un hombre que está sacando la basura —. Caballero, ¿ha visto a nuestro pedófilo?

Es la cercanía. Cuanto más se acercan, más se siente como si la hubiesen relleno de plomo incandescente, pero en Cas tiene el efecto

contrario. Está radiante.

Philip Lowe. 43 años. Electricista. 131 amigos.

—No por mucho tiempooo —había canturreado Cas mientras clicaba el botón derecho del ratón para *guardar como* la foto de perfil. En la foto aparecía sonriendo a cámara con franqueza, con un paraje lacustre de fondo, un sitio con agua y árboles a saber dónde; sostenía una hamburguesa en una mano como si fuese un trofeo y alzaba el pulgar de la otra. Layla se pasó horas examinándola en busca de algún indicio en la cara: un brillo perverso en los ojos, entradas, una frente criminal. Pero parecía normal, amable, tal vez incluso un poco tontorrón. Agradable. Tenía una salpicadura de mostaza en la camisa. A los monstruos inhumanos que persiguen niños no se les debería permitir que se les cayera la mostaza.

—¿Y si solo es un juego? ¿Una estupidez que

hace por internet y ya está? —le insistió a Cas.

—La intención es lo que cuenta.

—Con la intención no basta.

—Claro que no, también ayudaría la posesión de material pornográfico de menores en su disco duro. Deberíamos hacer una redada en su casa. ¿Crees que podríamos convencerlo de que se traiga su ordenador?

Tienen instalada la cuenta del MChat de SusieLee en los teléfonos de ambas para poder responder una u otra. Él mensajea muchas veces al día. Es agotador. Layla quería enviarle un mensaje privado esta mañana diciéndole: «No vengas. Ya está bien. Y, por cierto, que te jodan». Pero sabía que Cas lo vería.

Layla hubiese preferido ponerle alguna especie de trampa. Una de esas en las que caes y en el fondo hay pinchos. Todavía no se cree que estén haciéndolo. Igual puede fingir que se ha hecho daño. Torcerse el tobillo. Pero eso no sería

suficiente con Cas. A lo mejor si se pone delante de un coche cuando tome la curva y se deja atropellar (escogería un coche pequeño, claro). Tendrían que ir al hospital. El tal Phil esperaría hasta darse cuenta de que le han tomado el pelo y ahí acabaría la cosa.

Le vibra el móvil en el bolsillo. Cas tararea por lo bajo mientras mete panfletos bajo las escobillas de los parabrisas como si fuesen folletos de una discoteca. «Lalalá, hoy va a ser un día precioso, precioso».

Layla lee el mensaje a escondidas, con la esperanza de que ChicoTerciopelo se haya agarrado un catarro.

> ChicoTerciopelo: ¡Estoy aquí! ¿Vines?

Las faltas lo delatan. La intención no cuenta una mierda, pero la acción sí. El tío está en una cafetería esperando a una niña, convencido de que

esta le ha contado a su madre que iba a jugar con un primo. Está emocionado. Listo para llevársela en el coche. A Layla le sigue dando náuseas todo el asunto, pero ahora también está furiosa. La indignación es una causa que se siente capaz de abanderar. Responde.

>SusieLee2003: Vino! Vino!

Se hace una larga pausa. Los puntos suspensivos que significan que el otro está contestando el mensaje, borra, vuelve a empezar.

>Chico Terciopelo: ¿Qué significa eso? LOL?

>SusieLee2003: ¡Es broma! Significa que estoy en camino. Pídeme un batido de fresa vale? :)

—¿Era él? ¿Se lo sigue tragando? —pregunta Cas.

—Por completo.

—Bien. —Lo dice con menos convicción.

—¿Estás bien?

—Claro, claro. De coña. Vamos con ello.

—Máscara. —Layla le tiende una de las caretas de gato de plástico. Se pone la suya levantada sobre la cabeza.

Se paran frente al restaurante. Han escogido una mesa que se ve desde fuera a través de una ventana.

—No puedo mirar. ¿Está ahí? —pregunta Cas. Se le ha puesto la piel de un rosa brillante y las pecas apenas se le ven. El sudor le perla la nariz.

—Está escondido detrás del menú.

—A lo mejor es mala idea. ¿Y si se pone violento?

En efecto. ¿Y si lleva una pistola? ¿O un cuchillo? Layla ha visto fotografías de todas las variedades de heridas en el manual forense que sus padres intentaban mantener escondido (como si no pudiese encontrar imágenes más grotescas en internet). Pero sabe que no es como en las

películas. Una bala puede matarte. Una puñalada con un destornillador en el sitio justo te puede dejar lisiado de por vida. Una caída de la bicicleta puede causarte daño cerebral. Si puedes evitarlo, no te metas en una pelea.

Pero entonces la camarera le pone un espumoso batido rosa delante y él le hace un gesto cortés con la cabeza de modo que le asoma la coronilla por encima de la carta. Y eso zanja la cuestión.

—No hay vuelta atrás.

La coge de la mano y la arrastra al interior.

La campanilla de la puerta tintinea a un volumen altísimo. Todo parece ruidoso. El golpeteo de las bandejas en la cocina. El zumbido de la calefacción. Phil levanta la mirada del menú y Layla percibe cómo las descarta: «Demasiado mayores». Vuelve a bajar la cabeza tras la carta.

—Sentaos en cualquier mesa que encontréis libre, chicas. Estoy con vosotras en un segundito —les dice la camarera.

—Gracias, pero no creo que nos quedemos a comer —responde Layla. Se baja la máscara y avanza hacia la mesa, pero Cas la frena.

—¿Qué haces? —sisea Layla.

—No puedo. Lo siento.

Cas parece a punto de echarse a llorar. Sigue con la careta encima del pelo, como un sombrero de lo más estúpido. Empiezan a temblarle los hombros.

Layla está imbuida de una fría determinación. Se siente como si fuese otra persona.

—Yo lo haré.

—Disculpe —dice alzando la voz mientras cruza el restaurante, para que todos la miren. Le arranca la carta de las manos y la tira a un lado. Hace un sonido plástico muy peculiar al caer al suelo, «filip». Que curiosamente es como se llama el hombre. Tiene que contenerse para no soltar la carcajada.

Él le devuelve la sonrisa, incómodo.

—¿A qué viene la máscara? ¿Es un atraco? —

Levanta las manos—. No dispares.

Sigue pareciendo majo, y eso la pone aún más furiosa. ¿Cómo se atreve siquiera a tener arrugas de expresión en las comisuras?

—Pensaba que las íbamos a necesitar, pero no —dice Layla. Se arranca la máscara de gato y la deja caer sobre la mesa. Se queda bocarriba mirándolos con una sonrisa benevolente—. Porque a diferencia de ti, Phil, nosotras no tenemos nada que ocultar.

Frunce el ceño.

—¿Te conozco?

Ella le pone el panfleto delante de los morros y recita el texto en voz alta y clara:

—Disculpe. Hemos perdido a nuestro pedófilo. Se llama ChicoTerciopelo. ¿Lo ha visto?

—Mierda.

Su semblante se pone de mil colores, como si fuese un dibujo animado. De repente se levanta de golpe. Por un instante, Layla piensa que la va a

apuñalar, pero solo la empuja. El batido sale disparado, el cristal se hace añicos contra el suelo. Ella cae de espaldas y apoya la parte carnosa de la palma sobre un trozo de vidrio.

—¡Ay, joder!

Busca a Cas con la mirada, pero no hay ni rastro de ella. La entrada está vacía. No hay nadie que detenga a Phil cuando abre la puerta con brusquedad haciendo sonar la campanilla de nuevo. Se ha dejado una fina cartera de cuero en el asiento de plástico.

—Pero ¿a qué coño juegas? —La camarera la ayuda a levantarse—. Estás sangrando —le dice como si fuese el mayor de los crímenes.

—¿Ha visto hacia dónde ha ido mi amiga?

Layla se saca el pedazo de cristal de la carne del pulgar. Los michelines de la mano, los llamó una vez Cas. ¿Dónde habrá ido?

—¿Vas a pagar este desastre? No puedes entrar aquí y acosar a mis clientes. ¿Estás colocada?

Layla está indignada.

—¡No es un cliente, es un pedófilo!

La camarera se la queda mirando fijamente.

—¿Estás de broma?

El resto de los empleados de la cocina han salido a ver qué causaba aquel alboroto. Otros clientes las rodean. Layla se siente respaldada por el afán de justicia.

—¿Me estás diciendo que ese tipo que acaba de salir era un pederasta?

—Eso es, lo pillamos por internet. Haciéndole proposiciones a una menor.

Se siente como una tía dura con todas las de la ley.

—Se ha marchado —dice el cocinero desde la puerta.

—Ya me había parecido sospechoso. Tal como lo he visto entrar, me he dicho: «Melissa, este tiene algo raro. Un adulto que pide un batido».

Hay que desconfiar de los testigos. Son capaces

de convencerse a sí mismos de cualquier cosa.

Un señor mayor negro con el pelo canoso dice cabreado:

—Eh, yo tomo batidos. ¿Me está llamando perverso?

—Yo conozco a ese tío, vino la semana pasada. ¿No iba con un chico? Yo diría que sí —comenta la otra camarera.

—Un chavalín —corroborla la primera.

—No, no, no creo —dice Layla mientras se aprieta la mano sangrante con un pañuelo. La cosa se está saliendo de madre. La náusea de la justicia.

—Juzgar a una persona por la clase de lácteos que toma...

—¿Te has escapado de él, cariño? ¿Eso es lo que ha pasado? ¿Como en Ohio?

—¡Oh, Dios mío! —casi grita un cliente.

—¡Llaman a la policía!

—No, por favor. —De repente está agotada. Toda la adrenalina y el sentido de la justicia se han

evaporado de su organismo. Y ¿dónde coño está Cas? Repite su negativa con todo el autoritarismo de que es capaz de hacer acopio. Tal como lo ve, no le queda más que una escapatoria. Menú desplegable: mentiras a espuestas. Intenta recordar la imagen que tenía de su madre cuando era pequeña y todavía la consideraba una heroína. Toda de azul, con el pelo recogido y la luz recortando su silueta en la puerta de casa, la Virgen María con pistola—. Soy policía. Era un cebo. Antivicio de incógnito. No se preocupen, mi compañera lo debe de haber trincado ya.

—Pareces jovencísima —dice el chef, suspicaz. Es hora de irse, piensa ella.

—Por eso funciona. Tengo veintitrés.

Las mentiras salen sin dificultad, lo único que tiene que hacer es abrir la boca y ya están ahí, formadas por completo.

—¡Le digo que lo había visto antes! —dice la camarera.

—No, es la primera vez que entra aquí. Una ubicación distinta en cada ocasión, por eso hemos tenido que montar esta pantomima para atraparlo. Las máscaras son una muestra de su fetichismo. Puto degenerado.

Tiene que salir de ahí antes de que le pidan que enseñe la placa. Está guardando los panfletos en la carpeta antes de que puedan leerlos, además de la cartera que se ha dejado Phil.

—¿Qué iba a hacer contigo?

Los rostros ávidos de grotesca curiosidad le recuerdan a las máscaras de la tragedia griega, las que puedes hacer sonreír al darles la vuelta.

—Yo...

Se saca el móvil fingiendo que acaba de recibir algo, pero resulta que sí tiene un mensaje, de Cas, que le ha entrado en algún momento a lo largo de esta gran inquisición.

>Cas: Perdonperdonperdon

—Es mi compañera. ¡Lo tenemos!

El restaurante estalla en una salva de aplausos, como cuando van a visitar a sus abuelos a Miami y todos dan palmas al aterrizar el avión.

—Y ahora toca encargarse del papeleo. —Saca un billete de veinte de la mochila y se lo da a la camarera—. Esto es por el vaso roto. Gracias a todos, y me disculpo de nuevo por las molestias.

—¿No quiere tomarnos declaración? —El chef sabelotodo. Ojalá se hubiese quedado en la cocina.

—Tenemos un montón de porquería sobre este individuo ya, pero tal vez usted pueda anotar los detalles de todos y ya enviaré a un agente si necesitamos declaraciones.

El chef se ufana con su nueva responsabilidad. Luego, porque le da la sensación de que debe decir algo más, Layla remata:

—Adiós.

La campanilla de la puerta suena alegremente y ella agradece como nunca el golpe de viento frío en la cara.

Camina presurosa hasta doblar la esquina y a continuación echa a correr y no se para hasta cinco manzanas más allá. Jadeando, finge que examina el póster de un culo muy marrón con tanga verde eléctrico en el escaparate de un solárium mientras teclea en su teléfono. Piensa en lo extraña que es su amistad con Cas, por qué la eligió a ella, por qué es tan misteriosa y agresiva.

>Lay: ¿Qué coño? ¿Dónde estás?

Su teléfono suena al instante.

—¿Estás bien? —La voz de Cas suena como si se hubiese tragado un rallador de queso.

—No sé si dirigirte la palabra.

—¡Lo siento! No quería dejarte tirada. Me he acojonado.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Cómo ha ido? ¿Estás bien?

—Bueno, estoy sangrando.

—Oh, Dios mío, Layla, ¿llamo a una ambulancia?

Se ablanda.

—No es nada. Ni siquiera lo has visto, ¿verdad?
No me puedo creer que ni te quedases cerca.

—Pero ¿estás bien?

—Deja de preguntarme eso de una puta vez. De hecho, no me vuelvas a hablar en tu puta vida.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Te he oído.

—¿Seguimos siendo amigas?

—Ya te lo diré.

Se hace un silencio al otro lado de la línea.

—Te voy a colgar, Cas. No me llames, ¿vale?

Pulsa el botón de colgar y se mete el teléfono en el bolsillo. Suena casi al momento. Dos veces. Qué cojones.

>Cas: Lo siento MUCHO. Te lo explicaré. Perdóname por favor. Te quiero, zorra.

Y otro a la cuenta de chat de SusieLee:

>ChicoTerciopelo:

Putademirrdaputapitap`tautataputamierdapitaPUTa

Borra los dos.

Flores fuera de temporada

A Betty Spinks le lleva un ratito fijarse en el golpeteo, como el de un perro que tocase con la pata para que lo dejen entrar. Lo que le molesta es que no se trata de la puerta principal, lo que significa que no es uno de sus empleados ni ningún cliente analfabeto incapaz de leer el letrero que dice claramente: «Cerrado». El ruido viene de la puerta de atrás, la que da al patio, donde están los hornos del taller, sin embargo esa puerta siempre está cerrada.

No debería haber dejado que Donald se fuese a casa antes de tiempo. Es política de la tienda que el guardia de seguridad se quede hasta que se cierre caja y los beneficios del día estén a buen recaudo. Pero el hombre tenía un compromiso urgente, literalmente, porque iba a pedirle la mano a su novia durante la cena en un lujoso asador en el Greektown Casino, y quería pasar por casa y refrescarse antes, de modo que le ha deseado que todo vaya bien (no es rencorosa con el amor ni con

el cabrón de su exmarido, para nada) y ha dejado que se marchase.

Eso es lo primero que se le pasa por la cabeza, naturalmente. Su ex. Agarra el bate de aluminio que guarda bajo el escritorio desde el incidente en el partido de los Tigres de Detroit, cuando Peter le gritó delante de todos y le agarró la cara con tanta fuerza que le dejó moratones en la mejilla y en la mandíbula, lo suficiente como para que pudiese denunciarlo, porque todas las veces que le había dado puñetazos en el estómago no le habían dejado marca. Ahora tiene una orden de alejamiento, pero el bate es una garantía más tangible.

—¿Quién anda ahí? —grita a la puerta.

Se hace un largo silencio.

—Soy Clayton. Me llamaste.

Suspira aliviada y coloca el bate en la estantería.

—¡La madre que te parió, me has dado un susto de muerte! —Descorre el cerrojo y abre la puerta del todo para que entre—. Ya era hora. Llevo

llamándote desde Halloween para que vengas a recoger lo tuyo. Pero ¿qué hacías en el patio?

—Perdona, tengo todavía tus llaves; no te las devolví en la época en que te ayudaba —le dice con el manajo de llaves en alto.

Betty se da una palmada en la frente.

—¡Me preguntaba adónde habrían ido a parar! Entra, cariño, no te quedes ahí con el frío. A lo mejor me queda algo de café hecho.

—Gracias —responde Clayton. Entra y cierra la puerta con cuidado.

—Tus obras han quedado muy bien, incluso sin barnizar. Un par se agrietaron, pero eso suele pasar. Espero que no te importe, he puesto una de las chicas en la galería. Ya tienes a un interesado que quiere comprarla, pero no sé si tenías pensado vender.

—No.

—¿No quieres vender tu trabajo?

Se da la vuelta sorprendida y descubre un

extraño remordimiento en el rostro de Clayton. Lo reconoce, significa: *Me duele tanto tener que hacer esto*. Retrocede. Está demasiado lejos del bate de béisbol, pero puede echar mano de otras cosas. Lanzarle baldosas a la cabeza, despistarlo hasta que logre hacer sonar la alarma, alcanzar la puerta. Está calculando dónde ha dejado las llaves del coche.

—¿Por qué has venido tan tarde, Clay?

—No necesito las mujeres pájaro. Ya no me interesan. He venido a verte. —Está distraído, desliza la mano por una hilera de azulejos con motivos florales, flores de lis en turquesas iridiscentes—. He estado pensando en ti. En lo de todas las formas naturales.

—¿Qué estás haciendo? —dice ella intentando controlar el volumen de su voz.

El dibujo se mueve..., parece que algo palpita bajo el barniz del azulejo, pero tiene que ser un efecto de la luz, la sombra de la mano de Clay. Sin

embargo, el resto de azulejos de las estanterías reacciona de la misma manera, los luminosos colores empiezan a girar, las superficies se hinchan.

De una de las baldosas se escapa una punta verde, una especie de esquirla o la punta de una flecha, lo que la hace pensar en los indígenas que vivieron aquí y que también se dedicaron a la cerámica. «Miskwaabik» significa «cobre», aporta su cerebro inútilmente. Pero no es la punta de una flecha, se da cuenta, es un pimpollo de varias capas prietas que emerge del dibujo de la baldosa. Se abre mientras lo contempla, se despliega en una serie de delicados rosas y blancos, un rojo oscuro y carnoso en el interior, los pétalos van abriéndose como un secreto revelado, la tienda entera estalla en una floración general a su alrededor.

—¿Qué es esto? —murmura apoyándose en el mostrador. Le fallan las piernas.

—Un sueño —responde Clayton avanzando

hacia ella y colocando una mano en su nuca, bajo el pelo, haciendo que se clave la barbilla en el pecho mientras una selva tropical bulle en torno suyo.

—Es... un milagro —dice. Algo duro escarba en la parte posterior de su cabeza. Una pistola, piensa.

—Lo serás —responde él.

Se oye el resorte seco de un gatillo y todo el espectro de colores irradia su cabeza. Es hermoso, piensa en el instante que precede a la oscuridad total.

Sueños de queso

Cuando Layla llega, la casa está a oscuras. Lo típico. Su madre está demasiado ocupada persiguiendo chicos muertos como para atender a la chica viva que la espera aquí.

>Mamá: Mal día. Me quedo hasta tarde. Palitos de merluza en el congelador. Haz los deberes. TQ.

>Lay: TQ también.

>Mamá: ¡ ;)

>Lay: Claro claro me pilla de sorpresa. Cuando vienes?

Espera que no suene todo lo desesperado que es en realidad.

>Mamá: Muy tarde. Lo siento. Que duermas bien caramelito.

Layla se agarra a ese apodo. Es el bajón de adrenalina después de la escena del restaurante. Sería genial tener a alguien con quien hablarlo, piensa mientras se chupa la palma de la mano.

—¿Cómo?, ah, sí, me estoy autocompadeciendo, gracias por preguntar —le responde a la nada.

Se dirige al cuarto de baño a buscar una tirita y de camino va encendiendo todas las luces de la casa. Que se atreva a quejarse de la factura su madre. Vuelve hacia la cocina sin hacer ruido y abre del todo el congelador. La caja de palitos de merluza es para enmarcarla. Solo hay un cachito de pescado miserable desmigajado dando vueltas en el interior. Igual que ella en la casa.

Que le den por saco. Encarga una pizza por teléfono.

—Borde relleno, triple de queso con

endurecedor de arterias extra, por favor.

El que toma nota no lo pilla y no la escucha, o ambas cosas.

—Mozzarella extra, marchando.

—Perfecto —suspira Layla, porque ni siquiera el tío de la pizza le presta atención, y le lee el número de tarjeta de crédito de su madre, colgado en el tablero de corcho que hay junto a la ventana de la cocina.

—En media hora, ¿de acuerdo?

—Menos de lo que tardan en reaccionar los servicios de emergencia.

—¿Qué?

—Nada.

Cuelga, marca el prefijo de Atlanta y la señal suena una y otra vez. Cuelga y lo vuelve a intentar. Esta vez alguien contesta a la primera.

—¿Papá?

Suena agobiado.

—Hola, cariño; no es buen momento. Te he dicho

que no llames a la hora de dormir.

—Perdón, me he olvidado. —Se lo imagina leyéndoles a Julie y Wilson, cada uno echado sobre uno de sus brazos—. ¿Qué les vas a leer?

—Todavía no lo sé. ¡Wilson! ¡No te metas eso en la boca! Perdona, Lay, ¿puedo llamarte más tarde?

—Deberías leerles *Tristán encoge*. Ese siempre me ha gustado.

—No sé si lo tenemos.

—Os puedo llevar mi ejemplar. Te lo dejaste aquí.

En un gran gesto de caridad había empaquetado todos sus juguetes viejos y libros y había escrito una tarjeta cubierta de purpurina: *Para mi nueva hermanita y mi nuevo hermanito. Estas cosas me encantaban. Ojalá a vosotros también.*

Buscando el mando de la tele se encontró la caja todavía cerrada con cinta adhesiva entre los bártulos diversos que su madre había amontonado en el sótano, justo antes de que se mudasen. El

sobre estaba mugriento y sin abrir.

—¡Wilson! ¡Te he dicho que no te comas eso! Lo siento, mi niña, te llamo mañana. Te quiero, adiós.

El teléfono vuelve a comunicar.

—Claro. Genial. ¿Qué hay de lo de *te llamo más tarde*? —Tira el aparato contra la cama y está a punto de darle a la gata, que abre un ojo, se despereza y vuelve a ovillarse en forma de coma, con la cola colgando fuera de la cama. Layla le rasca la cabeza—. Por lo menos estás tú, Nyan. Lamento haberte puesto un estúpido nombre que se pasó de moda en cinco minutos.

Layla pierde un poco el tiempo en internet. Encuentra fotografías de cucarachas con vestidos. Uno de los primeros ejemplos de animación imagen por imagen, obra de un entomólogo con sentido del humor. Dios, le encanta internet, aun cuando los memes de gatos-tostadora-arcoíris vayan y vengan más rápido que las nuevas monedas electrónicas, y las ideas se

autocanibalicen en remixes de remixes, princesas Disney y Mi Pequeño Superpony Star Wars.

Pero los bichos acaban dándole asco. La Peste Negra no la extendieron las ratas, sino las pulgas. Las cucarachas son portadoras de cosas horribles, las moscas vomitan en nuestra comida.

Pasa a Facebook, pero Cas tiene razón, solo le sirve para ponerse más ansiosa. Fotos de sus amigos del antiguo colegio, Emily y Jade, en una fiesta de Halloween dos semanas antes.

>Gracias por invitarme!, teclea, pero lo borra. Intenta escribir algo menos desesperado.

>Estoy solo a ocho kilómetros, no en otro estado, eh? :)

Eso tampoco va a quedar bien.

>Tías buenas, zombies sexis.

Le da a *publicar*. En plan *ey, acordaos de mí*.

Dios, está deseando sacarse el carnet y conseguir un coche de alguna manera. Tal vez pueda hacer sentir culpable a su padre igual que cuando logró

que le comprase un smartphone contra los deseos de su madre.

Clica en la página de Dorian para ver si ha publicado vídeos nuevos de skate. No porque sea una acosadora. No para comprobar si habla con esa artista de LA.

Cosa que hace. Están haciendo planes, delante de sus narices. El dolor es como si le diesen un puñetazo en el corazón. Se enfada consigo misma por ser tan patética.

Pasa a la página de Phil, pero parece que ha sido prevenido y ha borrado su perfil. Mira en su teléfono y teclea ChicoTerciopelo. «Este nombre de usuario no existe», le informa MChat. Bien. A lo mejor se ha acojonado para toda la vida.

Y eso le da algo más útil que hacer que obsesionarse con Dorian. Limpiar el rastro que ha dejado.

Borra todos los chats y el historial de todas las búsquedas relacionadas con «cebo para

pedófilos», «¿cómo reconocer a un pedófilo?» y «¿cómo denunciar a un pedófilo?». Aun en el caso de que la NSA ya hubiese registrado y añadido todo a su archivo, puede hacer esto por su madre. Se trata siempre de negación plausible. Pero mantiene la cuenta de SusieLee. Por si acaso.

Salte al patio y mete los panfletos que le quedan en la barbacoa, los rocía con gasolina y tira una cerilla en medio. Las hojas arden en llamas naranjas antes de que los bordes se oscurezcan y se replieguen alrededor de la odiosa cara amable de Phil. Contempla la suave ceniza negra flotando a la deriva en plena noche mientras la mano herida le palpita. Suena el timbre de la puerta justo cuando está recogiendo los restos y pilla al repartidor de pizza metiéndose de nuevo en el coche.

—¡Ey, he pagado por eso! —le grita.

—No puedes hacer eso, no contestar a la puerta —se queja—. Pensaba que me habían tendido una

trampa para robarme. Tienes suerte de que no ponga tu casa en la lista negra.

Se lleva la pizza a la cama y se da cuenta de que no ha probado bocado desde el desayuno. El queso hace del mundo un lugar mejor, observa Layla. Es uno de los grupos alimentarios celestiales junto con el beicon, el helado y el helado con sabor a beicon. No le importa manchar de grasa la colcha, ni que NyanCat meta el hocico en la caja para chupar el pepperoni.

Hacia la medianoche se queda dormida, su madre aún no ha llegado, y sueña con el examen del carnet de conducir. Pero las palabras se mezclan en la página, el volante se le vuelve humo entre las manos y el coche atraviesa una pared y aparece en el escenario del colegio en plena actuación. Todo el mundo está furioso con ella y la señora Westcott le grita y la llama pequeña estafadora. Ella se baja del coche y se da cuenta de que va desnuda. No es capaz de recordar su

papel y todo el mundo se ríe.

Intenta explicarse, pero cuando abre la boca le salen pececillos que caen sobre la tarima y se van haciendo más y más grandes hasta convertirse en criaturas con escamas irisadas y bocas como túneles, llenas de finos dientes orientados hacia dentro que se abren para tragársela entera.

Viernes 14 de noviembre

Inquilinos de las casitas de jengibre

Hay un par de botas dispuestas con pulcritud frente al horno de Miskwabic Pottery. Botas de agua. Rojas, con mariquitas. Los pies todavía están

dentro, unas pequeñas protuberancias grises nadando en sangre. *El hueso del tobillo conecta con el del pie*, como dice la canción infantil. Una mancha roja cruza la puerta del horno. Marcas de algo que ha sido arrastrado desde la puerta de atrás. El suelo de la sala de exposiciones está lleno de coloridos azulejos hechos añicos, como pequeños puzzles, junto con una cantidad nada despreciable de flores muertas.

Desde fuera la alfarería parece un pub cursi sacado de la campiña británica, rematado por una chimenea y marcos de madera imitación Tudor, pero está ubicado en Detroit. Desde dentro, sin embargo, es inquietante a más no poder.

Hay una máquina detrás de ella que parece la caja torácica de una bestia tremebunda. La puerta que da al patio está abierta de par en par (probable punto de acceso). Tendrán que buscar huellas dactilares, piensa Gabi.

Frente a ella tiene el horno y lo que sea que haya

dentro. Es grande, tiene forma de sarcófago, con un techo abovedado y ladrillos blancos, calcáreos, chamuscados por algunos puntos; cañerías y tuberías de gas recorren el lateral. Un termostato surge del otro lado como quien no quiere la cosa. Es de hierro negro, tiene una manivela metálica y raíles para sacarlo del sitio, marcados con bandas amarillas y negras de peligro. Industria de la vieja escuela, vamos.

Gabi piensa en los cuentos que le solía leer a Layla. Hansel sacando un hueso de pollo en lugar del dedo para demostrar que no estaba lo suficientemente gordo para ir al horno. Todavía no. Canibalismo, asesinato y unos padres horribles. Esos cuentos se han ido suavizando. Los niños no pueden asumir la oscuridad, dicen, pero ¿de qué otra manera se supone que hemos de luchar contra ella? ¿De qué otra manera tenemos que prepararnos para ese momento en que hemos de abrir la puerta sin saber lo que hay detrás? El

terror le cosquillea el cuero cabelludo. Defensa animal. Miedo primitivo.

Por supuesto, para la mayoría, la muerte tras la puerta o el monstruo dentro son puramente metafóricos. A Gabi le toca lidiar con la puta materialización del asunto.

—¿Hay algún truco para abrir esto? —le grita al aprendiz de artista que tuvo la mala suerte de encontrar el cuerpo. O la escena del crimen. Porque por el momento no hay cuerpo. A menos que contemos los pies. Pero lo habrá.

—No... —responde el chico como buenamente puede. Está dando vueltas en la entrada con los brazos tan apretados alrededor del pecho que podría romperse una costilla.

—¿Alguna posibilidad de que algo esté vivo ahí dentro?

—Si ha estado en marcha no. Se pone a mil grados.

—¿Y ahora?

—Ahora se ha enfriado. Se puede abrir sin peligro.

Es obvio que espera que lo abra ella. Está tentada de sacarse el arma. Imágenes de cosas derretidas que lanzan sus garras al exterior. ¿Por qué no vas a mirar si el horno está caliente, querida?

—Terminemos con esto de una vez —dice Gabi agarrando el tirador.

Percibe el calor residual a través de los ladrillos. Boyd se agarra al otro lado. «Uno, dos, tres». Tiran con fuerza de la barra y sacan la puerta, que se desplaza pesada y lentamente por los raíles, dejando primero una rendija y luego un hueco mayor.

El horno se abre por completo. Gabi se mueve alrededor con cautela mientras una brisa entra por la puerta trasera haciendo remolinos y le sopla en plena cara las cenizas grasientas.

—Hostia. —Se echa hacia atrás restregándose

los ojos como loca.

—No pasa nada, tranquilízate —le dice Boyd, y le grita al muchacho—: ¡Trae un trapo húmedo!

Pero no puede esperar, se saca la camisa de los pantalones y la usa para limpiarse la cara.

—Me cago en la putísima puta.

—¿Te has quedado a gusto?

—¿De soltar palabrotas? No, todavía me queda alguna. Su puta madre.

—Avísame cuando estés lista.

—Dame un puto segundo, ¿vale? —Coge el trapo húmedo y se frota la piel. La leche, espera no haberse tragado nada—. ¿Tú no te manchas nunca?

—Jamás. Ya ves que soy cuidadoso.

—Venga, estoy lista.

Termina de abrir la puerta del horno con el codo, conteniendo la respiración. Dentro está oscuro y tampoco ayuda el hecho de que estén colocados entre la luz y lo que sea que haya ahí. Enciende la linterna.

—Cojones —resopla Boyd.

La forma que hay en el horno no es humana. Es una especie de insecto o de criatura marina, piensa Gabi. Una masa de apéndices espinosos y crestas afiladas. Un caparazón. Un exoesqueleto de arcilla dispuesto alrededor del espacio que debería ocupar el cuerpo. Del torso le asoman unas descarnadas piernas suplementarias, seis de un lado, ocho del otro. Un casco sobre la ausencia del cráneo, destrozado en la zona de los ojos, tendones con aspecto de salchicha cuelgan donde estuvo la mandíbula, como la boca de una oruga. El pecho se eleva hasta volverse puntiagudo en el centro. Alrededor de los brazos se aprecian unos bucles rocambolescos que dejan huecos allí donde la carne se ha derretido como coral muerto.

—Esto es para cagarse —sisea Boyd.

—Pues ya tenemos un asesino en serie. Los federales lo querrán para ellos.

—Si es que es el mismo.

—¿Crees que no es el mismo individuo?

—Lo único que digo es que no es un ciervo.

—¿Dos asesinos distintos que dejan por la ciudad cadáveres en condiciones impensables?

Entonces sí que vamos a tener un problema.

—En el otro cuerpo no había flores muertas.

—Se está volviendo más complejo.

—Tendrás que comunicarlo a la alcaldía.

—La hostia puta.

—La hostia —conviene Boyd.

—Vale. Dime una cosa. ¿Dónde están los huesos? Incluso los crematorios dejan huesos. — Piensa en su abuelo, las esquiras blancas entre las cenizas que arrojaron al mar en La Habana, la única vez que ha estado. Lo más apropiado para un pescador.

—Los hornos de cerámica arden a más potencia —dice el chico atisbando tras ellos con un temblor en los labios—. Eso no lo sabe mucha gente. Oh, Dios mío, pobre Betty.

—Pero lo saben algunos. —Gabi se aferra al dato—. ¿Lo sabía el asesino? ¿Este es el resultado que buscaba, derretir los huesos? ¿O ha sido un error?

—Un error. Le hubiera gustado exponerla a la vista de todos —interviene Boyd.

—Eso pienso yo también. ¿Así que lo interrumpieron? ¿O no lo sabía?

—Dios, Betty.

El chico tiembla. No debería estar aquí, piensa Gabi.

—Ahora retrocede. —Boyd interpone el cuerpo entre el muchacho y el horno—. Quédate ahí apoyado en la pared. Respira hondo y, por lo que más quieras, no vomites aquí. ¿A qué hora has dicho que entraste?

—A las siete. Estuve toda la noche por ahí y se me ocurrió que podía empezar temprano. Esto está muy tranquilo por la mañana. Venía... una chica conmigo. Me trajo en coche.

—¿Dónde está?

—Se fue. Se acojonó. Tengo su número de teléfono.

—¿Estás seguro de que es Betty? —Gabi señala con un gesto de la cabeza hacia los restos mortales del horno.

—Esas son sus botas. Era la encargada. Betty Spinks.

Tiembla.

—Cuando hayamos terminado aquí me enseñarás su despacho y empezaremos a hacer una lista de todas las personas que tienen las llaves del edificio, cualquiera que haya andado en algún embrollo con ella, enemigos que pudiera tener. Y voy a necesitar que me señales cualquier cosa que veas fuera de sitio. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Tres años —responde desconsolado. Señala a un lado del horno—. Eso no debería estar ahí. Ese dibujo.

Gabi se acerca al punto donde alguien ha dibujado un rectángulo irregular con tiza rosa. Le pone los pelos de punta.

—Eh, Gabi. Mira esto —la llama Boyd.

Se coloca a su lado junto a la boca del horno y su compañero le señala la arcilla donde debería estar el hueso de la espinilla de la mujer. Hay una marca cocida en la superficie.

—Una huella dactilar perfecta.

—Bingo —apunta Boyd con una sonrisa.

Un asco

Aferrarse al rencor es un asco. Es un asco estar sola en el colegio y que su reciente tentativa de entrar a formar parte del grupo de las Futuras Promesas haya pasado al olvido con total desinterés, como si no fuese la misma que convenció a un restaurante entero de que era una poli de la secreta.

Es un asco que Cas continúe intentando llamar su atención en clase de historia mientras ella mira recelosa el móvil bajo el pupitre, surfеando los sitios de noticias locales en busca de alguna mención acerca de la Policía Adolescente Impostora y el Pederasta, que es como lo categoriza en su cabeza. Es un asco recibir los mensajes cada vez más desatados y retorcidos que ChicoTerciopelo2 envía desde su nuevo perfil a la cuenta de SusieLee, que mantiene activa porque es la única manera de seguirle el rastro. Porque ¿y si averigua quién es y va a por ella? Y no hay nadie con quien pueda hablar de esto aparte de Cas.

Se las ha arreglado para soportar la jornada sin echarse a sus brazos, pero ambas tienen ensayo en la Masque. Layla sube cabizbaja los escalones de la escuela de teatro como la bestia que se dirige hacia Belén en aquel poema¹⁷. ¿Es mala persona por pensar que lo peor es que va a tener que ir sola a la muestra de arte?

Es un alivio y una decepción que Cas no esté allí cuando entra. Se oye el rumor de los chicos calentando, ensayando intervenciones, rebuscando en una caja de zapatos y probándoselos. La mayoría están disfrazados, se fija, los chicos con pantalones de tiro alto y camisas abotonadas hasta arriba, sombreros atildados y zapatos relucientes; las chicas con faldas y blusas de los años cincuenta. Keith camina vacilante con tacones y un vestido abotonado amarillo, citando errónea y melodramáticamente a Blanche DuBois: «¡Quiero magia! ¡Sí, magia! Eso trato de darle a la gente. No digo verdades. Digo lo que debiera ser la verdad».

—Para ya, por favor —pide afable la señora Westcott—. Vas a destrozar esos zapatos. —Ve a Layla y le hace un gesto con el pulgar alzado—. Ve arriba y búscate algo que le pegue a tu personaje. Eso me recuerda... —Alza la voz para dirigirse a la sala en pleno—: Todo el mundo, por favor, acordaos de traer vuestros accesorios el lunes. Algo que os ancle a vuestro personaje. Su libro favorito, una joya... Sed creativos.

Layla sube a zancadas hacia el desván, se cruza con un tropel de chicas disfrazadas y exultantes por ese simple hecho. Es increíble cómo cambia la gente cuando se pone un disfraz..., pero imagina que esa es la clave de los uniformes militares. Empuja la puerta y se encuentra a Cas sola, en sujetador y con una ajustada falda de tubo, rebuscando en la caja de ropa con gesto de asco. Tiene la cara del mismo tono rosado que la blusa de seda que ha cogido.

—Ey —saluda Layla con frialdad, reacia a dar

el primer paso.

—Ey —dice Cas a la vez que se endereza rápidamente y se pone una mano en la cintura y con la otra agita la blusa—. ¿Sabes que no hay ni una sola cosa aquí donde me entren las tetas? Es como si en los cincuenta no hubiese habido mujeres pechugonas.

—Tal vez ese fue el verdadero motivo de las revueltas de Detroit.

Cas parece desolada.

—¿Podemos saltarnos la parte de los abrazos y de lo siento mucho?

Layla se acerca a ella y apoya la cabeza sobre su hombro.

—Te he echado de menos, zorra.

Cas la agarra en un abrazo cerrado aplastándole la cara contra el pecho.

—Putavaca, yo también te he echado de menos.

—No. Puedo. Respirar. Asfixia. Mamaria — jadea Layla.

—Te lo tienes merecido. ¿Sabes lo que me has hecho pasar? —La suelta y Layla trata de recuperar el aliento. Se frota el sujetador—. Me has babeado.

—Cas. Lo siento por andarme con tanta pollada.

—Lay. Siento que te hayas andado con tanta pollada. —Ambas tienen una sonrisa de oreja a oreja—. Y siento haberme andado con tanta pollada yo también.

—¡Lo tuyo ha sido un cargamento de pollas! ¡Un convoy de camiones cargados de pollas cruzando todo Canadá!

—Eso son muchas pollas, ¿no crees que necesitaría un permiso para transportarlas?

—Creo que lo más seguro es que en Canadá esté prohibida la entrada de pollas.

—Por eso son tan majos. No se permite la entrada de pollas.

Se hace un silencio.

—En fin —dice Cas poniéndose incómoda por

momentos, como si realmente deseara cambiar de tema.

—No. Vamos. ¿Qué coño te pasó? ¿Lo conocías? No será que... cuando eras pequeña...

Le ha dado vueltas en la cabeza, pero no se atreve a decirlo.

—¿Qué? ¡No!

—Vale.

—Sé que te dije que te lo explicaría y tal, pero es... Mierda, Lay. ¿No podemos tomárnoslo con calma por un rato? Te lo contaré pronto, te lo prometo. Sé que suena cutre, pero no soy capaz de afrontarlo ahora mismo. Quiero decir..., ni siquiera soy capaz de encontrar un vestido que me quepa.

Parece tan afligida que la rabia de Layla se disipa. Al final, perdonar es como soltar un puma rabioso que uno tuviese agarrado por la cola.

—¿Mataste a alguien?

—Todavía no.

—Entonces supongo que puede esperar. Pero vas

a tener que compensarme.

—¿Qué hará falta? ¿Flores? ¿Bombones? ¿Flores y bombones?

—Tienes que venir conmigo a la muestra de arte.

—Está bien. Pero solo si antes te compramos ropa nueva. Y no puede ser negra.

—El negro es el color de la democracia perfecta. Todos los colores unidos en uno.

—A mí dame una dictadura benevolente y yo contenta.

—Tú serías una dictadora malísima, Cas.

—Cuando dices malísima te refieres a fabulosa.

—Fabulosa para ti.

—Yuju, soy una dictadora, eso es lo que importa. La leche. No pillas la política, Lay, hazme caso.

—Bueno..., entonces, ¿quieres que te lo cuente?

Cuando se lo cuenta suena a locura, evidentemente.

—¿En serio se creyeron que eras de la secreta? Suerte que no había ningún poli entre los clientes.

—El café no es lo suficientemente mierdoso. Pero fue raro. Estaban todos tan dispuestos a tragarse lo que les dijese... Era como en *El crisol*, ¿lo has leído?

—A lo mejor he visto la peli. ¿Salía Tanning Chatum?

—No. Va sobre histeria colectiva y los juicios a las brujas de Salem.

—¿Con el robot de Nicole Kidman y la pandilla horripilante de niños casi iguales con el pelo blanco?

—¡No! La madre que te parió, ¿tú no prestas atención a nada?

—Vale, vale. Histeria. Juicios por brujería.

—Esa gente tenía muchas ganas de creerme. Ahora entiendo lo fácil que puede ser hacerse una artista del timo o, no sé, iniciar un genocidio.

—Una de esas carreras es más saludable que la otra. Supongo que la gente necesita un poco de drama en sus vidas. Quieren sentirse especiales.

Tú les diste eso por una tarde. Un día lo recordarás como la cima de tu carrera de actriz.

—Espero que no. Hablando de drama...

—Yo también he ido recibiendo mensajes. ¿Qué vamos a hacer?

>ChicoTerciopelo2: Putaghjfanvoyahskmatarteput

>ChicoTerciopelo2: Perra.

>ChicoTerciopelo2: Ja, ja, me has pillado. Qué bueno.

>ChicoTerciopelo2: Ey, SusieLee, lo decía en serio. Lo de que eras una chica especial. No me había dado cuenta hasta qué punto. Eres una listilla. ¿No vas a contestar? Por favor. Tenemos que hablar. Siento haberte asustado. Fue una chorrada. ¿Amigos?

>ChicoTerciopelo2: ¿Qué quieres? Dinero? No tengo dinero. Pero te propongo un plan. Quieres más copones de descuento?

>ChicoTerciopelo2: Cupones. (Teclado!) :)

>ChicoTerciopelo2: Perra. PERRA.

PERRAPERRAPERRAPERRAPERRAPERAPERAPERPRREPER

La señora Westcott asoma la cabeza.

—¿Chicas? ¿Cuánto se tarda en encontrar un

vestido? En el escenario en dos minutos, por favor. Todos los demás os están esperando.

—Sí, señora Westcott —responden al unísono.

—Rápido, por favor.

—Este valdrá —dice Layla tendiéndole una blusa verde esmeralda con un lazo en el cuello.

—Layla Stirling-Versado, asistente de vestuario, un hacha —dice Cas abotonándose—. ¿Es que tus talentos no tienen fin?

—Deberías llevar falda más a menudo, te queda fenomenal —comenta Layla admirada.

—Va a ser que no. Ten. —Le da un vestido negro con volantes y cinturón—. Tú deberías ponerte esto, de hecho, tendrías que robarlo para ponértelo en la muestra.

—La señora W. nos mataría. Además, ¿no decías que negro no? —Layla se saca las zapatillas sin desatar y se deshace de los tejanos.

—Es de lunares, no cuenta. —Se queda mirando a Layla mientras dobla la ropa—. ¿Por qué crees

que Chico Terciopelo está tan chalado? ¿Por qué no desaparece y ya está?

—Porque se dejó esto. —Saca de su mochila la cartera de cuero negro. Ha pensado en tirarla al río, pero cree que es ponerle las cosas demasiado fáciles a ese tío. Ciento treinta y nueve dólares. Los ha contado, pero no ha sido capaz de gastárselos, ni siquiera cuando le faltaban cincuenta centavos para un refresco a la hora de la comida—. Tarjetas bancarias. Seguridad social. Carnet de conducir. Todo.

—Tócate los cojones.

—Creo que voy a decírselo a mi madre.

—¡Ni se te ocurra! Te matará. ¡Se lo dirá a mis padres! Me castigarán de por vida.

—No te preocupes, cargaré con las culpas.

—No lo entiendes. Olvídate de ir a la fiesta de la muestra, olvídate de la Masque, me prohibirán verte, a lo mejor incluso me sacan del colegio. ¡Tendremos que mudarnos otra vez!

—¡CHICAS! —grita la señora Westcott desde abajo.

Layla, todavía en ropa interior, se dirige automáticamente hacia la puerta y Cas la agarra del brazo y tira de ella.

—¿Estás loca? Aún no te has vestido. ¿O tienes pensado salir desnuda al escenario?

Victimología

El primer sospechoso obvio del asesinato en el taller de cerámica sería el exmarido maltratador, Peter Morrow. ¿Y no sería perfecto si tuviese alguna relación directa con Daveyton Lafonte debido, tal vez, a que participase en partidas ilegales de póquer con el padre?, y a lo mejor caza ciervos (en ocasiones fuera de temporada, porque las normas son para los maricas), y a lo mejor se dedica a la restauración de casas viejas, de modo que lleva siempre encima una pistola de clavos.

Tal vez no es únicamente la clase de tío que agarra a su exmujer de la cara durante un altercado público con tal fuerza que le deja amoratada la mandíbula, sino la clase de cabronazo degenerado capaz de pegar con cola a un niño y un ciervo y transformar a su exmujer en una especie de pesadilla submarina y cocerla en su propio horno.

Así quedarían todos los cabos bien atados, pero por desgracia nada de eso es verdad.

El hombre es el encargado de una tienda de

electrónica. Estuvo de copas con unos amigos en un bar deportivo del centro. Los demás pueden corroborar su declaración, así como la camarera, a quien no le dejaron propina.

Todavía están comparando la huella dactilar que encontraron en la arcilla con todas las bases de datos nacionales, las del estado de Michigan y las del Centro Nacional de Información Criminal, pero se la toman al sospechoso de todas formas y no encuentran ni un solo punto de coincidencia con aquella.

Y Gabi se da cuenta en los primeros cinco minutos de interrogatorio de que no es más que un mamarracho maltratador del montón que descarga a puñetazos la ansiedad que le motiva ser un perdedor de mierda.

Peter llora y resuella cuando le hacen mirar las fotografías.

—No puedo, no puedo —gime. Cuando llega a una de las botas, solloza y le da una arcada. Boyd

le tiende la papelería y el hombre se pasa unos minutos escupiendo dentro—. Mi mujer. ¿Quién le haría eso a mi mujer?

—Exmujer con una orden de alejamiento — subraya Boyd—. ¿Esto es una venganza? ¿Estaba harto de que lo incordiasen con la pensión? ¿Ha contratado a un sicario para que le haga esto?

Esta vez sí que vomita. Encontrarán pornografía dura en el ordenador de la tienda que dirige. Nada ilegal, pero suficiente para meterse en problemas con el departamento de recursos humanos.

De vuelta en la sala de reuniones, Gabi repasa lo que tienen. Escribe en el tablero con el rotulador nuevo que Marcus le ha traído de la papelería.

—La cosa se ha puesto todavía más fea y seria —les dice a los inspectores reunidos allí, junto con la rubia Jessica de la alcaldía, que está apoyada en un escritorio al fondo y teclea en su BlackBerry con ominosa diligencia—. Podemos

dar por hecho que es obra de un solo asesino, más que de dos con intereses similares en una misma semana, y que o bien nuestro amiguito es un artista, o bien está relacionado de algún modo con el mundillo artístico.

Artista

Traza un círculo alrededor de la palabra.

—Quiere que lo veamos, desea reconocimiento por lo que está haciendo. Y por eso no se lo vamos a dar. No vamos a difundir las fotografías a la prensa en ninguna circunstancia.

—La oficina del alcalde está de acuerdo —interviene Jessica alzando la mirada del teléfono.

—Que sea un artista explica por qué los perfiles de las víctimas son tan distintos. Creemos que es un oportunista. Cogió a Daveyton porque buscaba a alguien que encajara con su ciervo. Fue a por la señora Spinks porque ya estaba en el taller de cerámica. A lo mejor la conoce —dice Boyd.

—Está intentando llevarse las cosas a su terreno

—reflexiona Gabi—. Lo que significa que ya está dándole vueltas, planeando otro. Creemos que tal vez lo interrumpieron, que le habría gustado dejarlo a la vista de todos en algún sitio, y que no pretendía que lo encontrásemos dentro del horno, a pesar de que las botas estuviesen colocadas fuera.

Comprueba sus anotaciones.

—Robin Mitchell, un empleado, abrió la tienda a primera hora de la mañana y encontró el cuerpo. Bueno, los pies. Hay testigos de su paradero a lo largo de toda la noche.

—Incluyendo a su amiguita, que salió pitando de la escena —dice Boyd, para rechifla de los demás.

Gabi hace caso omiso.

—Sospechamos que el asesino lo oyó y se escabulló por la parte de atrás.

Huella dactilar

—La mejor prueba que tenemos ahora mismo es la huella dactilar que encontramos en la arcilla. La están comparando en el estado y en el NCIC.

Obviamente, ya hemos descartado a Mitchell, el resto de empleados y, por desgracia para nosotros, al exmarido con cargos por agresión doméstica y con una orden de alejamiento.

—Podéis pedir también que comprueben las huellas en archivos militares —sugiere Stricker. Y ¿es su imaginación o parece compungido?

—¿Quieres hacerlo tú?

—Claro. Algunas empresas que piden certificado de antecedentes también toman huellas. Hospitales, empresas de seguridad. Pero técnicamente no tenemos acceso a ello.

—Técnicamente, yo puedo —interrumpe Croff.

—Creo que el asunto ya es suficientemente sensible como para añadirle violación de la intimidad, Croff.

—¿Quieres pillar a ese capullo o preocuparte porque una enfermerita se cabree si fisgoneamos en su archivo?

—No, tiene razón. Hagamos las cosas bien, por

favor —dice Jessica.

Gabi da unos golpecitos al tablero.

La escena

—Los técnicos de pruebas siguen trabajando en ello. No hay indicios de que la entrada fuese forzada. La compañía de la alarma dice que Spinks no pulsó el botón del pánico. Eso significa que abrió la puerta.

—O tal vez tu asesino ya estaba dentro —dice Washington.

—Encontramos un bate de aluminio sobre el mostrador, cerca de la puerta de atrás. Mitchell confirmó que pertenecía a Spinks.

—De modo que al principio está preocupada por quienquiera que sea, pero luego baja el arma. Así que o se trata del hijoputa con el aspecto más inofensivo del planeta... —dice Boyd.

—O es alguien a quien conocía —termina Gabi—. O las dos cosas. Estamos trabajando con el personal para recopilar una lista de antiguos

empleados, alumnos, artistas que hayan exhibido allí sus obras... El problema es que a veces solo tenemos el nombre de pila, así que nos toca recopilar durante unos días y luego pasar los nombres completos por Accurint para sacar las fechas de nacimiento y los números de la seguridad social antes de poder comprobar si hay historiales delictivos.

—Que se encargue Campanilla —dice Croff.

—Chispitas, Mike. Y ya está en ello. Ahora mismo estamos acotando la cosa a gente que ha sido arrestada. Si encontramos algún dato interesante, alguien que tuviera una disputa con ella o que hiciese algo extraño, inquietante o absurdo, le daremos prioridad.

—¿Qué hay en el patio trasero? —pregunta Stricker.

—Hornos para los alumnos y algunas mesas y sillas donde la plantilla come en verano. El guardia de seguridad, Donald Synder, que se

marchó temprano, dice que la puerta que lleva del garaje al patio trasero se deja siempre cerrada..., y no hay señal de que la forzaran.

—¿Le has tomado huellas?

—Por supuesto. No coinciden. Está hecho polvo. Se siente culpable.

—A lo mejor es lo que tiene que sentir — comenta Washington con el cinismo fruto de largos años de lidiar con pequeñas equivocaciones que terminan en sangría—. ¿Estás segura de que se acordó de cerrar la puerta?

—Es posible que se olvidase, pero por lo visto el asesino sabía dónde encontrar arcilla fresca y cómo poner en marcha el horno, lo que indica cierta familiaridad con el local y el equipo. De modo que o es un miembro de la plantilla o alguien que había usado las instalaciones. Estamos recopilando una lista de gente que podría haber tenido la llave.

El cuerpo

—En este caso no contamos con nada para empezar aparte de los pies, que fueron serrados post mórtem, según creemos, con cuerdas de piano, que es con lo que se acostumbra a cortar la arcilla. Eso puede haberlo leído en internet. En el cuarto del horno hay un montón de sangre, lo que indica que preparó allí el cuerpo, que se fundió hasta los huesos, con lo que desconocemos si la mataron siguiendo el mismo método que con Daveyton, porque no tenemos el cráneo. Sin embargo, en la pared hay una salpicadura de sangre del mismo estilo que la que se encontró en la parada del autobús donde creemos que murió el chico.

Camioneta blanca / plateada

—Robin Mitchell ha declarado que cuando llegó había una camioneta aparcada delante del taller de cerámica, no en el aparcamiento, que por la noche permanece cerrado, sino en la calle. Cuando Boyd y yo nos presentamos en la escena ya no estaba. El

testigo dice que solo se fijó porque tenía un golpe en la luna delantera, como si hubiese chocado con algo no hace mucho. No se fijó en la matrícula y no está seguro del color. Podría ser blanca o plateada.

—¿Un choque con un ciervo, tal vez?

—Quizá.

Plantas muertas

—Aquí es donde se riza el rizo. Y ya es decir, teniendo en cuenta de quién hablamos. El suelo estaba cubierto de materia orgánica. Plantas muertas. Flores y enredaderas. No soy jardinera, pero me parecieron exóticas. Vamos a traer a un botánico para que las identifique. Los empleados y el guardia de seguridad confirman que en el local no había ni flores ni plantas cuando se marcharon.

—¿Las encargó? ¿Flores funerarias?

—Estamos hablando con las floristerías de la zona para ver si alguna hizo una entrega. Pero no eran flores vivas, parecía que llevasen marchitas

bastante tiempo. Así que, si el asesino las llevó allí, ¿de dónde las sacó?, ¿y por qué las llevó? Solo hay por la tienda, no en la zona de los hornos..., de los hornos de cerámica, me refiero.

Dibujo con tiza

—Y aquí tenemos el colofón, que une nuestros dos cuerpos. En ambos casos se encontró un dibujo en una pared cerca del cadáver. Chispitas, tú empezaste con lo de los grafitis, quiero que lo investigues. Entérate de si significa algo. El símbolo de una pandilla, referencia a una película... ¿Es algo que está haciendo la gente o algo particular de nuestro asesino? Pídele ayuda a Bob si la necesitas. Vale, ¿alguna pregunta?

Jessica levanta la mano.

—¿Qué va a hacer para resolver esto a toda velocidad?

—Todo lo que esté en nuestras puñeteras manos, señora.

Lo que hay que hacer

El timbre es el canto sofocado de un pájaro mecánico. Clayton lo ignora, pero se repite y termina penetrando en su foco de atención. Lo reconoce (igual que el ping del microondas) como un electrónico absoluto, y eso lo saca de donde estaba. Tampoco es que tenga muy claro dónde estaba. Tiene en mente imágenes inquietantes. No es capaz de centrarse en una sola cosa porque no deja de distraerse. Se descubre adoptando las formas en las que está trabajando. Ha de recomponerse y palparse la cara para recordar qué pinta tiene.

El timbre suena y suena. Golpean a la puerta. A continuación, golpes y gritos.

—¡Clayton! ¿Hola? ¿Estás vivo?

No. Diría que no. Solo por un instante. Luego se ha esfumado de nuevo, replegado en un rincón de su mente, aterrorizado por la visión de la sangre. Ha arrastrado escaleras abajo los restos desde el frigorífico hasta el sótano y ha cogido las otras piezas del congelador de aquí. Es hora de prepararlos.

Al sueño no le interesa lo más mínimo el despreciable individuo que deambula alrededor de su casa, ni la mujer que lo acompaña. Ve las piernas por la rendija del sótano. La mujer lleva unos zapatos de tacón azules. Darcy: arranca el nombre y la cara de entre los recuerdos de Clayton. Él la reconoce del edificio ocupado en Eastern Market.

Está sucediendo algo. Tiene que ver con las puertas que ha dibujado en todos los lugares

tranquilos que conoce Clayton (los lugares de sueño donde las paredes son delgadas). Algo va acumulándose, como una ola. Los tsunamis hacen replegarse el mar entero antes de romper.

Le llegan sus voces. Están empujando la puerta de atrás, que tiende a quedarse atrancada. Hay que girar hacia abajo el picaporte y tirar hacia uno mismo. Vuelve a su trabajo; hacen bastante ruido de fondo. Es más difícil trabajar la carne ahora que ha pasado más tiempo y las juntas se han contraído. Se da cuenta, consternado, de que esta vez no podrá usar el pegamento de carnes.

—Bueno, ¿y dónde está?

Es la voz de la mujer.

—A lo mejor se ha olvidado y está fuera. ¿Cómo coño quieres que lo sepa? Échame una mano con esta puerta.

—Está cerrada, listo.

El desprecio en el tono de ella capta la atención del sueño. Clayton conoce bien ese deje. Hace que

el hombre dé un respingo en su interior.

—Por Dios, Darcy, ¿puedes dejar de ser tan aguafiestas? —dice Patrick—. Quería hacer algo bueno por alguien que tiene un talento extraordinario y a quien todos subestiman, y no sé por qué... —Desiste—. Mierda.

—¿Tenemos todavía la piscina infantil? Podemos volver al plan A —comenta Darcy mientras se aleja de la rendija haciendo resonar los tacones de vuelta al coche.

Los zapatos de Patrick se apresuran tras ella.

—No me puedo creer que me haga esto.

—Pues créetelo.

El sueño escucha el motor que se pone en marcha, el irritado chirrido de los neumáticos al alejarse. Clayton experimenta un alivio empavorecido al ver que se marchan y no los descubren aquí abajo con las manos en la masa. Al sueño eso le da igual. Vuelve al trabajo, calibra los materiales de que dispone. No volverá a

cometer los mismos errores. Con Betty lo interrumpieron, y además esta vez es demasiado íntimo.

Necesita espectadores. Tiene que recomponer las piezas rotas. Como ha dicho esa mujer: volver al plan A.

Sábado 15 de noviembre

El mal sabor de los secretos

—Te has levantado temprano, garbancito.
¿Quieres un café?

Gabi lleva puesto el uniforme de inspectora:

tejanos y sudadera con capucha, pero con las pantuflas que le compró Layla, que imitan las enormes pezuñas de un yeti.

—No he dormido bien.

—¿Otra vez? Últimamente tienes mal aspecto. ¿No estarás incubando algo?

Le pone la palma de la mano en la frente.

Ese pequeño gesto de amor derrota a Layla.

—Igual.

No contárselo a su madre la está matando. Es como si el secreto fuese un puñado de polillas revoloteando dentro de la boca, chocando contra los dientes. Pero no es capaz de enfrentarse al enfado y, aún peor, a la decepción de Gabi. Las disputas de alto nivel que se sucederían a continuación, urdiendo la mejor estrategia posible. Por no hablar de arrastrar a Cas con ella. *Tendremos que mudarnos de nuevo.* Ha borrado con premura los mensajes de ChicoTerciopelo2, y cada vez que su teléfono vibra pega un bote.

—¿Cómo va el caso? —murmura.

Gabi hace una mueca.

—Bien, supongo. Tenemos otro cuerpo.

—¿Eso es bueno?

—Tenemos una huella dactilar perfecta, ahora solo falta encontrar coincidencias. Nos hemos hecho una idea sólida del perfil del asesino. Da la sensación de que vamos a cerrarlo.

—Estoy orgullosa de ti, mamá. En serio.

Gabi se atraganta con el café y parece halagada y tímida a un tiempo.

—Gracias. Eso significa mucho para mí. Yo también estoy orgullosa de ti.

Si tú supieses, no lo estarías, piensa Layla.

—Sé que esto ha sido un descontrol, pero te compensaré. En cuanto esto acabe, haremos algo divertido juntas —continúa su madre.

—Podemos salir a navegar, como hacíais el abuelo y tú. Podrías enseñarme —dice Layla con todo el entusiasmo que es capaz de reunir, porque

cree que es algo que le gustará oír. A juzgar por la sonrisa de su madre, ha dado en el clavo.

—Conozco a un gánster ruso que podría dejarnos su velero.

—¿En serio?

Layla no tiene claro del todo si está asombrada o impresionada.

—Aunque creo que primero querría que me acostase con él.

—¡Mamá!

—Es broma.

Y de nuevo las cosas parecen ir bien. Mira, las cosas pueden ser normales. Pueden bromear y su madre no tiene ni idea de que algo se la come viva por dentro.

—A lo mejor deberías empezar a salir con alguien —le comenta Layla, y ¿son imaginaciones tuyas o le parece que se pone triste por un instante?

—A lo mejor después de que cojamos a ese

cabrón. Cuesta ser romántica cuando te las tienes que ver con cadáveres todo el día.

—Pero eso es lo que haces a diario.

—Nunca es tan terrible como con estos últimos.

Oye, estaba pensando que tal vez podías quedarte con la tía Cheryl este fin de semana. Puede venir a recogerte. Voy a hacer turnos muy largos y no es justo que tú lo sufras. No pasas suficiente tiempo con tus primos. La familia es importante.

A Layla el mundo se le viene abajo. La hermana superevangelista de su padre vive cerca de Bridgeport, y ella tiene una fiesta a la que escaparse.

—¡Esta noche me quedo en casa de Cas! — exclama, tal vez con demasiada rapidez.

Amontona mentiras sobre mentiras. Si se quedase con su tía la arrastrarían a la iglesia el domingo por la mañana y ella estallaría en combustión espontánea solo con cruzar el umbral.

—Ah, ¿debería llamar a sus padres? —dice

Gabi, sorprendida por la vehemencia de la respuesta.

—El señor Holt va de culo en el trabajo, ya le digo que te llame él por la noche.

Espera que para entonces Gabi esté tan sumergida en el caso que no se dé cuenta de que no hay confirmación.

—Perfecto. Me voy yendo para la comisaría. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No, esta mañana me lo quiero tomar con calma. Practicaré mis intervenciones. Ay, Dios, ahora que me acuerdo: necesito un cenicero.

—Layla. ¿Tienes algo que contarme?

Sí. Sí. Joder, y tanto, piensa Layla.

—No. —Eso es lo que termina diciendo—. Es para la obra. Tenemos que llevar un accesorio que nos ayude a meternos en el papel. Mi personaje parece sereno, pero por dentro es un manojo de nervios. Yo diría que fuma para mantener las apariencias.

—Mira en el sótano. El que usaba yo debe de estar ahí. ¿Te acuerdas? ¿O eras demasiado pequeña cuando lo dejé? Es estilo art déco, como el interior de una concha, con colorines bonitos.

—Fantástico. Gracias, mamá.

—Siempre y cuando solo sea para fingirlo y no te lo tomes demasiado en serio. ¿Cómo se dice... ¿Cuando los actores engordan veinte kilos, o corren a hacerse tatuajes de verdad? —Chasquea los dedos.

—El método. Se lo inventó aquel actor ruso, Stanislavski.

—Pues nada de método, ¿vale? Ni de rusos. Sí, desde luego, mantente alejada de los rusos, sobre todo de los que tienen veleros.

—Entendido.

Gabi se acaba el café de un trago y comprueba su pistola antes de deslizarla en la cartuchera bajo el brazo. Es el momento de decírselo, piensa Layla, justo ahora, antes de que salga por la puerta de

vuelta al epicentro del caso.

—¡Eh, mamá! —exclama, y Gabi se gira..., pero no se ve capaz—. Lo decía en serio. Tendrías que empezar a salir con alguien.

Gabi se apoya en la puerta.

—¿Te digo yo cómo tienes que llevar tu vida, garbancito?

—¡Continuamente! —protesta Layla.

—Eso es porque eres menor de edad. Que te diviertas con Cassandra. No andéis por la calle, ¿vale?

Vuelve al momento soltando palabrotas.

—¿No me podías decir que llevaba puestas las pantuflas?

—Quería ver si eras capaz de llegar así a la comisaría.

Imposible ver lo futurible

Las casas en las que se expone están marcadas con los carteles de la Dream House, clavados en el césped de cada parcela, diseminados en un radio que abarca cinco bloques; pero la fiesta parece extenderse al resto del barrio. Todas las puertas están abiertas, han colocado mesas con lámparas térmicas en los patios delanteros y venden vino especiado o cerveza de barril, a dos dólares el vaso, un dólar de abono si lo devuelves. Hay camionetas de comida que ofrecen perritos calientes gourmet y falafel. En un porche han montado un sistema de sonido y un DJ pincha una

música house solariega que evoca playas arenosas y cócteles brillantes.

—Esto te da una idea de cómo va a ser, ¿no?

Layla lleva un jersey de lentejuelas plateadas que Cas le escogió en la tienda de segunda mano, combinado con una falda negra, medias de lentejuelas doradas y botas de suela plana.

—No puedes obligarme a mirar las obras. Ni a tomármelas en serio.

Cas viste su atuendo habitual consistente en una sudadera ancha con capucha, tejanos y nada de maquillaje, aun cuando ha pintado a Layla. Unos ojazos negros de punk rocker con cinco capas de delineador y un carmín rojo brillante sobre el que no puede evitar ir pasando la lengua, aunque lo más probable es que contenga metales pesados y sustancias tóxicas. Se va a morir de intoxicación por plomo.

—Me siento como una bola de discoteca —se queja, pero solo medio en serio.

—Siempre me ha parecido que a Dorian le pegaba lo disco. Tienes una pinta fenomenal. Ahora, por favor, calla la puta boca y deja de chuparte los labios. Te hace parecer una chalada.

Layla se detiene en seco.

—Hala, Cas. Esto lo he soñado.

—¿Qué? Estar haciendo cola para ver unas obras de arte cutres como la peor excusa para intentar echar un polvo?

—No, idiota. El pez. —Señala el paste-up que hay en el lateral de la casa, de dos pisos de altura. Es un pez con trémulas aletas transparentes, listado con los colores del arcoíris, cubierto de púas y con una profunda boca tubular de dientes circulares, como los de una lamprea o los del monstruo del foso de *Star Wars*—. Esto es rarísimo, Cas. Es exactamente lo mismo.

A Cas no le impresiona.

—A lo mejor soñaste con esto porque ya lo habías visto.

—No lo había visto en mi vida.

—A ver, zorra: está en la invitación.

—Anda ya.

—Dámela, que te lo enseño.

Layla rebusca el folleto en su bolso de mano. La imagen muestra el lugar que tienen delante con el alegre letrero de «Dream House: una fiesta de MCity Projects». Y Cas tiene razón. No está tomada por completo de frente, de modo que se puede ver un lado del edificio, la pared inclinada en un ángulo oblicuo y el mural del pez medio tapado por las sombras.

—Alojado en tu subconsciente como una astilla, junto con los dulcísimos sueños de Dorian metiendo la cabeza entre tus piernas.

—¡Cas!

Cas se ríe y le da un golpe en la frente.

—¡La leche! Tú estás enamorada. Desesperada. Entonces ¿dónde encontraremos a tu chico?

—Dijo que se reuniría con nosotras aquí. —

Layla mira a su alrededor—. No está fuera, así que supongo que tenemos que entrar.

—De uno en uno —dice el hombre de la puerta.

Uno de los artistas, deduce Layla a juzgar por el mono salpicado de pintura y el destornillador que le sobresale del bolsillo. El sudor le apelmaza el pelo como si acabase de salir del trabajo. El cartel del exterior dice: «Imposible ver lo futurible».

—Vamos juntas.

—Bueno, vale. Todo está en la planta baja. Por favor, no os detengáis por el camino para que todo el mundo pueda disfrutar la misma experiencia. No subáis las escaleras porque están podridas y se trata de pasar un buen rato, no de que os caigáis desde el piso de arriba. La performance en vivo empieza a las ocho. Que os guste.

Las acompaña hasta el interior y cierra la puerta tras ellas. El vestíbulo de entrada está en penumbra, aunque oyen el murmullo de voces más al fondo.

—Es como una casa fantasma —susurra Layla, porque el aislamiento acústico parece exigirlo.

—O un túnel del amoor. —Cas da un paso y un acorde de bajo sacude el suelo que pisa. Se agarra al brazo de Layla del susto—. ¡Mierda!

—Creo que esta es la «experiencia».

—Qué monos.

—Está equipado en diferentes tarimas. Placas de presión.

Layla avanza y detona otra profunda vibración en el suelo, como si la casa entera ronronease. Está satisfecha consigo misma por haberlo descubierto.

—Me ha pegado un susto de la hostia.

—Es bastante guay. ¿Sabes que las casas encantadas lo parecen a causa de los infrasonidos?

—Por una vez me gustaría ir a un sitio sin que lo transformes en un coñazo de clase magistral.

—Lo mismo sucede con los órganos de iglesia. La manera que tienen de hacer que el pelo de la nuca se te ponga de punta. Es la frecuencia.

Demasiado baja como para que nuestro espectro aural lo capte, pero uno puede percibirlo hasta cierto punto en los huesos, y da un yuyu que no veas.

—Yo pensaba que el sexo oral era sexo aural. Que te la metan en la oreja.

—¿Escuchas algo de lo que digo?

—No, a menos que digas «Cas, querida amida, ¿te invito a una copa?».

—Tú no bebes.

—Tienen té de burbujas chino. He visto un cartel.

La puerta se abre a sus espaldas y el artista asoma la cabeza:

—¿Podéis avanzar, por favor? Hay más gente esperando.

Se internan en la casa, atraviesan una habitación empapelada con símbolos monocromáticos (la idea de un alienígena de lo que debe de ser el árabe, tal vez) donde unos músicos preparan un

teclado, un saxofón y un enorme y brillante contrabajo; luego llegan a una extensa sección con un bosque de estilizados árboles pintados en blanco y negro en la pared.

—Agh. Los ojos me hacen chiribitas —exclama Cas.

El efecto queda amplificado por unas ramas también en blanco y negro que surgen del suelo. La gente da vueltas en torno a estos palos con sus vasos de vino especiado y su cerveza y charla, todos menos un tipo mayor de pelo blanco que bordea la sala con la mirada fija en el bosque. Sus voces rebotan por el espacio, los ojos de Layla se dirigen por reflejo hacia el techo. Han arrancado el suelo de la planta de arriba para duplicar el espacio.

—Por eso hay tanto eco —comenta dándole un codazo a Cas.

—No creo que esté aquí. Deberíamos buscarlo fuera.

Cas intenta que se dé la vuelta, pero ya es demasiado tarde, Layla ya ha visto a Dorian (el corazón le da un vuelco) y a la chica con la que va. Lleva el pelo distinto, pero es la de Facebook. Dorian no deja de tocarla (la muñeca, el brazo, el hombro) como si tuviese que comprobar que todo está en su sitio.

Tiene el pelo alborotado de esa manera despreocupada que lleva horas conseguir, y Layla no es la única que ha arrasado en las tiendas de segunda mano. Él lleva una chaqueta de esmoquin arremangada sobre una camiseta de los setenta con rayas naranjas y verdes y un surfista. La chica se ha cortado el pelo rubio platino y se lo ha peinado en mechones de punta. Por todo maquillaje lleva un toquecito de delineador de ojos, y su vestido crema está hecho de pliegues rígidos de tela, como si fuese de origami. Es la chica más guay que Layla ha visto nunca.

—Eh, hemos llegado —saluda débilmente.

Dorian le dirige una sonrisa perezosa y, a pesar de lo evidente, a ella le vuelve a dar un vuelco el corazón.

—Esta es mi amiga Timtam. Hace proyecciones.

La vuelve a tocar.

—Encantada de conocerte —dice Layla, queriendo decir: *muérete, puta*.

—Nosotras también tenemos nombre: yo soy Cas y esta es Layla —interviene jovial.

—Genial —responde vagamente la chica—. Oye, voy a fumar antes de que empiece el espectáculo.

Besa a Dorian en la mejilla, aplastando los labios contra su piel. Marcándolo, piensa Layla con una ácida oleada de celos. Observa cómo se aleja.

—Parece guay —dice Layla intentando atraer su atención. Causa perdida.

—¿Qué coño es la proyección artística? —pregunta Cas.

—Pues lo que parece. Se colocan proyectores láser y se puede mapear una animación a partir de objetos 3D, como un holograma. Está metida en el arte transformacional. Su pieza recorre la vida útil de una casa desde el punto de vista orgánico, levantándola desde un nivel celular.

Suena como algo que ha estado repitiendo sin comprender el significado, como un bebé diciendo palabrotas.

—Vale —dice Layla. No señala que las casas no están hechas de células.

—Forma parte de los artistas residentes. Es de L. A.

Lo dice como si fuese una palabra, *Eley*, como si se tratase de la tierra dorada y mágica de los dioses. A lo mejor lo es.

—Me encanta lo que han hecho con los infrasonidos. Estaba intentando explicárselo a Cas —le dice, sabiendo que él entenderá de lo que habla.

—Ya lo he pillado. Casas encantadas, iglesias y tal. —Cas pone los ojos en blanco.

—Esa es una de las teorías de Zug Island — responde Dorian, captada por fin su atención.

—¿Qué? —interrumpe Cas.

—Esa zona industrial río abajo, llena de fábricas y que apesta. Por lo visto, la maquinaria produce infrasonidos. Por eso hay tantas teorías conspirativas acerca del lugar. Operaciones militares secretas, extraterrestres o qué sé yo.

—Por eso toda la ciudad parece embrujada.

Se le ilumina la cara satisfecho.

—Esa es buena, Lay. Esa es muy buena.

¿Ves?, piensa Layla orgullosa, por eso encajas conmigo y no con una artista zorrón de *Eley* que te considera como algo pintoresco. Dorian desvía la atención hacia otra cosa y mira ceñudo la pared a su espalda.

—¿No has visto moverse algo entre los árboles?

Layla se da la vuelta y se fija en el bosque

monocromático.

—Es el contraste. Una ilusión óptica. A no ser que tu novia esté haciendo proyecciones también aquí.

Él no corrige lo de *novia*.
Mierdaputamierdaputamierdaputa.

Cas se acerca.

—¿Vamos a echarle un ojo al puto arte de los cojones o qué?

—Te juro que he visto algo moverse —dice Dorian.

—Pos vale. Chao-chao, Dodo.

—Adiós, Dorian. Ya... —dice Layla, pero no se le ocurre cómo terminar la frase.

Vuelven a pasar por el suelo vibrátil, pero ahora les parece una tontería. Tácticas sorprendidas baratas.

—No digas nada —le advierte a Cas.

—No sé a qué te refieres, zorra. Yo he venido aquí a meterme un poco de cultura y pasar un buen

rato.

Gallinero

El sueño aparca la camioneta blanca en la calle que hay detrás de la casa y espera pacientemente a que no haya Moros En La Costa (más palabras que arranca de la cabeza de Clayton).

El hombre conoce este barrio, esta casa en concreto, con su gallinero en desuso y la puerta trasera que no cierra bien. Es sencillo llevar el cuerpo del chico desde el coche hasta el jardín, ligero y bamboleante entre los brazos de Clayton, sin que nadie lo vea.

Al otro lado de la valla todo el mundo está ocupado. La música comienza y se vuelve a parar. Se oye un clamor, un bullicioso estallido de actividad, los preparativos de última hora. Ya hay gente deambulando entre las casas cuando el sistema de sonido suelta un chirrido, un gemido sónico, y el director se ríe con nerviosismo y anuncia que ¡el proyecto Dream House está abierto a los visitantes!

La atmósfera está llena de emoción, un zumbido expectante en las cabezas de la gente. El sueño sabe qué es lo que esperan, a pesar de que ellos no lo saben.

El final de todo.

El momento en que revele a su chico milagroso y todos los ojos lo contemplen y su visión sea de horror y gloria y asombro y atraviere la piel del mundo, derrumbe las dimensiones, y abra las puertas y la obra respire y baile con sus zapatos y el sueño pueda entonces escapar.

Mariquita, mariquita, vuela hasta tu casita.

Las sombras aumentan, con la llegada del crepúsculo empieza el frío. El sueño rodea el jardín con pasos lentos, impaciente, hasta que un joven lo saluda con la mano desde una ventana alta de la casa. El sueño levanta una mano en respuesta y hace que Clayton esboce una sonrisa con todos los dientes. Espera hasta que la silueta tras el cristal se mueva, captada su atención por algún otro asunto más curioso.

No pueden verlo. Todavía no. Necesita masa crítica.

Big Bang, piensa Clayton.

Se esconde en el gallinero, en cuclillas sobre la

mierda de pájaro calcificada, aprovechando la forma del cobertizo para disimular la suya propia; escucha la música y las voces que van en aumento, compitiendo por el espacio.

Pero el cuerpo machacado de Clayton está inquieto. Los pies empiezan a cosquillearle, a arderle; y todo lo que el sueño es capaz de percibir al otro lado de la puerta, dentro de la casa... le resulta atractivo.

Percibe el tirón del arte, las corrientes de imaginación. Tal vez todo el arte cobra vida a la hora de la verdad. Eso sería la leche, en palabras de Clayton.

No puede esperar más. Tiene que verlo por su cuenta. Tiene que hacer que sucedan las cosas.

El sueño se pone en pie y sacude las piernas del hombre. Lo conduce por las escaleras del porche hasta una habitación llena de mujeres congeladas de plata con ganas de moverse.

A lo mejor las puede ayudar.

Entusiastas

Jonno se camela a la multitud y obtiene algunas declaraciones. Va directo a los raritos y a las tías buenas. Les saca buenas respuestas. A los artistas les encanta cotorrear sobre sus obras.

—Es una impro-jam basada en los jeroglíficos.

Vamos a intentar leerlos como si fuesen una partitura musical —le cuenta un tipo enfundado en un mono.

A los que dan mejor en cámara les deja más metraje, como por ejemplo a la preciosa rubia vestida con una ropa que parece de papel, más que digna de mención.

—Creo que en Detroit hay más libertad artística. Aquí puedes hacer lo que te apetezca y a nadie le importa. Mi obra es intercontextual porque trata de la regeneración a nivel celular, recrea por medio de la luz la idea de lo que estos edificios pudieron ser. Creo que eso es lo que traemos aquí. Luz.

Graban su trabajo, que parece un proyecto de biología del instituto proyectado sobre un lado del edificio. Jonno no se puede resistir a hacer sombras chinescas hasta que Jen le agarra la mano y se la aparta del foco.

—No seas malo —le dice besándole los dedos en cariñosa reprimenda.

—Es arte, bonita. —Pero le revienta, aun cuando no es el único que no puede evitar interferir con la proyección. Se lanza a merodear en busca de más gente a la que entrevistar.

Se tropiezan con Simon, que parece intimidado al hablar directamente al objetivo, algo muy distinto a fingir que es un atracador, y Jonno se pregunta cómo se le ha ocurrido preocuparse por este capullo con esos tatuajes estúpidos que no es capaz de decir algo ni remotamente inteligente a la cámara.

A medida que la muchedumbre aumenta y la cerveza circula, la cosa se pone mejor. Una chica se abraza a su amiga y hace esta reflexión:

—Creo que lo que más me gusta de Detroit son... ¡sus tiendas de artículos para fiestas! ¡Yujuuuuuuu!

—¡Yujuuuuuuu! —corea su amiga, brindan con los vasos de plástico y les chorrea cerveza en los zapatos.

A veces no tienen nada que aportar, de modo que

les hace chistes para levantar un poco la cosa.

—¿Te has puesto cera en el bigote o es que te alegras de verme? —le espeta a un hipster con un vello facial incómodo de ver—. No, no te vayas. Tengo una pregunta seria para ti. Por favor. ¿Estás listo? ¿Eres el responsable directo de la extinción de las abejas?

—¿Qué?

—Porque habrás arrasado colonias enteras de colmenas para encerarte ese bigote.

—Que te follen, tío.

Se están quedando sin buenos comentaristas cuando divisa a su inquietante amigo de la galería, todavía con la misma chaqueta marrón arrugada, vagando atontado entre los jóvenes modernos. Jonno sabe cómo se siente. Se desliza hasta él con la esperanza de que maldiga el arte, que diga algo crítico y provocador.

—Eh, ¿te acuerdas de mí? ¿De la galería? ¿Mickey Mouse?

El hombre centra su atención en ellos con el celo impertérrito de un monje a punto de inmolarse en vivo en televisión.

—Sí. Necesito una cámara. Necesito que la gente lo vea. Está listo. Tenéis que venir conmigo.

Se da la vuelta haciéndoles gestos de que lo sigan y empieza a abrirse paso entre la multitud.

—Vaya, esto va a estar bien —dice Jonno, y avanza tras el hombre, pero su camarógrafa ha bajado el teléfono y trastea con uno de sus tests.

—¿Ahora, Jen? ¿En serio?

—Llevamos dando vueltas un montón de rato. Tengo que comprobar mis niveles —responde mientras se pincha la punta del dedo y hace brotar una perla negra de sangre. Jonno se remueve impaciente, intentando no perder de vista al tipo.

—Noventa y nueve —dice Jen leyendo el medidor—. Estoy bien.

—Bueno, pues estupendo, de puta madre.

El viejo chiflado se ha esfumado. Jonno suspira

y pasa a la sonrisa más exultante cuando Jen levanta de nuevo la cámara.

—¿Y tú, pequeña? ¿Qué es lo que más te ha gustado de lo que llevas visto esta noche? —le pregunta a una adolescente rubia que se bebe un té de burbujas.

—Mi reflejo —le replica mientras le enseña el dedo y se aparta.

—Vamos a hacer un descanso. Necesito un trago —dice Jonno, repentinamente cansado de todo eso. Ese ambiente.

—De todas formas, tengo que prepararme para mi número. ¿Lo grabarás, verdad?

—Por supuesto, bonita.

La besa en la frente, lo que lo lleva a descender hasta su boca, caliente y dulce. Lo recorre un estremecimiento de ternura por ella, constantemente en pie de guerra contra el azúcar de su sangre.

Cosas inefables

Cada una de las seis casas está dedicada a una temática que se anuncia fuera, sobre la pancarta clavada en el césped. Van de un edificio a otro y echan un vistazo en cada sala: Casa de lo Futurible, Casa del Deseo, Casa de la Amerikana, Casa del Dinero, Luminosa/Liminar, En Blanco.

Algunas de las obras son sosas: Heidelberg, Project-Lite. En «Suave», muñecos de felpa clavados en las paredes exteriores y una hoguera hecha con una pila de zapatillas deportivas como los zapatos de tacón de aguja de Tyree Guyton.

—Bostezo —dice Cas. Le gustan las remezclas

del pop-art banal tamaño pared en la Casa de la Amerikana, donde Marylin Monroe aparece con el maquillaje de los KISS y Osama bin Laden se combina con Einstein, la lengua fuera—. Mira, esto lo llevaría en una camiseta. Soy una entendida en arte.

Layla se queda un rato en medio del nubarrón de globos grises que llenan una habitación equipada con luces cambiantes, que crean una sensación de expectación gracias al amanecer y el anochecer que se suceden constantemente en Luminoso/Liminal. Es mucho más interesante que el aburrido porno de la Casa del Deseo.

Y le gusta la pieza interactiva que hay en el piso superior de En Blanco (donde en principio han reforzado el suelo): hay etiquetas de equipaje que cuelgan de cuerdas rojas del techo y los espectadores han de completar la frase propuesta: «He perdido...». El abanico de respuestas es entrañable: «¡La chaveta!». «A mi abuela». «La

virginidad». «La sensibilidad en la pierna derecha». «Mi sitio en el mundo». «A mi perro. ¡Se ofrece recompensa!». «La contraseña de mi wifi». «La dignidad». «Doscientos dólares en el casino». «La capacidad de sorprenderme».

—¿Vas a leerlas todas y cada una? —se queja Cas.

—Todavía no he decidido qué voy a escribir.

—He perdido... la paciencia con el arte. Te veo fuera.

Layla termina escribiendo «a mi verdadero amor», y enseguida se arrepiente. ¿Y si Dorian reconoce su letra? Arranca la etiqueta de la cinta en la que está enganchada y la hace un gurrño en la mano. Luego se arrepiente. ¿Cuándo ha visto él su letra? Y de todas formas, ¿qué más da? Ojalá la vea. Alisa el papel y lo vuelve a atar entre el resto de etiquetas que giran suavemente.

Mientras tanto, la casa se ha llenado. La multitud se ha convertido en una migración del salmón

formada por cuerpos hacinados. Se abre paso como puede escaleras abajo, donde la espera una melé aún peor si cabe. Le va a llevar más de media hora llegar a la salida. Alguien se choca con ella y otro le pisa el pie al retroceder.

—¡Ay! —exclama con un empujón, pero la multitud es inconsciente.

A tomar por culo. Toma la dirección contraria a través de la cocina, que está llena de maniqués pintados con espray color plata. Tira del pestillo de la puerta trasera y, gracias a Dios, se abre a un porche de madera que conduce a un oscuro jardín descuidado. La música se ha hecho más densa. Lo nota en la cara interna de los dientes. El bajo debe generar sus propios infrasonidos.

Baja con cautela los escalones y se interna en la oscuridad con la esperanza de encontrar una puerta o una callejuela de acceso al lateral de la casa. Aplasta la hierba alta bajo las botas con un suave crujido de celulosa. Las agujas le pinchan las

pantorrillas y se le enganchan en las medias. Todo necesita propagarse, ella no es más que un medio de transmisión.

Pasa por delante de una destartalada caseta para gallinas con la rejilla retorcida, las aves volaron hace mucho (abandonaron el nido, ja, ja), y se dirige a la valla desvencijada que cerca el patio. Como va mirándose los pies y pensando en los ciclos de las semillas y en chistes aviares no ve la alta figura encorvada hacia delante con una cabeza deforme y los brazos demasiado delgados que hay junto al gallinero hasta que lo tiene justo delante.

Layla nunca ha sido muy de pegar chillidos. De niña solía quedarse inmóvil por completo, intentando respirar muy despacio para no despertar al monstruo de debajo de la cama. Ahora se queda muda. La sangre le percute en los oídos. Un regusto a hierro le invade la boca.

—¿Hola? —susurra en un tono tan bajo que la voz no sale.

Siente un cálido rubor de alivio avergonzado cuando se da cuenta de que no es más que una estúpida estatua. Sustos baratos, como lo del suelo, solo que esto parece más un adorno de Halloween. Arte chocante. Un cervato con unos cuernos nudosos y un mechón de pelaje blanco en la estrecha parte delantera, las patas delanteras y las pezuñas hacia delante como si fuesen brazos, puesto en pie con unos pantalones y unas deportivas sucias. Lo más chungo es que no tiene ojos, de modo que el pelaje que rodea las cuencas se hunde en unos pozos oscuros.

—No tiene gracia —le suelta al chico ciervo.

Es una cosa bastante burda, en equilibrio a duras penas sobre una carretilla, enderezado con piedras y cables, y aun así está torcido hacia delante. Las caderas son demasiado anchas para el torso y la cintura está ajustada con arcilla, lo que hace pensar en por qué no la ha hecho toda de barro, porque la cosa apesta un horror a mierda y

podredumbre. No es de extrañar que el artista la haya dejado aquí, donde nadie puede verla. Alguien ha dibujado un rectángulo de tiza en la valla que tiene detrás, como una especie de marco cutre.

Igual es la música, o el desengaño amoroso, o el río, pero la invade una trepidación creciente. A los cervatillos se les llama «kids», chavales, piensa.

Hace una foto con el móvil. En pantalla la escultura no tiene tan mala pinta. El flash ilumina las cuencas vacías y disipa la horrenda negrura de los ojos. En esa postura parece pequeño y como estúpido. Pero se lo envía a su madre de todas maneras.

>Lay: Hola, alguien acaba de enviarme esto desde una fiesta de artistas que se celebra esta noche. ¿Te acuerdas de la búsqueda de Google en la que te ayudé? No sirvió de nada, ¿no?

No es más que una estúpida estatua, pero al enfilar hacia la puerta destartada de la valla

tiene que contener el impulso de girarse para mirar si se ha movido. Sacude la puerta, unos desconchones de pintura marrón se le quedan pegados en la mano. Justo al otro lado de la valla hay gente, música, cerveza y diversión, si es que logra cruzarla.

Lo mejor será que rompa uno de los tablones y se cuele por el hueco. Vandalismo. No puede evitar pensar en plan policía. Pero es un delito menor. Apenas una falta. Echa la mirada atrás hacia la cosa de la carretilla. Los ojos del ciervo la horadan. Le arde la garganta. Vuelve a sacudir la puerta y se da cuenta de su error. Los goznes están por la parte de dentro. Hay que tirar, no empujar, idiota.

Tira hacia ella, resbala por la hierba húmeda e interrumpe a unos que se dan el lote sobre una manta de pícnic frente a la valla. Le lanzan una mirada.

Suena el tono de llamada que tiene configurado

para su madre y que hace siglos que quiere cambiar: «Mama Said Knock You Out»¹⁸.

—¿Dónde estás? ¿Estás en la fiesta? —pregunta Gabi.

—No. Sí.

—Layla, ¡me has mentido!

—No, es que hemos decidido que sería guay...

—Tienes que salir de ahí ahora mismo. ¿La foto la has hecho tú? ¿Dónde está el cuerpo?

—En la parte de atrás de la Casa en Blanco.

—¿La Casa del Banco?

—B-L-A-N-C-O. Es una de las casas del evento, cada una tiene una temática.

—Entendido. Quiero que te largues de ahí. Ahora, pero ya. Llama un taxi.

—¿Y qué hago con Cas?

—Llévatela. Quiero que salgáis las dos de ahí ahora mismo. ¿Me oyes, Layla?

—¡Vale, mamá! ¡Me estás acojonando!

—Lo siento —le dice su madre en su tono

profesional de mantenga la calma que le ha oído emplear con otros, pero nunca con ella—. Pero es muy importante que hagas lo que te digo.

Mierda. Ahora va a ser la tía que envió a la poli a una fiesta. Grita el nombre de Cassandra a pleno pulmón. Apenas oye su propia voz. Se abre paso a codazos entre el gentío. La mitad de la calle se ha convertido en una pista de baile abierta a todos. Una chica borracha le da un empujón.

—Quita de en medio, coño —le gruñe Layla.

La sobresalta un movimiento en la parte alta de uno de los edificios. Unos pegotes pringosos se deslizan sobre las tejas y las aglutina, algo que sucede bajo un microscopio pero ampliado. La luz se modula y las células se solidifican en capas de piel. Proyección artística. Alguien mete la mano en medio del láser y por un instante la sombra de una mano gigante de cinco dedos envuelve el edificio entero.

Cas está sentada en los escalones de la casa

donde empezaron, charlando con unos chicos del colegio. Layla casi se echa a llorar del alivio.

—Cas —la llama. Algo en la actitud de los chicos a su alrededor le da mala espina. Los hombros tensos. Su agitación se intensifica hasta la corazonada pura. Opta por fingir indolencia—: Eh, Cas, deberíamos pirarnos. De todas formas, estas obras son un aburrimiento.

Travis Russo está inclinado sobre Cas con sonrisa de te he pillado.

—Eres tú, ¿a que sí?

—¿Qué dices, tío? No tengo ni idea de lo que me hablas.

—No vale la pena negarlo. Todos hemos visto el vídeo, puta.

—Quítate de en medio, payaso.

Cas le aparta la cara de un palmetazo. Otro de los chicos suelta una risita tonta y el de antes se envalentona.

—Ey —le dice al levantarse ella para

marcharse.

—¿Qué? ¿Qué coño quieres? —dice Cas girando sobre sus talones.

El chico se adelanta hacia ella, le agarra los pechos con las dos manos y le da dos apretujones.

—Mec, mec, ¡tetas! —exclama, como si fuese el remate de un chiste.

Sus compinches se parten. Pero la cara de Cas adopta una expresión neutra. Se deshace de las manos del otro y desaparece entre la turba.

—¿Tú estás mal de la cabeza o qué? —le grita Layla a Travis. Parece asombrado y ligeramente satisfecho de su proeza.

—¡Mec, mec! —suelta uno de los chicos repitiendo el gesto en el aire con ambas manos y doblándose luego de la risa.

—¡Cas, espera!

Layla sale corriendo tras ella, pero el sonido penetrante de las sirenas de policía se deja oír por encima de la música, haciendo que la gente salga

de las casas y le impida el paso.

—¡Cas!

Curioso y requetecurioso¹⁹

Cuando aparecen los policías Jonno está mamado. Está grabando el número de Jen Q, pero también filma a la gente que baila, cosa

importante, para mostrar cuánto les gusta. Las chicas borrachas han dado con él y se contonean a su lado, tendiéndole los brazos alrededor. Parece que Detroit al completo esté allí vivo y palpitante.

—¡Hemos construido esta ciudad! —chilla a pleno pulmón mientras salta de aquí para allá—. ¡Hemos construido esta ciudad a base de arte y techno!

Entonces la música se apaga.

Es lo primero que hace la policía, desenchufar el sistema de sonido, de modo que recupera a su camarógrafa; Jen se abre paso a duras penas entre el pánico para llegar hasta donde está él.

—Hay que largarse de aquí —grita por encima del barullo. Otra de esas palabras que no le dejaría decir ante la cámara.

—¿Estás de coña? ¡Tenemos que grabar esto! —le responde él.

La guía a través del tumulto, en dirección contraria al enorme animal tonto en que se ha

convertido la multitud. Hace una primera tentativa con la policía, dirigiéndose a la latina con pinta guerrera que parece ser quien corta el bacalao.

—¿Cuál es el problema, agente? ¿Puede decirme lo que sucede? —Alza la voz para que se le oiga.

—Va a tener que parar de grabar, caballero.

—¿No es cierto que Detroit tiene un índice de casos de asesinato sin resolver altísimo?

—Caballero, baje el teléfono o me verá obligada a confiscárselo.

—¡Fascistas! ¡Cerdos maderos! —grita la chica de L. A.

Por cortesía, lo vuelve a repetir para la cámara. Empieza a recoger otras muestras sonoras del resto de asistentes enfurecidos.

—Jonno, ¿por qué están todos alrededor de aquella casa? —le pregunta Jen en voz baja.

Es verdad. Estos cerdos no parecen interesados en poner multas, aun cuando esto debería ser como una barra libre para una ciudad en bancarrota.

Están urgiendo a la gente a que se mueva para lograr dispersarlos tan rápido y pacíficamente como sea posible. Una ambulancia dobla la esquina del edificio.

—¿Crees que se habrá caído alguien de una planta?

En el porche de la casa una chica está sentada y envuelta en una manta como la víctima de una catástrofe. Parece hecha polvo.

—Quiero ver qué hay al otro lado de la valla. Graba esto —le indica a Jen—. Con discreción. —Enciende el micro y le hace un gesto para que lo siga. Hace una cuenta atrás con los dedos. Tres, dos, uno. Comienza a hablar en voz baja—: Esta noche en Detroit sucede algo inquietante. La policía ha irrumpido en la fiesta, pero no están interesados en los amantes del arte. ¿A qué se debe entonces que la poli haya plagado el lugar como una colonia de hormigas una sandía? Es A) ¿Un sin techo muerto? B) ¿Un accidente relacionado con

una obra de arte? C) ¿Algo aún más siniestro? Soy Jonno Haim, aquí, en el corazón de la escena del crimen.

Arrastra una silla plegable contra la valla y se sube, comprobando si soporta su peso.

—Pásame el teléfono —le sisea a Jen.

En el jardín estallan flashes. El fotógrafo de la policía da vueltas alrededor de una silueta escuchimizada dotada de una cabeza extrañamente alargada. Los agentes bullen por la zona intranquilos, y hay dos vestidos de paisano: un negro que es una mole y la inspectora del pelo oscuro.

—Me cago en mi puta vida —dice el negro gordo, y Jonno no puede sino estar de acuerdo. La figura es de lo más perturbadora.

¿Por qué tiene la cabeza tan rara? Intenta hacer zoom, pero toca la parte equivocada de la pantalla y su flash se dispara.

—¡Ey! ¿Qué haces?

Jonno se baja tan rápido de la silla que la vuelca. Y de pura casualidad pone el pie en el suelo antes de que caiga sobre la hierba y se queda como el puto Fred Astaire. Le hace sentirse invencible cuando la morena tocachuevos se abalanza sobre él.

—¿Qué coño se cree que está haciendo?

—Soy un ciudadano preocupado, agente. El público tiene derecho a saber. ¿Puede decirnos qué está pasando? ¿Eso era un cadáver?

—Le he avisado antes. Deme el teléfono.

Jen emite un ruidito de consternación.

—¿Es una petición oficial? —dice él marcándose un farol. No puede uno rendirse sin ofrecer algo de resistencia. Lo que se conoce también como desviar la atención. Jen le pidió que le guardase el móvil mientras se pinchaba, y ahora se lo saca del bolsillo.

—¿Lleva grabando toda la noche?

—Un poco.

—Entonces tal vez cuente con pruebas críticas para este caso. Entréguemelo, por favor.

—¿En qué consiste el caso?

—No estoy autorizada a proporcionarle detalles.

—Bueno, entonces tal vez será mejor que lo consulte con mi abogado.

La boca de la poli se endurece.

—Se trata de una investigación relacionada con el asesinato de un menor. Confío en que sea garantía suficiente para que colabore con nosotros.

—Hostia, por supuesto. Eso es horrible. ¿Ha sido alguien de la fiesta?

—Si puede dejarle su nombre y otro número de teléfono aquí al agente Marcus, me aseguraré de que le devuelvan su propiedad a su debido tiempo.

—La policía se fija en la chica sentada en los escalones, que los observa, y le suelta—: ¡Layla! Espérame en el coche.

Es toda la distracción que necesita para cambiar los teléfonos.

La adolescente se levanta y se escabulle hacia el Crown Vic blanco con las luces parpadeantes. Muuuy interesante. La inspectora se da cuenta de la atención de Jonno y eso la irrita más aún.

—Caballero, ya está bien, si no me entrega de inmediato el móvil se lo confisco y me lo llevo a usted para interrogarlo.

—Vale, vale —dice él, y le da el Galaxy de Jen.

—Gracias por su cooperación —le responde socarrona, y se dirige de vuelta al jardín.

—Deberíamos marcharnos —propone Jen.

—Todavía no. Aquí tenemos algo grande.

—Has engañado a esa policía.

—¿Y qué?

Da un golpecito en la ventanilla del coche. El semblante de la chica aparece borroso por culpa del cristal tintado. Le pide por gestos que la baje.

—¿Qué quieres? —le dice, llena de suspicacia adolescente.

—¿Estás bien? —pregunta Jonno con toda la

preocupación que es capaz de fingir.

—No. Déjame en paz.

—¿Sabes qué ha ocurrido? ¿Hay alguien herido?

¿Lo has visto?

—No quiero hablar de ello.

—Está bien. Lo entiendo. Si cambias de opinión, dame un toque, ¿vale? —Le pasa una de las tarjetas que lleva repartiendo toda la noche, con la dirección de su web—. Mira, te apunto mi número de teléfono también.

Cuestión de principios

Esto es un descarrilamiento de trenes con un accidente aéreo como guinda. La policía se ve obligada a acordonar tres bloques. Tienen que retener a cuatrocientos asistentes a la fiesta contra su voluntad (sin contar a los que ya se han apretujado en coches y se han escapado) mientras registran hasta el último puñetero centímetro de esta puñetera casa en busca de cualquier cosa relacionada o no, y todo esto con algunos elementos que ni pueden llegar a imaginarse.

Los técnicos de pruebas no están contentos. Tampoco los agentes, que intentan sacar declaraciones a los asistentes borrachos que insisten en que conocen sus derechos. Resulta que no conocen sus derechos, sino que recitan frases de series de televisión. Pero entonces un listillo hace una búsqueda en internet acerca de sus verdaderos derechos y comienza a pasarlo, así que Gabi tiene que intervenir y explicar que ha tenido lugar un asesinato y que el departamento de policía

aprecia su colaboración.

La histeria brota entre un grupo de personas. La cosa empieza a contagiarse.

Deja que los agentes uniformados manejen las peticiones de asesoramiento psicológico, y se dedica a entrevistar a los testigos más útiles, comenzando por el organizador.

Son dos, pero de momento solo han sido capaces de localizar a uno. Patrick Thorpe es un tipo de treinta y pocos con la cabeza rapada que intenta hablar con calma para ser tan convincente como un anuncio de seguros, pero no puede disimular la indignación. Boyd lo odia al instante y por principios.

—Artista bujarra —masculla al oído de Gabi, como si le comunicase algo útil. Un punto para los homófobos.

—¿Así es como la ciudad de Detroit fomenta una economía creativa? ¡Tenemos todos los permisos en regla! —tartamudea.

Gabi se da cuenta de que está muy borracho y sorprendido, cosa que va a aprovechar en su beneficio.

—No para tener barriles abiertos de alcohol en plena calle, caballero. Ni para exhibir restos mortales humanos.

—Eso es ridículo. La galería de huesos está hecha de moldes de esqueletos animales en peltre. No hay restos mortales humanos.

—¿Galería de huesos? —Boyd alza una ceja.

—Envía a alguien a que lo compruebe —ordena Gabi. Hasta donde ella sabe, este sitio está lleno de cadáveres—. Voy a ser franca con usted, Patrick. ¿Se acuerda de Daveyton Lafonte?

—¿El chico al que mataron?

—Lo encontraron partido por la mitad junto con los restos de medio ciervo. Las mitades faltantes acaban de aparecer en su espectáculo. Ahora puede ayudarme a identificar quién lo dejó aquí o podemos continuar con esto en la comisaría. ¿Sabe

lo que eso significa?

—¿Soy un sospechoso?

Se tambalea y Gabi lo agarra de un brazo para afianzarlo.

—Puede comenzar por contarme si ha encargado esta obra o la reconoce.

Le planta el teléfono con la foto que tomó Layla de la cosa en el patio.

—No. Dios, no. —Abre unos ojos como platos—. Es horrendo. Yo jamás...

—¿Quiere decir que no es una obra oficial?

—No. No, no, no. —Sacude la cabeza violentamente.

—Voy a necesitar que se despeje de una puta vez, caballero. Mientras tanto, ¿puede proporcionarnos una lista de los artistas participantes?

—¿Un catálogo?

—Necesito nombres y datos de contacto. Y necesito saber quién tenía acceso a este patio

cuando estaba organizándolo. Todo.

Mec mec

El teléfono de Cas la desvía directamente al buzón de voz: «¿Qué hay, zorras? No dejéis mensajes porque no me voy a molestar en escucharlos. Enviadme un mensaje, que es lo que

hacen las personas como Dios manda».

>Lay: ¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? Muy preocupada. Tengo que hablar contigo.

>Lay: Ha pasado algo malo en la fiesta. Encontré un cadáver. ¡Creo que era de verdad!!! Mi madre se ha puesto como loca. Polis por todas partes. Locurón.

>Lay: ¿Hola?

>Lay: Cas. Estoy muy preocupada por ti. En serio. Por favor contesta en cuanto puedas

>Lay: Contesta algo por favor. Necesito saber que estás bien. Si no voy a llamar a tu madre.

>Cas: Estoy bien. Por favor déjame.

>Lay: ¿Estás en casa? ¿Estás bien?

>Lay: El cadáver era horrible. Me ha pegado un susto de muerte.

>Lay: ¿Ni siquiera te apetece oír historias asquerosas de polis?
;)

>Lay: Cas. Por favor, di algo. ¿Qué pasa? ¿Por qué dijo eso? ¿Por qué te pusiste así?

>Lay: ¿Hola?

>Lay: Perfecto. Pero acuérdate de esto cuando mañana me vengas suplicando

>Lay: ¡Es coña!

>Lay: Ey, somos amigas, ¿vale?

>Lay: Vale. Mensajéame cuando estés lista para dejar de ser

El policía llamado Marcus la lleva a casa, porque su madre va a estar toda la noche de servicio.

—Has hecho lo correcto —le dice el novato en el coche. Pero Layla no sabe siquiera qué es lo correcto. Toda la noche ha consistido en una serie de granadas aturdidoras.

Ya en casa, lo ayuda a desplegar el sofá-cama en medio del estrés postraumático. La última persona que lo utilizó fue su padre, hace un año. Bajaba las escaleras y se lo encontraba sentado allí en calzoncillos comiendo frosties, las sábanas hechas un ovillo y comprimidas tras el armario de la tele, como si ella fuese tan tonta como para no darse cuenta (el punto de la casa a medio camino entre el lecho conyugal y la puerta). Pero entonces se fue, y Layla descubrió que hay cosas peores que la indecisión.

—Apuesto a que no pensabas que tus deberes como agente de policía incluirían hacer de canguro.

—No me importa —responde Marcus, pero está claro que no es verdad.

Es tan franco. Tiene unas pestañas realmente largas que le hacen más grandes los ojos, y una barbilla pequeña, como un manga negro de Toby McGuire. Trata de imaginar a su madre así, entusiasta y llena de fe. Un par de años en la burocracia del departamento y ya veremos si no se le borra esa cara y se estropea su relación de pareja.

—El rango inferior es un coñazo —comenta Layla.

—Si me necesitas, aquí estaré. —La tranquiliza él—. Intenta dormir un poco.

Se apoya en el marco de la puerta. Es incapaz de ir arriba y enfrentarse a la soledad con su móvil sin respuesta y dándole vueltas a aquella cosa.

—Eh, ¿quieres ver un poco la tele?

—¿Ahora? —Se mira el reloj. A ella le gusta que lleve reloj—. Claro, si quieres.

No soporta el fulgor de compasión que advierte en sus ojos.

—De todas formas, lo más seguro es que no haya más que teletienda a estas horas.

—¿Tú crees?

—Sí, mi madre canceló el cable.

—Si te preocupa... Quiero decir, puedes dormir aquí y yo me puedo sentar en la cocina. Me pongo con mi papeleo.

—¿Tienes aquí tus papeles?

—No.

—No sufras —le dice, y sube las escaleras. Intenta no ver al chico-ciervo en la oscuridad. Pero resulta que hay peores cosas que ver.

Encontrar el vídeo no cuesta nada. Aparece entre los primeros resultados. No en YouTube, porque

infringe los criterios de la comunidad, pero hay otros sitios web. Por cada cancelación, por cada violación del servicio, hay mirrors e hilos secundarios con enlaces desde donde puedes reproducirlo en stream o descargarlo para verlo cómodamente en tu casa. Ahí está, con el nombre «mec_mectetasSINCORTES.mp4». En otra época, se acostumbraba a poner el cepto a la gente para mortificarla en público. Ahora con una conexión wifi basta. En internet, la humillación vive para siempre.

Cas es hermosa, una luminosa rubia californiana. Los labios pintados con carmín color chicle, un top sin mangas con una calavera atravesada por clavos de un rosa brillante y una minifalda tejana.

—Ay, la leche, está borrachísima.

—Ayúdame.

—Colega, está inconsciente.

—Ponla en el sofá.

—Pesa.

—Por eso necesito que me ayudes.

—Pierde unos kilitos, culogordo.

El sonido claro de una palmada.

—Espera, espera. Quiero hacer una foto de esto.

—Levántale el top.

—Puta estúpida.

—¡Aprende a beber, niña!

Otra palmada.

Un chico, en falsete:

—Oh, papi, pégame. ¡Más fuerte! Más fuerte.

—Ayúdame a ponerla recta.

—Uuf.

—Vale, así está bien.

—Quítale el top.

—Y el sujetador.

—¿Cómo se abre esto? Espera, ya está.

—Hoooooostia putaaaaaa.

Un silbido de admiración.

Risas.

—Haz una foto. Las tetorras de Isabella y yo. Estamos enamorados.

—Deja que me meta yo también. ¡Hazme una foto!

—Quitaos del medio, capullos. Ey, Trent, ey: haz una foto de esto. ¡Mec, mec! ¡Tetas!

—La Virgen. Colega, eso es para partirse, hazlo otra vez.

—Joder, tío, la madre que parió a esta puta estúpida.

—¡Mec, mec! ¡Mec, mec!

Layla cierra el reproductor. Todavía quedan ocho minutos de vídeo. No necesita ver el resto. Se queda sentada muy quieta frente a la pantalla. Luego se encierra en el cuarto de baño y se arrodilla delante del váter. Escupe una y otra vez, pero no sale nada. Sería una bulímica de pena. Vuelve la cabeza y apoya la mejilla en la porcelana fría, con los brazos rodeando el inodoro. Cierra los ojos y el metraje comienza a reproducirse de nuevo en su cabeza. No. Obliga a su mente a apartarlo. Algo inofensivo. Se narra la obra de teatro para sí, se la representa de cabo a rabo, las intervenciones de todos, no solo las suyas, y las canciones, una y otra vez, hasta que las palabras salen solas.

Su madre la encuentra así, dormida en el suelo del lavabo.

—Vamos, garbancito. No puedes quedarte aquí.

La levanta y Layla se le cuelga del cuello. Gabi la ayuda a meterse en la cama, todavía con la falda, las medias rasgadas y el estúpido top de lentejuelas, y la tapa hasta los hombros.

—Has hecho bien —le dice, y le da un beso en la frente—. Quedaré con la tía Cheryl para que venga a recogerte por la mañana. Voy a tener que volver al escenario del crimen.

—¡Mamá! —la llama Layla.

Su madre se para en el umbral, la luz forma un halo alrededor de su cabeza, pero todo es un batiburrillo y siente náuseas y tristeza y no sabe cómo decir lo que necesita decir.

—Nada. No importa.

—Lamento que hayas tenido que ver eso.

Yo también, piensa Layla, y cae en un sueño fragmentado.

Domingo 16 de noviembre

Espectáculo de mierda

El escenario del crimen se ha convertido en un gran espectáculo desde el momento en que sale el sol, y empeora por momentos. Al otro lado del

cordón policial se ha reunido el gentío, con sillas y cervezas dentro de bolsas de papel marrón, deseando ver algo horrible. Gabi se ha apropiado de una cocina en una casa vecina para llevar a cabo entrevistas, identificar posibles testigos y enviar los más plausibles a la comisaría. Sería genial que el hombre que buscan estuviese entre ellos, pero hasta el momento no tienen nada más que rumores y especulaciones, y algunos de los artistas gritan desde el cordón que los van a demandar, que os creéis que esta ciudad está en la quiebra, ¡esperad a que mi abogado termine con vosotros! Por lo visto, la santidad de la expresión creativa está por encima de la vida.

Jessica diMenna quiere que Gabi y Boyd lo dejen todo y se personen en el despacho del alcalde para discutir la estrategia, y (no está de más) qué hacer con los medios de comunicación que están en los alrededores de la zona, tratando de conseguir fotos, los cámaras trepando a los

árboles, un helicóptero de la prensa sobrevolando a poca altura, por si hubiese poco ruido, y uno tiene incluso un dron. Locales y nacionales unidos; joder, alguien ha dicho que está aquí Al Jazeera, otro entendió que era al Qaeda y entonces tuvieron que bloquearlo todo durante una hora para controlar el pánico: ni terroristas, ni amenazas de bomba. Solo un asesino en serie que podría haber escondido o no más miembros de sus víctimas en otros lugares. Es suficientemente sensacionalista por sí solo.

Se las ha arreglado para dormir un par de horas en las últimas veintiocho horas, cuando corrió a ver cómo estaba Layla, y ahora ha de sentarse con el puñetero comisario de la exposición, Patrick Thorpe, que tampoco ha dormido y cuya histeria va en aumento, aunque eso puede ser debido a la resaca. Al final lo envían a la comisaría a que se le pase la curda, acompañado por un agente muy cascarrabias, y continúan la entrevista con la otra

organizadora, una mujer llamada Darcy D'Angelo, que es despiadadamente colaboradora, sobre todo en lo tocante a desmantelar obras de arte para las pruebas del departamento forense. Gabi tiene la perturbadora sensación de que le encanta ver cómo desmenuzan las cosas.

Tienen que meterlo todo en bolsas. Ha enviado el teléfono del bloguero para que analicen su contenido. Ovella Washington está tomando declaraciones, descargando archivos de móviles de gente que desea compartir sus vídeos sin necesidad de una orden judicial, obtener los nombres de los que no quieren cooperar, conecta cada teléfono a un portátil que han traído para la ocasión, pero la tarjeta hace cosas raras, se ven obligados a llamar a un técnico para que lo solucione y todo el mundo está impaciente.

Algún idiota ha decidido que sería buena idea contárselo a los padres de Daveyton, y se han presentado allí para verlo con sus propios ojos,

por más que el cuerpo haya sido retirado hace horas. La prensa se abalanza sobre los Lafonte (es su primera aparición pública) como una bandada de gorriones hambrientos sobre un trozo de pan, empujándose para abrirse paso, gritando preguntas. La señora Lafonte da un respingo ante cada flash. Se apoyan el uno contra el otro, aterrorizados, mientras Boyd intenta taparlos con su chaqueta y los guía a toda prisa entre las hordas.

—Siento muchísimo que su hijo no esté aquí. No sé por qué los han hecho venir —les dice Gabi.

—Se lo he pedido yo —dice Jessica diMenna apoyada en la puerta, vestida para la televisión—. Gracias por estar aquí. Tenemos una caravana de la prensa donde pueden sentarse tranquilamente y prepararse. Si pudiesen decir unas palabras sobre lo aliviados que se sienten de que el departamento de policía haya encontrado el resto de Daveyton, sería todo un gesto de solidaridad y confianza en

estos hombres y mujeres que trabajan tan duro para llevar a ese asesino ante la justicia.

—Pero ¿dónde está? —pregunta la señora Lafonte, confundida—. ¿Dónde está nuestro chico?

Se ha consumido desde la última vez que Gabi la vio. Al señor Lafonte le pasa al contrario. Las noticias lo han avivado, concentra su dolor en la cólera:

—Por lo que dicen en los telediarios, señorita lo que sea de la oficina del alcalde, me parece a mí que esos hombres y mujeres no han hecho una mierda. He oído que Daveyton estaba expuesto en alto, como en un linchamiento.

—No era un linchamiento —se apresura a responder Gabi. Dios, ¡solo les faltaba eso!—. No creemos que exista un móvil racial. El viernes apareció otra víctima. Una mujer blanca de Indian Village.

—¿Otro asesinato? —Está furioso—. ¿Y dónde está ese asesino que van a llevar ante la justicia?

¿Está aquí? No veo a nadie esposado. Está ahí fuera, probablemente haciéndole en este instante al hijo de otros lo mismo que al nuestro. O a otra amable señora. ¿Y quiere que salga por televisión? ¿Que hable con la prensa? Venga, pues cuenten conmigo. Estoy preparado para hacerlo ahora mismo.

Jessica recula a toda mecha:

—Por favor, señor Lafonte, creo que la inspectora Versado tiene razón. Esto representa una conmoción tremenda. Deberían ustedes estar con su chico.

—Señorita, permítame que se lo diga bien claro: no hay una sola cosa sobre la faz de la tierra que vaya a volver a conmocionarme. Estoy decepcionado al ver que no hacen su trabajo, pero ¿conmocionado? No.

—Los llevaré a la morgue —dice Gabi, aun cuando está tan cansada que apenas ve nítido. Reza por que el doctor Mackay, a contrarreloj, tenga el

cuerpo (o las partes que lo constituyen) presentable—. Bob, ¿puedes encargarte a alguien que supervise el desmantelamiento de la colección? Tú no. Necesito que Chispitas y tú empecéis a investigar los nombres de estos artistas. Luego nos ponemos al corriente.

—No problema —contesta Boyd, pese a estar tan cansado como ella.

—Hay una hoja de cálculo con todos los artistas participantes: empezad buscando antecedentes, profundizad, cruzad datos con los agentes que han estado tomando declaraciones, por si alguno de los nombres destaca. Algunos trabajan bajo seudónimo, de modo que primero tendréis que establecer los reales.

—Lo sé, Gabi.

—Perdón.

—Los comprobaremos en el coche y nos pondremos con el puerta a puerta tan pronto como sea posible. Ocúpate de esta gente.

—Gracias. —Acompaña al señor y la señora Lafonte fuera y al pasar junto a la ayudante del alcalde le chista—: Que sea la última sorpresa, ¿de acuerdo?

El cuento de nunca acabar

Jonno descubre que la celebridad de la noche le

sienta bien, aunque sea al estilo Detroit. El brunch en casa de un músico en Hubbard Farms es una excusa para ponerse al día del escándalo (¿te has enterado de que estaba hecho con la mitad del cuerpo de Daveyton?), y la mayor parte de los diletantes que aparecen por allí llevan toda la noche despiertos, la mitad apretujados en la acogedora cocina haciéndose tostadas francesas, el resto fumando porros y echando unas canastas con indolencia en el jardín enmarañado. Un chico con patillas decide que tienen que ponerlo más complicado e intenta encestar sobre un monopatín en marcha. Pero eso no es más que el calentamiento, porque está claro que Jonno es la atracción principal. Están impresionados como a quien nada impresiona, es decir: mucho. Es la fuerza de las palabras «imágenes exclusivas».

Jen y él se han pasado toda la noche editando. Bueno, ella: él ha estado masajeándole los hombros y llevándole cosas para picar aptas para

su dieta hasta que al final se ha quedado dormido después de las siete y se ha despertado cuando ya terminaba. Es una versión tosca, pero Jen asegura que deben seguir el ritmo de los tiempos y subirlo inmediatamente, antes de que alguien se les adelante.

En las comunidades urbanas se supone que las noticias corren de boca en boca. Ahora lo único que hace falta es que se hagan eco los sitios web grandes y, aún mejor, las televisiones. Deja el teléfono a mano, por si acaso, pero sabe que compete con profesionales. Lo que necesita es una primicia.

A Jonno nunca le han interesado particularmente los asesinos en serie, pero aprende rápido y es un buen investigador, gracias a un millón de listículos: «10 señales de que podrías ser un psicópata».

Número uno: Narcisismo.

Vaya, no está mal arrimarse al peligro.

Coquetear con los límites. La fascinación de lo terrible, cosas terribles que la gente le hace a su prójimo. Es un embajador de la tierra de los monstruos, y todos quieren saberlo todo del tema. Le da vueltas, practicando frases para su intervención.

No es que tenga demasiado para empezar, pero ¿quién necesita hechos cuando puede tirar de especulaciones absurdas? Y eso es algo que nunca falta. Hable con quien hable, todos tienen una teoría, todos juegan a ser detectives de boquilla.

Es una venganza entre pandillas: resulta que durante todos estos años Daveyton ha estado en el punto de mira por chivarse de un capo de la droga para el que traficaba.

Es el anterior alcalde, en un intento de desestabilizar la actual administración desde de la cárcel.

Es el resultado de un horrendo experimento militar en Zug Island.

Mutaciones.

Es el Nain Rouge.

—¿Quién?

—El Enano Rojo. Algunas ciudades tienen mascotas olímpicas. Detroit tiene un hombre del saco con desfile anual propio —explica Jen.

Recoge tantas opiniones como puede con la cámara.

Desde luego, la más popular es la más obvia: un asesino en serie centrado en niños. Pero entonces un diseñador de joyas que debe llevar puesta la mitad de su colección mete baza con algo interesante:

—Pero ¿qué hay de la mujer que encontraron en el horno?

—Pillo un titular —dice Jonno mientras figonea. Abre el artículo en el teléfono, pero es bastante escueto, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de un feminicidio, raza blanca y clase media.

HALLADOS RESTOS MORTALES DE UNA MUJER DENTRO DE UN HORNO

El cadáver de Betty Spinks, encargada de la histórica fábrica de azulejos Miskwabic Pottery, fue extraído del horno de cerámica. La policía sospecha que se trata de un robo frustrado y que el asesino intentó borrar su rastro incinerando el cuerpo. El Departamento de Policía de Detroit insta a cualquiera que disponga de información se comunique por teléfono a través de la línea de testigos.

—He oído que se encontraron la cabeza dando vueltas en el torno. Y que estaba cubierto de símbolos satánicos hechos con barro.

—¿Quién te ha contado eso?

—El amigo de un amigo. Alguien que trabajaba allí. Robin Mitchell.

Jen le toca el brazo.

—Acuérdate, el tío de la comida aquella.

—Había un montón de gente en aquella comida. ¿Puedes ponerme en contacto con él? —pregunta

Jonno.

—Y tanto. Deja que mensajee a Allie a ver si puede conseguir su número.

El joyero está entusiasmado, encantado de estar metido en el ajo. Mientras tanto, la modelo promocional le ofrece unas gafas de sol. Jonno se da el tremendo gustazo de rechazarlas.

Una hora después, Jen y él han localizado a Robin y lo han convencido para reunirse en el aparcamiento de Miskwabic Pottery, o como a Jonno le gusta llamarlo para sí, «¡el escenario de otro crimen monstruoso!». Lo cierto es que sí que se acuerda vagamente del tipo (es una suerte que el mundillo artístico sea tan hospitalario, una de las ventajas de una ciudad pequeña).

Lo colocan frente al edificio; sobre la puerta, bien visible, la cinta amarilla de la policía. Robin no deja de lanzar miradas por encima del hombro, incómodo.

—La policía me dijo que no hablase de ello.

Fueron muy claros.

—Tienes una responsabilidad con la gente de Detroit. Esos cerdos están intentando tapar el asunto. Un asesino chalado anda suelto y no quieren que la gente lo sepa.

—Sí, pero dicen que esto podría echar a perder la investigación.

—Pues no hables del caso. Habla de tu experiencia.

—¿Es necesario que se me vea la cara?

—Podemos pixelarla y distorsionar tu voz si quieres —le promete Jonno.

El vídeo sale a última hora de la tarde, sin pixelar. «Un asesino en serie al lado del cual Hannibal Lecter parece Woody Allen» es como describe Jonno al criminal. Esa es la muletilla que usan todos los medios de comunicación, y eso le vale llamadas de todas las agencias de noticias del país (y, esa misma noche, una de una ejecutiva televisiva de Nueva York). Tiene un programa de

asesinatos reales de primera división. Un programa de primera división en una cadena de primera división. *Asesinato48*.

Él contesta que le suena, aunque lo que quiere decir es la leche puta.

Les gusta su estilo. Su despreocupación. Quieren un documental en exclusiva con un seguimiento de la acción a medida que se desarrolla. ¿Conoce al agente encargado de la investigación? ¿Puede acceder a él? ¿Cree que la policía colaborará? Cuando él vacila, la ejecutiva lo corta. No importa si no colaboran. Hay otras vías. Pero necesita saber a qué material audiovisual tiene acceso. ¿Puede enviar todo lo que tiene? Le dará acceso a su sitio de subidas. Necesitan saber si tiene suficiente material antes de insistir al comité. Si es capaz de entregarles «algo candente», le conseguirá un productor y una cámara al momento.

—¿Qué hay del contrato? —logra colar.

—Ahora mismo se lo envío por correo

electrónico. Fírmelo y envíemelo de vuelta.

—¿No debería hacer que lo mirase un abogado de la industria?

—Es un contrato estándar en el que nos cede los derechos en exclusiva.

Cate. Cate conocerá a alguien.

Cualquier excusa es buena, ¿eh, chavalote? ¿Y de dónde piensas sacar ese material extra?

Ya se las ingeniará. Como siempre.

No llama a Cate. Prefiere que encienda la tele y lo vea allí.

El contrato le llega a la bandeja de entrada y vaya si lo firma.

Viral como el ébola

—Eh, TK, aquí hay alguien que quiere verte. Ya he cerrado, pero no acepta un no por respuesta — le dice Dennis el Grandote asomando la cabeza en la sala de informática, un despachito con dos ordenadores de sobremesa deteriorados que el reverendo Alan cree que fueron donados por un alma caritativa. En cierto modo, así fue. TK los rescató de una tienda insolvente en la que tuvo la suerte de entrar el primero tras abrir la puerta con una palanca. Hacen más bien aquí que allí. Si no hay daño no hay delito.

—Dile que vuelva mañana. La iglesia está

cerrada. Tenemos un permiso especial para quedarnos hasta tarde y ver el debut del amigo Ramón en la pequeña pantalla.

—¿Ah, sí? ¿Ese eres tú, Ramón, el que está de rodillas? —Dennis se inclina para ver. Está impresionado.

—Unos hipsters zumbados le hicieron hablar de grafitis. Ramón, ¿tú te crees algo de lo que dices?

—No, me estaba quedando con ellos, hermano. Mira qué guapa está Diyana. ¿No está preciosa?

—Y tanto, papi.

Y acto seguido está a punto de caerse de la silla al aparecer tras Dennis el tío escalofriante de los ojos azules como cuchillos. Se ha cortado el pelo y ahora lo lleva pegado al cuero cabelludo como un techo de paja blanco, y todavía más inquietante: se ha afeitado las cejas.

—¡Tú! Tú sabes de ordenadores. Tienes que enseñarme.

Se traga las vocales al hablar, así que es difícil

entenderlo. Está más ido que la última vez, y eso ya es decir. TK cierra la imagen de Ramón y Diyana instintivamente. Le da la sensación de que ese hombre podría estropearla de algún modo si la viese.

—Encantado de volver a verte, colega, pero hemos cerrado ya. ¿Por qué no vuelves mañana por la mañana? ¿Seguiste mi consejo y fuiste a una sesión de orientación? —dice TK mientras pone la mano sobre su bastón-machete por si acaso.

—Por favor. No entiendo lo que está sucediendo. Tengo que ver el vídeo. Tienes que enseñármelo. Ese del que se está hablando.

Parece tan desconsolado que TK cede.

—Bueno, ¿qué vídeo? Y permíteme que te deje una cosa clara: aquí no toleramos la pornografía.

—La Dream House. El cuerpo.

—Ah, ese. Ha salido en las noticias.

TK introduce la búsqueda. Aparece en el mismo canal que el vídeo de Ramón. Esto no le hace

ninguna gracia. No sabe qué pinta aquí este tío mezclando las locuras de las noticias con las de su cabeza. El vídeo tarda un poco en cargarse, pero cuando finalmente lo hace el hombre pega la cara a la pantalla y lo mira con toda atención.

—Ponlo otra vez.

—Venga ya, amigo. Estamos ocupados.

—No enseñan el cuerpo.

—Supongo que es un asunto delicado. O igual es una tapadera, como dice el periodista.

—¿Quién ve esto?

Ojitos azules agarra el monitor como si fuese a arrancarlo de cuajo y salir disparado con él. No sería la primera vez que alguien lo intenta. TK no lo tiene atado con una cadena porque sí.

—Toda la puñetera internet. Todo el mundo. Mira: aquí se cuenta el número de gente que lo ha visto. De momento va por 158.433 reproducciones. Esta mandanga se está viralizando.

—¿Eso qué quiere decir?

El tipo lo mira con lo que a TK se le antojan ojos-pozo, el semblante de quien está desesperado por aferrarse a algo, a lo que sea.

—Viral. Se extiende, se contagia. Como una infección, ébola o lo que sea.

—¿Cómo puedo pillarla?

—¿Te refieres a cómo puedes hacer que algo se viralice? Piensa a lo grande, colega. Ponle un traje a tu gato. O haz algo chungo como esto.

—Las puertas están a punto de abrirse. Te... tengo que irme. —Parece alarmado.

—Aquí las puertas siempre están abiertas para ti, amigo —le grita mientras desaparece—. ¡Sobre todo si buscas orientación, ya sabes! —Adiós muy buenas, piensa—. Oye, Ramón, ¿cuánto te pagó el cineasta este por salir en su vídeo?

—¿Qué? Hmmm, diez dólares a cada uno.

—Aquí ofrece mucho más. —TK lee la leyenda «sobre este vídeo»—: «¿Tienes alguna pista sobre

el monstruo de Detroit? 50 dólares por una entrevista exclusiva. Oportunistas no». Aquí sale el número de teléfono. Apuesto a que podría contarle un par de historias por cincuenta pavos.

Pero Ramón no lo escucha. Sigue mirando en la dirección por donde se ha marchado mister Tarado.

Discípulo

El cuerpo de Clayton pasea de un lado a otro por la acera frente a la iglesia, la cabeza gacha contra el viento, una gorra incrustada sobre el pelo cortado chapuceramente, mientras el sueño trata de decidir qué hacer, dónde ir.

Todo lo que había planeado se ha venido abajo.

El sueño contempló a la chica que bajaba los escalones hasta el jardín oscuro, deseando que se marchase, fuera, fuera, pero ella fue directa hacia el chico-ciervo como si este la estuviera llamando. Se acercó tanto que le hubiera bastado con alargar la mano para tocarla. Notó cómo algo se abría en su cabeza mientras examinaba su creación, el sueño se removió en el interior de la chica como un millón de mariposas.

Cuando salió corriendo deseó ir tras ella, pero entonces llegaron las sirenas y percibió el miedo del hombre a todo lo que significaban, mil variaciones de programas de televisión en su memoria. Que lo encerrasen en la cárcel, o peor

aún: que le disparasen, lo matasen. Si Clayton muriese, su corazón flaquease, la sangre de sus venas se volviese lodo, las redes neuronales se apagasen, ¿se quedaría atrapado dentro de la carne física, contemplando indefenso cómo el cuerpo comienza a caerse a trozos?

Se escondió en el sótano el resto de la noche y todo el día siguiente, atormentado por los temores del hombre, pero necesitaba saber qué había sucedido, si la policía había aparecido. Y todavía tenía la esperanza de que el chico-ciervo se hubiese transformado y se hubiera librado de aquella situación.

Encontró las noticias en la televisión del padre de Clayton, pero no sacaron al chico, solo imágenes oscuras del patio, de la policía, de una silueta tapada y aquel hombre arrogante, el que se suponía que tenía que llevar su cámara. No dejaba de hablar de un vídeo y de que estaba por todo internet, pero la memoria de Clayton hallaba en

blanco en lo que a internet respecta.

Y por eso el sueño fue a la iglesia, al recordar a aquel hombre negro grande que decía que lo sabía todo sobre ordenadores. Pero el vídeo que vio no era distinto de los fragmentos borrosos de la tele, y ahora se siente más desorientado que antes. El hombre de la iglesia le ha hablado de un virus dentro de la mente, y tal vez en eso es en lo que se ha convertido: en una infección atrapada en la cabeza de Clayton.

Tiene que salir de aquí. Tiene que largarse, volver a la fría oscuridad del sótano, donde podrá intentar aclararse. Está tan perdido en su confusión que no oye al hombrecillo que se le acerca cuando Clayton está metiendo ya la llave en la cerradura de la camioneta.

—¡Espere! *Por favor*, quiero hablar con usted.
—Tiende la mano para coger a Clayton de un brazo.

El sueño se aparta, horrorizado ante el contacto humano, la carnosidad de la mano del hombre desaliñado.

—¿Es usted, verdad? El de las puertas. Es usted —le pregunta temblando de emoción el tipo de las zapatillas rojas. Juguetea con una cuerda con cuentas entre los dedos.

—Sí —responde el sueño. El hombre dentro del cuerpo agradece que lo reconozcan.

—Me he dado cuenta. A su alrededor las cosas son distintas. Usted las hace distintas, pero solo un poco. Como si uno mirase a través de la pantalla de aire caliente que emite el silenciador de un coche.

—Se está filtrando, no sé cómo controlarlo —confiesa el sueño.

—Pero usted sabe cómo abrir las puertas, ¿verdad? Puedo ayudarlo. Se me da bien solucionar asuntos. He sido mecánico. A lo mejor pueden taponarse los puntos de fuga, o igual

necesita abrirlos por completo. Quitar el tapón.

Y de repente todo cobra sentido. La fiesta de la expo fue un error. La escala no era lo suficientemente grande. Había otras obras que luchaban por conseguir su parcela de atención, otras consciencias por debajo de la superficie, igual que la música y las voces luchaban una con la otra.

La gente son las puertas. Necesita ponerlas juntas, concentrarlas en un solo lugar, en su visión y en su propósito. ¿No es para eso para lo que ha estado trabajando hasta el momento? Lo que dijo el comisario de la muestra: una exposición individual.

Pero necesitará (arranca la palabra de la cabeza de Clayton como si fuese una cuerda enterrada) un discípulo.

—¿Qué hay tras las puertas? ¿Qué hay al otro lado? —pregunta el hombre, anhelante.

—Lo que quieras. Cualquier cosa con la que

seas capaz de soñar —le responde a través de la boca de Clayton.

Si esto es una infección, a lo mejor necesita propagarse.

Ladrando a los árboles

El agente Marcus Jones intenta introducir

nombres en el ordenador de a bordo del coche del inspector Boyd, cotejándolos con la hoja de cálculo de artistas participantes que les proporcionó el comisario de la exposición; tres páginas llenas con un tamaño de ocho puntos. Introduce las referencias una a una para obtener los antecedentes penales, si los hubiera. Retuerce el cuello, todavía rígido después de dormir en el sofá de Gabi, y se oye un crujido.

—¡Joder, hijo! Eres demasiado joven para que te suenen los huesos de esa manera. Deberías visitar a un quiropráctico. —Boyd se ha sobresaltado.

—Disculpe, señor.

—He oído que te quedaste en casa de Versado. ¿Te lo hiciste con ella?

—¿Qué?

Marcus deja caer los papeles y los revuelve intentando recuperarlos de entre las piernas y el suelo del copiloto.

—Solo digo que es una mujer bien guapa. Y

divorciada. Seguro que no le vendría mal algo de compañía.

—He dormido en el sofá después de llevar a su hija. —Luego cede—: Es una mujer atractiva.

—Cuidado, hijo. Estás hablando de una superior —replica Boyd con frialdad.

—Pero usted ha dicho... —Marcus está aturullado.

Boyd suelta una carcajada.

—No te preocupes, me estaba quedando contigo. Es un desastre, igual que todos nosotros. Pero buena policía. Sigue mi consejo, chico: no salgas con nadie del cuerpo. Pero tampoco salgas con una civil. Lo que te conviene es alguien que comprenda este horario atroz y lo absorbente del oficio. Una paramédica o una artificiera bonita.

—¿Es que abundan las artificieras bonitas?

—Y fogosas. —Boyd se ríe por lo bajo de su propio chiste—. Les vas a encantar, Chispitas.

—Si usted lo dice. Ey, ¿quiere oír lo que tengo

hasta el momento?

—Venga.

—Repasando los nombres de la lista, tengo a un pintor acusado de delito grave por robo con fuerza de un coche, un músico con una orden de alejamiento por acosar a su exnovia y el artista que hizo el Pasillo de Hueso.

—¿Era ese lleno de cráneos y huesos? A mí me parece que encaja con las otras obras de nuestro hombre. ¿Tienes una dirección? Creo que deberíamos comenzar por este.

—Sí, señor.

Marcus extrae los datos y los introduce en el GPS.

Pero el día resulta un fiasco. El artista responsable del Pasillo de Hueso les enseña su taller de moldeado, mientras su esposa los sigue inquieta con un bebé en brazos, apoyado en la cadera. El hombre hace sus modelos en peltre a

partir de yeso de París, con moldes que saca de un esqueleto de plástico que compró en una tienda de ciencias. Les muestra fotos de la Cripta de los Capuchinos de Roma en la que se inspira.

—Se trata de la mortalidad..., lo cortas que son nuestras vidas, la forma en que nuestros muertos siempre están con nosotros. Y queda guay.

Estaba fuera de la ciudad la noche en que asesinaron a Daveyton, haciendo una entrevista para un trabajo de animador en una empresa de Chicago.

—Con el arte no paga uno los pañales, para que me entienda —comenta.

El antiguo ladrón de coches es un tipo con pinta de ciclista, tatuado y con el pelo canoso.

—Tenía diecinueve y era estúpido. Desde entonces no he hecho nada peor que saltarme algún semáforo.

Repasan la misma lista de preguntas con todos: ¿dónde estaba?, ¿con quién?, ¿ha trabajado alguna

vez con cerámica?, ¿conoce a la familia Lafonte o a Elizabeth Spinks?, ¿ha manipulado alguna vez transglutaminasa?

El de la orden de alejamiento vive con la novia que la solicitó. Tienen la pinta esquelética y deteriorada de los yonquis, y Marcus no se hace ilusiones acerca de lo que es capaz alguien puesto hasta arriba de cristal. Sin embargo, tampoco es gente dada a planes elaborados. Se abren paso hasta una habitación con un colchón hundido, todo repleto de latas de cerveza.

La mujer se sienta en el regazo de él. No lleva sujetador debajo del top desgastado, pero ni siquiera Boyd se atreve a echarle una ojeada.

—Estuve con él toda la noche, agentes. Como cada noche.

Le mete la lengua hasta la tráquea.

—Entonces ¿por qué pidió una orden de alejamiento?

—Es arte performativo. Nos gusta ampliar los

límites de la sexualidad y de las normas sociales —explica el hombre.

—Era una reflexión acerca de la imposibilidad de legislar sobre el amor —interviene ella.

—¿Así que hicieron perder el tiempo al tribunal y a la policía por su arte?

—Eso me temo, inspector. ¿Quiere castigarme? —Le ofrece las muñecas para que se las espose con un mohín espantoso.

—¿Sabe cuántas mujeres necesitan una orden de alejamiento y no logran obtenerla? —Boyd está rojo.

—Siento que no estuviesen anoche en nuestra performance..., sin duda se hubiesen visto obligados a arrestarnos. Escándalo público.

Se contonea sobre el regazo de su novio para demostrárselo.

—Si vuelvo a ver sus nombres en un formulario de denuncia los arrestaré por obstrucción a la justicia. Vamos, Chispitas, ya he oído bastantes

gilipolleces por hoy. Andando.

—¿Seguro que no desean examinar más de cerca nuestra pieza, agentes? —grita la arpía a sus espaldas.

Boyd conduce de vuelta a la comisaría sin dejar de quejarse.

—Cuando piensa uno que ya lo ha visto todo... —Bascula el peso sobre una nalga y suelta un pedo tremendo—. Esto es lo que pienso de ellos.

Marcus baja la ventanilla, ahogándose y riéndose por la ocurrencia.

—No te rías, chico. Privilegios especiales. Van incluidos con la placa de inspector.

—Se supone que pronto tendré que volver a patrullar —dice Marcus poniéndose serio—. Mi compañero ya ha salido del hospital. Tenían que extirparle el apéndice, pero regresará al trabajo la próxima semana.

—Y tú quieres quedarte por aquí.

—Esto me gusta. Me da la sensación de que esto

es lo que se supone que debería estar haciendo.

—No sufras. Creo que la inspectora Versado encontrará la manera de mantenerte aquí hasta que rematemos el caso, tranquilo. Y no permitas que los demás se pasen contigo. Sé que te hacemos la puñeta con lo de que eres su mascota, pero estás haciendo un buen trabajo, chaval. A lo mejor en pocos años te vemos en Homicidios con todas las de la ley. Ahora sal del coche, porque tengo que tirarme otro pedo, y si crees que el primero ha sido malo, este va a hacer saltar el techo por los aires. No quiero tener que decirle a Versado: bueno, lo siento, me he cargado al novato con gas tóxico.

—No tendrá que decírmelo dos veces.

—Vete a casa, Chispitas. Descansa un poco.

—Sí, señor.

Pero al día siguiente descubre su error: la línea impresa que ha pasado por alto en el dorso de la

última página de la hoja de cálculo. Es porque le faltan horas de sueño, como a todos, al límite de sus fuerzas, mientras intentan que las piezas encajen. Y, bueno, seguramente no es nada, otro callejón sin salida. Pero lo comprobará de camino a la comisaría, así tiene algo que contarle a Versado.

Marcus estaciona junto a una casa en una calle tranquila formada en su mayor parte por viviendas abandonadas en varias fases de deterioro. Esta parece como si estuviera resentida, piensa: como un hombre con los hombros encorvados.

Llama al timbre, pero no hay nadie, a continuación se pasea por el patio, pasa frente al tragaluz sucio del sótano, pero las paredes altas y neutras le obstaculizan el paso. Experimenta la misma fea sensación que cuando vio a Daveyton bajo el puente y se dio cuenta de que no era un perro ni un efecto de la luz sobre una bolsa de basura.

No debería haberse presentado aquí solo, piensa mientras busca su teléfono en el bolsillo de la chaqueta; los dedos rozan las condecoraciones.

Lunes 17 de noviembre

Bloguero versus policía

—Señor Haim, por lo visto me ha dado usted el teléfono equivocado —dice la detective, que llama a través del desvío de llamadas que configuró para

su línea de informaciones en YouTube, lo que significa que ha visto el vídeo. Cagada.

—Me di cuenta cuando llegué a casa, como supondrá. Lo lamento muchísimo. Fue la emoción del momento, con tantos nervios...

—Me gustaría que me trajese el teléfono correcto, y también que quite el vídeo.

—Lo haría, pero necesito una orden judicial.

No hace alusión a que ella podría enviar un simple mensaje de «contenido inapropiado» a YouTube y se lo eliminarían más rápido que un vídeo sobre cómo amamantar.

—Podemos discutirlo cuando se presente en comisaría.

—¿Necesitaré a mi abogado?

—¿Cree que necesita un abogado?

Vaya. Alerta, chica guerrera.

No lleva a ningún abogado a la comisaría porque supone que así tiene más posibilidades de persuadirla para que le dé acceso a *Asesinato48*.

Lo invita a una charla amistosa en una de las salas de interrogatorio. Deja la puerta abierta y le ofrece un café que él rechaza pero toma como una buena señal. No lo es.

Tira el teléfono encima de la mesa y ella lo coge, busca en el archivo de vídeos y comprueba algunos clips.

—¿Alguna cosa más que nos haya ocultado?

—No, agente.

—Detective. ¿Sabe que ha puesto en peligro esta investigación, pedazo de escoria? Nos ha retrasado treinta y seis horas. ¿Por qué?, ¿porque tenía que subir su puñetero vídeo?

—Hago mi trabajo, igual que usted. A un equipo de televisión no le quitaría usted el metraje.

—Lo suyo no es un trabajo. Es una paja mental. ¡Usted es como el niño en el parque que grita: miradme, miradme! ¿Sabe a qué he dedicado todo el domingo mientras usted se pajeaba en línea?

—¿A trabajar en la escena del crimen?

—Etiquetar y meter en bolsas cosas que podrían o no ser pruebas. Tratar de seguir el rastro a cuatrocientas personas. Enseñarle a los padres los restos mortales de su chico en la morgue e intentar explicarles por qué alguien le haría eso. ¿Sabe cómo es eso? ¿Pensó en ellos antes de subir su mierda sensacionalista? ¿En cómo se sentirían?

—La gente tiene derecho a saber —esgrime confuso.

—¿Eso es lo único que se le ocurre? ¿«La gente»? Que lo follén.

Jonno se queda perplejo.

—¿No se supone que tendría que haber un poli bueno?

—Andamos escasos de personal.

El inspector negro de las mejillas caídas que Jonno vio el sábado por la noche (el tío debe de haber sobornado a alguien para pasar su último examen físico) asoma la cabeza.

—Versado. Tienes una llamada.

—Coge el mensaje, Bob.

—Es importante. Creo que es mejor que la atiendas.

—Discúlpeme un momento.

Se aparta de la mesa y se va, llevándose consigo el teléfono.

—¿Todo bien? —le pregunta Jonno al gordo con su sonrisa más cautivadora.

—Métase en sus putos asuntos —le replica, y se marcha.

—Eh —grita Jonno a sus espaldas—. ¡Eh! ¿Puedo tomarme ahora ese café?

Pasan quince minutos hasta que vuelve. Lo suficiente como para que Jonno haya compuesto varios artículos mentalmente. «Las 10 coartadas más extravagantes». «10 maneras de entretenerte en una sala de interrogatorios policial (inventarse listas está en el tercer puesto de esta lista)». «10 fotos que deberías haber borrado antes de entregarle tu móvil a la policía». Como la de tu

novia sin otra cosa encima que sus tatuajes.

Cuando vuelve, la inspectora todavía parece más cansada que antes. Se sienta y le acerca un trozo de papel.

—Esto es una lista. De horas y fechas.

Él la examina.

—¿Y?

—Voy a necesitar que nos indique su paradero en todas y cada una de estas ocasiones.

«10 motivos por los que siempre has de llevar contigo a un abogado».

—Espere. ¿Soy sospechoso?

—No lo sé. ¿Lo es? Se mudó usted a esta ciudad hace tres semanas. Necesitaba empezar de nuevo, según su blog. ¿Sucedió algo en Nueva York que lo obligó a salir corriendo?

—No blogueo sobre cada detalle de mi vida.

Menos aún sobre cómo le arrancaron de cuajo el corazón y las entrañas de tal manera que las lleva arrastrando tras él allá donde va. Esto no va bien,

piensa. Va a tener que cambiar de táctica si quiere que la inspectora se apunte a lo del programa. Aunque, eh, no es la única inspectora en esta pocilga.

—¿Era su hija quien llamaba? ¿Hay algún problema?

Ella lo ignora.

—Tendrá que proporcionarnos el número de teléfono de los testigos que puedan corroborar su paradero.

—Comprendo lo preocupada que debe de estar como madre con todo lo que le sucedió a ese chaval la semana pasada. Secuestrado justo delante del colegio. ¿No trabaja en ese caso?

—Investigadora principal. Como sin duda habrá leído en el *Detroit Star* esta mañana.

—¿Esto forma parte de la misma investigación?

—En Detroit hay asesinatos cada día.

—Pero, entonces, ¿quiere decir que lo que había en el jardín era realmente un cuerpo? He oído que

al chaval lo habían cortado por la mitad.

—No puedo hacer comentarios.

—¿Puedo citar su «no puedo hacer comentarios»? —pregunta exasperado.

—Puede rellenar la lista.

—Sabe que estamos en el mismo bando, inspectora Versado.

—No, a usted le interesa encontrar una buena historia y yo lo que quiero es encontrar al malo.

—¿No es esa la historia?

—Lo será si se quita de en medio.

Dientes

A Layla le tiemblan las manos. En su imaginación ha fantaseado con enfrentarse a Travis en medio de la gimnatería, delante de todo el mundo, una humillación pública. Justo lo que se merece. No esperaba encontrárselo aquí solo, fuera, sentado sobre un coche en el aparcamiento, saltándose una clase igual que ella, que está demasiado afectada como para quedarse quieta.

Tiene las rodillas separadas, como si no acabase de encontrar la postura correcta. Demasiada pierna, demasiado chico. Cara de bebé en un cuerpo de hombre.

—Te estaba buscando.

—Pues mira, chica, ya me has encontrado.

Le da una calada al cigarrillo, sosteniéndolo entre los nudillos como si fuese algo que ha visto en alguna película.

—Levanta —le dice dándole una patadita en la zapatilla. Lleva todo el fin de semana preparando esto; en la iglesia con su tía y sus primos, mientras

escuchaba el coro que cantaba y bailaba, mirando el teléfono obsesivamente a la espera de un mensaje de Cas hasta que su tío amenazó con confiscárselo.

—¿Para qué?

—Para que te pueda decir a la cara lo que tengo que decirte.

—Venga —dice Travis poniéndose de pie. Tira el cigarrillo con las extremidades desmadejadas

—. ¿Es por tu amiga? Porque estábamos borrachos, de cachondeo. No lo dije con mala intención. ¿Por qué eres tan estirada? Era un chiste. —Se ríe incómodo.

—¡La agrediste sexualmente! Y habéis estado compartiendo ese vídeo horrible.

—¿Y qué? Nosotros no lo hicimos.

—Es difusión de pornografía infantil, idiota.

—¡Difusión y un huevo! Está en internet. — Parece asustado. *Y joven. Y tonto y con las pelotas a rebosar*, su cerebro completa el mantra—.

Además, no le hicieron nada aparte de unas fotos. No es como si la hubiesen violado.

Layla pierde la cabeza.

—Retrasado de los cojones.

Le lanza un golpe con la mochila en un lado de la cabeza. El chico se agacha y se ríe mientras ella vuelve a zarandear su cartera.

—¡Oye! ¡Venga, ya!

—Puto gilipollas. Pedazo de mierda. Capullo.

Remata cada insulto con un trompazo de la mochila mientras chilla entre lágrimas.

Alguien exclama «¡Pelea!» y las ventanas del laboratorio se llenan de caras de alumnos que comienzan a animarlos a voces.

—¡Dale!

—¡Devuélvesela! ¿Vas a dejar que esa zorra barra el suelo contigo?

—¿Qué le estás haciendo? —grita CeeCee abriendo de un golpe las puertas de entrada. Se mete entre los dos y empuja a Layla al suelo—. Ay,

cariño, ¿estás bien?

—Au, mierda. —Travis se escupe una esquirra sanguinolenta en la mano—. Joder. ¡Me has roto un diente!

—¡Zorra psicópata! —la increpa CeeCee, y Layla, aún en el suelo, levanta el brazo para protegerse de un golpe que no llega. Por encima de sus cabezas, los chavales se asoman a las ventanas y graban con sus teléfonos. La gente está saliendo del edificio y forma un semicírculo alrededor de ellos, pero nadie hace nada, a la espera del desenlace del drama. Solo miran hasta que el señor Clarkwell, el director, se abre paso y ordena a los chicos que entren en el colegio de inmediato.

Travis escupe un colgajo de baba sanguinolenta.

—Él se lo ha buscado —dice Layla poniéndose en pie con cuidado. No lo lamenta. Para nada. Se agacha para recoger su mochila y las cosas que se han salido, incluido un cenicero roto, de cristal curvado como una concha marina, con todos los

colores del arcoíris. Cuando se endereza, Travis tiene una expresión extraña. Hurga con la lengua contra la mejilla y entonces escupe otro diente.

—Ay, Dios mío —dice CeeCee, no sin regocijo—. Zorra, te has metido en un lío de cojones.

—Pero por Dios y la Virgen, ¿qué está pasando aquí? —dice el señor Clarkwell apartando a Layla como si todavía estuviese intentando zurrar a Travis.

—Tampoco le he pegado tan fuerte. —Se aprieta la mochila contra el pecho.

—Gah —dice Travis, y se le caen tres dientes más en la mano. Tiene los ojos desorbitados.

—¿Travis?

Una arcada. Vómito y sangre y más dientes, amarillentos y blancos, repican sobre el cemento.

Y lo único que es capaz de pensar Layla es que no se parecen a los que salen en los anuncios de pasta dentífrica.

Equivocaciones que acaban mal

El sueño necesita discípulos. Ramón es más que entusiasta, lo hace todo posible. Es capaz de doblar el mundo un poco, lo suficiente, a base de fe. No es una maleabilidad tan rica y compleja como el auténtico sueño, pero es una muestra de lo que está por llegar.

Ya han empezado a moverse.

—¿Todo? —Ramón parece consternado. Pero es como en los anuncios de televisión: ¡todo fuera!

Se pasan toda la noche trajinando entre la casa y el lugar de concepción, hasta que Ramón está exhausto. El sueño lo deja en el albergue donde se

queda su chica, preocupado por perderlo de vista, temeroso de que ella intente arrebatárselo de nuevo.

Pero eso significa que se queda a solas con Clayton, trasladando su forma encerrada en sueños desde la camioneta al patio trasero. Entonces oye el coche que aparca fuera, en una calle donde no vive nadie y nadie debería venir.

Avanza a hurtadillas por el callejón y todos sus miedos humanos lo invaden cuando ve al hombre de uniforme azul que sale del vehículo con la pistola. Siente sus dientes negros y afilados asomar de impaciencia, la violencia interior luchando por estallar. La policía.

Se agacha y recula cuando el agente llama al timbre. Siente el pánico del hombre como algo enjaulado en el pecho de Clayton, el corazón percute sordamente.

Cuando el policía vuelve hacia su coche llevándose el teléfono a la oreja, el cuerpo de

Clayton se alza tras él, apoya la pistola de clavos contra la cabeza de ordenadas trencitas y aprieta el gatillo.

El policía cae, una nada flácida; el teléfono rueda por el césped. El sueño lo agarra por las axilas y lo arrastra hasta su vehículo. Lo mete dentro y conduce el coche hasta el garaje, aferrado al volante, temblando, intentando encajar las piezas de lo que debería hacer a continuación mientras los pensamientos de Clayton se escurren hacia el terror.

Es una furgoneta, no un coche de policía, se fija Clayton, y el sueño se da cuenta de que el detalle es importante: que no contará con dispositivo de rastreo. Pero ha de deshacerse del teléfono. Tiene que destrozarlo en mil pedazos, porque pueden seguir las líneas de comunicación como hilos a través de un laberinto, de vuelta a casa, y todo quedará al descubierto.

A menos que.

A menos que el policía sea un regalo. Una pieza central que sirva de articulación a todo lo demás.

Procedimientos

El director hace esperar a Gabi, un truco habitual en los interrogatorios, francamente tedioso, sobre todo cuando tiene en la comisaría una montaña de

mensajes por responder. La calefacción está demasiado alta. El enorme radiador verde repiquetea ensimismado y ráfagas de calor embisten la parte baja de las persianas. Se pregunta si habrá una norma de color establecida por el gobierno en lo que a edificios públicos se refiere y que deban respetar también colegios y hospitales.

El señor Clarkwell, informa el grabado del pisapapeles metálico. Solo ha hablado con él en otra ocasión, durante la entrevista de acceso de Layla. Parecía simpático, recuerda; y, tal y como señaló Layla después, tenía la cabeza puntiaguda. Calva y puntiaguda. Se rieron de aquello en el coche. No se le ocurre nada más. Excepto que prometió vagamente ir un día a dar una charla sobre su trabajo a los de octavo durante la semana de jornadas de orientación universitaria. Maldita sea, ahora desearía haber dado esa charla.

La mochila de Layla está sobre la mesa, con el

contenido desplegado como si se tratara de un conjunto de pruebas incriminatorias. Sus libros están apilados pulcramente. Un manual de álgebra. Tres libretas de espiral que le compró al comienzo del curso, en la portada un logo color lila de un leopardo recostado. Se acuerda de lo coñazo que fue ir de tienda en tienda hasta que Layla dio con una de su agrado.

Un pesado cenicero de cristal resquebrajado por el centro. El suyo, el del sótano.

Hojea una de las libretas. La caligrafía de su hija es desgachada pero pulcra, las letras separadas entre sí, dotadas con un peso y mérito específicos cada una, compuestas hermosamente. No es la caligrafía de alguien capaz de machacarle la cabeza a un alumno hasta dejarlo sin dientes. Y sin embargo ahí están las manchas de sangre. Y los testigos y los vídeos. Y el cenicero rajado. Un accesorio convertido en una prueba.

Se acuerda de cuando su propio mundo estaba

regulado y era finito. Antes de que llegase Layla. Nació por cesárea en urgencias. El médico la sacó de detrás de la pantalla de tela como en un truco de magia, con un cabreo monumental porque acababan de arrancarla de la certeza total que había conocido hasta el momento para exponerla a las luces brillantes de la sala de partos del hospital. Gabi se había sentido igual. Como si el universo se hubiese expandido de golpe, como si desplegase un mapa, de un modo que no hubiera creído posible. Amor. La razón de ser de todo. Tremendo, famélico y salvaje. Nunca había percibido tan claramente el instinto animal que habitaba en ella como aquel día, fruto de la conmoción de aquella criatura desnuda sobre su pecho, hociendo en busca del pezón. Sería capaz de degollar de un bocado a quien se le ocurriese siquiera pensar en hacerle daño a aquella desconocida diminuta aún unida a ella por el cordón sanguinolento. La impactó la cruda

violencia de esa sensación. El amor tiene garras.

Tal vez las cosas habrían ido de otra manera si hubiesen tenido otro niño. Tal vez la intensidad se habría diluido. Se puede repartir el amor entre dos niños, como unas patatas a la crema a la hora de la comida. Tal vez.

Gabi se pone en pie mientras el director guía a su hija al interior del despacho.

Layla tiembla por la conmoción, apretándose los codos con las manos como si se le fueran a salir. No, no es conmoción. Es indignación. La misma actitud de superioridad moral con la que una vez descendió las escaleras a medianoche para enfrentarse a sus padres durante algunas de sus peleas. Se agarraba los brazos de idéntica manera. Se quedó plantada al final de la escalera, temblando, hasta que se vieron obligados a callarse.

William le preguntó si se encontraba bien y ella les pidió, vocalizando más de la cuenta para

disimular el temblor de su voz, que «dejasen de actuar como un par de putos niños mimados de teta en plena pataleta». Debió de ir pensando el insulto, dándole forma, mientras bajaba los escalones. Gabi había soltado una carcajada. No lo pudo evitar. Su ingeniosa hija de trece años con aquel vocabulario de la HBO, y la fe inamovible e infantil en la justicia y la importancia de que la gente sea amable entre sí.

Desearía abrir los brazos para que Layla corriese a refugiarse en ellos como solía hacer cuando era pequeña y se daba un coscorrón, o aquella noche en la escalera, cuando la abrazaron riéndose aunque protestase, furiosa, porque no tenía nada de divertido. No fue la última vez que se abrazaron en grupo, pero fue la última vez que se le antojó sin contaminaciones.

—¡Mamá! No he sido yo. No tal como dicen que lo he hecho. Se me olvidó que lo llevaba en la mochila —estalla Layla.

—Creo que es más apropiado que hablemos de por qué lo has hecho, Layla —dice el director.

La intención de Gabi es desviar la conversación por completo hasta que tenga la oportunidad de interrogar a Layla por su cuenta.

—Gracias por venir tan rápido, señora Versado. —No es el momento de señalar que su título es inspectora—. Espero que no la hayamos distraído de ningún asunto.

—¿Cómo está el otro chico? —Pone cuidado en no utilizar la palabra «niño».

—No lo sabemos aún. Se lo han llevado al hospital Wayne County. Esperaba que pudiese hablar usted con sus padres, pero se han ido con él.

—¿Estaba consciente? ¿Hablabá? ¿Razonaba? Ha visto las suficientes contusiones como para adivinar la gravedad del diagnóstico.

—Estaba despierto y conmocionado. Seguramente tendremos un informe médico en

breve. Debe saber, señora Versado, que si los padres deciden denunciar contarán con todo nuestro apoyo. En este colegio nos tomamos el abuso muy en serio.

Solo que esto no es abuso, esto es agresión.

—¿La familia tiene seguro? —Prefiere intentar calcular el coste de una cirugía dental reconstructiva que la posible demanda criminal.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Podemos organizar una reunión con ellos? Me gustaría resolver esto tan pronto como sea posible. —Evita adrede la expresión «llegar a un acuerdo».

—Estoy convencido de que aceptarán cuando Travis se encuentre estable y tengamos un informe policial. Mientras tanto, tengo que expulsar a Layla.

—¿Hasta cuándo? —Layla está furiosa.

—Hasta que lleguemos a un acuerdo. —El director no tiene problema en usar la expresión,

advierte Gabi.

—¿Y la obra de teatro?

—¡Layla!

—Deberías haberlo pensado antes de romperle los dientes a ese chico. —El director la observa desconcertado—. Siempre has sido buena chica, Layla. No soy capaz de entender por qué has hecho esto.

El eco de las palabras «buena chica», oído tan recientemente aplicado a un chico muerto, punza como una aguja los riñones de Gabi. Pero no puede dejar que Layla responda. No aquí, no oficialmente. Reúne toda su astucia policial.

—Es obvio que cualquiera que sea la solución que decidamos adoptar va a afectar de algún modo el desarrollo de la vida de dos menores. Y luego hay que pensar en la reputación del colegio, señor Clarkwell.

—Eso se da por hecho. Pero aun así hemos de hacer las cosas bien. El colegio tiene sus

procedimientos. Necesitamos investigar cómo ha llegado a suceder esto.

—¿Por qué no le pregunta a Travis? ¡Pregúntele qué le hizo a Cas! —lo interrumpe Layla.

—Sí, la historia de Cassandra es muy delicada. Y confidencial. —El sudor comienza a acumularse en la frente del señor Clarkwell—. Tendrás que hablarlo con sus padres. Se trata de una situación muy complicada se mire como se mire.

Layla abre la boca para replicar, pero Gabi la interrumpe.

—Hablaré con ella. Layla, espérame fuera, por favor.

La hija cierra el pico y sale del despacho con la mirada fija en el suelo, taladrándolo. El teléfono de Gabi suena.

—¿Necesita atenderlo? —le insta el director.

—No.

Pulsa «rechazar llamada» a Chispitas. Sea lo que sea, puede esperar.

Se concentra en el señor Clarkwell. Se muestra autoritaria, objetiva, apaciguadora. La voz del sentido común.

—Parece que nos encontramos con un montón de sensibilidades en juego. Tengo que decirle que Layla sufrió un tremendo impacto el sábado por la noche. No digo que eso justifique su comportamiento, pero desde luego es un factor atenuante. Debería haberla enviado al orientador. No debería haber venido hoy a clase, de hecho.

El director intenta responder, pero ella lo corta.

—Permítame que hable con los padres del chico. Sé que resolveremos todo de la manera menos perjudicial para el futuro de ambos chicos y del colegio. Gracias por su tiempo, señor Clarkwell. Y por ocuparse de Layla.

Se pone en pie y le tiende la mano al hombre para que se la estreche, cosa que hace automáticamente. Es algo que se aprende como policía, que estamos programados por las

convenciones sociales.

—Encontraremos la solución, señor Clarkwell
—afirma Gabi mirándolo de hito en hito mientras mete las cosas de Layla en su mochila, incluido el cenicero resquebrajado. Ella mejor que nadie sabe con qué facilidad se pierden las pruebas.

Exilio

En el coche, su madre está tan silenciosa como el tornado antes de desatarse.

—Lo siento. ¡Me olvidé de que llevaba el cenicero! Lo metí en la mochila el viernes y no volví a pensar en él —protesta Layla. Los detalles parecen lejanísimos. Como en un sueño—. No pretendía que le pasase esto. —¿Seguro? Recuerda que estaba furiosa con toda claridad, y ardiendo; era como si la luz deslumbrase el objetivo de una cámara de cine antigua y ella fuese solo una silueta moviéndose a través de la blancura—. De todas formas se lo merece, y no me da pena.

Su madre pisa el freno tan en seco que el coche que tenían detrás estalla en pitidos mientras las sorteas, el conductor gritándoles mudo tras el cristal. Gabi aprieta el volante como si lo estrangulase.

—No vuelvas a decir eso, Layla. Jamás. Ni a mí, ni a nadie.

—Pero ¡lo que le hicieron a Cas...!

O Isabella, más bien. Todo se mezcla en su cabeza. El vídeo y la fiesta y la identidad secreta de la chica que creía conocer. Como un videojuego de su teléfono, cuando los bloques empiezan a caer cada vez más rápido y no le da tiempo a encajarlos en el sitio correcto.

—Layla, tienes que entender que estás metida en un lío muy grave. Esto puede echarte la vida a perder.

—Podemos mudarnos a otra ciudad, cambiarnos los nombres. —Mentir a nuestras mejores amigas.

—Escúchame. Es muy probable que en cuanto los padres de ese chico se recompongan alrededor de la cama del hospital presenten una demanda. Se abrirá una investigación: una investigación criminal, no solo en el colegio. Y se celebrará un juicio.

—¿Me van a meter en la cárcel?

—Voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que eso no suceda. Pero tienes que ayudarme. Y

decir estupideces como la que acabas de soltar va a suponer la diferencia entre la suspensión de la sentencia y el reformatorio. ¿Me oyes?

—Sí.

—Así que ¿por qué lo has hecho?

—Por Cas. Por lo que le hicieron. —Se da cuenta de que está llorando y se enfada consigo misma.

—Muy bien, garbancito. Tienes que calmarte. Tienes que decirme exactamente qué pasó.

—En la fiesta de la expo. Travis y sus amigos. Hay un vídeo de Cas. En internet... —No sabe cómo explicárselo, pero Gabi hace un gesto de asentimiento breve y rígido. El resto sale envuelto en llanto—. Travis le agarró las tetas, igual que en el vídeo. Y lo subió a Facebook. Como si tuviera gracia.

—¿Me lo enseñarás luego? ¿Los padres de Cas lo saben?

—Sí. —Se restriega la nariz—. Lo del vídeo

sí..., por eso se mudaron aquí. No creo que sepan lo de Travis.

—De acuerdo. Tendré que hablar con ellos más tarde. Ahora tengo que volver al trabajo. ¿Te parece bien quedarte conmigo en la oficina un par de horas?

—Como en los viejos tiempos.

—Exactamente. Y mañana te conseguiré asesoramiento y luego te enviaré con tu padre unas semanas.

—¡No!

—Te quedarás allí por Acción de Gracias, Lay, estarás a gusto. De todas formas, tendría que haberte enviado a Atlanta. Este horario de locos... No es justo para ti.

—Espera, ¿es que te crees que esto es culpa tuya? ¿Porque no estás cuando tienes que estar? — Se muestra incrédula.

—A lo mejor. El divorcio, y luego este caso descabellado. Que te topases con ese cadáver. Has

pasado por demasiadas cosas. Lo siento, he estado tan liada...

Las arrugas de expresión policiales de las comisuras tiran de toda su cara. De repente parece más mayor. Más vieja que la imagen que Layla tiene en mente de su madre cuando todavía iba de uniforme, el pelo oscuro en un moño alto de bailarina de ballet, la pistola al cinto, como los polis de la tele. Si la seguridad fuese una persona, esa persona sería su madre. Pero ya no hay ningún sitio seguro, y eso hace que los odie aún más. A los chicos que hicieron aquello.

—Lo que tú digas, mamá. La culpa es de ellos.

Coge el sombrero

—¿Recluta nueva? —comenta Croff haciendo un gesto hacia el fardo de desdichada infelicidad que es su hija, apoltronada en la silla de Gabi con las zapatillas encima del escritorio, toqueteando y pasando el dedo por la pantalla de su móvil—. Esto no es una guardería, ¿sabes?

—Déjame en paz, Mike. Sé que tú tienes una familia perfecta, pero yo no tengo una esposa que se quede en casa y se encargue de todo. Es por un par de horas, ¿vale?

—¡Qué piel más fina! —Alza los brazos.

—¿Dónde está Marcus?

—Hoy todavía no lo he visto.

—¿Y Bob?

—En la sala de conferencias, con Washington. Revisando los vídeos del teléfono del civil, tu amigo el periodista.

—¿Y tú qué haces?

—Estaba a punto de relevar a Stricker, que está arreglando el desastre que has organizado. ¿Sabes que les va a llevar cinco días procesar el escenario?

—Siento causarte tantas molestias. ¿O estabas intentando escaquearte?

—Tu niña no debería estar aquí —le espeta, y desaparece.

Encuentra a Boyd con Ovella Washington, pasando de arriba abajo los vídeos, marcando los que son potencialmente interesantes, sacando capturas de pantalla que imprimen y cuelgan.

—¿Qué tal han ido las entrevistas?

Boyd suelta un gruñido.

—No tenemos nada. Artistas chalados. Los yonquis tienen más sentido común. Te lo hemos dejado todo en el archivo. Aunque solo la primera ronda. Los más obvios. Retomaré la lista. Mañana a primera hora tenemos al comisario de la exposición para que le eche otro vistazo a los nombres.

—Pensaba que lo estábamos reteniendo.

—Se buscó un abogado, que le trajo a un médico, que le hizo una nota. Trauma e intoxicación etílica. Está en casa tomando pastillas y nos asegura que mañana estará aquí para ayudarnos con las pesquisas.

Gabi suspira con desagrado.

—Gracias de todas formas, Bob. Ovella, ¿estás cotejando los nombres de los artistas con el taller de alfarería?

—Sí. Hasta el momento tengo más de treinta personas cuyos nombres han aparecido como artistas participantes y como usuarios del taller en

un momento u otro. Poco a poco. Todavía no he hecho lo de los mataderos siquiera.

—¿No lo puede hacer Chispitas?

—Creo que está echando una mano en la escena.

Stricker está allí.

—Lo sé, me he encontrado con Mike, que se ha comportado como un grandísimo gilipollas.

Boyd se encoge de hombros.

—La Tierra gira alrededor del Sol, los osos cagan en el bosque.

—Bueno, pues consigue que alguien se encargue de las llamadas hasta que aparezca Chispitas. ¿Qué tenemos sobre ese grafiti?

—Tu amigo el bloguero, Jonno Haim, hizo un reportaje en vídeo sobre eso. Míralo tú misma. El problema es que se ha convertido en la cosa esa..., ¿cómo se llama?

—Un meme —completa Washington.

—Exacto. Hay imitadores en otras ciudades que están haciendo puertas por su cuenta. También un

montón aquí en Detroit. Han posteado fotos en los comentarios.

—¿Y ahora cómo distinguimos la de nuestro hombre del resto?

—Nuestro asesino usa tiza. Algunas de las nuevas están pintadas con espray. Hay gente que está haciendo puertas muy elaboradas, pegando puertas de madera de verdad o pintándolas de manera realista.

—Maldita sea. Vamos a tener que comprobarlas una por una.

—Supongo que puedo ir cogiendo mi sombrero —dice Boyd.

—¿Quieres tomar primero un café?

—Qué va, acabo de tomarme uno —responde, pero al instante lo pilla—. Ah, vale. Venga, cafeinízame.

En la cocinilla, Gabriella habla en voz baja.

—Layla se ha metido hasta el cuello en un pozo de mierda. Tengo que hacer unas gestiones. Dos

matrimonios y un hospital, ¿te lo puedes creer? ¿Crees que puedes encargarte de todo por unas horas?

—¡¿Ahora?! —exclama incrédulo—. Desde luego, tu hija tiene el don de la oportunidad.

—Dímelo a mí.

—No te preocupes. La cosa va bien. Vamos a seguir el rastro que tenemos. No te necesitamos de inmediato. Puedo ir a examinar las puertas por mi cuenta.

—Gracias, Bob. Me reúno contigo en cuanto pueda.

—No hay problema. Pero no te olvides de hacer los deberes —le dice, y le pone delante una pila de documentos.

Antisocial

Te han etiquetado en un vídeo: Pelea en colegio de Detroit – Esto es la LECHE

Subido por Untalivan

4174 visualizaciones

Este vídeo se ha subido desde un teléfono Android.

Descripción: Zorra desatada machaca alumno. Lo que escupe son sus dientes!

Todos los comentarios:

Chungo2012: que este puto idiota no vuelva a tocar una cámara.

Niesha Grange: Oh joder voy a matar al tío de la cámara, por qué grabas en vertical? Haz zoom. No se ve una mierda.

Mikal_: Hostia la chavala! Pégame cuando te apetexca 8=D-

--

Froofoot: los negros siempre peleando mencanta mi ciudad pero joder no se puede vivir en Detroit con tanto ignorante no

mextraña que seamos el hazmerreir de america

CeeCeeCee777: Esto paso en mi insti!!!!!!! Se le fue la olla!!!!!!! Nadie sabe porque!!!! Travis, rezo por ti, carinyo.

Ojala salgas pronto del hospital TQ xxx

JacksOnN@sh: El ratoncito Pérez: «¡Bingo!».

AupaBatman: por esto existen las carceles, los zoos para los animales.

Tybabi: LOL

AnnaSussman: guau, esta chica no tiene ni clase ni se respeta a si misma ni a los que la rodean.

90000560000: calla laputa boca homofobo estúpido cerdo por eso matamos gente como tu dejad de odiar a los negros sabeis perfetamente que los blancos no sois capaces de pelear ni que la vida os vaya en ello bujarras de mierda

AupaBatman: A lo mejor si te hubieran educado podrías formular una frase entera. ¡Ay, perdona!, que estabas demasiado ocupado poniéndote ciego.

90000560000: te muerdes la lengua y tenvenenas. cuanto resentimiento

HufnaMcKnighty: vaya. La clase de gimnasia ha cambiado mucho desde que deje el instituto O_O

Denuncia este vídeo:

¿Cuál es el problema?

- Contenido sexual
- Contenido violento o repulsivo

- Contenido agresivo u ofensivo
- Actos peligrosos y dañinos
- Actividad criminal
- Abuso de menores
- Spam o engañoso
- Infracción del copyright
- Viola mis derechos
- Denuncia de capturas (CVAA)

Nuestro personal revisa los vídeos marcados de lunes a domingo las 24 horas del día para determinar si infringen las directrices de nuestra comunidad. Las infracciones graves o repetidas pueden significar la cancelación de la cuenta.

Tienes 153 comentarios en tu cronología.

¡Guala! Chungo. Que te HIZO? Seguro que se lo estaba buscando.

¿Te pegó primero? Qué pasa? No queda claro en el video.

¡Maltrato masculino!

Qué chorrada. Como si la violencia doméstica no la llevasen a cabo HOMBRES contra MUJERES a diario. El maltrato masculino no existe. Los hombres están en el poder.

Díselo al chaval al que han dejado sin dientes.

Travis es un angel. No hizo nada para ganarselo! Esta en el hospital Como podeis decir eso?

Estás zumbada, Layla Stirling Versado, ojalá te expulsen y ojala

vayas a la cárcel por lo que le has hecho a nuestro colega
Y ojala te viole allí una bollera chungu con un consolador hecho
con el palo de un cepillo de dientes

Venga, como te pasas.

¡Es coña! ¿Es que no teneis sentido del humor?

Ya saldrán las dos versiones. Que todo el mundo se calme hasta
que sepamos.

Sabemos que lo hizo, está claro en el vídeo! Lo que no sabemos
es porque le cascó. ¿Por qué Layla Stirling-Versado?

Mensajes: Tienes 23 mensajes sin responder.

Jade Cox: Están contando unas barbaridades de la leche sobre
ti. ¿es verdad?!!! ¡Muy preocupada! Llámame, cari.

Dorian Lloyd: Eh, L. Me he enterado de lo que ha pasado.
Espero que estés bien. Si necesitas algo pídemelo. TimTam y yo
te mandamos buen rollo.

Amanda Feldman: No me conoces, pero sé por lo que estás
pasando y tu experiencia me ha conmovido verdaderamente. Yo
tuve un novio que abusaba de mí muchos años de manera que
nadie veía. Me separó de mis amigos y me destrozó pedazo a
pedazo hasta que me sentía tan poca cosa... todavía me duele
cuando alguien me hace un cumplido. Al final reuní la fuerza
para dejarlo, pero entiendo por qué has reaccionado así. Es lo
que tenía que haber hecho yo. Si alguna vez quieres hablar,
mensajéame, plis.

Shawnia Durrell: Todos los de la Masque nos acordamos de ti.

Esperamos que estes bien. Xxx

Jonno Haim: Querida Layla,

Espero que no te importe que te envíe este mensaje. Veo que tienes configurado el perfil como privado, así que ¡espero no equivocarme de persona! Nos conocimos en la fiesta de la Dream House. Debí de ser una experiencia horrible para ti. Estoy tratando de construir un retrato honesto de lo que supone todo esto para la gente de Detroit. Si te apetece compartir tu historia, aquí me tienes. Tengo un presupuesto generoso para compensar a la gente que me brinda su precioso tiempo, sobre todo si permiten que los grabemos en vídeo o si pueden aportar imágenes adicionales o material audiovisual exclusivo. Espero saber pronto de ti. Que vaya bien.

Tiene 324 nuevos mensajes.

>Keith: Es verdad? Estás bien?

>Número desconocido: Arpía chutada a ti qué coño te pasa?

>Biggie: Joder, Layla, si querias ponerte en plan Chris Brown con los chicos me podrías haber preguntado. Me molaría que me pegases! Siempre que recibas tan bien como das, sabes que te digo?

>Número desconocido: eres tan del gueto que naciste en un cubo de Kentucky Fried Chicken.

>Cas: Llámame xCas

Tienes 32 nuevas preguntas en ASKME.

«¿Por qué eres una zorra psicópata lol?»

«Pero qué te ha hecho T?»

«La violencia es una cosa de familia o eres especial?»

Responder / Grabar una videorrespuesta

Tienes 67 mensajes de voz.

Pulsa 1 para oír los mensajes.

Tienes 110 nuevos seguidores. ¡Felicidades!

Si crees que no volverás a usar Facebook y quieres eliminar tu cuenta, podemos ayudarte a hacerlo. Ten en cuenta que no podrás volver a activarla ni recuperar ningún dato o contenido que hayas subido a tu cuenta.

Si quieres que tu cuenta se borre, haz clic en «Eliminar mi cuenta».

¿Qué pena que te marches! ¿Es por algo que hemos dicho? Te guardaremos tu perfil 30 días por si cambias de opinión.

¿Estás seguro de que quieres borrar toda tu cuenta?

Esto borrará tu blog y todos los contenidos.

Nadie podrá encontrar ni visitar tu página. Puedes activar tu página introduciendo tu nombre de usuario y clave en el registro.

Pulsa 7 para borrar este mensaje.

Llámame si te apetece²⁰

—Hola, soy Jonno —dice con el teléfono incrustado entre la barbilla y el hombro. Uno de los «10 malos hábitos en el lugar de trabajo que causan dolor de espalda», lo sabe, pero está clicando en cuentas de Instagram y Tumblr con las etiquetas #Detroit, #fiestaexpo y #dreamhouse.

Su teléfono se ha vuelto loco, así que le pone de mal humor esa burbuja de silencio que indica que está a punto de conectar con una animada grabación de televenta que le ofrece mejores ofertas para móviles.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Es la última etiqueta la que le está chafando la búsqueda, se da cuenta, mientras ojea un montón de imágenes irónicas de ruin porn. Lo refina como #dreamhousefiesta.

—Ey —responde una voz serena—. Soy Layla. Layla Stirling-Versado. Me enviaste un mensaje.

Suena más mayor por teléfono.

Se lleva la mano al teléfono automáticamente,

como para impedir que se vaya.

—Claro, Layla. Estaba deseando que llamasen. ¿Cómo te encuentras? —Intenta sonar despreocupado.

—La verdad es que no demasiado bien.

Oye tráfico de fondo, como si llamase desde un aparcamiento. El ulular breve de una sirena de policía a lo lejos.

—Ya. Lo siento. Debe de haber sido horrible. Me refiero a que encontraste el cuerpo, ¿no?

Se hace una larga pausa.

—¿Layla? ¿Sigues ahí?

—Sí. Sí, aquí sigo.

Se le oye la voz sofocada. Tiene que ir poco a poco, lograr que se guarde las lágrimas para cuando una cámara la esté enfocando.

—La oferta iba en serio. Quiero contar bien la historia, ¿sabes? Mucha gente recalca en Detroit, se llenan la boca de proclamas sobre lo que es y no es, y ese no es el lugar donde vivimos, ¿o no?

—Pues sí.

No parece muy segura, pero da igual mientras esté de acuerdo.

—No se trata de uno de esos vídeos oportunistas. Quiero mostrar cómo afecta a las personas aquello con lo que hemos de vivir, lo que esto nos está haciendo.

—Dijiste que tenías un presupuesto.

—Sí, claro. Esta es una película importante.

—¿Cuánto?

—Pago cincuenta dólares por entrevista, pero como eres una testigo ocular te daré cien. O sea: cien pavacos por media hora de tu vida. —Más bien serán tres horas, pero ¿quién las va a contar? ¿*Pavacos*? A su trol le da un escalofrío.

—¿Cien pavos?

Se muestra incrédula, pero no en plan «joder, qué chollo», como él esperaba.

—Pues que sean doscientos.

—Ha sido una mala idea.

—Eh. Eh, eh, Layla. Escucha. No cuelgues. Eres la hija de la inspectora Versado, ¿verdad? ¿Gabriella Versado?

—¿Lo has deducido a partir de nuestros apellidos, genio?

Sarcasmo adolescente. O lo tomas o lo dejas.

—Eso significa que sabes la presión bajo la que se encuentra. El gabinete del alcalde está que se sube por las paredes por culpa de este caso. ¿Sabes que la reputación de Detroit está en juego? Les preocupa tanto la mala prensa que están dispuestos a poner en peligro la investigación de tu madre. Van a dejar que el asesino se salga con la suya.

—¿Quién te tiene tan bien informado?

—¿Por qué no han difundido ninguna fotografía, Layla?

—Porque siempre se guardan algunos detalles, así si surge alguna información externa saben si es real o una treta.

—Se entiende —se apresura a decir él—. Pero hay un punto en que guardarse datos hace más mal que bien, porque los rumores se desatan. Quiero decir, ¿niños muertos y trozos de animales, hornos de cerámica y fiestas artísticas? ¿Has visto la especulación que se ha desatado en internet? Reddit tiene más entradas dedicadas a resolver el misterio del monstruo de Detroit que con los bombarderos de Boston. Hay como mil teorías conspirativas, y están obstaculizando la investigación de tu madre. Necesita a un informador en el exterior. Pero no se lo permiten.

—Por culpa del gabinete del alcalde.

—Exactamente.

—Pero tú sí puedes.

—Y también tu madre. Pero no lo va a decir. La alcaldía la tiene prácticamente esposada.

Ah, muy bueno.

—Puedo ayudar. No lo explotaré, lo prometo. Pero si puedo sacar algunas imágenes a lo mejor a

alguien se le enciende la bombilla. Le recuerda que vio algo sospechoso. Estarías echándole una mano a tu madre y a las víctimas, y tal vez salvándole la vida a alguien, Layla. Ese tío sigue ahí fuera. Ahora mismo.

—Ah, mierda —responde ella, de nuevo al borde de las lágrimas.

Un empujoncito y ya es suya.

—Te has metido en una especie de lío, ¿verdad, Layla? No te preocupes, no quiero saber nada. No te voy a preguntar. Mira. Consígueme fotos, algún clip de vídeo. Yo te lo pago y tú arreglas tus asuntos. Eso es lo que va a hacer falta, ¿no? ¿Dinero?

—Sí. Esa es la magia que necesito.

—Eres una tía guay, Layla. Nos podemos ayudar mutuamente y podemos ayudar a tu madre a cazar a ese gusano. No te preguntaré de dónde sacas las imágenes. Si son del móvil de tu madre o de su ordenador no es asunto mío. Puedes hacerte una

cuenta de correo y enviármelas por Dropbox.

—¿Cuánto?

Jonno tantea el terreno.

—Dos mil dólares por fotografías exclusivas de la escena del crimen.

—Necesito diez.

La deja a la espera mientras se pierde en cálculos frenéticos.

—Eso es un montón de dinero, Layla. Por esa cantidad tendrás que darme todo. Vídeos de la escena, fotos de cuerpos, primeros planos.

—Y no tengo que hacer la entrevista.

—No si no quieres.

—¿Mi madre se meterá en problemas?

—Se armará cierto alboroto, pero en última instancia supondrá la diferencia entre atrapar al asesino e intentar esconder la porquería debajo de la alfombra.

—¿Y nunca se enterará de que fui yo?

—Los periodistas tenemos la obligación moral

de proteger nuestras fuentes.

¿Periodista? ¿Moral? Ja.

—Es un departamento grande. No es solo el departamento de policía, tenlo en cuenta, sino la gente del instituto forense, el gabinete de la alcaldía, creo que incluso el FBI está metido en esto. Cualquiera podría filtrarlo.

—Vale.

—¿Vale, vale? ¿O sea que sí?

—Pero si te envío los archivos tú me envías el dinero de inmediato. A liquidar el mismo día. Me da igual si tu banco te cobra intereses extra.

—¡A mí eso me da igual! Si es así como hemos quedado, yo encantado de dártelos en billetes de cien dólares dentro de un maletín brillante entregado en mano por Samuel L. Jackson.

—¿Eh?

—Da igual. Gracias, Layla. Esto es importante. Vamos a darle la vuelta a la tortilla.

—Eso espero. Eso espero, de verdad.

Mi mejor amiga

El teléfono de Layla suena en cuanto cuelga a Jonno. Su madre. Como si fuese una puñetera adivina.

—¿Qué? —responde, jugando la baza del enfado para disimular el pánico.

—¿Dónde estás? —le espeta ella.

—En el aparcamiento.

—¿Donde los equipos de televisión?

—¡No! Fíate un poco de mí, mamá. En la parte de atrás, donde aparcaste el coche.

—Bien, quédate ahí. Vamos a ir a visitar a tu amiga Cas.

Que no le pregunte qué hace en el aparcamiento multinivel es sintomático de lo estresada que está.

No le habla durante el trayecto, cosa que Layla agradece, porque la aterroriza pensar que si abre la boca se le saldrán disparados todos los secretos: ChicoTerciopelo y ahora Jonno Haim. Evita a propósito mirar la bolsa del portátil y la cámara en el asiento de atrás. Su madre está tan absorta en este caso que casi parece que lo lleve cargado a la espalda, como el fantasma de una peli japonesa de terror que vio una vez.

El portero del bloque de apartamentos de Cas aventura un saludo simpático, pero advierte el aire

de desolación de ambas y se muerde la lengua.

—Buenas tardes, señorita, señora —dice con un gesto discreto.

—¿Estás bien, Lay? —le pregunta su madre mientras suben en el ascensor.

—Todo se ha ido a la mierda, ¿sabes?

—Vamos, garbancito, ya lo sé. Lo sé. No es culpa tuya —suspira Gabi.

Layla aprieta los dientes. Tiene que echar mano de todas sus fuerzas para no soltárselo todo. Pero entonces Cas abre de golpe la puerta del apartamento y se le echa en los brazos, a punto de tirarla al suelo.

—Zorra chalada, ¿qué has hecho?

Layla la abraza, se le agarra para que no se la trague la tierra.

—Seguid dentro, chicas —les dice Gabi en tono áspero.

El padre de Cas está en la cocina sirviéndose un whisky doble.

—¿Quiere uno, Gabriella? —le ofrece, ya con la cara de padre serio.

—Venga.

—Me temo que Helen está fuera. Pero puedo contarle todo lo que necesita saber. Cas, ¿por qué no os vais a tu dormitorio?

—Pero si estáis hablando de nosotras — protesta.

—Precisamente por eso no debéis estar aquí — le contesta Gabi.

Cas cierra de un portazo. La cama está deshecha. Ha arrancado todas las fotos de las paredes y las ha dejado desnudas, con pegotes de Blu-Tack. Se sienta en el suelo con la espalda contra la pared y aprieta una almohada entre las piernas. Layla termina por sentarse a su lado. No es como antes. Están calladas, intentando encontrar la manera de reconectar.

—No puedo encender el teléfono. Cada vez que

lo hago me entran mil mensajes. Todo el rato zum-zum-zum-zum-zum-zorra-zorra-zorra. Al menos podrían ser más originales.

—Eso es bombardeo textual. Puedes ponerte un programa automatizado para evitarlo. A mí me pasó lo mismo, solo que creo que más bien recibía como treinta mil —le explica Cas.

—Tú siempre más —se queja Layla.

Cas suelta un bufido sarcástico.

—Eh, yo no hice lo que tú. Tú has sido una chunga de mucho cuidado, Supervengadora.

Layla se coge la cabeza entre las manos.

—Mierda, Cas. Estoy metida en una buena, y la cosa es que apenas me acuerdo de nada. Fue como un sueño. ¿Sabes cuando te despiertas y no recuerdas lo que estabas soñando? Lo he borrado por completo.

—Es la manera que tiene tu cerebro de protegerse. Yo, por ejemplo, no me acuerdo de nada de aquella noche. —Se ríe, pero de un modo

cortante—. Me enteré igual que todos. Por internet. Estaba en clase de trigonometría y unos chavales lo estaban viendo. Pensé que era una parodia porno chorra. Luego un chico con el que jamás había hablado se me acerca, me agarra las tetas en medio de la cafetería y de repente todos se echan a reír.

—¿Por eso no bebes?

—Después de eso no. Mi padre me llevó al hospital para que me hiciesen un montón de análisis. Quería demostrar que me habían echado algo en la bebida. Pero eso solo permanece en la sangre durante un día, de modo que ya era demasiado tarde.

—¿Y te...?

Layla no es capaz de pronunciar la palabra. Violación. Les sucede a chicas bien majas a diario. Pero la palabra no sale de su boca, como un caramelo pegado al paladar.

—Bueno, me tocó toda la parafernalia

ginecológica. Eso es lo que más les preocupaba, pero resulta que sigo siendo virgen. No pongas esa cara de sorpresa. Como si tú no lo fueses.

—La verdad es que...

—¿Qué? No jodas. ¿Con Dorian?

—No. Con el vecino de al lado en mi antiguo barrio. Tim Schosswald. Pasaba por delante de su patio todos los días. Estaba lleno de flores. Su madre era buena jardinera. Hacía calor y él me salpicó con la manguera al verme. Estaba tan furiosa que salí corriendo detrás de él. Soltó la manguera y huyó hacia la parte de atrás y entonces, cuando lo atrapé y le dije que era un gilipollas, me besó. Nos estuvimos besando un montón de rato. ¿No te preguntas por eso en las películas? ¿Por qué no se besan más? Pasan de besar a follar sin cambiar de marcha. ¿Por qué hacen eso?

—Son pelis. También salen asesinos en serie socialmente concienciados y adolescentes que hackean por equivocación la base de datos del FBI

con el móvil. Dios mío, no me puedo creer que no me lo hayas contado nunca.

—Sí, vaya, resulta que hay cosas que no nos habíamos contado.

—Lo siento.

—Yo también.

—¿Me vas a contar qué pasó con Tim?

—La cosa siguió durante una semana. No lo hablamos, pero cada día a las cinco salía en shorts y pasaba por delante de su patio, él estaba regando y me salpicaba con la manguera, yo lo perseguía y terminábamos besándonos en la hierba.

—¿Sin mensajes ni correos electrónicos?

—Eso era lo bonito del asunto. No creo que nos dijésemos más de diez frases.

—¿Y?

—La cosa se fue poniendo cada vez más seria. —E intensa. La sorprendió su propio deseo—. Nos besamos muchísimo y nos desnudamos. —Ella se desnudó. Se arrancó la ropa mojada. La

camiseta del Monstruo Espagueti Volador. Se retorció para deshacerse de los shorts color pastel, haciéndolos resbalar sobre las zapatillas. Él la ayudó besándole las manos, besándole la barriga, el hueso de la cadera; descendió hasta que ella dio un respingo y empujó la pelvis contra su boca. Él la besó entre las piernas y Layla sintió que todo se realineaba alrededor de aquella parte de su cuerpo. La Tierra gira alrededor del Sol. Le picaba la espalda por la hierba y no era justo que él siguiera vestido. Forcejeó con su cremallera; él le apartó las manos, se la abrió y se bajó los tejanos hasta las rodillas. Dijo «Ah, Dios mío», y a continuación estaba dentro de ella y aquello era un tormento muy dulce y el olor de las flores era abrumador, como si estuviesen en el pasillo de una perfumería, y entonces había pensado «esto, esto es»—. Y se corrió como en tres segundos.

¿Cuenta?

—¿Hubo penetración?

—Tres segundos como mucho.

—Entonces cuenta. Oh, caray, Layla, eres una putilla.

—La verdad es que no sabía lo que había pasado. Estaba avergonzadísimo, se subió los pantalones, se metió en su casa y no volvimos a hablar. Eso fue lo único bueno del divorcio, que pude dejar de ver cómo me evitaba cada día con toda la intención. Era tristísimo y estúpido. Quiero decir que pensé que estaba enamorada de él. Le envié como cien mensajes de texto. Y selfies. «Mira lo que te estás perdiendo». ¿No te parece patético?

—Creo que mi madre piensa que me lo gané a pulso —dice Cas con toda serenidad—. A veces me mira como si supiese lo que es ser una chica. En una habitación llena de chicos.

Y hacer que te deseen, piensa Layla. Eso fue lo que envenenó todo con Tim. Su propio deseo amplificado por la urgencia del deseo de él. No es

como tocarse una misma, que solo compites con tu necesidad, con tu imaginación sexual. Es mejor cuando el ansia es mutua, una retroalimentación continua. Se sintió como una diosa. Se sintió adorada.

—Como si ella hubiese hecho alguna estupidez en su momento.

—No hay derechos de autor para la estupidez. Y estabas borracha.

—Ojalá... —Cas se derrumba—. Ojalá me lo dijese. Porque siento que me está juzgando todo el tiempo, y que la he decepcionado. Eso es lo peor. Peor que los estúpidos mensajes de texto de las zorras de mierda llamándome puta, o que las miradas que me echaban por los pasillos, o peor que saber que todo el mundo lo ha visto. Por eso me tomé las pastillas. Tenía un plan bien montado. No fue una llamada de atención. Iba en serio. Pensaba tragarme las pastillas, tirarme luego a la piscina desde el tejado del garaje con una bolsa de

plástico en la cabeza para asfixiarme y ahogarme. Pero me desmayé antes de llegar a la puerta principal. Mi padre me encontró en la cocina, cubierta de vómito. Fue él quien se empleó a fondo. Demandas y desestimaciones y toda la pesca. Mi madre lo convenció para que lo dejase. Le dijo que yo ya tenía bastante con lo que tenía. Así que nos mudamos. Nos cambiamos los nombres. O sea, ellos siguen siendo Amis-Holt, pero yo soy solo Holt. Y ya no soy Isabella. Por eso Ben y yo vamos a colegios distintos, para tratar de protegerlo. Cada vez que le llega un mensaje al teléfono me preocupa que sea un enlace al vídeo. Y a mi padre le siguen llegando alertas de Google. Me encantaría poder decirle: Ya está, papá, se ha acabado. Ya está bien. Pero esto es la prueba, ¿no? No puedes huir de tu pasado.

—Ni siquiera en Detroit.

—Esos chavales eran unos niños estúpidos. Ya me he olvidado de sus nombres.

—Que les den por culo. Y a Travis y a su panda.

—¿Te refieres a Boquita de Piñón Russo? El ratoncito Pérez le deberá como mil dólares — comenta Cas con una sonrisa burlona.

—Pues espero que se lo pague al contado. Mi madre cree que nos pueden hacer responsables de sus facturas médicas, que tal vez si las pagamos no presenten una demanda por agresión. No quiero que me envíen al reformatorio, Cas.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Diez mil dólares, igual más. No se lo puede permitir, Cas. No creo que tengamos tanto dinero en mi cuenta de la universidad. Y no se lo puedo pedir a mi padre. Ahora tiene que cuidar a sus niños. La cagada es mía, tengo que solucionarla yo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Sabes el tío que subió el vídeo sobre la fiesta de la expo? Dice que me pagará a cambio de imágenes exclusivas.

—¿Y si lees entre líneas con tu anillo secreto decodificador?

—Me dijo que estaría favoreciendo a la investigación, que mi madre tenía las manos atadas...

—Bondage. Qué repelús.

—¿Podemos hablar en serio por un momento?

—No. Así es como vivo mi vida.

—Bueno, me ofreció dos de los grandes por robarle a mi madre vídeos de la escena del crimen. Le dije que subiese a diez.

—Bien mirado, no es robar. Es más bien piratería o, yo qué sé, WikiLeaks, porque lo que haces es copiar una cosa, más que llevártela.

—Como brújula moral eres terrible.

—Pero como GPS para billetes de dólar soy buenísima.

Ambas pegan un bote cuando oyen llamar a la puerta.

Gabi parece consumida, y Layla se da cuenta de

que lleva a cuestras dos fantasmas japoneses: la responsabilidad del caso y la responsabilidad de su hija, y que la que pesa de verdad es ella.

—Vamos, Layla. Tenemos que irnos. Es tarde.

—¿No nos vais a contar nada?

—Mañana hablamos. Tengo que ir a ver a los padres de Travis.

—¿Puedo ir? —Quiere quitarle ese peso de encima a su madre—. Puedo arrastrarme. Puedo ser la chica más desconsolada del mundo.

—Ahora mismo no quieren verte. Acaba de salir del hospital. Pero te prometo que mañana nos sentaremos las dos y veremos cómo lo hacemos, ¿de acuerdo?

—Entonces, ¿podría quedarme a dormir aquí, por favor? No quiero quedarme sola en casa.

Gabi está sorprendida.

—Si a usted no le importa... —Mira al padre de Cas.

Andy asiente.

—Les vendrá bien a las dos. Mañana podéis faltar a clase, chicas. Id a ver una película en el Renaissance Center. Usa la cuenta de taxi de tu madre. Tomáoslo con calma. Vaya, que si quieres puedes quedarte también mañana por la noche, Layla.

—¿Seguro? Sería un tremendo alivio —dice Gabi abrazando a Layla—. Te quiero, bonita.

—Lo sé, mamá. Yo también te quiero. —La culpa la machaca—. No me envíes fuera, ¿vale?

—Ya veremos. Empieza por llamar a tu padre y explícale todo lo sucedido.

Subir la apuesta

Las carreteras de Detroit están construidas como radios que parten del centro hacia fuera con los kilómetros marcados. Se puede recorrer en línea recta la avenida Woodward, cruzar Eight Mile (que viene a ser la frontera de la ciudad), continuar y ver cómo el deterioro urbano se transforma en una zona residencial de extensiones de césped plagada de todoterrenos y Prius, a veces juntos, aparcados en accesos vecinales ribeteados por rosales.

De camino a Grosse Pointe, Gabi intenta devolverle la llamada a Chispitas, pero su teléfono

se desvía directamente al buzón de voz. Deja un mensaje mientras aparca junto a los arbustos de rosas.

—Eh, novato, llámame. ¿Dónde estás?

La casa de Edward y Donna Russo está construida en un estilo rústico campestre, con madera vista a través de la pintura. Como los tejanos rasgados de diseño; pagas más por un toque de dejadez. Igual es una especie de conjuro mágico, se le ocurre a Gabi, para mantener alejados a los pobres.

Travis está en el piso de arriba, en su cuarto. Cuando Gabi llamó antes, Donna Russo le explicó que sería mala idea llevar a Layla.

—El psicólogo dice que prácticamente tiene síndrome postraumático. Está con un tratamiento de ansiolíticos. Y analgésicos, claro. No sé cómo reaccionaría si la ve. Podría ser un detonante.

—Quiere disculparse.

—Que se lo hubiese pensado antes de

machacarlo hasta casi acabar con él —replica con voz entrecortada antes de colgarle.

Francamente, que Layla se haya quedado con Cas facilita las cosas. Significa que Gabi ha de ser amable solo hasta cierto punto.

Se las ha arreglado para conseguir el informe médico. Tutearse con las enfermeras de urgencias de media ciudad a raíz de su época de patrulla ayuda; imposible recordar el número de matones heridos y civiles pillados en fuegos cruzados.

No hay duda de que Travis está muy mal. Tiene un traumatismo leve que necesitará seguimiento. La mandíbula fracturada. Una brecha que va del nacimiento del pelo, pasando por la juntura de la quijada y llega a medio camino de la barbilla, aunque nadie se explica cómo eso ha causado que se le cayeran todos los dientes. «¿¿Posible osteoporosis prematura??». Ha garabateado en boli azul un médico con una letra casi ilegible. No tiene sentido. Le da la misma sensación de náusea

que experimenta con el caso.

Sobre la mesa del comedor pende una lámpara enorme, una esfera roja de alambres que se desenmarañan y le dan ganas de agacharse. Hace un calor increíble. Calefacción por suelo radiante, deduce Gabi, porque la chimenea es uno de esos trastos de imitación a gas con carbones brillantes.

En la estantería de encima hay una serie de fotografías de estudio en blanco y negro, con marcos de madera reciclada. Ahí están riéndose, sonriendo, haciendo el payaso, Travis saltando sobre la espalda de su padre, su madre tapándose la boca con una mano y la sonrisa se aprecia entre los dedos. Aquí aparecen serios por completo, todos con camisetas blancas lisas y tejanos, los brazos rodeando la cintura del resto o echados por encima de un hombro mientras contemplan la cámara impávidos. Esto es amor, dice la fotografía. Esto es la familia. ¿Algo que decir?

Cuando Gabi estaba escogiendo colegio nuevo

para Layla le gustó que en Hines High hubiese una mezcla de alumnos de ambientes y clases dispares. Pero ahora, aquí sentada a esta mesa con los Russo bajo un sol de alambres, no está tan segura de que la mezcla sea conveniente. El infierno no son los demás, el infierno son los padres de los otros. Y los padres con dinero son una especie aparte, aun cuando visto desde fuera tengan tanto en común. Hijo único. Mestizo.

Se pregunta cómo acabó su hijo en un colegio subvencionado en la ciudad; a lo mejor tienen un historial de expulsiones o por agresión sexual, algo que pueda usar como munición.

Los Russo se sientan enfrente de ella: Edward con su pelo oscuro y espeso, su nariz italiana, vestido de ejecutivo informal, y Donna con su melena alisada y recogida en una cola no muy ceñida, una mano sobre la de su esposo en la mesa, como para recordarle que mantenga la calma. Quieren que Gabi implore clemencia. Una

clemencia que ya han decidido negarle, como sabe. Porque el fiscal la ha llamado por la tarde. La familia tiene contactos políticos (en Lansing, no en Detroit, pero suficientes como para obligarlo a seguir adelante con la demanda).

—Quiero comenzar diciendo que lamento mucho lo sucedido. Queremos hacer lo correcto con ustedes y con su familia. Layla nunca había hecho nada parecido.

La madre abre una boca perfecta y cualquier atisbo de culpa que Gabi pudiera sentir se disipa por obra y gracia a causa de la increíble estupidez que de ella sale:

—Ojalá no. Ojalá no lo hubiese hecho, de verdad. Teniendo en cuenta que es usted madre soltera y tal. —Es peor que el paternalismo. Es maternalismo—. Admiro su valentía al intentar criarla sola. Pero eso supone..., lo siento, a lo mejor es duro oírlo, pero significa que usted no puede estar presente todo el tiempo. No sabe lo

que hace su hija. Dónde va. Qué toma.

—Layla no estaba bajo los efectos de ninguna droga.

—Hemos pedido análisis de sangre.

—No sin el consentimiento paterno.

Lo dará, por supuesto, pero quiere recordarles que existen procedimientos, que la ley es democrática y la justicia ciega (o eso se supone).

—El colegio va a examinar su taquilla. Vamos a presentar una demanda. Y la llevaremos tan lejos como podamos.

—Comprendo que quieran que sea castigada...

Donna da un golpetazo con la palma abierta sobre la mesa.

—¡Le ha destrozado la cara!

—Va a costar mil novecientos dólares por diente —dice Edward con reverencia, como si fuese algo digno de orgullo.

—Estoy dispuesta a cubrir cualquier gasto que no les pague el seguro. Saldrá de los ahorros para

la universidad de Layla.

—¿Universidad? —Donna suelta una carcajada amarga—. No debería ir a la universidad. ¡Tendrían que internarla en un manicomio! Necesita ayuda profesional. Y la cirugía reconstructiva no es todo. ¿Qué hay de la humillación? Delante de todo el colegio. ¿Sabe hasta qué punto puede hacer mella en la confianza de un muchacho?

—Por favor, escuchen lo que voy a decirles. Están ustedes en todo su derecho de presentar una demanda... —Gabi se aferra a su paciencia como si la vida le fuera en ello.

—Sí, lo estamos.

—Pero incluso con el juez más severo del mundo, puedo decirles que a Layla no la van a enviar a un correccional ni a la cárcel. Tendrá que prestar servicios comunitarios. Lo registrarán en su expediente, pero dado que tiene quince años, lo eliminarán al cumplir los dieciocho. El juez tendrá

en cuenta que no hay antecedentes, que es la hija de dos agentes de policía sobresalientes con un largo historial, y que dos días antes experimentó un trance traumático que afectó a su estado emocional...

—¡Esto es corrupción! —chilla Donna—. Esto es exactamente a lo que se refiere la gente cuando se queja del sistema. Se cubren entre ustedes.

—Así es como funciona la ley. Para cualquier adolescente sin antecedentes.

Edward le pasa un brazo por el hombro a su esposa.

—Su hija no va a librarse sin más después de agredir a nuestro hijo con un arma mortal.

—La acusación será «agresión grave con tentativa no homicida de daño físico severo».

—Eso tendrá que decidirlo el juez. Si intentaba matarlo o no. Sin mediar provocación alguna.

Gabi descubre que la paciencia se le escapa de las manos.

—Hablemos de eso. De provocación. De lo que saldrá a relucir en el juicio y de padres que no saben en qué anda metido su hijo. Hablemos del hecho de que Travis distribuya pornografía infantil.

—¿Cariño? —La señora Russo mira hacia su marido, pero es más una apelación para que ponga a Gabi en su sitio que una preocupación real.

—¿Voy a tener que llamar a mi abogado? —El asunto lo tiene aburrido. El dinero te permite tener una bonita casa en un barrio residencial y abogados caros que hacen desaparecer los problemas.

—Travis subió a su página de Facebook un vídeo de una menor siendo agredida sexualmente en una fiesta.

—Eso no es pornografía infantil. —Sigue aburrido. La ventaja de clase alta, todavía.

—Técnicamente, eso es pornografía infantil. Si lo condenasen, Travis se ganaría un puesto en el

Registro de Delincuentes Sexuales. Que no se elimina del expediente al cumplir los dieciocho.

—Tiene que estar de broma —dice el padre poniéndose en pie a medias. Gabi teme que se dé un cabezazo con la ridícula lámpara—. ¿Su hija agrede con saña a nuestro hijo, probablemente hasta el culo de drogas, y se atreve a intentar cargarle el muerto a él?

—Esto es América. El sexo es peor que la violencia.

—¿Usted cree que hizo no sé qué vídeo? ¿Cree que nuestro hijo haría eso?

—Eso representaría una acusación mucho más grave. El vídeo proviene de Oakland, se grabó el año pasado. En él aparece una chica de catorce años llamada Isabella Amis agredida sexualmente en una fiesta. Travis se limitó a hacer el tonto y compartirlo por ahí sin pensar en las consecuencias. Cometió un error estúpido.

—¿Y su hija hizo lo mismo? —comenta Donna

con desdén. Gabi admira el modo en que carga su sarcasmo con extra de almíbar.

—Travis también le agarró los pechos a Isabella Amis en una fiesta, delante de sus amigas, si le apetece hablar de humillación pública. Así que añada agresión sexual más la acusación de ciberacoso, aunque los legisladores de Michigan todavía están decidiendo los protocolos al respecto. Este caso podría sentar un precedente. Nada de esto justifica el comportamiento de Layla, pero está claro que su defensa lo traerá a colación como circunstancia atenuante. Todo esto verá la luz en el juicio si deciden demandar.

—¿Tiene pruebas?

—Tengo capturas de pantalla de su cronología. Comentarios de sus amigos. Seguramente ha borrado todo lo que ha podido, llegados a este punto, pero las redes sociales dejan rastros. Las corporaciones lo guardan todo: publicaciones de Facebook, mensajes de texto, chats... Todo está en

un servidor central quién sabe dónde, y un tribunal de justicia puede requerírselo. «Borrado» es una palabra muy poco apropiada.

Solo la mitad de lo que dice es cierto, pero el señor Holt le ha proporcionado la jerga necesaria para deslumbrarlos. Se sentaron y repasaron los perfiles de los chavales juntos, recogiendo lo que pudieron. Él lo hacía con la satisfacción ávida de un superviviente.

—Enséñenos ese vídeo —la reta Donna Russo.

—Me temo que no puedo. Constituiría un delito. Eso tendrán que pedírselo a su hijo.

Martes 18 de noviembre

Dando vueltas

Gabi se despierta demasiado temprano de un sueño inquieto, a las cinco de la madrugada, en una casa antinaturalmente silenciosa. La ausencia

de Layla es una cosa física en la oscuridad. ¿Así será cuando se marche a la universidad? Nota un peso cálido en las piernas. NyanCat, que se apoltrona en protesta e intenta hacerse más pesada cuando ella se mueve.

—Soy más grande que tú, gata —le dice mientras la empuja fuera de la cama.

La gata se queda acechando apartada, la cola agitándose indignada. Nunca ha entendido el nombre. ¿Era de algún videojuego? Layla le enseñó una animación cutre de una tostada con cabeza de gato que iba dejando un rastro de arcoíris, de modo que empezó a referirse a la caja donde el animal hacía sus necesidades como «la letrina de los arcoíris» solo por mosquearla. Layla se lo pone fácil. Gabi destroza la cultura pop a propósito para tomarle el pelo a su hija. En cierto modo, se ha convertido en su modo codificado de decirle «te quiero».

Se levanta y comienza a hojear los informes.

Boyd le dejó otro fajo anoche después de que volviese de hablar con aquellos padres gilipollas, con un aspecto que reflejaba tanto agotamiento como sentía. Estaba tan machacada que se le olvidó preguntarle si sabía algo de Chispitas.

Abre ágilmente las carpetas.

«¿Qué coño quieres? ¿Qué intentas?». Va pasando las fotografías de las puertas. La monstruosidad de los restos de Daveyton en el jardín, los ojos huecos del ciervo.

NyanCat maúlla quejicosa desde el suelo y ella la acaricia con un pie sin fijarse demasiado. El animal no necesita más. Salta sobre el regazo de Gabi y tira de la mesa todos los documentos.

—¡Bicho imbécil!

La empuja y empieza a colocar cada informe en su carpeta correspondiente. Examina los nombres de los artistas concurrentes de la hoja de cálculo. Cincuenta personas. Pasa la página porque sí, ninguna razón en particular. Instinto de poli.

Hay tres nombres más, impresos en rojo, en fuente de ocho puntos, y tachados. Dos hombres, una mujer.

~~Vincent Nadel~~

~~Clayton Broom~~

~~Alette von Randow~~

Se queda de rodillas en el suelo y empieza a buscar el registro de alumnos de Miskwabic Pottery pasando los dedos por los nombres de los últimos tres años para ver si encuentra a Vincent o a Clayton.

Nada.

Pero tal vez estuvo allí antes. Hay un libro de contabilidad en la caja de pruebas que tienen en comisaría. Se pone un jersey y unos tejanos, recoge todas las carpetas y va hasta allí en coche.

Telefonea a Boyd mientras conduce.

Tiene la voz pastosa, soñolienta.

—¿Otro cadáver?

—No. Pero creo que he dado con algo. ¿Puedes venir?

Se la encuentra pasando las hojas del libro forrado en el que Betty Spinks llevaba las cuentas de ingresos y gastos.

—Aquí. 19 de abril 2010. «50 \$. Tareas varias. C. Broom». 30 de abril. «35 \$. Labores de vigilancia. C. Broom». 11 de mayo. «50 \$ - arcilla comprada = 35 \$». Y mira la lista de artistas participantes. Clayton Broom. Tachado en el reverso de la página. ¿Qué crees que significa? ¿Se retiró? ¿Lo descartaron? ¿Por qué?

—¿Porque es un psicópata? Introduciré su nombre en el sistema.

—¿Puedes ponerme con el comisario de la exposición?

—Son las seis de la mañana, Versado.

—Me importa una mierda.

Patrick Thorpe se materializa media hora

después con Darcy D'Angelo, ambos con los nervios a flor de piel.

—Desde luego que es él. ¡Por supuesto! ¡Tendría que haberlo deducido antes! Siempre ha sido un tanto peculiar, pero últimamente ha estado...

—Más chalado de lo habitual —completa Darcy.

—Su obra se ha desarrollado muy repentinamente, casi de un día para el otro. Una visión asombrosa, pero con una dirección perturbadora. ¿Cree que es porque estaba matando gente? ¿Cree que eso lo ha abierto creativamente?

—Cálmese, por favor, señor Thorpe.

—Se suponía que iba a llevarnos aquel maravilloso hombre gordo de cera para la muestra, pero se echó atrás. Ay, Dios, ¿cree que dentro también había un cuerpo? Pero la foto que me enseñó usted de aquella cosa en el jardín era muy burda. No se parecía al otro trabajo para nada. Era una cosa aplastada contra otra. Pero tiene sentido, ¿no?, porque los asesinos en serie empiezan sin

complicarse mucho y van volviéndose más chapuceros, ¿no? Y el tipo tiene un historial, ¿verdad, Darcy? Aquella sábana de hospital manchada de sangre que presentó una vez como obra de arte.

—¿No te acuerdas de lo que le hizo a Marcelle? Todos intentasteis que quedase como una broma, pero deja que te diga que desde aquel momento todas las chicas de la casa supimos que había perdido la chaveta —continúa Darcy.

—¿Qué broma? ¿Cuándo sucedió eso? —interrumpe Gabi.

—Hará siete u ocho años. Un grupo de artistas compartían un estudio común en un edificio ocupado. Destacaban en el mundillo, mucha fiesta; y Clayton estuvo durmiendo en el sofá durante una época. A nadie le caía bien, realmente (era muy intenso), pero no sabían cómo pedirle que se fuera. En cualquier caso, había una chica que le gustaba, Marcelle. Clayton le pintó un retrato y cuando ella

dijo que era feo...

—Él le contestó: «¡Ahora vas a ver lo que es feo!» —interrumpe Patrick.

—Fue y trajo unos intestinos de oveja secos del matadero de al lado y los pegó en el cuadro sobre el pelo. Marcelle se puso hecha una furia y se montó una pelea tremenda. Lo echaron con esa excusa.

—Voy a necesitar que esto conste en acta.

Patrick da un respingo.

—¡Darcy! ¿Y si no eran intestinos de oveja?

—No creo que la especulación nos sea de ayuda. Mejor dejen que lo investiguemos. Sus declaraciones han sido muy útiles. —Gabi les indica que toca marcharse—. Volveremos a contactar con ustedes, pero mientras tanto hagan el favor de no hablar con nadie de esto, sobre todo con los medios de comunicación.

Cierra la puerta tras la pareja y se apoya contra la pared.

—Joder —suspira.

Lo han tenido ahí, delante de sus narices, todo este tiempo. Incluso lo tienen grabado en la fiesta, solo un segundo, antes de que la cámara apunte hacia el suelo. «Necesito una cámara. Necesito que la gente lo vea», dice con una actitud escalofriante.

Clayton Elias Broom. Cincuenta y tres años. Detenido muchas veces, pero nunca por un delito que requiriese huellas dactilares. Vagabundeo. Alteración del orden público, obstrucción del tráfico.

Está en la lista del personal de la planta de envasado cárnico. Estuvo trabajando allí durante tres meses en 2010, y una vez más hace poco, antes de que tuviesen problemas con los sindicatos. Evidentemente tuvo acceso al pegamento de carnes.

Aparece en el libro de cuentas de Betty Spinks.

Aparece en la puta guía telefónica, con su dirección y demás. La ruta del autobús de Daveyton pasa por su casa.

—Lo tenemos —dice Boyd.

—No hasta que lo hayamos detenido —responde Gabi. Se está abrochando el chaleco antibalas. Todos se han reunido. Todos están listos.

—Mierda. No puedo creer que se nos haya pasado a Chispitas y a mí —comenta Boyd negando con la cabeza.

Gabriella frena en seco.

—¿Has visto a Chispitas?

—Esta mañana no.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Lo dejé en casa el domingo después de hacer el puerta a puerta.

—¿Y ayer?

—No. Pero he estado ocupado. Lo estábamos todos.

—¿Alguien ha visto al agente Jones? —grita

Gabi.

Se acuerda de la llamada perdida de ayer. No comprobó si le había dejado un mensaje. Marca el buzón de voz. «Hola, inspectora Versado, he encontrado algún nombre más en la lista, voy a...». Se corta ahí. Lo vuelve a escuchar. Mierda.

Mierda.

—¿Marcus tenía esta lista?

—Teníamos un par de copias. Él estaba trabajando con una el domingo.

Marca otro número.

—Hola, ¿distrito cuarto? Al habla la inspectora Versado, de Homicidios. ¿Está su supervisor? ¿Puede decirme si el agente Marcus Jones se personó ayer? Sí, sé que tiene una exención especial. ¿No le ha presentado baja por enfermedad? Sé que se supone que debería estar conmigo. No, no está.

La ley de la selva

—La leche, qué frío —se queja Cas, inclinada sobre el borde del tiovivo del parque, que gira en perezosos círculos. De vez en cuando le da impulso con el pie para mantenerlo en movimiento y la zapatilla deportiva deja rastros en el cieno de la nevada de anoche.

—¿Tú crees que va a venir?

—Tiene que venir.

Layla está sentada en la valla, pintada hace poco, lo bastante baja como para saltar y echar a correr si fuese necesario. Hay casas y tiendas cerca. Al otro lado de la calle hay una gasolinera. Estas

precauciones no se deben a los consejos de su madre, son fruto de una adolescencia entera viendo películas de terror de serie B mientras les pegaba gritos a los capullos de los protagonistas.

Diez mil dólares. Con eso bastará para pagarle el dentista a Travis, ¿no?

ChicoTerciopelo no quería pagar tanto, evidentemente. Pero ella le dijo que tenía que superar su otra oferta. Que lo viera como una recompensa por encontrar su cartera extraviada. Incluiría borrar todos los pantallazos de sus chats, los mensajes y el vídeo del restaurante, que no tiene, pero ey, eso él no lo sabe. No le ha contado que «el otro postor» lo que quería eran fotos de la escena de un crimen sacadas del portátil de su madre y no pruebas del chat de un pedófilo.

—¿Me dejas ver la pistola? —le pide Cas revoloteando a su alrededor.

—¡No! Hostia. —La calibre 38 que lleva en el bolsillo de la sudadera tiene su propia densidad de

agujero negro. Han hecho esperar al taxista mientras Layla entraba en casa y la cogía de la caja fuerte, antes de venir aquí. Todo cortesía de la cuenta de taxis de la madre de Cas—. ¿Y si aparece doblando la esquina ahora mismo? Lo podemos asustar.

—O lo podemos asustar para que pague de inmediato, sin preguntas.

—¿Ese es el coche de antes?

—¿Qué?

—El Pontiac verde. Estoy convencida de que ya ha pasado hace un rato.

—Chica, no sé distinguir un Porsche de un Pontiac.

—Ahí va otra vez. La misma matrícula. No me vuelvas a dejar tirada, ¿vale? —le advierte.

Layla se baja la máscara de gato y avanza saludando con la mano. La otra sigue en el bolsillo de la sudadera. Cas se yergue, clava los talones en la grava y el tiovivo se detiene con un chirrido.

—¿Qué haces?

El Pontiac reduce la marcha y ve la cara rosa y atemorizada de Philip tras el volante. Lo llama por gestos. El coche acelera, los neumáticos rechinan y se aleja a toda velocidad.

—¿Era él?

—Pues sí.

—¿Adónde va?

—A sufrir un ataque de pánico. Volverá.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya ha pasado dos veces. Ya ha hecho su apuesta.

Cas se sienta junto a ella en la valla y se baja la careta. Y sí: cinco minutos después el Pontiac dobla la esquina reptando y se detiene; el motor encendido, un penacho de humo se eleva desde el extremo del tubo de escape.

—¡Eh! ¿Por qué no te acercas?

—Ven tú —le replica Layla. Tiene los asientos tapizados de cuero rojo, ¿se puede ser más cutre?

—No quiero hablar de esto a la vista de todos.
Podemos dar una vuelta.

—No nos vamos a subir en tu coche. O vienes aquí o no hay trato.

—No.

—Vale. Espero que tu jefe en eso de la eléctrica sea muy comprensivo cuando le envíe por correo electrónico nuestras sesiones de chat.

—¡Muy bien! Espera un momento.

Sube la ventanilla. Quita el contacto. Se queda un momento en el asiento agarrando el volante.

—¿Qué hace? —Cas está tensa como la cuerda de una guitarra.

Se está pegando cabezazos contra el volante, con la boca abierta, chillando en silencio. Layla agarra con más fuerza la pistola dentro del bolsillo. Aún parece más pesada.

Deja de gritar y de darse golpes y abre los ojos. Respira hondo y abre la puerta. Sale y da la vuelta al coche sonriendo. No es una sonrisa de verdad.

—Ya nieva, ¿eh? Quién lo hubiera dicho. —Se frota las manos porque a lo mejor de esa manera puede aguantarse las ganas de abalanzarse sobre ellas y estrangularlas.

—Quédate ahí —le advierte Layla.

—Decídate de una vez —replica él dejando de sonreír.

—¿Dónde está el dinero?

—En el coche.

—Sácalo, por favor.

—¿Por qué voy a hacerlo? ¿Por qué voy a confiar en ti? Llevas todo este tiempo mintiéndome.

—Porque sabes cuáles son las consecuencias — responde Layla. Suena bravucona. Piensa en lo que debe parecer desde fuera, dos chicas con caretas de gato en el parque enfrentándose a un tío blanco larguirucho con una gorra de los Lions. Probablemente es para flipar en colores. Experimenta la sensación desplazada de estar en

una película. Está contemplando cómo sucede—. No intentes chulearme —añade, porque es la clase de cosa que le parece que tiene que decir.

—Zorras.

—Ve a cogerlo —le insiste Cas.

—No lo tengo.

—¿Qué? —Layla está perpleja.

—¿De dónde se supone que tengo que sacar diez de los grandes?

—Dijiste que los conseguirías.

—Mírame. Mira mi coche. Gano dos mil al mes. Pago setecientos de alquiler. Gasto cuatrocientos en la compra. Tengo deudas. Mi padre está enfermo. Tiene párkinson. Hace que se te quede el cuerpo rígido como un cangrejo muerto. Se pasa el día sentado en una silla de ruedas. Así que se caga encima y tengo que levantarlo de la silla y cambiarle los pañales. A mi padre.

—Tienes dinero suficiente para comprarles abonos a las chavalitas —le dice Cas.

—Es una fantasía. Nunca las he llevado a cabo. Estoy solo. ¿Vosotras no tenéis fantasías?

—¡Pediste fotos! Querías que te enviase vídeos. ¡Querías conocerla! —objeta Layla.

—¿A quién? No hay quien. SusieLee no existe. Sois vosotras. Jugando a manipularle la mente a los demás. Provocando a gente inocente. Yo no quería quedar. Fuisteis vosotras. Pensé que...

—¿Qué? ¿Qué pensaste?

—¡No lo sé! Pensé que a lo mejor mentías. Que eras mayor. Parecías mayor. Pero no tanto como para estar ya harta y amargada como las mujeres con las que he salido.

—Eres patético.

Endurece el gesto.

—¿Quieres tu dinero, chavalita? ¿Qué te parece si os doy veinte pavos a ti y a la gorda de tu amiga y me chupáis la polla?

Cas está fuera de sí.

—¡Cerdo! Eres un perverso de mierda, igual

que todos.

Le da un golpe con el hombro a Layla, a esta se le sale la mano del bolsillo con la pistola y Cas se la arrebatata.

—¡No, Cas! —grita Layla.

—Puto mentiroso. ¡Puto pervertido! —le chilla.

Apunta el revólver a la entrepierna de Phil. Este suelta un chillido agudo y recula contra el coche.

—¿Dónde está el dinero, pervertido?

—¡No lo tengo, ya te lo he dicho!

—Cas, para —le suplica Layla.

—Por supuesto que no. Porque eres un perdedor. ¿Quieres una mamada? ¿Y por qué mejor no te vuelo las putas pelotas? ¿Qué te parece, Phil? Espero que lleves unos pañales de sobra de tu padre en el coche. Vas a necesitarlos, hijoputa. — Las lágrimas le corren por las mejillas.

—¡Lo siento! Era todo broma.

—¡Para! —Layla agarra a Cas del brazo, pero es demasiado fuerte y no se deja mover.

—Claro, eso es lo que ellos me decían. Una broma. ¡Estoy tan harta de vosotros! Sois todos iguales —le grita en la cara.

—¡Os conseguiré el dinero! —gime Phil, obsequioso.

—¡Él no tiene la culpa de lo tuyo, Cas!

—¡Por favor! ¡Pediré un préstamo! No me dispares —chilla.

—Él no es como ellos. No tiene nada que ver con quienes te hicieron aquello.

Layla logra cogerle el pulgar a Cas y tira hacia abajo obligándola a doblar la muñeca de lado junto con todo el cuerpo.

La pistola se dispara, es mucho más ruidosa de lo que Layla hubiera imaginado.

Todos pegan un bote y Phil grita. Enmudecido, como si chillase desde dentro de una cabina telefónica guiado por la voluntad de otro. Por un instante el mundo entero se vuelve un cristal nacarado, un cenicero art déco. Y de golpe regresa

la normalidad.

Un pitido invade su cabeza. Cas está acuclillada, se tapa los oídos con las manos, le tiemblan los hombros. Phil chilla y jadea y sigue chillando, los ojos apretados y las manos apoyadas en el coche.

Layla mira la pistola en la mano. La levanta y le da un golpecito a Phil en la frente con la culata.

—Eh, tontito. No te ha dado.

El hombre abre los ojos y da un respingo, los ojos clavados en la pistola. Es la primera vez que alguien le tiene miedo.

—Estás bien, Phil. —Le suena amortiguada su propia voz.

—Ay, la Virgen. Gracias a Dios. Gracias a Dios.

—Métete en el coche, Phil. Arranca y vete. Y no vuelvas. No vuelvas a intentarlo nunca más. Te vamos a estar vigilando. La próxima vez dejaré que te dispare.

—Sí, sí. Lo haré. Quiero decir, no lo haré. Lo que tú quieras.

—Métete en el coche.

Phil sale disparado hacia la puerta del conductor y se le caen las llaves al suelo. Se agacha a recogerlas respirando entre cortos jadeos. Mira debajo del coche y alarga una mano, luego mira por encima del capó para ver qué hace Layla.

—No puedo —implora.

—Tómate tu tiempo. No te voy a disparar. Mira, me guardo la pistola.

Él asiente con los ojos húmedos y se tumba bocabajo sobre el barro congelado intentando meterse debajo del coche.

Layla rebusca un rotulador en el bolsillo. Escribe en letras gigantes «SusieLee» en la luna trasera. Desde su perspectiva, el cuero rojo de los asientos traseros del coche parecen casi vaginales..., cálidos y carnosos. Se imagina devorada por ese coche. Se está volviendo loca.

—¿Qué es eso? —dice él levantándose con las llaves en la mano. Le tiemblan las manos. Pero

también a ella.

—Por si te olvidas. Si se te ocurre seguirnos, si intentas encontrarnos, dejaré que te meta un balazo en los huevos. Sabemos dónde vives. Vamos, Cas.

Ayuda a su amiga sollozante a ponerse en pie y se alejan a toda prisa, cruzan la calle hacia la gasolinera y la seguridad del neón, de los surtidores y de los pasillos repletos de productos. No mira atrás.

Las secuencias

La idea de lanzar las secuencias de vídeo con distintas ediciones es de Jen. Veintiocho minutos para los fans, doce para los curiosos potenciales, tres para el youtuber ocasional, fragmentos de diez y de treinta segundos para el canal de noticias, siempre con Jonno dentro de plano o con su logo sobrepuesto en las imágenes. Reconocimiento de marca. Él no ve la hora de tener un cámara profesional, un productor de verdad, un editor.

Jonno mira de frente al objetivo, declama con extrema seriedad.

—Esto es lo que la ciudad de Detroit no quiere que veáis. —Hace una pausa para enfatizar—. No me extraña. Las imágenes que estáis a punto de ver son gráficas y perturbadoras.

Se asegura así de que nadie va a cerrar el vídeo. Pero los hacen esperar.

A continuación, una fotografía de Daveyton sonriendo bobaliconamente con un casco de rugby

demasiado grande para su cabeza. El plano se aleja para revelar que se trata de una de las muchas fotografías colgadas entre flores, globos, tarjetas y muñecos de peluche en la parada de autobús donde lo asesinaron. La cámara se detiene en un trozo de cartón en el que se lee «Te echamos de menos, Davey», escrito con una caligrafía infantil y huellas dactilares de sus compañeros de clase.

—Daveyton Lafonte. Once años. A los seis sobrevivió tras alcanzarle una bala en un tiroteo entre pandillas. Pero la muerte volvió para reclamarlo. Lo secuestraron en esta parada de autobús de camino a casa después del colegio.

Un plano zozobranante y movido del túnel por la noche. Jen le aseguró que así parecería más real.

—Alguien lo asesinó y dejó su cuerpo aquí, como si fuese basura.

Transición a una serie de fotografías de la escena del crimen con un efecto de audio de obturador

que Jonno considera cutre de cojones, pero el caso es que cada clic los acerca más al lugar. Los coches de policía que bloquean la carretera, el grafiti de la pared del túnel, la forma de un niño ovillado de lado en el suelo, impreciso.

—La policía informó de que el cuerpo fue hallado junto con restos animales. Sea eso lo que sea. ¿Animales atropellados? ¿Un gato muerto cerca?

Plano del titular de un periódico con la frase «restos animales».

—No sabíamos a qué se referían. No sabíamos hasta qué punto habían profanado aquel cadáver. Hasta que estas fotos perturbadoras fueron filtradas por alguien cercano a la investigación.

Jonno emplea toda la jerga de que dispone para presentar la preocupación de los ciudadanos, las tapaderas del gobierno, el derecho de la gente a saber.

Corte de nuevo al rostro de Daveyton, los ojos

cerrados, sereno. El plano va alejándose lentamente hasta revelar el torso desnudo. Todavía más, para revelar el punto en el que comienzan bajo el estómago el pelaje y las patas del ciervo. Plano general: rayano en lo inefable. Sin embargo, Jonno lo explica:

—A Daveyton lo mató un asesino retorcido, un depravado, pero matar a un niño no le bastó al Monstruo de Detroit. No. Rebanó a Daveyton Lafonte por la mitad y lo pegó a un cervatillo. El resto del cuerpo de Daveyton fue descubierto en la hoy tristemente célebre fiesta de la Dream House, escondido entre las instalaciones artísticas.

Corte a la secuencia, repetido de inmediato para que sea más dramático. Han incluido algunas de las obras más inquietantes, pero también han recontextualizado la toma de la chica gritando extasiada en la pista de baile entre otras imágenes de gente que se marcha de la fiesta. Cambios rápidos de plano, primeros planos angustiosos,

como la escena de *Tiburón* en la que todo el mundo huye corriendo de la playa.

—La policía no quiere que sepáis lo peor del asunto, hasta dónde llega la cosa.

Transición a la fachada estilo Tudor de Miskwabic Pottery. Una fotografía de un grupo de estudiantes moldeando arcilla en los tornos. La foto se vuelve monocroma en todos excepto en una alegre señora de mediana edad con un delantal naranja que alza las manos en el aire formando un cuenco imaginario.

—A la profesora de cerámica Betty Spinks la cubrieron de arcilla y la cocieron en el horno del taller después de que el asesino le cercenaría los pies.

Fotografías del horno de cerámica con un aspecto más que horripilante, ladrillos chamuscados y el hueco interior. Imágenes genéricas que han encontrado en internet, porque no las tienen en vídeo y su fuente no ha sido capaz

de hacerse con esas en concreto.

—Estamos hablando de que un asesino depravado anda suelto en Detroit ahora mismo... Y la policía no quiere que lo sepáis.

Clips de vídeo trémulo de la fiesta. La inspectora Versado gritándole: «¿Qué coño se cree que está haciendo? Deme ese teléfono».

—¿Por qué intentan taparlo? ¿Por qué no quieren que sepamos lo que sucede en nuestra ciudad? Soy Jonno Haim y os mantendré informados de todo lo relativo al Monstruo de Detroit a medida que se vayan desarrollando los acontecimientos.

SUBREDDIT / El Monstruo de Detroit

Si eres nuevo, lee primero la página de Preguntas Frecuentes, por favor. Publica en los hilos secundarios apropiados y comprueba antes si ya existe una conversación sobre el tema que deseas abrir. Ten en cuenta que las teorías y los debates que encontrarás aquí no tienen otro propósito que el de entretener y no pretenden competir ni socavar procedimientos judiciales formales*.

(*De acuerdo, lo de arriba lo hemos puesto para cubrirnos las espaldas, pero ahora en serio, tíos: no queremos problemas con otro bombardero de Boston o como lo que pasó en Sandy Hook. Nada de acusaciones falsas, ni de señalar a nadie, ni de anexar documentos porque sí).

>Comienza aquí: Bienvenida a los nuevos y Preguntas Frecuentes

- >¡Nuevo vídeo! ¡La hostia puta!
- >Jonno Haim
- >¿Quién es este tío?
- >15 minutos de fama.
- >¡Uyuyuy! ¿Nadie piensa que es el asesino?
- >Todo lo que sabemos acerca de las víctimas:
- >Daveyton Lafonte
- >Betty Spinks
- >Las escenas de los crímenes
- >Parada de bus: Daveyton Parte 1
- >Miskwabic Pottery: Betty Spinks
- >Fiesta Dream House: Daveyton Parte 2
- >Dream House en las redes sociales
- >Enlaces a vídeos, imágenes
- >Actualizaciones de estado sospechosas
- >Tuits de interés
- >Asistentes a la Dream House
- >Casos similares
- >El asesino de Craigslist (Nueva York)
- >Pies amputados encontrados flotando en la costa del mar de Salish (Columbia Británica)
- >Mutilaciones de ganado (Montana)
- >Cadáver de alienígena es en realidad un babuino momificado (Nature's Valley, Sudáfrica)
- >Otros asesinos en serie que mutilaban a sus víctimas:
- >Edward Theodore Gein

- >Richard Trenton Chase
- >Joachim Dressler
- >Robin Gecht
- >Mary Bell
- >Charles Albright
- >Otros asesinos en serie que dejaban señales:
- >Roger Kibbe
- >Harvey Murray Glatman
- >John Allen Muhammad & Lee Boyd Malvo
- >Richard Ramirez
- >Teorías sobre animales
- >Teorías sobre crimen motivado por odio
- >Enlaces a taxidermia creativa
- >Mitología: animales híbridos
- >Daveyton: Sátiros
- >Pan
- >Puck
- >Dioniso
- >Laberinto de Pan
- >*Fantasia*, de Disney
- >Betty
- >Gorgonas / Medusa
- >Hidra
- >Kali
- >Kraken
- >Esfinge

- >Úrsula, la bruja marina
- >Grafiti
- >Puertas
- >Puertas falsas
- >¡Dejad de dibujar puertas falsas!
- >Mejores nombres para «El monstruo de Detroit»
- >Tu Madre
- >El Descuartizador
- >El Fabricante de Monstruos
- >El Fabricante de Mitos
- >El Fabricante de Pitos
- >El Pito Asesino
- >Mi pito le da mil vueltas a
vuestro asesino
- >VENGA YA! Klla t.

Fallo

Este debería ser el final de la historia. Policías armados y chalecos antibalas. Brigadas móviles que rodean la casa, las luces azules y rojas que iluminan intermitentemente la calle.

Han comprobado las fotos del satélite y la perspectiva desde la calle, han calculado las entradas y salidas, todas las vías de escape que conducen fuera del barrio. Las tienen todas controladas. Los francotiradores tienen rifles apostados en las ventanas. Dos helicópteros de la policía vuelan en círculos sobre ellos junto con otros tres de la prensa, que se han enterado de algo y planean cerca.

Los acompaña el excitable comisario de arte, Patrick Thorpe, en la retaguardia, lejos de la zona de peligro, informando a los equipos de asalto. Lleva chaleco antibalas y un casco, a pesar de que ni por asomo va a acercarse a la escena. Habrían preferido no traerlo, pero necesitaban actuar con celeridad y él era la única persona que podía

darles datos sobre el interior de la vivienda. Necesitan toda la información que puedan obtener, y ya les ha contado que Broom tiene tendencia a acumular, que dentro va a ser una carrera de obstáculos de pilas de periódicos y muebles viejos y pesados.

Uno de los equipos de prensa tiene un dron. Gabi les ha ordenado que echen un vistazo a través de las ventanas del piso superior; el cuadricóptero ha zumbado alrededor de la casa con su cámara, pero la tecnología punta ha sido bloqueada por una más antigua: las cortinas.

El capitán Miranda está plantado delante de todos con el megáfono, recitando las peticiones habituales. Sal, sal de dondequiera que estés, piensa Gabi. Por favor, no lo hagas más difícil. Están todos conectados al mismo circuito de tensión.

No hay respuesta. La puerta principal, a la que apuntan decenas de pistolas, no se entreabre para

que Broom pueda dejar salir al agente Jones y aparezca a continuación lentamente con las manos en la cabeza, como le están indicando. Pero tampoco sale de repente disparando una semiautomática. Y eso ya es algo. Sin embargo, su corazón parece un animal salvaje debatiéndose en su pecho. No puede pensar en otra cosa que en Marcus Jones y en cómo lo ha dejado vendido.

—Vamos a entrar —confirma Miranda.

Boyd se queda con el equipo en primera línea. Gabi atraviesa el jardín, porque la puerta trasera cederá con más facilidad y podrá entrar más rápido. La hierba está muerta, congelada por el polvo de cemento y marcas amarillas que dejan ver dónde había cosas apoyadas. El comisario de la exposición ha dicho que estaba lleno de estatuas. Se pregunta dónde coño estarán ahora y cuántas eran humanas. De hecho, ¿a qué se enfrentan exactamente?

Gabi se coloca detrás del enorme agente que

lleva el ariete. El peor puesto. El más vulnerable. Ningún policía quiere verse en una situación en la que no pueda echar mano a su pistola.

Las instrucciones llegan a través de la radio y simultáneamente. Tras un balanceo de adelante atrás, los equipos empotran los arietes contra las pesadas puertas. La madera resiste el asalto. Es vieja y maciza, de cuando las casas se construían para que durasen. Pero incluso la historia ha de ceder a la fuerza, sobre todo cuando uno conoce los puntos débiles: la cerradura, las bisagras. La madera revienta. Otro agente encaja una palanca bajo el cerrojo y lo hace saltar.

Sueltan el ariete, agarran sus pistolas y se precipitan en el interior, ángeles vengadores. Por Daveyton Lafonte, por Betty Spinks, por Chispitas y por ellos mismos, para que nunca tengan que hacerlo por un ser querido.

La cocina a la derecha, el frigorífico abierto del todo; el salón a la izquierda, unas cortinas pesadas

echadas. Escaleras que conducen a la segunda planta.

El sitio apesta a humedad y a papel viejo. Pies sudados y biblioteca antigua. Y sangre. Salpicones por toda la cocina. En el sótano, encima de una mesa de trabajo. Un matadero. Las alfombras están descoloridas, igual que en el jardín, con marcas de objetos apoyados el tiempo suficiente como para dejar allí sus fantasmas. Las manchas trepan por las paredes, moho negro y húmedo. Hay excrementos de rata. Los pececillos de plata y las cucarachas se escabullen por los rincones más oscuros. Y cientos de puertas dibujadas con tiza por todas partes, superpuestas las unas a las otras.

—Tenemos un coche —petardea una voz a través de la radio—. En el garaje. Camioneta azul. Estamos comprobando la matrícula.

—Mira si pertenece al agente Marcus Jones. Podría ser su vehículo privado —indica Gabi.

—Afirmativo —responde la voz un momento

después.

Gabi se muerde la lengua hasta que nota sabor a sangre. Culpa suya. Debería haber contestado al teléfono. Todo este tiempo han estado cerca de cojones, todo este tiempo.

Los policías se despliegan, se diseminan por todas las habitaciones. Suben a zancadas las escaleras. Gritan las advertencias de rigor: que van a entrar, que salga, última oportunidad, las manos donde podamos verlas. Usan el nombre de Clayton como si se tratase de una invocación para que aparezca.

Pero en todos los cuartos se encuentran lo mismo. Vacíos. Ni pilas de periódicos ni muebles. Lo han vaciado por completo. Una casa vacía más, un día más. Todo ha desaparecido.

Incluido Clayton Broom. Y Marcus Jones.

La llamada del deber

Lo que viene después es un caos de la hostia. La prensa se sube por las paredes. Han dejado escapar al Monstruo de Detroit y un policía ha desaparecido, presuntamente muerto. Uno de los suyos. Clayton Broom se ha esfumado y no tienen ni idea de dónde está. Tuvieron que difundir su nombre y su fotografía de manera oficial antes de que lo hiciera la prensa, para que el departamento pareciese un poco menos incompetente, y no se sabe cómo ese videobloguero se ha hecho con vídeos de la escena del crimen de sus ordenadores y ahora tiene lo que a ella le parece internet al

completo intentando resolver el caso.

Sabe que la cosa se ha acabado cuando la convocan al despacho de Miranda y se lo encuentra lleno de gente importante. La melena color miel de Jessica diMena, alguien de Asuntos Internos, el Jefe de la Puta Policía. También está Boyd, sentado en un rincón, mirándose las manos como si sus uñas carcomidas pudieran revelar grandes verdades.

—Ya sabrá por qué está aquí —dice Jessica.

—Claro. ¿Podemos saltarnos el remate del chiste para que pueda volver de nuevo a la calle y buscar al agente Jones, que tal vez siga con vida?

—Valoramos su dedicación, Versado, pero hay que solucionar esto según el manual.

Joe Miranda coge un folio. Lo lee con voz monótona sin mirarla. Hay un montón de jerga legal. Pero el resumen es que ya no tiene nada que hacer aquí. Deja de prestar atención a los motivos enumerados: lo único que le importa es que ha

puesto en peligro a un agente no cualificado y que ahora está desaparecido, probablemente muerto.

Miranda llega por fin a la conclusión de su perorata. Da un trago de la botella de agua que tiene sobre el escritorio y la mira a los ojos ignorando a los presentes.

—Lo lamento, Versado. Alguien ha de cargar con la responsabilidad. Tenemos que cuidar nuestra imagen. Puede seguir en el caso, pero ya no está usted al frente. Desde ahora se harán cargo los inspectores Croff y Stricker y vamos a traer a los federales. Mañana por la mañana llegará un agente.

—Permiso para hablar, señor.

—No tiene que explicar nada. Esto no es un tribunal. Es usted una agente eficaz, las circunstancias la han superado.

—No quiero explicarme. Quiero decir que no voy a abandonar este caso. No hasta que encuentre al agente Jones.

Sale del despacho para buscar a Stricker y Croff, que esperan ya fuera como si les hubiesen informado. Luke va a cogerle la mano pero se detiene a tiempo.

—Gabi. Lo has hecho todo bien. Solo que no lo suficientemente rápido. Lo siento.

Croff se encoge de hombros.

—Eh, ánimo. Ya te compensarán en otro escalafón más bajo. Y con preocuparte de tu hija ya tienes bastante. No se puede ser buena poli y buena madre.

Ella le enseña el dedo pero, antes de que le dé tiempo a llegar a su mesa, como para darle la razón a Croff, recibe un mensaje de Layla.

>Lay: ¿Puedes venir a recogerme? Por favor mamá es urgente. No haré preguntas.

La llama de inmediato.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Pero...

Está llorando.

—¿Estás en peligro ahora mismo? ¿En este instante?

—No.

—Porque hay alguien que sí lo está. Puede que esté muerto. Por mi culpa.

Por tu culpa y por tu asombroso don de la oportunidad al montar tu drama adolescente, se siente tentada de soltarle, pero no es verdad. Todo es culpa de Gabi.

Palabras que hieren

Layla se despierta de unos sueños cenagosos al oír abrirse la puerta principal. Anoche le pareció que estaba demasiado hecha polvo como para dormirse, pero de alguna manera terminó perdiendo la consciencia. Se mueve para mirar el móvil y recuerda que no puede arriesgarse a encenderlo. NyanCat está bien ovillada a su lado, una bola de pelo caliente que la tranquiliza. Se incorpora en la cama y enciende la luz mientras se restriega los ojos soñolienta.

—Se suponía que no ibas a estar aquí —dice su madre deteniéndose en la puerta. Algo no marcha—. Pensaba que hoy también te quedabas a dormir en casa de Cas.

—Necesitaba hablar contigo —responde Layla, con náuseas fruto de un terror que la hace hipersensible a todo. El ruido de las llaves de Gabi al caer sobre el escritorio en la entrada, el insecto que golpetea suavemente contra la bombilla, el brillo vidrioso de los ojos de su

madre—. ¿Has estado bebiendo, mamá? ¿Estás borracha?

—Me he tomado una copa. Ventajas de ser adulto. Ha sido un mal día.

Se dirige hacia la cocina con particular meticulosidad. El suave ruido de un tapón al saltar, el tintineo del hielo: el whisky bueno que guarda en el armario de encima del fregadero para ocasiones especiales o días especialmente mierdosos.

Sale con una taza en la mano, se deja caer en el sofá junto a su hija y rasca a NyanCat detrás de las orejas. La gata abre un ojo y le empuja la cabeza contra la mano, ronroneando.

—Al menos todavía le caigo bien a alguien.

—He visto las noticias —dice Layla con cautela. Nunca se ha encontrado a Gabi tan destrozada.

—Sí, bueno. —Le da un sorbo a la taza, que está casi llena, advierte Layla alarmada—. Me han degradado y los padres de Travis no van a

presentar demanda, de modo que tú y yo, garbancito, nos hemos quitado un peso de encima. Aunque he hablado con tu padre antes y está cabreado. Dice que no lo has llamado, como te dije que hicieras... —Se fija en el revólver encima de la mesa y se detiene a media frase—. ¿Por qué mi pistola está fuera de la caja fuerte? Dios mío, Layla. —Suelta la taza con un golpe audible y coge el arma, abre la recámara y descubre que falta una bala. Ahora está alerta por completo—. ¿Qué has hecho? ¿Alguien te ha hecho daño? Mierda, ¿has matado a alguien?

Lo dice que con un tono áspero que Layla interpreta como: «¿Voy a tener que coger una pala y una alfombra para envolverlo?».

—Estaba... Ay, Dios, mamá.

Layla agarra la taza y bebe un buen trago de whisky. Gabi no la frena. Sabe a gasolina, le quema la garganta mientras baja por el pecho. Pero en la boca le queda una sensación agradable y

amorfa. Baja la taza y se escupe en la mano, sufriendo arcadas como un gato, hasta que lo echa: la polilla que se chocaba contra la lámpara, medio ahogada, moviéndose todavía desfalleciente. «Ay, Dios», repite asqueada, pero es como si el bicho hubiese abierto el camino por el que han de derramarse las palabras. Todas, entre sollozos ahogados. Las putas gilipolleces que estaban haciendo por internet, troleando a pervertidos por SpinChat, ChicoTerciopelo y el restaurante, el sinfín de mensajes horribles que había estado recibiendo, la oferta de Jonno y el dinero, la trama estúpida, estupidísima, de chantaje y el forcejeo con la pistola.

Gabriella escucha con atención y no dice nada hasta que Layla se calla.

—¿Por qué no me contaste nada de todo esto? — le pregunta en un tono suave y peligroso. Que no esté dando vueltas por la habitación rompiendo cosas no es buena señal. Una vez la vio tirarle a su

padre una manzana a la cabeza en medio de una discusión. Chocó contra el marco de la puerta y estalló en un amasijo de pulpa.

—Estaba intentando solucionarlo. Era culpa mía.

No quería que tuvieses que encargarte tú.

—¡Tienes quince años! No puedes solucionar una mierda. —Gabi cierra los ojos—. Dame el teléfono.

Layla se lo tiende, arrepentida.

—Los mensajes son horribles, mejor que no los mires. Ni siquiera me atrevo a encenderlo.

—Y coge la chaqueta.

—¿Dónde vamos?

—Mañana te vas a Atlanta en el primer vuelo.

—¿Qué? ¡No!

Gabi echa el teléfono de Layla en la taza de whisky.

—¿Estás loca? ¡Mamá!

—Pero ahora mismo vamos a buscar una bala enterrada en el parque para que no jodamos un

futuro caso si a alguien le disparan cerca de ahí algún día. Ya he echado a perder un caso. No pienso cargar también con esto.

—Lo siento. —Layla la sigue, desesperada—.

Por favor, no me envíes fuera.

—¿Sabes dónde está mi caja de herramientas? Vamos a necesitar los alicates, tal vez un destornillador para arrancar el proyectil. ¿Viste dónde fue a parar?

—¡He dicho que lo siento!

—Eso no cambia nada. —Gabriella se da la vuelta para mirarla—. No es suficiente. Sentirlo no significa que vayas a dejar de hacer estupideces.

Transcripciones de la línea directa para el público

Hora: 14:07

(773)-936-[Redactado]

Llamada entrante: #0054

Hola, qué tal, soy Amber Parkwood. La vidente. Ayudé a rastrear asesinatos a su departamento hace unos años, ¿recuerda?

Sí. ¿Podría hacer que el inspector que encontró el cuerpo me llame, por favor? Tengo información crucial sobre Daveyton Lafonte.

Sí, el inspector tiene mi número.

La inspectora.

Claro. Disculpe.

Tiene una energía muy masculina.

Por favor, dígame que me llame. De verdad que es importantísimo, crítico. Daveyton dice que el próximo cadáver lo encontrarán en el río.

Hora: 20:39

(412)-873-[Redactado]

Llamada entrante: #0106

Hola, sí. Hmmm. Tengo información sobre el hombre que buscan.

Clayton Broom.

¿Mi nombre? Louanne.

¿También necesita mi apellido?

Muy bien. Es Becker.

No: be, no de. O sea: B-E-C-K-E-R.

Salí con él hace unos años, bueno, salimos una sola vez. Fue un error, estaba borracha. No tendría que haber... Pero eso no importa.

¿Cuándo lo vi por última vez? Ahí voy, ahí voy.

Hace un par de semanas, antes de Halloween, resulta que dio conmigo. En mitad de la noche, me siguió hasta un aparcamiento en Traverse City, ¿se lo puede creer? Y llama a la ventanilla de mi coche.

Sí, yo estaba dentro. Estaba durmiendo en el coche, ¿vale? ¿Usted no ha tenido ningún bache en su vida?

De acuerdo, por establecer los hechos, lo que quiera. ¿Se cree que no me doy cuenta de que me está juzgando?

Intento explicarle lo que sucedió. ¡Un poco de paciencia, joder! ¿Al principio quiere todos los detalles y ahora me mete prisa?

Clayton llama a la ventanilla del coche, nos despierta, a Charlie y a mí.

Es mi hijo.

No, no puede corroborarlo.

¡Tiene dos años, señora! Apenas si sabe decir mama, bibe y Buzz Lightyear.

Bueno, Clay llama a la ventanilla, me da un susto de cojones. Empieza a soltar chaladuras. Que cuánto me echa de menos y que si podemos ser una familia. Entonces comienza con su rollo habitual de zumbado. Acerca de otra dimensión y no sé qué. Como si Dios le hubiese dado unas gafas 3D mágicas para que pudiese ver a los ángeles y a los demonios.

No, no unas gafas de verdad. Siempre hablaba así. Por lo menos desde que lo conozco. Las camareras del restaurante lo pinchaban en ese sentido. Supongo que lo fomenté yo. No estoy orgullosa de eso.

Ah, claro. Claro, creo que es absolutamente capaz de hacer todas esas cosas que dicen que ha hecho. Me ha estado persiguiendo por medio estado, ¿o no? Cuando me escapé, a punto estuvo de echarnos de la carretera a mí y a mi niño. Se tuvo bien merecido estamparse con su camioneta. Me pegó un susto de muerte. Pero, joder, cuando

pienso en que...

No, no sé dónde está ahora. Tiene una casa en Detroit, ¿no? ¿Han mirado allí?

No, eso fue la última vez que lo vi, cuando se estampó entre los árboles. No me paré a mirar.

No. No llamé al 911.

Pues no lo hice.

Estaba asustada. No quería tener nada que ver.

¡No estaba abandonando el lugar del accidente!
¡Yo no lo provoqué, fue él! Corriendo como un loco.

La hostia, está loco pero de verdad. Nunca lo hubiera dicho. No habría...

No, no he vuelto a oír nada de él después de aquello. Supongo que esperaba que hubiese muerto. O no, que hubiese aprendido la lección. De todas formas, me fui.

Pittsburgh, sí, de aquí la llamo. Está pasable. Mentira. Una intenta escapar, pero todos los lugares son el mismo, ¿sabe? Una está justo en el

mismo sitio.

No quería denunciarlo. Quería olvidarme del asunto. Intenté no pensar más en ello. No volví a acordarme de él hasta que lo vi en la tele. Oiga, ¿es verdad lo que dicen en internet?

¿Aunque haya estado a punto de ser una de sus víctimas? ¿No me lo puede decir? ¿No tengo derecho a saberlo?

Ya se lo sacaré al inspector. Y tanto. Dígale que me llame.

Sí, estaría dispuesta a testificar sobre lo sucedido. Si les sirve de alguna ayuda.

En este número es donde tienen más posibilidades de contactar conmigo.

Ahora mismo no tengo una dirección permanente. Le daré la de mi madre, en Burton.

Eh, ¿usted cree que podría emprender acciones legales contra el estado?

Por, no sé, por sufrimiento innecesario a raíz del acoso por parte de un hombre que debería haber

estado entre rejas.

Bueno, ¿puedo pedir una orden de alejamiento?

Claro, claro, venga, ya me buscaré un abogado. Donde sea. ¿Qué tiene de malo preguntar? Como si la ley no fuese parte de su trabajo.

No, eso es todo.

Eh, espere, eh. ¿Sigue ahí? ¿Usted qué cree que iba a hacernos? ¿A Charlie y a mí?

Hora: 22:25

(313)-402-[Redactado]

Llamada entrante: #0114

Sí. Policía. ¡El asesino está delante de mi casa!
¡Está ahí fuera ahora mismo!

¿Qué? No.

No, es negro.

No lo sé. ¿Cómo en la veintena? Treintena. Es difícil decirlo. Lleva una sudadera con capucha negra y una mochila.

¿Que qué hace? ¿Usted qué cree que está

haciendo? ¡Intentando averiguar la manera de entrar y cortarme en pedazos y rellenarme como a un pavo para Acción de Gracias! Como en esos otros asesinatos de las noticias.

¿Perdone? ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Que si he bebido? Tendría que estar preguntándome dónde está el asesino. Tendría que estar preguntándome qué es lo que bebe él.

¿Ahora mismo, quiere decir? Camina. Como si no tuviese la más mínima preocupación. Eso, justo delante de mi casa.

¡No me diga que me calme! ¡Lo tengo delante de casa! Va a forzar la puerta y me va a matar en la cama y a la policía no le importa un pimiento. ¡Conozco mis derechos! Puedo defender mi territorio. ¡Como ese matarife hijo de puta se acerque al porche le vuelo la cabeza!

Pues mire, sí, creo que debería enviar a alguien. Ahora mismo. Directo para aquí.

¿Por mi propia seguridad? Tengo una escopeta,

señora. Pero está bien, me quedaré al teléfono. Pero diga a sus chicos que mejor que lleguen pronto o voy a acribillar a ese matarife negrata antes de que intente hacerme lo que a los otros.

Hora: 06:28

(313)-690-[Redactado]

Llamada entrante: #0132

<Sollozo ininteligible>

Se ha... se ha cargado a Ramón. Tienen que venir. Lo ha matado. Sé que es él por las zapatillas. Las zapatillas rojas. Yo se las di, esas puñeteras zapatillas. Pero está clavado ahí.

<Sollozo>

Tienen que venir... <sollozo> arrancarlo
<ininteligible>

Está aquí mismo.

¡Justo donde estoy yo! Es la esquina de, espere..., lo miro. Jefferson con, no, no sé. El letrero de la calle se ha caído. Donde está ese

mural enorme del águila. Junto a la parada de autobús. Donde mataron a aquel chaval, ¿saben dónde digo? Vengan, por favor. Ahora mismo. Por favor.

Hora: 06:42

(313)-690-[Redactado]

Llamada entrante: #0132

Soy yo de nuevo, lo siento. El de antes. Yo..., es amigo mío.

<ininteligible>

¿Están en camino? Por favor, tienen que arrancarlo. Está enterrado aquí con los osos y los globos y <sollozo> le sobresalen las zapatillas. Hagan el favor de venir.

Tengo el otro nombre de la calle. Es Clare. Esquina de Jefferson con Clare. ¿Lo tiene? Se llama Ramón Flores. Tengo que irme. Sé dónde está.

No Ramón. Ramón está aquí, ¿es que no me

escucha? El hombre que le ha hecho esto. Está cubierto de, Dios mío, de toda clase de cosas. No puedo...

Es una especie de dibujo. No lo comprendo. Como las sillas.

¿A qué se refiere con que a qué me refiero? Las sillas. ¡Las putas sillas! Los dibujos. Le infecta a uno. ¡Saca cosas de uno!

No, no puedo quedarme esperando. Ustedes vengán a recoger a Ramón. Llamen a Diyana. No, espere. No la llamen. No puede verlo así. Telefoneen al reverendo Alan. Hagan que se lo quede en la iglesia. Que ella no venga. Bajo ninguna circunstancia, ¿me oye? No puede ver esto. Oh, Ramón, lo siento, colega. Lo siento tantísimo, Dios mío.

No, no puedo esperar, ya se lo he dicho. Tengo que encontrarlo. Sé dónde está. Me lo ha dicho la silla. Tengo que irme.

Hora: 06:45

(212)-495-[Redactado]

Llamada entrante: #0133

¡Ey! ¿Con la línea directa?

Hostia, tío, esto es muy guay.

No, llamo desde Fort Green, en Brooklyn.

Tenemos una teoría acerca de la asesina. Sabemos quién es. Martin y yo. El resto del foro piensa que es improbable que sea una mujer, sabe, pero si mira las secuencias de vídeo de la fiesta, hay una mujer que se comporta de un modo increíblemente sospech...

¿Qué? El foro del Monstruo de Detroit. De Reddit.

No.

Hora: 07:11

(606)-553-[Redactado]

Llamada entrante: #0146.

Sí, hola, ¿policía de Detroit?

Porque estoy usando un distorsionador de voz.

Porque quiero permanecer en el anonimato.

¡No estoy haciéndole perder el tiempo a la policía! Estamos haciendo su trabajo, deberían estarnos agradecidos.

Hora: 08:17

(919)-167-[Redactado]

Llamada entrante: #0398

Hemos deducido quién es el asesino. ¡Es Clayton Broom!

No. No, no lo he visto en el telediario. Lo hemos averiguado a partir de las pruebas.

Espere, ¿ha salido en las noticias? Mierda, no he mirado el foro esta mañana. Pues sí. Tiene razón. Culpa mía. Bueno, ¡esperamos que lo encuentren!

Hora: 08:22

(313)-690-[Redactado]

Llamada entrante: #0132

Sé dónde está. Lo he encontrado. Hay una

camioneta...

¡No! No cuelgue...

Miércoles 19 de noviembre

¡Vengan! ¡Vengan todos!

Ramón fue un buen discípulo. Trabajó durísimo para ayudar a Clayton a transportar todo el mobiliario, los periódicos y las esculturas al lugar

que habían escogido. Ayudó a organizarlo, aun cuando no lo entendiese y se asustase al ver que allí dentro el sueño estaba vivo, que las cosas se removían y susurraban y volvían la cabeza para mirar.

Pero fue capaz de convencerlo de que así había de ser, que estaban acumulándolo todo igual que se juntan las nubes para formar una tormenta. El sueño lo percibía. Las posibilidades infectándose en la mente de las personas. Y, sin embargo, aún tenía que enseñarles lo que podía llegar a ser.

Ramón quería llevar a Diyana para que viese que el trabajo que estaba realizando era importante, y a su amigo TK, que no se creía nada y quería enseñarle lo que era posible. Pero el sueño le dijo que esperase, que aún tenía que pedirle una cosa.

Pero se alteró cuando Clayton sacó al policía del coche del garaje y le dijo que iban a hacer algo especial. Ramón se echó entonces a llorar. Y todavía más cuando el sueño le enseñó lo que

había hecho para él, su nueva cabeza. Gritó el nombre de Diyana y forcejeó. Le hizo daño a Clayton. Le cortó en el brazo con un cincel que cogió de las herramientas colgadas en la pared e intentó clavárselo en el cuello. Pero solo era un cincel, no un cuchillo, y Clayton era más grande y fuerte, y a pesar de que el dolor físico era alarmante (una quemazón aguda le recorrió los nervios), el sueño fue capaz de sobreponerse.

—Esto es lo que querías, esto es lo que querías —fue repitiéndole a Ramón hasta que dejó de debatirse.

Le metió el sobre en la boca a Ramón, en su boca de verdad, por debajo de la enorme cabeza de papá oso, como si fuera un buzón (no matéis al mensajero). La tarjeta que había dentro estaba escrita a mano.

¡Vengan! ¡Vengan todos!

¡Todo el mundo está invitado!

¡La primera exposición de Clayton Broom en solitario!

En la planta de Carrocerías Fleischer.

¡Un solo día! ¡No se la pierdan!

La encontrarán y acudirán, como discípulos, y lo mismo los reporteros con sus cámaras de televisión y sus helicópteros, y el joven arrogante con su internet, y todo el mundo podrá ver lo que tiene que ver. Vendrán con sus pupilas y sus mentes se abrirán como puertas, y entonces tal vez también ellos puedan ser libres.

Una cabeza como un agujero²¹

TK se sienta en el banco, uno nuevo, bajo lo que queda de Ramón y espera a que llegue la policía. Ha intentado tener paciencia. Ha leído ya todas las tarjetas que le dejaron al chaval, los homenajes, las plegarias y las efusiones de amor, y la nota de la policía con el número de la línea directa, entrecerrando los ojos para descifrar las letras bajo el fulgor de sodio de las farolas.

Se mira fijamente los zapatos, esos zapatos negros llenos de rozaduras que se emborronan a través de sus lágrimas. Ha tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no arrancar toda la

porquería que hay encima del cuerpo de Ramón y bajarlo al suelo. No es capaz de llamar a Diyana, que lo llamó ayer preocupada, suplicándole que vaya a buscarlo. Todavía no. No puede enfrentarse a ello.

Dios, por favor, sé que últimamente no hemos tenido demasiado trato, ni siquiera en San Rafael. Sé que he usado tu nombre en vano una burrada de veces, y que lo he esgrimido hipócritamente ante gente que necesitaba consuelo cuando el mundo no tenía consuelo que ofrecer. Como la almohada que les dan a los niños en la guardería cuando lloran por sus madres. Nunca te he pedido nada. O no últimamente. No desde lo de mi madre. Pero ahora te necesito. Necesito que me muestres el camino. Necesito una zarza ardiente, o igual una flecha gigante de neón. Eso me iría bien. Ayúdame a encontrar a ese cabrón; perdona, Dios mío, al pecador que le ha hecho esto a Ramón. El hombre para quien estaba trabajando Ramón, el loco. No

le dispararé. Ni siquiera tengo pistola. Esta vez no. Puedes juzgarlo tú, Señor. Dejaré que tú te encargues. Tú y el sistema judicial. Pero ayúdame a encontrarlo. Muéstrame el camino.

Levanta la vista con la esperanza de, quién sabe, toparse con un ángel flotando entre los rayos dorados del sol, pero el paisaje no ha cambiado; nada más que edificios destartados, el cielo que va tomando los colores del amanecer y una valla publicitaria de Diamantes de Debbie, en la que una mujer con mirada de hazme lo que quieras y las tetas desbordándose por encima de un vestido dorado brillante alza una mano para mostrar un pedrusco gigante de mentira que reluce como los adornos de Navidad.

Sería fácil pasar por alto el letrero desvaído que hay detrás. OfficePlus: cubre todas sus necesidades en mobiliario de oficina. Una mujer da vueltas sentada en una silla roja con ruedas, se lo pasa en grande en el trabajo. Tiene los brazos

extendidos como si fuese a coger algo. Hacia el oeste.

—Si eso es lo mejor que tienes, supongo que es lo que hay —se resigna TK.

Se levanta del banco y vuelve a mirar a Ramón, que debe de estar de algún modo bajo esa grotesca máscara, una especie de juguete cabezudo o piñata. No se ha atrevido a quitársela. Le da demasiado miedo lo que pueda haber debajo. Se obliga a colocar una mano sobre el hombro de Ramón.

—Lo encontraré, amigo. Vigila el fuerte mientras llegan los polis, ¿vale? —Contiene un sollozo.

Telefonea a la línea directa de la policía para intentar explicarse, ahora más sereno, pero la mujer que coge el teléfono resulta tan inútil como la primera vez, de modo que recorre la carretera que la Secretaria Feliz señala desde su silla roja... y camina y camina. Pasa por delante de una farmacia cerrada, una pequeña iglesia, un bloque

de apartamentos a través de cuyos cristales dobles se escapa amortiguada la cháchara de los programas de radio matutinos mientras la luz amarilla va despuntando subrepticamente por el horizonte. Camina hasta que el sol está en lo alto, trayendo consigo el tráfico de la mañana, lúgubres animales de metal en migración hacia las autopistas, y camina y camina hasta que ve una segunda señal. Una vieja silla, colocada como si aguardase a un ocupante. Desvencijada pero bien hecha, la madera oscura y maciza. Está en la entrada de una zona de aparcamiento polvoriento. No pasar, dice el letrero. Cerrado. Oculto entre los árboles se alza un edificio cuadrado con las ventanas rotas. Hay alambradas.

TK mira de reojo la silla. El cuero marrón del asiento está agrietado por los años de uso. «¿Aquí? ¿En serio?». La silla no responde.

Pasa por encima de la cadena y enfila el camino que conduce al edificio sin dejar de echar miradas

a la calle. El tráfico ha disminuido de nuevo. No hay nadie que lo vea entrar.

Intenta hablar de nuevo con la línea directa de la policía. Cinco veces. Comunica una y otra vez. Hijos de puta. Pues vale. Por peores cosas ha pasado, solo. Este es el plan de Dios, ¿no? Si al menos creyese en Dios.

Se dirige hacia la entrada. Alguien ha cortado el candado pero ha dejado la cadena enrollada alrededor de la puerta para que al mirón de turno le parezca que sigue cerrada. TK conoce este lugar; conoce a hombres que trabajaban aquí en los noventa, cuando estaban instalando aquellos robots modernos. La fábrica de Carrocerías Fleischer. Hay árboles y espesos matorrales de hiedra que trepan por las paredes como en los jardines colgantes de Babilonia. La naturaleza encuentra su camino. Piensa en todo esto para distraerse de lo que está haciendo, que es escurrirse puerta adentro tras dejarla abierta de par en par con la esperanza

de que alguien se dé cuenta, y avanza como si no diese cada paso a regañadientes.

La entrada está sellada con tablones, ya lo había visto desde fuera. Sabe por experiencia que cuando alguien ocupa un lugar deja las maderas sueltas pero apoyadas para que dé la sensación de que sigue cerrado. Pero este lo está de verdad. Tira de la madera aglomerada, pero los clavos son inamovibles. Es tarea para una palanca. Tira de nuevo, por probar suerte, pero no cede.

Rodea el edificio y divisa una camioneta blanca medio oculta tras un muro derruido. La luna delantera está agrietada y el techo de la cabina tiene una tremenda abolladura, como si alguien hubiese saltado encima. Mierda. No puede solo con esto. Se agacha, pulsa rellamada en el móvil y, sí, coño, que sí: atienden la llamada.

—Línea directa del Departamento de Policía de Detroit. Más le vale que no se trate de otro bulo — le dice la operadora.

TK se da la vuelta y se inclina sobre el teléfono susurrando.

—Sé dónde está. Lo he encontrado. Hay una camioneta... ¡No! No me cuelgue. ¡Ni se le ocurra! ¡La madre que la parió! —Se queda mirando el móvil incrédulo y resiste la tentación de estamparlo contra el suelo—. Perdóname, Señor.

Telefonea a San Rafael, pero la línea del reverendo Alan suena y suena hasta que termina desviándole al buzón de voz. Su servicio le informa de que todavía le queda un minuto de saldo.

Podría llamar al 911, pero la respuesta está justo ahí, en su lista de contactos: guardó el número después de ver el vídeo con Ramón y Dennis. «YouTuber \$\$\$».

—Al habla Jonno Haim —responden de inmediato.

—La poli no me hace caso.

Está otra vez al borde de las lágrimas.

—Yo sí se lo haré. ¿Cómo se llama?

—TK. Ha matado a Ramón. De una manera tan chungueta como con los otros. Igual peor. Pero lo he seguido hasta aquí. Está dentro. Sé que está dentro.

—Muy bien, TK, lo creo. ¿Dónde está? ¿Quién es Ramón? ¿Dónde está el asesino?

Su voz es serena, mantiene el control.

—En la fábrica de Carrocerías Fleischer. Ramón está en la parada de autobús. Donde mataron al chaval.

—¿Puede esperarme? Tengo que comprobarlo.

—Este sitio me da náuseas —contesta TK.

Y sin embargo está avanzando por la avenida arbolada que recorre un lateral del edificio. Algo lo arrastra. Las ramas desnudas se entrelazan sobre su cabeza como un túnel. Ve las ventanas del piso superior, abiertas. Hay gente mirándolo a través del cristal sucio. Cientos.

—Lo he encontrado —dice Jonno al otro extremo de la línea. TK casi se había olvidado de

que estaba ahí—. Una fábrica grande abandonada, cerca de la autopista.

—Esa es. Eh, señor Haim, oigo alguien dentro. —O algo. Tictaqueando. Sillas inquietas que galopan sobre suelos de madera podrida. No puede pensar así—. Creo que hay gente arriba. Niños, quizá.

Son ligerísimos. Huesudos, piensa. Con cabezas deformes. Cabezas de globo. Como la de Ramón. Siente un regusto a bilis en la garganta.

—Estaré ahí en veinte minutos. Límitese a esperarme. ¿Será capaz?

—No sé, amigo. Creo que necesitamos a la policía.

—Veinte minutos máximo. Yo llamo a la policía, se lo prometo. Lo veo en un momento. Llegaremos en un Hyundai azul. Esté atento. No se mueva, TK.

Eso quisiera. De verdad. Podría volver hasta la entrada, al otro lado de la cadena y de la silla y esperar que Jonno llegue al rescate en su coche

azul con la policía. Pero el túnel de árboles lo arrastra. Más al fondo.

Los niños miran. Inclutados en ángulos absurdos.

Voy a por ti, piensa. Al final del túnel hay una puerta. Está dibujada en la pared. Un simple contorno de tiza, pero refulge, y sabe que se abrirá para él.

Las zapatillas rojas

Es como un acertijo. Dónde está Wally. Hay que mirar muy de cerca para descubrir al hombre oculto entre los restos de peluche. No ayuda el hecho de que no se le vea la cabeza y en su lugar le hayan colocado algo que le hace parecer a un osito de peluche, un enorme pompón de papel maché pintado de azul bebé que sobresale de entre los desolados peluches amontonados alrededor del cuerpo, como si tratase de encajar en el conjunto. La cabeza tiene unas orejas redondas de las que chorrea una suave pelusa azul, como el moho del pan. Las cuencas de los ojos están vacías y dentro tiene pintado el signo del dólar. La boca es una X pintada en color rojo.

Uno se tiene que fijar bien para darse cuenta de que la cabeza reposa sobre unos hombros humanos dentro de una chaqueta negra ahuecada en la que hay grapados otros muñecos. Las manos, al igual que la cabeza, han desaparecido y han sido sustituidas por unos dedos gordos hechos con

globos, como los guantes de Mickey Mouse. Dos de los dedos ya han reventado. Los pies son la clave, unas zapatillas rojas que asoman por la base con una mancha de aceite en una punta, rozando el rectángulo de tiza dibujado en la acera como si fuese la trampilla de un cadalso.

Fundamentalmente está aliviada por que no sea Marcus. Pero eso significa que todavía está por ahí. Todavía vivo. Tal vez. Boyd la informa. El nombre de la víctima es Ramón Flores, si hay que creer a su informante anónimo. Tienen a gente intentando confirmarlo a partir de la información que se les ha suministrado, empezando por telefonar a todas las parroquias locales para localizar al «reverendo Alan».

El hombre que llamó se ha marchado hace mucho, tal como dijo que haría... y ahora no responde al teléfono.

—Tendrías que haber visto la bronca que le ha echado Stricker a la operadora. Está furioso —le

dice Boyd.

—No me extraña.

Se siente inquieta, no sabe muy bien cuál es su papel en este momento. Luke está acucillado con el técnico forense, examinando la acera. Gabi querría recordarles que la salpicadura de sangre podría ser antigua, que podría ser la de Daveyton, pero ahora no es su caso. Croff anda de un lado para otro agitado mientras habla por el móvil.

Han acordonado la calle. De nuevo. Pero esto no es un túnel. No hay manera de controlar las furgonetas de las noticias con sus teleobjetivos ni a la gente apiñada al otro lado de la cinta estirando el cuello para ver. Se dirige hacia los paramédicos que están allí al lado fumando y les pregunta si puede cogerles prestada una mampara médica para tapar al menos parte de la escena.

—¡Joooder! ¡El hijodeputa del bloguero! —grita Croff.

—¿Qué pasa? —pregunta Gabi.

—Está colgado. En internet —contesta Boyd.

—¿Esto? ¿Ya?

—Tu amigo... Jonno. Mickey se lo va a tomar como algo personal.

—¿Cómo coño ha llegado tan rápido? ¿Está aquí?

—No estoy seguro. La publicación se ha subido hace media hora. Antes de que llegásemos. ¿Se te ha pasado por la cabeza que sea él el responsable de todo esto?

—¿Ese idiota? No. Ni de coña.

Pero ¿no consiste en eso la labor del policía? En admitir aunque no nos guste que todos somos capaces de cualquier cosa. Croff le está chillando que se largue de ahí al reportero de Fox News Detroit, de modo que Gabi toma la iniciativa y busca el número del bloguero en su móvil... y el de su novia.

Ninguno de los dos responde, y eso la saca de quicio.

—Señor Haim. Soy la inspectora Versado. Gabriella. Devuélvame la llamada, por favor. No está en ningún lío, pero necesito saber dónde se encuentra, si está con el hombre que llamó para avisar sobre este nuevo asesinato, es... —El servicio la corta.

Vuelve a llamar, suena una y otra vez hasta que se desvía al buzón de voz.

—Jonno. Necesito saber dónde está. Tal vez tiene información que pueda conducirnos hasta el asesino. Ha desaparecido uno de nuestros agentes. Tenemos que encontrarlo. Por favor, llámeme de inmediato.

Cuelga antes de que el infernal sistema de mensajería tenga oportunidad de interrumpirla de nuevo.

—¿Inspectora? ¿Puede echarme una mano? —Una agente se le acerca—. Este es el reverendo Alan, de la iglesia de San Rafael.

Le presenta a un hombre larguirucho con

alzacuellos bajo la camisa negra y la serenidad profunda del verdadero creyente.

—Hola. Lamento muchísimo todo esto —le dice mientras le estrecha la mano.

—Yo también, reverendo, créame. Pero me parece que nuestro inspector jefe debería hacerle unas preguntas.

—¿Puedes encargarte tú? Estamos un poco ocupados aquí —le pide Luke. El equipo está intentando llegar hasta el cuerpo para ver cómo está unido a la parada de autobús sin echar a perder ninguna prueba.

—Sí, inspector. —Guía al cura hacia la parada, lo suficientemente cerca como para ver sin estorbar. Señala el cuerpo—. ¿Puede identificar a este hombre?

Está consternado.

—No. No puedo... ¿Quién podría? Dios mío.

—¿Y las zapatillas? ¿No le resultan familiares?

—Yo..., no sé. La verdad es que no me fijo en los

zapatos.

—¿Alguien de su congregación? —Vuelve a llevárselo aparte.

—Lo siento.

—¿Conoce a una tal Diyana?

—¿Diyana? Sí. Diyana Green es una habitual del comedor social. Pero esta no es Diyana. No es una mujer, ¿verdad? —De repente comprende—. Oh, no. ¿Es Ramón?

—¿Sabe cómo contactar con la señora Green?

—En el despacho podrán. ¿Puedo llamar a mi despacho? TK lo sabrá.

—¿Quién es TK?

—Thomas Keen. Trabaja de enlace con la comunidad. Hace muchas horas con nosotros. Ordenadores, orientación laboral, un poco de todo. Conoce a todo el mundo. Tiene mucha relación con Ramón. Tal vez él pueda identificarlo.

—¿Tiene móvil?

—Sí. Uno de esos subvencionados.

—¿Tiene usted el número, por casualidad?

—Espere.

Se saca el teléfono y hojea la agenda con manos temblorosas. Lee en voz alta el número que registró la línea directa.

Gabriella lo apunta como si fuese información nueva.

—¿Sabe dónde vive? ¿Se le ocurre otra manera de dar con él?

—¿De qué va todo esto? —pregunta, como si no estuviese plantado frente a un hombre muerto unido a un poste con cientos de ositos de peluche grapados por el cuerpo.

—Creemos que es un testigo, pero también es posible que esté involucrado.

—TK no.

—Thomas Michael Keen —grita Boyd desde el coche patrulla leyendo del expediente en su ordenador—: siete años en la cárcel por asesinar a un hombre a los catorce años. Desde entonces,

allanamiento de morada, drogas, agresión. La condena más reciente fue hace un año, pelea a puñetazos en la iglesia de San Rafael, pero retiraron la denuncia.

—Fue un malentendido.

—¿Este tipo trabaja para usted?

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad. O una tercera, o una cuarta, o las que sean necesarias. Dios no tiene una norma de tres oportunidades y fuera.

—Es un asesino convicto y lo tiene usted trabajando en la iglesia.

—Nadie más va a contratarlo. ¿Lo va a contratar usted?

—¿Cree que es capaz de haber hecho esto?

—Rotundamente no. Bajo ninguna circunstancia. Era un niño cuando disparó al hombre que había asesinado a su madre, pero llamó enseguida a la policía. Se entregó. Y después de eso, el sistema lo dejó tirado. No sería capaz de hacer algo así.

Ramón era su amigo.

—¿Su relación con Diyana era muy íntima?

—No. Sé que es su trabajo imaginar lo peor que se les ocurra. Pero no hay... rivalidad romántica ni nada parecido a lo que insinúan. TK no está por esas cosas.

—Bueno, él llamó y ahora no contesta. A lo mejor intentaba entregarse de nuevo.

—¿Esto no es obra de su asesino en serie? ¿El Monstruo de Detroit? ¿Y ahora intentan colgarle a TK la etiqueta de cómplice? Eso es absurdo. No voy a ayudarlos.

—No sabremos nada hasta que lo comprobemos. Si puede ayudarnos a encontrar a Thomas, podremos exculparlo. Pero primero hemos de saber qué es lo que ha visto, si ha visto al asesino. Y tenemos que identificar este cuerpo. ¿Puede ayudarnos con esto?

Deja caer los hombros resignado.

—Permítanme que llame al despacho.

—Voy a tener que dejarlo con mi colega, reverendo. —Comprueba la hora en su móvil—. Bob, ¿puedes encargarte tú? Tengo que llevar a Layla al aeropuerto.

—¿Quieres recoger al agente del FBI ya que vas para allá?

—Pues no me apetece especialmente.

—Era broma. Llega esta tarde.

—Inspector Stricker, ¿puedo marcharme? —No puede desterrar la irritación de su voz.

—Por supuesto. —Tampoco él puede disimular la asquerosa compasión de la suya.

De camino al aeropuerto²²

Layla ha hecho y deshecho el equipaje dos veces. Ha sacado la caja de libros viejos que se dejó su padre para llevársela a sus hermanastros. NyanCat ha encontrado el transportín para mascotas y se ha acurrucado dentro sobre una toalla vieja, tras ahuecarla ronroneando satisfecha con este nuevo escondrijo. Ya veremos cuando se cierre la portezuela.

Su madre llega tarde, y se le ocurre que a lo mejor aplazan su marcha. Esta mañana ha tenido una conversación un poco tirante con su padre (ya se teme el sermón que le va a caer en cuanto pise

Atlanta) y luego ha recibido una llamada de despedida de Cas, ambas bajo la mirada atenta de Gabi. Después su madre ha desconectado el fijo y se ha llevado el teléfono junto con el cable de alimentación del ordenador. Para que no se meta en líos, le ha dicho. Podría ser peor. Podría estar de camino a casa de la tía Cheryl para que le administrasen algún tipo de terapia cristiana, o peor todavía, a casa de sus abuelos, que se pondrían insufribles con lo de las miles de veces que han advertido a Gabi acerca de lo de criar a un niño en Detroit.

Ha intentado secar el móvil metiéndolo en una bolsa de arroz, que se supone que absorbe la humedad, pero a lo mejor con whisky escocés de doce años no funciona, porque su teléfono está más muerto que su reputación.

Ha pensado en escaparse. Mudarse con Cas. Igual podrían montar una habitación secreta en su armario y sus padres no tendrían ni que enterarse.

Esto es lo más chungo de tener que mudarse a Atlanta: que la única persona que tiene cierta idea de lo que está sufriendo está aquí en Detroit.

Su madre toca el claxon desde la calle, dos notas cortas y agudas.

—Vamos, Nyan —dice Layla. Cierra la puerta del transportín y lo levanta junto con la maleta. La gata empieza a gemir de inmediato—. Así es como me siento yo también —le replica.

Una vez en la calle, mete el equipaje en el maletero. Coloca a Nyan en el asiento de atrás y se acomoda al lado.

—No, quiero que te pongas delante. Tengo que hacer unas llamadas y quiero que me ayudes.

Gabi está ya marcando en su teléfono, el pelo se le escapa de una coleta hecha con prisas. Al menos no tendrán que continuar con La Charla, piensa Layla, deslizándose en el asiento del copiloto. Es un aplazamiento; su madre consumida por el trabajo, su concentración lejos de ella.

Mariposas en el estómago

—¿Qué quieres que haga, Jen?

Jonno camina de un lado a otro frente a la cadena de la puerta.

—¡Deja de gritarme!

Parece desesperadamente infeliz, apoyada en la

silla que alguien (¿el guarda de seguridad?) ha colocado fuera.

A lo mejor ese es tu talento especial. Hacer infelices a las mujeres.

—No estoy gritando —le responde bajando la voz.

—Deberíamos llamar a la policía.

—La llamaré. En cuanto tengamos el material que necesitamos. Solo el exterior. Grabaremos la llamada. Quedará genial.

—Esto es una estupidez. Esta es la estupidez más grande que he hecho en mi vida. Ahí dentro puede haber un loco.

—Seguramente es una falsa alarma. Ni siquiera está ahí. Aquí no hay nadie. Ni siquiera el tío que me llamó.

—¿Cómo sabes que el Monstruo de Detroit no está ahí dentro ahora mismo? ¿Apuntándonos a la cabeza con una pistola?

—Este tío no usa pistolas. Sé lógica, cariño.

—Que le den por culo a la lógica. Estoy asustada.

—¡Pues claro que estás asustada! ¡Llevas toda la vida asustada! ¡Por eso eres una DJ que vive con su padre! Échale huevos, Jen.

Ella se repliega y Jonno se da cuenta de que se ha pasado un poco, pero ya han ido demasiado lejos y no hay marcha atrás. Intenta calmarla, por si Jen decide subirse al coche y marcharse. La necesita para que grabe.

—Vamos. Esto es historia. ¿Te imaginas que hubiese habido alguien filmando cuando la policía detuvo a Jeffrey Dahmer? ¿O cuando entró en aquella casa de los horrores de Cleveland? Tenerlo en vídeo tal y como sucedió. Nada de a posteriori, ni entrevistas de seguimiento, nada de reconstrucciones cutres. La cosa en sí. Esto es material al estilo de la bala atravesando la cabeza de JFK. O J. Simpson en plena autopista. Es la filmación Zapruder de los asesinos en serie.

—Fabuloso —dice Jen con sarcasmo.

—Se convertirá en un icono. Todos los canales de noticias del mundo lo emitirán. Nuestra filmación. Seremos famosos para toda la eternidad. ¿No quieres? Piensa en las puertas que eso nos abriría. Podemos hacer lo que nos dé la gana después de esto. Lo que sea.

—¿Solo el exterior? —pregunta vacilante.

—Una toma para la introducción, luego llamamos a la policía mientras grabamos y esperamos al otro lado de la calle hasta que lleguen; después los seguimos. ¿Sabes qué?, podemos retransmitirlo en directo. Así tendremos a media internet cubriéndonos las espaldas.

Y todas las reacciones en tiempo real, para que la CNN, la Fox y la BBC World lo llamen en menos de una hora. Actualizó sus datos de contacto en su canal de YouTube mientras Jen conducía hacia aquí. Ya está recibiendo mensajes de texto de números desconocidos. «Ep, ¿esto va en

serio?» «¡Uau, pura creepypasta!», signifique lo que signifique. Ninguna llamada de Rupert Murdoch. Todavía. Aunque tiene ocho llamadas perdidas de «Inspectora Cabrona».

Jen levanta la mirada hacia el edificio con aprensión.

—Sigo pensando que es muy, muy mala idea.

—No voy a dejar que te pase nada malo. Te lo prometo. ¿Lista para grabar?

Jen asiente y alza la cámara del teléfono.

—La fábrica de Carrocerías Fleischer — comienza Jonno—. Un desierto urbano como muchos otros en una ciudad repleta de edificios abandonados. Salvo que se rumorea que Clayton Broom, el degenerado asesino en serie que apodan el Monstruo de Detroit, podría estar escondido aquí.

Empieza a atravesar el aparcamiento hacia la parte de atrás del edificio.

Jen le susurra:

—¿Qué haces?

—Vamos. Tenemos que cambiar de ángulo para la toma.

Jen lo sigue a regañadientes, sorteando con cuidado los escombros. Hay muebles tirados por todas partes. Pero no es basura. Hay cosas bonitas. Están usados, y alguno parece antiguo, como si alguien hubiese empezado a meterlos dentro y se hubiera cansado.

—No me encuentro bien, Jonno. Tengo que mirarme los niveles.

—¿Puedes esperar un minuto, por favor, cariño? ¿Te está dando una bajada? ¡Oh, mierda! ¿Tú crees que esta es su camioneta? Graba la matrícula. Haz un zoom directo.

Pero Jen no le está prestando atención. Está ahí plantada tambaleándose ligeramente.

—No creo. Tampoco es una subida. Es distinto. ¿Mariposas en el estómago? ¿Conoces esa sensación? Algo que aletea por dentro. —Arruga

la nariz.

—¿Estás grabando? —Adopta una postura junto a la camioneta y pone su voz de cámara—: ¿Es este el coche que Clayton Broom usó para transportar el cadáver del pequeño Daveyton Lafonte antes de mutilarlo? ¿Es aquí donde lo trajo para llevar a cabo tal mutilación? —Señala hacia la fábrica—: Panorámica de las ventanas. Ángulo bajo.

—¿Llamamos a la policía ahora?

—Una toma más y llamamos. Y luego puedes cortar para comer algo o lo que necesites. Hacia arriba, pegada a la pared para tener un contrapicado del edificio. Eh, cojonudo, detrás de ti hay una de esas puertas de tiza. A lo mejor debería ponerme ahí. Sería un marco genial, ¿verdad?

Pero ella no le hace caso, se está frotando el pecho con una mano y Jonno se da cuenta de que la cámara se balancea.

—Cariño, ¿puedes enfocar?

—¡Está enfocada! —replica ella sin dejar de restregarse el pecho.

—Quiero decir que pares de hacer eso, que mueves la cámara.

—Me duele —dice bajando la mirada a la chaqueta—. ¡Au! —Da un salto de golpe y deja caer el teléfono. Se agarra la cremallera y tira hacia abajo—. ¡Algo me está mordiendo!

—¿Qué haces? —Jonno recoge la cámara y examina la nítida raja que atraviesa la pantalla en zigzag—. La has roto, Jen, maldita sea.

—Estoy sangrando —dice Jen enseñándole la mancha roja que le empapa el jersey color crema. Algo duro y oscuro huronea bajo la tela. Se quita el jersey. Al ver que Jonno levanta el teléfono automáticamente le grita—: ¡No grabes esto!

Está ahí de pie, con un frío que pela, en sujetador. El verde claro de topes. Jonno desearía que llevase una lencería más sexy. Algo anda mal

en su tatuaje, los pájaros giran en espiral hacia la clavícula y suben hasta el cuello. Unos objetos puntiagudos, puntas de flecha, emergen de la tinta y Jonno se da cuenta de que todo anda mal. Pero que muy mal.

—Olvídate. Tienes razón. Vamos, volvamos al coche. Vamos a llamar a la policía.

—Va a salir —dice Jen, distante, contemplando las agudas puntas que empujan bajo su piel mientras la sangre le corre por el pecho, empapando el sujetador—. Me caigo, Jonno.

—No. No, qué va. Yo te cojo.

La agarra de un brazo, pero se está cayendo, de espaldas y hacia dentro del dibujo de la puerta que de repente es un agujero abierto, y las cosas que intentan atravesar su pecho no son puntas de flecha, son picos de pájaros oscuros y plumosos, pegajosos por la sangre, con unos ojos negros brillantes. Está cayendo y él cae con ella y algunos pájaros se retuercen hasta liberarse de su pecho y

él la suelta.

Para salvarse.

Se encoge de terror y se cubre la cara con los brazos para protegerse del torrente de cuervos que sale del cuerpo de su novia con sus picos cortantes y batiendo las alas.

Como la marca de carne

Es humillante. Es la última oportunidad que tiene Layla para suplicar que le den otra oportunidad, pero su madre está absorta, al teléfono.

—Bueno, ¿se puede rastrear el GPS de un móvil? ¿Necesitamos una orden para triangular su posición? —Un camión las adelanta zumbando y el Crown Vic se bambolea—. Espera, tengo otra llamada. Es el bloguero. Te vuelvo a llamar. ¿Hola? —Gabi echa la cabeza atrás de golpe ante el chirrido de estática que surge del altavoz. Suena como una sierra radial en un túnel aerodinámico. Alguien está chillando—. ¿Hola? ¿Haim?

—¡Socorro! Joder. Ayuda. Oh, Dios, Jen. Los pájaros. Este lugar es... Hostia. ¡Joder! ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso? Jen. Está muy mal. Y joder, oh, joder. No sé lo que está pasando.

—Jonno, ¿dónde está?

Gabi vira hacia un lado de la calzada, frena bruscamente y enciende las luces azules y rojas de la policía.

—En una vieja fábrica. —El hombre al otro lado de la línea está histérico, grita lo bastante alto como para que Layla lo oiga—. Una planta de automóviles. Fleischer no sé qué.

—¿No será Fischer? ¿Está seguro? Voy a enviarle gente. Quédese al aparato.

—Fleischer, como la marca de carne. Joder. Está herida. Está sangrando. Creo que le veo el corazón. Ah, Dios, creo que voy a vomitar. —La voz crepita y desaparece en el viento ululante.

Gabi enciende la radio:

—Central. 10-35. Posible 0900 en la fábrica de Carrocerías Fleischer. Código prioridad Faline. Repito: Faline. Todos los vehículos. —Empieza a introducir la dirección en el ordenador sosteniendo el teléfono bajo la barbilla—. Jonno. Siga hablando.

—¿Mamá? —dice Layla. Gabi la mira como si se hubiese olvidado de que estaba allí. En modo policía total.

—Ten, coge el teléfono. Sigue hablando con él. Incluso aunque no hable.

Le tiende el móvil con insistencia y le hace un gesto de impaciencia.

—Hola. ¿Jonno? Hmmm. Soy Layla. Layla Stirling-Versado. Voy a seguir hablando contigo.

—Central, ¿puede confirmarme la dirección de la fábrica de Carrocerías Fleischer? Sí, estoy introduciéndola en el GPS. —Asiente hacia Layla —. Pregúntale qué ve.

—¿Qué es lo que ve? Hmmm. ¿Hay alguna ventana? ¿Puertas? ¿Algo que lo amenace en este instante? ¿Puede llegar a un sitio seguro?

Busca de reojo a su madre, pero Gabi está concentrada en el GPS. La voz robótica dice: «Su destino se encuentra a veinticuatro minutos. Conduzca recto nueve kilómetros y luego gire a la derecha».

—Que le den por culo a este cacharro —dice. Se da la vuelta en el asiento con el brazo sobre el

respaldo—. Sigue hablando, Layla. ¿Tienes abrochado el cinturón?

Gabi enciende la sirena y la agresión auditiva le hace dar un respingo a Layla. Se concentra en que se le ocurran cosas útiles que decir.

—¿Ve algo que nos sirva de referencia? ¿Hay alguien cerca? Ah. ¿Sabe algo de primeros auxilios? A lo mejor debería hacer eso, si está sangrando. Intente detener la hemorragia. La presión es importante.

Gabi acelera marcha atrás, haciendo caso omiso de los coches que circulan por la vía y dan volantazos alrededor suyo, pitando furiosos. Todo se mezcla con los aullidos del teléfono, el estruendo de la sirena y los quejidos de la gata, de manera que Layla quiere taparse los oídos, pero intenta permanecer serena, continuar hablando, aun cuando al otro lado no se oyen más que ruidos. Mete los dedos en las rendijas del transportín para acariciar a Nyan, más para tranquilizarse ella que

a la gata.

—¿Sigues ahí? Habíamos hablado por teléfono. Antes. ¿Se acuerda? Soy la hija de la inspectora Versado. Ay, mierda, mamá, ¡ten cuidado!

Un Taurus plateado no las embiste por los pelos. El conductor grita y agita las manos cuando ve que se ha pasado la desviación. Y de repente todo cobra sentido, esta locura de ir marcha atrás por la autopista. El GPS cambia de ajuste.

«Tome el carril de aceleración —declara la voz serena del robot—. Su destino se encuentra a dos minutos».

Gabi pisa el freno a fondo, endereza el coche y toma la salida con el motor rugiendo.

Estofado de sesos²³

Jonno está en medio de un enorme almacén lleno de pilares y ventanas con los cristales pintados. La luz que se filtra a través es verdosa. Venenosa, piensa. La sala está destrozada. Ladrillos rotos, bolsas negras de basura y pilas de periódicos entre los que apenas se puede pasar. El canto de la chicharra todavía se oye, un hondo zumbido que le da dentera.

Caen plumas negras flotando como copos de nieve, alfombrando el suelo. Tiene a Jen delante, tumbada con el pecho y el cuello desgarrados, los tendones sanguinolentos a la vista. Como un dibujo

de anatomía. Una vez conoció a uno con un tatuaje así, la musculatura detallada con precisión en la piel de la pantorrilla. Era repugnante.

Rebusca su móvil y el pulgar se le va automáticamente al icono de la cámara.

Llama. Es un teléfono, imbécil de los huevos. Llama a alguien y pide ayuda.

Toca el icono del teléfono verde y pulsa devolver llamada en la perdida más reciente, el número que guardó como «Inspectora Cabrona». Luego selecciona adrede el manos libres y vuelve a la cámara mientras escucha el tono. No es solo un teléfono. No hay motivo para no grabar mientras llama. Está tranquilo. Esto es una alucinación. ¿Qué le contó Jen sobre las sustancias químicas y el amianto en los edificios viejos como este?

Al otro lado de la línea la señal suena una y otra vez. *Vamos, cógelo.* Observa la pantalla, todavía en modo cámara, y el músculo que cruza el pecho

de Jen se despega y deja ver una cavidad negra, la oscuridad total bajo los delgados arcos de las costillas. Algo se mueve por debajo.

Está muerta. Lo sabes, ¿no? Está muerta. Y no estás alucinando. Y ahora tú también lo tienes bastante chungo, chavalote.

El aleteo se oye más alto. Las bolsas de basura se rozan entre ellas. Ratas. Palomas.

No son ratas.

La señal de la llamada sigue sonando. ¡Cógelo!

La inspectora responde y el sonido de su voz resquebraja su calma como una pezuña cascaría un parabrisas.

—¡Socorro! —dice débilmente, porque las palabras han volado. Han aleteado fuera de su alcance—. Joder. Ayuda. Oh, Dios, Jen. Los pájaros. Este lugar es... —Algo blanco le pasa rozando la cara, un tacto crujiente de papel contra la piel—. Hostia. ¡Joder! ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso? Jen. Está muy mal. Es diabética. Yo

creo que... Y joder, oh, joder. No sé lo que está pasando. —Oye la voz de la inspectora desde la lejanía. Como un viejo gramófono a través de una caracola de mar. Se las arregla para descifrar la pregunta—. Fleischer. La fábrica Fleischer. —Vuelve la cámara hacia Jen. Tiene los ojos abiertos por completo, con una mirada de asombro. Es una curiosidad enternecedora. Todo lo que le encantaba del mundo se lo han arrancado de cuajo—. Está herida. Está sangrando. Creo que le veo el corazón. Ah, Dios, creo que voy a vomitar.

Le da una arcada, se lleva las manos a la cara y por un instante todo vuelve a ser normal. O normal hasta cierto punto. La sala no es más que una sala. Jen solo está muerta y en el agujero negro de su pecho no se remueve nada.

La voz de una chica sale del altavoz del teléfono, familiar, conspiratoria. Es la hija de la detective. Hablando de reanimación cardiopulmonar como si

pudiese devolverle la vida al pecho descuajaringado de Jen. El intenso zumbido sube de volumen. Ya no son chicharras, sino el motor de un avión en pleno despegue.

Síndrome del abandono

El punto rojo del GPS está a tres manzanas. Ya

estamos cerca, piensa Gabi. Layla continúa hablando con Jonno, cháchara sin sentido, porque él sigue sin responder y a ella se le han acabado los consejos médicos. Está orgullosa de su hija por saber mantener la calma. Está orgullosa incluso de su descabellada aventura. Impresionada, también, de que le saliera bien lo de fingirse agente de policía. No es que se lo vaya a decir jamás. Estuvieron hasta la noche intentando encontrar la puñetera bala, alojada en la madera desconchada del tiovivo.

Cuando todo esto haya acabado, cuando Layla esté en un avión y a salvo, piensa ir a buscar a ese pedófilo y le va a pegar un tiro en la cabeza. Ya sabe en qué edificio abandonado dejará el cadáver, sabe cómo provocar un incendio para que parezca cosa de un pirómano tarado. Luego a lo mejor deja todo este tinglado. Se pone a ejercer por lo privado como William. Investigador de demandas especiales, quizá. En algún sitio bonito

donde solo tenga que ocuparse de los problemas de la gente rica. ¿Qué tal Ann Arbor?

—Cálmate —dice Layla dirigiéndose al teléfono—. Estamos en camino. La policía está cerca. ¿Cómo está tu amiga? Oye, ¿sabes que participo en una obra de teatro? Es bastante guay. Deberías venir. Te consigo una entrada. A no ser que no te gusten los musicales. —Empieza a desesperarse—. ¿Sigues ahí? Estoy aquí. Voy a seguir hablando contigo hasta que llegue la policía.

Gabi detiene el coche y deja el motor en marcha. Sale.

—¡Mamá! ¿Dónde vas?

—Yo soy la policía, cariño.

Una tiene que hacer lo que le toca.

—No, espera. —Layla sale detrás de ella—. No puedes ir sola. ¡Y yo no puedo conducir un coche de policía!

Gabi la ignora. Hay cosas mucho más preocupantes que la normativa ahora mismo. Abre

el maletero, saca el chaleco antibalas de debajo de la maleta de su hija y se lo empieza a poner. Porque nunca se sabe. A lo mejor estás comprando comida para llevar y en el local de al lado están desvalijando el cajero automático. Y lo mismo te encuentras en el escondrijo de un asesino en serie en una zona industrial dejada de la mano de Dios cerca del aeropuerto pero los refuerzos tardan en llegar diez o incluso veinte minutos. Y tal vez Chispitas está vivo aún.

Echa una mirada al edificio entre los árboles. Es achaparrado y bajo, como un bloque de Lego enorme.

—Dame el teléfono, Layla. Jonno, si me está escuchando, ya he llegado. ¿Puede decirme dónde está?

No se oye más que un petardeo por unos instantes, y luego la voz de un hombre sollozante.

—Oh, Dios. Oh, Dios, no me mates.

Y eso zanja la cuestión. Como si tuviera otra

opción. Gabi quita el seguro a su Smith & Wesson. Mierda, ojalá llevara más cartuchos. La próxima vez.

—¿No vas a esperar a los refuerzos? ¡Mamá!

—Van a llegar de un momento a otro.

—¡Entonces espéralos! —le grita Layla.

Gabi agarra a su hija por los hombros y la guía hasta el asiento del conductor, con la puerta todavía abierta.

—Marcus Jones podría estar ahí dentro. Podría estar vivo. Y hay alguien herido. Grave. No puedo esperar. ¿Lo entiendes? Necesito que te metas en el coche y conduzcas donde estés a salvo. A casa, a la de Cas o a la comisaría más cercana.

—¿Que conduzca yo? —Se echa a llorar.

—Ya lo tienes pillado, Layla. Excepto aparcar en paralelo, pero eso no tienes que hacerlo hoy. Límate a llegar a casa. Tú puedes.

—No tengo teléfono, me lo mojaste.

—No lo necesitas. Conduce hasta un lugar

seguro.

—No puedo. No puedo. Por favor, no me obligues —solloza Layla.

Gabi la hace sentarse y le coloca las manos sobre el volante.

—Tienes que hacerlo. Necesito que te largues de aquí ahora mismo. Mete la marcha.

—Mamá... —le ruega, por más que esté haciendo lo que le piden.

—Me preocupas tú y me preocupa Nyan. ¿No quieres que tu gata esté a salvo?

Layla mira atrás, NyanCat está agazapada en el transportín, un ovillo de pelo desamparado de grandes ojos, silenciosa por una vez.

—Sí —responde titubeante.

—Entonces mete la marcha, Layla. Te quiero.

Son dos palabras cargadas de mucho sentido. Porque lo que quiere decirle con ellas es: Lo siento. Siento haber estado ocupada y siento tener que entrar y tal vez no volver a verte; no te digo lo

orgullosa que estoy de ti tan a menudo como debería, aunque hagas gilipolleces, porque las haces por buenas razones y eso es raro y demuestra valor; vas a crecer y a convertirte en una buena mujer, no cometerás los mismos estúpidos errores que yo, cometerás los tuyos, pero con suerte solo para ponerte en el buen camino; el mundo es mucho más fantástico y rico porque existes tú, cariño.

Cierra la puerta y da una palmada en el techo del coche, fuerte, como si fuese la grupa de un caballo. Layla se pega tal susto que aprieta a fondo el pedal y el coche pega un salto hacia delante y se queda girado en medio de la calle. Lo endereza.

—¡Con cuidado! —grita Gabi a su espalda, y se queda observando cómo realiza un giro amplio en la esquina, con la cara llena de lágrimas mientras se vuelve hacia su madre, atemorizada. Agita la mano a modo de despedida hasta que deja de verla.

A salvo.

La primicia

Una de las bolsas de basura se mueve en la oscuridad. No es una bolsa. Es un hombre, que ha estado ahí acucillado, observándolo. Se pone en pie. Tiene el rostro vacío, o despellejado, y en el

cuello cuajarones de sangre que le chorrean por la camisa.

—Has venido —dice.

—¡Mierda! —Jonno retrocede hasta la pared, agitando el teléfono como si fuese una varita mágica que pudiese mantenerlo a raya—. No. Nonononono. ¡Inspectora! —le grita al móvil.

De pronto lo reconoce.

—Eres tú. El tío de la galería. Pusieron tu foto en las noticias. Pero no parecías tú, tenías el pelo más corto, llevabas barba. Oh, Dios, en la fiesta estabas intentando enseñarme algo...

El hombre sigue flotando hacia él. Flotando, no caminando.

—Tú eres parte de la infección. Eres el mensajero. Me vas a ayudar.

—Que te follen, déjame en paz. No sé de qué me hablas. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Lo siento. Me había olvidado. Es fácil olvidarse. Tengo que agarrarme a las cosas con

tanta energía...

Se aprieta las mejillas con las manos y el rostro cobra forma. Un parecido pasable con Clayton Broom. Los ojos demasiado hundidos, demasiado pequeños, demasiado separados, la nariz es un bulto deforme. De la costra del cuello le sale sangre. Cuando habla se le abre demasiado la mandíbula. La rana Gustavo, piensa Jonno. Como si alguien le tuviese metida la mano por dentro.

—Hostia. No me mates, por lo que más quieras.

—No —responde Clayton. La cara tiene una expresión divertida. Algo parecido a lo que cree que es la diversión—. No te voy a matar. Te necesito. A ti y a tu internet, para que lo propaguéis.

Al borde del abismo

Gabi rodea el edificio. La puerta principal está sellada. También lo están todas las ventanas, al menos a pie de calle. Pero ha de haber una manera de entrar. Ni rastro de Jonno ni de su amiga. Jennifer, piensa. No, Jen. Quien es probable que tenga el corazón al aire (de lo que deduce que es una herida mortal).

Una camioneta blanca aparcada lejos de las miradas. Está aquí. O estaba. Bordea la construcción siguiendo la pared, atravesando un callejón jalonado de árboles entre los que bullen unas ardillas negras. En la pared hay una de esas

malditas puertas dibujadas y Gabi se pregunta si alguna vez un simple rectángulo había inspirado tanto temor. Los ataúdes, quizá.

Y allí está. Una escalera de incendios oxidada que sube por un lateral del edificio. Una puerta arrancada en lo alto. Un sitio por el que meterse. Intenta avisar por radio, pero solo recibe un estallido de estática. Su móvil no tiene señal.

No cree que Clayton sea tan sofisticado como para tener inhibidores instalados. Podría ser el edificio, todo el metal del interior, que interfiere con la electrónica.

Alguien chilla dentro. Un hombre. Terror puro. Marcus, piensa, aunque su parte racional sabe que está muerto. Lleva muerto desde el lunes por la mañana, cuando rechazó su llamada en el despacho del director. Sabe que esa es la verdad. Lo que significa que se trata de Jonno. O de Thomas Keen. O de alguien a quien podría salvar.

Maldita sea. Esperaba oír sirenas, agentes de

uniforme irrumpiendo armados entre los escombros.

—Central, voy a entrar —dice a la radio inservible.

Y empieza a subir las escaleras.

Nada es casual

Layla intenta concentrarse, pero no deja de mirar por el retrovisor, esperando ver a su madre, que ya se ha marchado, que ha desaparecido en ese horrible edificio con las ventanas condenadas y los cristales rotos. No puede apartar la mirada. Su madre va a morir ahí dentro: ambas lo saben. ¿No es eso lo que le estaba diciendo? Lloro tanto que apenas ve la carretera entre las lágrimas, pero tiene que llegar a casa. Tiene que ponerse a salvo. Se lo ha prometido.

Gira el volante en la esquina sin saber siquiera lo que hace. De vuelta a la autopista, pero eso la aterroriza. No está segura de poder conseguirlo. Debería coger carreteras secundarias. Pulsa el GPS. Casa.

«Gire a la izquierda», dice la voz serena de la mujer, con mecánica seguridad.

Pero cuando lo hace ve el edificio chato y odioso de la fábrica de nuevo frente a ella. No. Mira con temor por el retrovisor y ve que también

lo tiene detrás. Como en un bucle de Escher.

Sufre un ataque de pánico y pisa el freno mientras aporrea frenética la pantalla del GPS con un dedo.

—¡A casa, joder!

Cuando era pequeña, su madre le contó que el GPS era una señora robot que vivía en el cielo y los vigilaba a todos desde su estación espacial. «¿Como Dios?», preguntó ella inocentemente, lo que hizo reír a sus padres.

Pero ahora nadie vigila desde el cielo. Ni la señora robot ni Dios. Está sola. Con una gata histérica que maúlla detrás. Calma. Respira hondo. La madre de Cas las llevó un día a clase de yoga. Cierra los ojos. Encuentra tu centro. Siente las raíces hundirse en el fondo, anclándote en la tierra.

Son dos edificios parecidos, pero distintos. Probablemente hay un montón más que se parecen en este infierno industrial derruido. Abre los ojos y concentra la atención en el pedacito de pantalla

que ha de llevarla a casa, esforzándose en no mirar tras ella. No sabe qué hará si se equivoca. Si están en el mismo sitio y está atrapada en medio.

«Dé la vuelta», dice la voz del ordenador con implacable calma y autoridad. «Dé la vuelta». No fastidies. Dirige el coche hacia un cambio de sentido. NyanCat suelta un aullido. Y en ese momento escucha una sirena o una bocina a todo volumen, un Mack de dieciocho ruedas se le echa encima y ella está parada en mitad de la carretera. Chilla y pisa el acelerador mientras gira el volante a un lado con todas sus fuerzas, sin embargo el camión la embiste.

Se oye un crujido nítido, el mismo sonido que hace NyanCat cuando se come un saltamontes. La ventanilla se hace añicos, una brillante lluvia de purpurina le cae encima. El Crown Vic da vueltas por la carretera. No puede controlarlo. De repente el coche está lleno de polillas. El volante se separa y se le queda entre las manos.

El coche gira, ingrávito. Golpea la cuneta y el peso lo estabiliza justo antes de que el airbag se le abra en plena la cara. Ve un túnel de árboles que se abre frente a ella, las ramas van retirándose con la gracia de un ballet para permitirle la entrada.

Pero sabe que es una trampa, que se cerrarán tras ella como en un cuento de hadas y nadie volverá a verla jamás, y no quedará ni rastro de su presencia.

Y entonces se da un cabezazo con el marco de la ventanilla y una roja oscuridad uterina la envuelve en un rugido.

Animales mecánicos²⁴

Está demasiado oscuro para ver nada, de modo que TK avanza a tientas por el túnel de árboles que se ha convertido en un corredor donde sus pasos producen un sonido metálico. Tiene que agacharse para no golpearse la cabeza con el techo; avanza como un pato, con las piernas abiertas como un vaquero. Siente calambres en los hombros, le duelen las rodillas, pero desde algún punto más adelante unas vocecillas de hojalata reverberan, alegres y ligeras.

Emerge a una sala resplandeciente con cortinas florales, una chimenea encendida y una mesa bien

provista de comida para celebrar Acción de Gracias (pavo, costillas a la barbacoa, puré de boniato, sémola y vasos de plástico de Kool-Aid), y están todos sus amigos esperándolo. Ramón, con su enorme cabeza de oso de peluche, un codo apoyado con desenvoltura en la repisa del hogar, y Diyana, trenzándose el pelo, tan largo que le llega hasta el suelo. Está incluso Lanny, con un delantal que dice «El mejor cocinero del mundo». Y está su hermana Florence, inclinada en el borde de la mesa leyendo un libro, con los dedos correteando como arañas sobre los bultos protuberantes que forman las palabras.

Están contentísimos de verlo.

—Bienvenido a casa —dice Lanny, y le da una palmada en el hombro.

—¿Te gusta, Thomas? —le pregunta Diyana con una sonrisa esplendorosa de dientes blancos mientras anuda y retuerce, trenza, trenza, trenza.

—¡Feliz día de Acción de Gracias! —proclama

Ramón, con la voz distorsionada por su enorme cabeza de piñata.

—No hay sillas. ¿Dónde queréis que me siente?
—dice TK riéndose.

—¿Quién tiene tiempo de sentarse? Tenemos todo preparado para ti —se queja Lanny.

—Tenemos una sorpresa —dice Florrie alzando la cabeza del braille.

Suena el timbre, una lúgubre melodía de campanas de iglesia, como en una boda o en un funeral.

Ding-dong-ding-dong. Ding-dong-ding-dong.

—No te lo vas a creer —le dice Florence. Tiene un par de monedas colocadas sobre los ojos. Peniques viejos, ni siquiera son dólares. Su hermana se merece monedas de dólar, que no le digan lo contrario.

—¿Esto es alguna clase de reality show? —pregunta TK sonriendo mientras lo rodean y lo empujan hacia la puerta principal. No recuerda por

qué no ha entrado por allí.

Diyana le tapa los ojos, juguetona.

—¡No vale mirar!

Ding-dong-dong-ding. Ding-dong-dong-ding.

Pero de pronto sabe lo que se va a encontrar al otro lado, exactamente igual que lo supo aquella noche de Halloween, la puerta ligeramente entreabierta y la luz escapándose hacia la calle.

—No —dice retrocediendo a empujones—. No quiero.

Vuelve a tener catorce años y la garganta le arde por el miedo y una jarra de agua helada le baja por la columna vertebral. Huele la sangre. Su cualidad ferruginosa.

Ding-dong-dong-ding.

—No lo estropees. Hemos venido especialmente para esto —le recrimina Diyana haciendo pucheros.

—Vamos, no seas niño. ¡Tendrías que haber visto por lo que he tenido que pasar! —lo apremia

Ramón.

—Abre la puerta, Thomas —le pide Florrie.

*Dig-god-dog-dig.*²⁵

Pero él no quiere ver a su mamá. Ya enterró a aquella mujer y no va a volver a hacerlo.

—Soltadme —dice zafándose de las manos que lo aferran, y los empuja con demasiada fuerza, porque tira a su hermana, que cae al suelo como una bolsa de basura llena de ropa vieja que hubiesen lanzado por la ventana.

Se queda encogida, emitiendo un gemido de animal herido que le hace pensar que se ha roto algo.

—Florrie, lo siento. No era mi intención, ha sido sin querer. ¿Estás bien? Déjame ver.

TK está desconsolado, arrodillado junto a ella. En su vida le ha pegado a una mujer.

Se da cuenta de que el llanto le es familiar. No es el sollozo de una mujer, sino el de un chico. Su propia voz. El sonido que salió de su garganta

cuando estaba allí plantado ante el cadáver de Ricky Furman con la pistola pendiendo de la mano. Un gemido de lamento que no podía salir por la boca de nadie, un sonido salido directamente del infierno. Del mismo diablo. Que es lo que él ha sido. *Hijo de una puta. Asesino.*

Coge a su hermana del hombro.

—Por favor, Florrie.

Los huesos se retuercen bajo el vestido y se vuelve chasqueando los dientes, unos caninos amarillos y sucios en un hocico alargado. El lamento es ahora un gruñido. Se está desgajando de su piel, emerge de una bolsa amniótica, sus garras arañan el suelo de madera, tiene el pelaje de un rojo apelmazado. Se alza en unas espigadas patas de chucho, se sacude y salpica toda la habitación de sangre.

TK chilla, se aleja de ella a trompicones y se enreda entre las trenzas enmarañadas alrededor de la habitación. Las cucarachas se escabullen en las

profundidades del pelo.

—No te vayas todavía, no has abierto la puerta —le dice Ramón, su voz suena lastimera al atravesar la cabeza de gigante de papel. Él es el único que no está cambiando. Los demás están sufriendo espasmos, caen a cuatro patas, cocean en el aire con las piernas. Les crujen los huesos y los cráneos se les estrechan al dar a luz a los perros salvajes que siempre han habitado en su interior, deshaciéndose de su humanidad entre contorsiones.

El sanguinolento perro amarillo que era su hermana no se mueve del sitio, arquea el lomo, repliega los labios de manera que deja al descubierto unas encías negras; de los afilados dientes le gotea una espesa baba gris.

TK se pone en pie lentamente, una mano por delante para detenerla, la otra rebusca en el bolsillo el spray de pimienta. Los demás perros recién nacidos se levantan sobre las patas

gruñendo y gañendo. Florrie arremete contra su tobillo, un mordisco preventivo, y TK da media vuelta y sale corriendo.

—Tienes que abrir la puerta —le dice Ramón con tristeza.

Corre más de lo que su corazón puede soportar. Le duele el pecho, como si alguien se lo hubiese atravesado con una lanza, pero continúa corriendo, porque los perros lo persiguen con sus patas delgaduchas, aullando y bramando. Lo agarran de los pantalones, lo dirigen hacia un lago oscuro que se extiende ante sus ojos.

Se tropieza con el pelo enroscado y cae en las implacables aguas negras. Se golpea la rodilla con algo bajo la superficie y sube de golpe, revolviéndose y jadeando por la impresión de la temperatura helada. Es como un bautismo, y por un instante lo ve claramente. Lo que se enroscaba a sus pies no es pelo, sino cable eléctrico. Está metido hasta la cintura en agua de lluvia sucia

cuajada por la basura en el sótano inundado de una fábrica. Unos rayos de sol provenientes de las ventanas rotas se reflejan en el agua, proyectando ondas por las paredes... y una escalera de metal en la otra punta.

Pero entonces se da la vuelta y ve a los perros paseándose de aquí para allá en el borde, gimiendo y tratando de decidirse a saltar tras él, y en las alturas, por encima de su cabeza, subido en las vigas transversales, Jesucristo los mira y los azuza.

Cadena de montaje

Layla lleva el transportín apretado contra el pecho. Está oscuro y anda a trompicones por culpa del suelo accidentado. Tiene sangre en un lado de la cara. Ha intentado tocarse la herida de la sien, pero el más mínimo roce de los dedos amenaza con hacer que la oscuridad se arremoline de nuevo en torno a ella.

Si se queda quieta la sangre le chorrea por el brazo y gotea y gotea en el suelo. Eso le pone los pelos de punta, así que sigue caminando pese a no saber adónde se dirige. Es la historia de su vida, piensa, y contiene un sollozo. Si se echa a llorar de nuevo no podrá parar, y se caerá al suelo y no será capaz de volver a ponerse en pie.

No se acuerda de cómo ha llegado aquí ni de dónde está, pero el transportín es algo a lo que puede aferrarse, un accesorio nada accesorio. Es una mujer valiente que protege a su gata. ¿Qué importa que la puerta de rejilla esté abierta y NyanCat haya desaparecido? Está en plena

búsqueda de la gata, entonces. Y de su madre.

Como en un videojuego.

Hay un letrero en la pared, pero las letras se mueven cuando intenta leerlas. Son palabras perversas. Ya ni siquiera intentan parecer palabras. Tienen ambiciones que exceden sus habilidades. Esto entra en el examen seguro. Las letras se reorganizan por su cuenta. ONATMEJ. NATOJEM. JEAMNOT. TEJMONA. JTOAEMN. METAJON.

Dentro, alguien la espera, un pez gordo del lumpen, sentado delante de un panel de control gigante, repleto de pantallas, accionando botones e indicadores. Se da cuenta de que es ChicoTerciopelo, hinchado por una obesidad mórbida, la piel amarilla y cerosa, pero reconoce sus rasgos bajo la grasa, la cara de tío majo que no se merece. La mira entrecerrando los ojos y a continuación se fija en el transportín.

—¿Quieres encerrar a alguien o se trata de algún

jueguito? —le pregunta, volviéndose hacia el panel.

—Es para mi gatita. ¿La has visto?

ChicoTerciopelo suelta una risotada.

—Mujer, he visto más mininas de las que te puedas imaginar. Coñitos para hartarse. Barra libre de coñitos.

En las pantallas se reproducen vídeos de niñas. Saltan a la comba, intentan andar con los zapatones de tacón de mamá, corren con una cometa, sentadas en una valla, tocan la guitarra, soplan un diente de león, lamiendo un helado, lamiendo otras cosas. Layla aparta la mirada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta enfadada.

—¿Qué haces aquí? —repite él con un soniquete.

—Estaba conduciendo —recuerda Layla.

—Has perdido el coche. Has perdido a tu minina. Has perdido la chaveta. Yo por lo menos solo perdí la cartera. Y el corazón. ¿Lo has visto?

—Se palpa el cuerpo como si buscase las llaves

en un bolsillo olvidado—. Ah, aquí está.

Señala hacia las pantallas, en las que ahora aparecen penes, una infinita variedad de penes, excepto en una donde una adolescente está tumbada en la hierba húmeda besándose con un chico que le mete mano bajo la ropa.

—Putá. Puta guarrilla. Cómo te gustaba. Cómo os gusta. Os hacéis fotitos sexis en braguitas con los móviles y luego las subís ahí, las ponéis en internet para que todos las veamos. Tenemos el mundo privado entero aquí. —Se frota la barriga hinchada—. A lo mejor me he descuidado un poco. —Sonríe y Layla se da cuenta de que se está frotando algo por debajo de la tripa y desvía la mirada.

La pantalla empieza a desplegar selfies. Espejos de cuartos de baño y dormitorios, chicas poniendo morritos y posando en ropa interior o desnudas, riéndose, serias, con cara de susto, todas evaluando qué tal están.

—No. No lo hacemos para ti —dice Layla.

—Por supuesto que sí. Es lo que os hemos enseñado. Ven aquí. Siéntate en mi regazo, que te hago el caballito. —Le tiende los brazos gordezuelos y ella le da un empujón con todas sus fuerzas. La silla con ruedas sale despedida hasta que topa con una irregularidad, se vuelca y tira al hombre al suelo. Se queda ahí, sumido en su grasa, riéndose—. Podemos jugar en plan duro, gatita. Puedo enseñarte a pensar que también es idea tuya.

—¡Que te follen! —Le lanza el transportín, da media vuelta y sale corriendo—. ¡Mamá! ¿Mamá, dónde estás?

—¡Putas sin remedio! ¡En el fondo sois todas unas putas sin remedio! —le grita desde atrás.

Layla sube corriendo un tramo de escaleras que llevan a un pasillo estrecho. Parece una zanja y hay brazos robotizados de una cadena de montaje a ambos lados, que se ciernen sobre ella en ángulos desiguales. Entra en la zanja: hay luz al otro lado,

si es que logra atravesarlo.

—¡Mamá! ¿Dónde estás? ¡Te necesito! —grita. Su voz proyecta ecos por el espacio cavernoso y regresa hasta ella de modo que puede comprobar lo pequeña y aterrorizada que suena.

Los brazos robotizados que la rodean reaccionan al sonido y comienzan a volver a la vida, cambian de sitio en sus pivotes, vuelven sus cabezales en su dirección, curiosos.

—Dejadme en paz —dice Layla con enfado, agachándose cuando uno se adelanta hacia ella, una tenaza enorme que trata de agarrarla a ciegas. Pero entonces otro rota sobre sí mismo y la engancha por el pecho, las puntas metálicas le rasgan la chaqueta.

La voz de ChicoTerciopelo irrumpe a través del intercomunicador mientras los brazos robotizados la embisten y manosean, provistos de pinzas, brocas chirriantes y chisporroteantes sopletes.

—¡Mec, mec! —Suelta una risita tonta—. ¡Mec,

mec!

—¡Mamá! —chilla Layla.

Se tumba bocabajo en la zanja y se cubre la cabeza con las manos, decidida a morir cuando un taladro le atravesase el cráneo. No es lo que sucede, así que echa un vistazo por encima del hombro y descubre que la articulación de los brazos robotizados no llega hasta el fondo.

Se arrastra sobre la barriga a un ritmo tortuoso, impulsando el cuerpo con los brazos (ahora arriba, ahora abajo), acompañada por los chirridos y zumbidos a pocos milímetros de su cabeza. Pero entonces llega al final de la zanja y es un camino sin salida; los brazos robotizados parecen saberlo y continúan picoteando sin parar. Se queda tendida allí, tratando de calcular cuántos segundos tiene entre que los mecanismos toman impulso hacia atrás como cobras y vuelven a zambullirse.

De un impulso sale de la zanja y rueda por el suelo, pero uno de los sopletes le alcanza en el

hombro. Aúlla de dolor. El olor de su piel ampollada es idéntico al del beicon y sabe, esté o no dentro del grupo de alimentos sagrados, que no volverá a probarlo.

Se levanta vacilante sin dejar de contemplar los brazos, que ahora descienden en silencio haciendo la ola a lo largo de la cadena de montaje. Le arde el hombro. No te lo toques, piensa. Quemaduras de tercer grado e infecciones. Necesita ayuda. Tiene que salir de aquí.

—Ay, por favor, no te vayas. Con lo que te odiamos... —se burla ChicoTerciopelo desde lo alto de su torre de control. Le ve la cara gorda, la observa desde la ventana churretosa.

Layla le da la espalda y se interna tambaleante en la fábrica, hacia donde oye un ruido de agua salpicando.

Laberinto

Al atravesar la puerta, Gabi emerge a una pasarela suspendida sobre la planta de la fábrica. La estrecha hilera de ventanitas que se extienden a lo largo, justo debajo del techo, están llenas de porquería, creando un efecto de luz grumosa que no consigue penetrar en la oscuridad de abajo.

Camina midiendo cada paso, comprobando que la pasarela no esté podrida, avanzando a tientas en la penumbra, temerosa de toparse con algo afilado; la pistola en la mano, la radio del cinturón zumba su estática inútil. Ha bajado el volumen lo suficiente como para oírla sin que delate su

posición.

La vista empieza a acostumbrarse a la penumbra, de modo que puede reconocer los armazones en el foso de la cadena de montaje, hueca aquí y allá porque los saqueadores se han llevado todo lo que han podido, y lo que no, lo han destrozado. Los brazos robotizados que quedan están doblados en posiciones absurdas sobre sus pesadas bases, los cables colgándoles por fuera como entrañas, encorvados sobre los raíles que recorren el centro del foso, esperando en vano las carcasas de los coches que ya no volverán a pasar jamás por ahí.

Un efecto lumínico hace que parezca que los brazos se mueven; los cabezales pivotan para mirarla.

Clayton podría estar en cualquier lugar: ocho plantas de ruinas automovilísticas. Tampoco es que sean las catorce hectáreas de la fábrica Packard, pero es una putada de todas formas. Pero, eh, a falta de un camino de baldosas amarillas,

reflexiona Gabi, puede seguir el rastro de obras artísticas malsanas.

La fábrica ya tiene que ser espeluznante de cojones a la luz del día, así que todos esos muebles que no encajan aquí todavía la hacen más inquietante, como si el asesino estuviese jugando a las casitas. Pero las obras de arte lo empeoran todavía más, muchísimo más. Como el sótano aquel lleno de bebés de muñecos de Luke. Salvo que dentro de algunas de estas formas de rostros desfigurados y cuellos retorcidos como sacacorchos puede que haya cadáveres de verdad. Como esa mujer con las facciones derretidas, o el Cristo colgado de la viga que mira hacia abajo, abriendo y cerrando su boca mecánica como si mascullase una oración. Los técnicos forenses se lo van a pasar pipa.

Enfila otra escalera que lleva a un entresuelo. Los escalones metálicos resuenan bajo las botas y producen ecos por toda la planta, como si el

puñetero edificio entero quisiese delatarla. Se encoge, pero eh, visto de otra manera, si cualquier ruido resuena y no oye a los malos es que no están en esta planta.

Sigue internándose con cautela en el edificio, deja atrás otro tramo de escaleras y una sala de control en la que hay una figura gorda hecha de cera descolorida tumbada en el suelo, incrustada en una silla giratoria de cara a una pared llena de pantallas y botones, grafiteadas y reventadas. La cera no quedó asentada y rezuma por los bordes del asiento. O quizá es intencionado. El gordo tiene por ojos unos agujeros exagerados, como si alguien hubiese arrancado la cera de dentro con los dedos, y tiene juguetes viejos embutidos en la carne amarilla. Estira hacia el cuadro de mandos un brazo fofo unido al torso por medio de una membrana, como la pata de una rana. Es asqueroso.

Pasa por delante de despachos con armarios

volcados y ordenadores destrozados, el suelo cubierto por cajas de cartón que vomitan archivos y papelajos. Diseminados por encima como cucarachas de plástico rosas, verdes y azules hay un montón de rotuladores fosforescentes. Hay tanta basura que no parece posible que pertenezca toda a la planta.

Alguien se ha tomado la molestia de derribar los urinarios del baño de hombres y hacer añicos la porcelana. Cuando todo está hecho una mierda, la simple destrucción no es suficiente. Hay que elevar el nivel hasta la demolición total, piensa.

Retrocede y termina en un despacho desde el que se ve la planta baja. Pero en la otra punta de la fábrica vislumbra el familiar barrido azul y rojo de las luces de la policía, visible a través de una puerta de carga abierta.

Siempre llegando tarde a la puta fiesta, masculla para sí, pero se le escapa una sonrisa. Ya está planeando rutas. A un equipo lo enviará escaleras

arriba. Tiene sentido que el asesino esté en lo alto. Ojalá Boyd haya sido capaz de conseguir los planos del edificio.

—Eh, capullos. No disparéis, que soy yo —grita mientras corre escaleras abajo hacia el coche.

Pero hay algo que no encaja. No es la caballería y no es una puerta de carga que deje pasar el albor de la mañana.

Es su Crown Vic, que ha atravesado la pared. El capó está arrugado, el parabrisas es un mapa azul de grietas. La puerta del conductor ha quedado colgando, una resquebrajadura brutal cruza la ventanilla. Una mancha roja en el cristal. El corazón se le desboca.

—¡Layla!

Gabi se enfunda la pistola, sale disparada hacia el coche y se tuerce un tobillo contra un trozo de ladrillo de la pared desmoronada. Venganza inanimada. Empuja el airbag abultado del asiento delantero, forcejeando con la tela medio

desinflada con la esperanza de encontrar debajo a su hija. Pero se ve obligada a asumir que no hay nadie ahí. También han desaparecido la gata y el transportín.

Un zumbido grave e insistente se abre paso en medio del pánico. Le vibra el teléfono en el bolsillo. No hay posibilidad de que sea su hija. Pero puede tener fe en que así sea. Eso es lo que hacen los padres. Tener fe.

—¿Layla? —responde frenética.

Se oyen fragmentos de ruidos, desordenados.

—¿...ersado? ¿Dón...?

—¿Dónde coño estáis, Bob? ¿Por qué no estáis aquí ya? ¡Venid ahora mismo!

Cuelga y echa a correr de nuevo escaleras arriba. Subirá más. Hacia su gran exposición. ¿No es de lo que va todo esto? ¿Por qué si no ha cargado con todas sus horrendas estatuas y ese mobiliario decrepito de ahí dentro?

Layla, piensa. Layla, Layla, Layla.

Invocaciones

Layla aparece tendida en una plataforma sobre una planta inundada de la que sobresalen como pecios trozos inidentificables de maquinaria vieja. Los rayos del sol provenientes de las ventanas rotas trazan rayas atigradas en el agua negra. El

chapoteo lo provoca un hombretón negro aterrorizado que huye de una jauría de perros furiosos que saltan al agua tras él ladrando y aullando.

—¡Eo! —le grita.

El hombre mira hacia arriba con un sobresalto, se tropieza y cae con fuerza sobre una rodilla. Es culpa suya, piensa Layla. Se vuelve a toda velocidad sacándose del bolsillo un bote de espray de pimienta, pero los perros se abalanzan sobre él y lo tumban de espaldas en el agua. Emerge de nuevo, jadeando.

—¡Soltadme! —chilla mientras golpea a uno de los animales.

Al mismo tiempo descarga el puño contra el segundo, que cae hacia atrás como si lo hubiesen electrocutado y gime enterrando el hocico en el agua.

Pero tres perros son demasiados incluso para un individuo corpulento como este. El tercero le

clava los dientes en la muñeca y él, con un grito de dolor, suelta el bote. El animal se ceba en él, le desgarrá la carne, la cabeza comienza a distendérsele con los movimientos, se le estira como si fuera de plastilina, un amasijo, todo morro y dientes.

Esto no es real, piensa Layla, y enseguida: bastante real, le recuerda el dolor del hombro. Pero *también* es un sueño, piensa. Es una simulación que se reproduce en tu cerebro, puedes controlar tus sueños siempre que seas consciente de que estás soñando. Exactamente igual que un videojuego. Si por lo menos contase con algún poder, una bomba de racimo o un movimiento especial. Qué coño. No ha logrado invocar a su madre, pero recuerda el transportín y la gata, que debe de estar por aquí, dando vueltas perdida.

Se inclina sobre la barandilla y grita el nombre de NyanCat. El eco rebota y los perros alzan la cabeza al unísono para mirarla, mecánicamente,

igual que los brazos robotizados.

Pero en la superficie del agua las franjas del sol forman un remolino y se reorganizan en nuevas simetrías, y de repente algo surge de las profundidades. Un tigre. ¡No!, un gato, ágil y gigantesco. El gato invocado arremete contra los perros, resplandeciente, con uñas y dientes, furibundo. Nada de jugar con saltamontes. Esto es guerra, arcaica y salvaje.

—¡Corre! —le grita Layla al hombre, que obedece sin volverse hacia los aullidos, los gemidos y la masacre que tienen lugar a su espalda. Layla baja dos escalones hasta donde la escalera se ha roto, como a medio metro por encima de la cabeza del tipo, y se aferra a la barandilla con el brazo, haciendo caso omiso del dolor del hombro, tendiéndole la mano—. ¡Sube!

Tras él, el gato invocado desgarró a dos de los perros como si fuesen de papel y en el agua quedan flotando unas tiras rojas. El último animal

se da la vuelta y huye con el rabo entre las piernas, pero no es lo bastante rápido. El gato se abalanza sobre su lomo y le clava las garras en el flanco amarillo sin intención de soltarlo. El perro avanza unos pasos más forcejeando, a continuación desfallece y ambos se hunden en las aguas oscuras que se cierran sobre sus cabezas.

El hombre le agarra la mano, la palma húmeda y helada. Tiene cuidado de usarla solamente para darse impulso, aferrándose al borde del escalón con la otra mano, pataleando en el aire hasta que apoya una rodilla y alcanza la escalera.

El agua permanece agitada por unos instantes hasta que termina calmándose en ondas inquietas. Un hilo rojo emerge y empieza a extenderse por la superficie.

El hombre se sienta con la espalda apoyada contra la barandilla, jadeante, empapado y sangrando.

—Dios. Dios mío —resopla.

—¿Te has fijado? —dice Layla.

Las manchas rojas del agua oscura se van deshilachando y ya apenas se ven.

—No he visto nada —responde él sin volver la vista—. Nada de nada. ¿Eres real?

—¿Y tú? —le replica ella.

—Eso creo. Sangro como si lo fuese. Tú tampoco estás para tirar cohetes.

Le castañetean los dientes y suena como la carraca que se le da en clase de música a un niño que no sabe tocar ningún instrumento.

—Tenemos que salir de aquí. Tienes que calentarte. Te va a dar una hipotermia.

—Qué va. Tengo que encontrar al que ha hecho esto. Ha matado a un amigo mío. Te hace algo, a lo mejor al tocarte. Te deja la cabeza tonta, te hace ver cosas.

—¿El Monstruo de Detroit?

—Así lo llaman. Soy TK.

—Layla.

Es raro estar ahí estrechándose las manos, pero eh, igual eso significa que no tienen que hablar de perros ni gatos soñados.

—¿Esto es la fábrica Fleischer?

—Eso es.

—Entonces mi madre está aquí. Tenemos que encontrarla. Es inspectora de Homicidios.

—¿De verdad? Ya era hora, cojones. Con perdón.

—Y sin perdón.

—¿Y la inspectora se ha traído a su hijita?

—No, ella me obligó a marcharme. Pero antes estuve hablando con un tipo, así que... ¿igual por proximidad? ¿Así es como te droga? Como un gas.

—A lo mejor. —Toma una resolución—: Tenemos que sacarte de aquí. Hay que encontrar a tu madre y al resto de polis. Luego volveré y le arrancaré la cabeza con mis propias manos.

Pero Layla se da cuenta perfectamente de que no es más que fanfarronería. Está tan cagado como

ella.

Todo lo que reluce

Gabi descarta el segundo piso con solo mirarlo. Otra extensa planta repleta de basura y ladrillos, pero ni rastro de gente. El tercer piso es un laberinto de despachos, las ventanas que los

separan están destrozadas, el suelo manchado. Pero cuando sube al cuarto piso se topa con un muro de periódicos apilados hasta el techo, endurecidos con agua, como si fuese papel maché. Alguna vez ha visto nidos de ratas parecidos. Entre estos muros de papel hay un estrecho camino lo suficientemente ancho como para pasar. Traza un giro pronunciado a la izquierda. Esto es una locura. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto el asesino? ¿Cuántos cuerpos hay aquí? Por ahí delante, en algún punto, distingue voces amortiguadas. Masculinas. No es su hija. Tal vez Marcus. A lo mejor hay otra entrada. Ha visto lo suficiente como para deducir que hay un ascensor (averiado) en la otra punta del edificio, y cerca de este puede que haya también otro tramo de escaleras. Pero no hay tiempo para eso y no hay ni rastro de Layla.

Prueba la radio de nuevo porque la rutina es lo único que le queda ahora mismo.

—Central. Estoy en el cuarto piso. Quinto, depende de por dónde empiecen a subir. Hay un muro de periódicos que forma una especie de laberinto. El sospechoso está en algún punto del interior. Voy a entrar. El sospechoso podría tener de rehén a mi hija, aunque quizá esté escondida en algún rincón del edificio.

Por favor, que esté escondida. Que esté a salvo.

La radio emite un petardeo inútil en respuesta.

Se limpia la mano en los pantalones, sudada pese al frío, agarra mejor la pistola y avanza por el túnel de papel solidificado, abriéndose paso entre sus ramificaciones, que la obligan a escoger un camino. Trata de seguir las voces, pero el papel absorbe el sonido. Huele fatal, una peste acre y podredumbre húmeda. Las paredes crujen y de vez en cuando se abomban como si algo se escurriese entre los papeles o estuviese escarbando para salir. Ratas y cucarachas. Se mantiene a la derecha. Derecha, derecha, derecha, por favor que

le salga a derechas.

Algo se precipita sobre su cabeza, un relampagueo blanco, seco y crujiente. Se agacha instintivamente y le cuesta un enorme esfuerzo no abrir fuego contra las hojas que vuelan a su alrededor. Páginas sueltas flotando al viento. Nada más. Tranquilízate, se dice, apartando el pensamiento de que aquí no hace viento.

Vuelve a girar a la izquierda y llega al centro del laberinto: y encuentra a Marcus.

Solo lo reconoce por su placa de identificación.

Está atado con cable a uno de los enormes pilares industriales, los brazos extendidos como si diese su bendición; rodea su cabeza un halo de rayos puntiagudos como en una pintura medieval, alambres dorados clavados en el cráneo. En una de las palmas le han pintado una gavilla de cebada, en la otra un sol. Símbolos religiosos, los recuerda de uno de los proyectos de Layla. Vida, muerte y resurrección. En la espalda le han

colocado unas alas de ángel de madera pintadas para que parezcan llamas, rojas y amarillas, y un huevo gigante de barro abierto a sus pies como si acabase de ponerlo, en medio de un desbaratado nido de ramitas.

Se concentra en estos detalles porque no es capaz de mirarlo a la cara. O donde debería estar su cara. Gabi tiene el pecho tan agarrotado que apenas puede respirar.

Oh, Chispitas.

Su cara ha desaparecido, se la han arrancado, y en el centro, donde deberían estar la nariz, la boca y los ojos, lo que tiene es una puertecita de madera tallada con filigranas y un minúsculo pomo de oro incrustado en el cráneo. No puede abrirla. No va a abrirla.

No quiere saber lo que puede haber dentro.

Está a punto de sucumbir a la culpabilidad y le tiemblan las rodillas, pero tiene que encontrar a Layla. El terror que siente por su hija es un oscuro

motor que la empuja hacia delante, incluso en esta situación.

Volveré a por ti, Marcus, promete, y vuelve a internarse en el laberinto.

Eres tú, cariño

Jonno está apoyado con la espalda contra la

pared y sostiene el teléfono delante de sí como si fuese un arma. A lo mejor lo es.

—¡Estoy grabando esto! No puedes hacerme daño, porque lo vería el mundo entero. Sería una prueba. Estamos en directo, ¿lo entiendes? Es streaming. La gente lo está viendo y está telefoneando a la policía ahora mismo.

Eso dando por hecho que la señal sea capaz de salir del edificio. Le echa un vistazo. Vale. 4G. Dos barras. Están en vivo... y está vivo. De momento.

—No lo comprendo. Pensaba que sería suficiente. Creía que podría hacerlo yo solo. —El hombre se mira las palmas callosas, los dedos delgados—. Con estas manos, con las herramientas de Clayton, las cosas que sabía. No ha funcionado.

—De verdad, ¿qué cojones me estás contando? Has matado gente y la has convertido en monstruos de feria.

Tranqui, Jonno, piensa, no lo cabrees o antes de

que te des cuenta el próximo monstruo de feria vas a ser tú. *El Asombroso Hombre sin Corazón. ¿Te has olvidado de tu novia muerta? ¿De que sus tatuajes cobraron vida y la reventaron desde dentro? Espero que tengas eso grabado.*

Ahora no puede fijarse en eso. No puede mirarla siquiera. No puede, porque de lo contrario se le irá la olla, y lo poco que le queda de cordura pende de un hilo finísimo. Calma. Piensa como un reportero de guerra veterano. Este que tienes delante es Charlie Manson, y él tiene la exclusiva; lo único que necesitas es mantenerlo tranquilo hasta que llegue la policía.

Clayton parece tristísimo.

—Se suponía que no iban a morirse. Nada tenía que morir. Se suponía que tenían que cambiar.

—¿Así que el chaval a quien cortaste por la mitad se suponía que tenía que convertirse en un alegre cervatillo y salir retozando por el bosque?

—Sí —responde Clayton con la sencilla

convicción del creyente.

Jonno se ríe, un sonido agudo que sofoca en la garganta porque delata hasta qué punto está aterrizado. Se las está viendo con un loco. Un loco de verdad. Lo que significa que tiene que continuar charlando, porque es completamente impredecible. Dios. Ponlo en tu currículum. Trabajos relevantes: hacerle de Sherezade a un asesino en serie.

Jonno respira hondo y se agarra la muñeca para que deje de temblar. Trata de adoptar un tono suave, pero le sale una voz ahogada.

—Explícamelo, por favor. Quiero entenderlo. —
No puede evitar añadir—: No me hagas daño, por favor.

—Los abrí para que los sueños saliesen, y luego los convertí en los sueños que deseaban. Con eso debería haber bastado.

—Pero no bastó.

—Todo es tan físico... Quería llegar al sentido.

Se percibe, ¿a ti no te pasa? Por debajo.

—Sí. Por supuesto. —Difícilmente va a llevarle la contraria.

—Hay lugares que son límites. Lugares donde hubo algo que ya no está y donde otras cosas pueden aflorar.

Jonno mantiene la mirada fija en la pantalla para no caer en la tentación de desviarla hacia Jen. Es más fácil. La distancia que pone la óptica. Relación indirecta.

—Ahora todo va a resolverse. Gracias a ti.

—¿Qué? —Jonno se frota el pecho, repentinamente asustado ante la posibilidad de que su caja torácica esté a punto de reventar. Ni siquiera lleva tatuajes, piensa histérico.

—El arte necesita un público —dice el asesino como si fuese el primero a quien se le ocurre—. Es como el fuego. Tiene que quedarse en la imaginación de otros si quiere vivir. ¿Lo ves? —Casi parece feliz.

—¿Por qué no me lo explicas bien? —farfulla Jonno, sin ver nada en absoluto. Tratando, de hecho, de no ver otra cosa que el cuadradito brillante que sostiene en la mano.

Ay, pero tú tienes una corazonada, ¿verdad, chavalote? Sobre estar dándole exactamente lo que quiere.

Clayton señala la cámara.

—Nos ven.

Jonno se tambalea. ¿Quién hubiera pensado que dos palabras tendrían tanto peso?

—La policía esconde los cuerpos. Saben lo que sucedería si la gente los viese —continúa Clayton.

—¿Qué sucedería?

—Se extendería. El mundo se rompería. Se reconstruiría. Pero nadie los había visto.

—Hasta que los subí a internet.

Debería apagar la cámara. De inmediato. Pero eso ¿no lo pondría furioso y correría más peligro de que lo parta en dos y lo convierta en un

candelabro? A los asesinos en serie les gusta la atención. Pues sigue prestándole atención. Aunque esto te convierta en cómplice de sus descabelladas fantasías. ¿No es eso lo que hacen los creadores de tendencias? Al menos le está sacando una confesión. Está ayudando. Además, está logrando salir con vida.

—He visto otras puertas por la ciudad. No las he dibujado yo. Pero ahí están. —Se maravilla Clayton.

—Hice un reportaje sobre eso. Se ha puesto de moda. Eres un creador de tendencias global. ¡Eres como el Banksy de los asesinos en serie! —Tranquilidad—. Entonces ¿va a salir algo por esas puertas?

—Tú saliste de una. Y ella. Pero eso solo son grietas en la superficie. —Le sonrío con amor, piensa Jonno, horrorizado—. Sé lo que sueñas.

—¿Ah, sí? —dice Jonno casi en falsete.

Aquí viene cuando te corta la cabeza y se hace

con ella un sombrero precioso.

—Todo está a la vista, las corrientes que atraviesan el mundo.

Clayton se arrodilla junto a Jen, obligando a Jonno a incluirla en el plano. No puede apartar la mirada. Contempla el abismo.

—Si me matas no podré grabarlo —le dice débilmente.

—Voy a darte lo que quieres.

Clayton se mete una mano en el bolsillo, a continuación se la tiende. Tiene algo. Oh, no. No.

—¿Qué es esto? ¡No lo quiero! —grita Jonno.

—Es aquello con lo que sueñas. Clayton también soñaba con esto —responde el asesino ofreciéndoselo.

Es un zapato de niño. Una zapatillita roja con un parche de Spiderman. Del tamaño de una lima.

—Un legado.

Dispara a matar

Gabriella oye voces a través del laberinto de periódicos mientras gira en el otro sentido tras abandonar a Marcus.

—¡Aparta eso! Por favor. No lo quiero —oye que grita Jonno. Cerca. Muy cerca.

—Sé que lo quieres —le responde Clayton. Reconoce su voz por el breve clip de vídeo.

Gabi asoma la cabeza lo justo para echar un vistazo a la sala. El laberinto se abre a un espacio apuntalado con pilares, la luz fragmentada se filtra alrededor a través de los bordes de unas ventanas ennegrecidas. Distingue tres siluetas: el asesino, el

bloguero, una mujer con trenzas tumbada en el suelo; la guapa DJ que no va a volver a hacer que la discoteca se venga arriba jamás; por cierto, tiene el pecho reventado. Bolsas de basura, periódicos amontonados formando columnas. Ninguno mira en su dirección, de modo que tiene otro instante para acabar de explorar la zona. Entradas, salidas, alguien más en la habitación. ¿Dónde coño está Layla?

Jonno Haim está encorvado y blande su móvil ante Clayton Broom como se blandiría una cruz contra un vampiro.

Gabi sale sujetando la pistola con las dos manos. —¡Policía de Detroit! No se mueva. ¿Dónde está mi hija? —dice en un tono que no admite discusión.

Clayton se vuelve hacia ella y por un momento, solo por un momento, su rostro entero se distorsiona. De niña, su padre, el gran pescador, le enseñó la manera más rápida de matar a un pulpo.

Le metes la mano y le das la vuelta, las tripas por fuera, nada más. La cara de Clayton hace eso: se invierte.

—Todos los soñadores están aquí —responde.

Gabi le dispara.

La bala le atraviesa un hombro y Clayton choca contra una de las pilastras de periódicos. Se encoge, el papel se empapa de sangre.

—Te lo voy a preguntar de nuevo. ¿Dónde coño está mi hija?

Jonno se pone en pie a duras penas, apretando en una mano lo que sea que tiene cogido. Vuelve el teléfono hacia ella.

—Estás aquí. Gracias a Dios, estás aquí.

—¿Estás grabando esto? —le grita Gabi sin dejar de apuntar a Clayton, que tiene la cabeza gacha y se agarra el brazo mirando aún en la otra dirección—. Pero ¿tú no estás bien de la cabeza?

—Tengo que hacerlo —gime—. Me ha obligado. Las pupilas.

—Quítate de en medio y deja de grabarme — replica al imbécil del bloguero—. ¡Clayton! ¿Dónde está mi hija? Te voy a disparar otra vez. Te voy a seguir disparando hasta que me quede sin munición. Pero ninguna herida será mortal. Agonizarás, pero no te morirás. Te voy a tener aquí hasta que me lo digas.

Algo centellea en sus ojos. Temor. Por fin.

—No sé —dice apretando los dientes por el dolor—. Creo que debería estar por aquí. Es una de las que están abiertas. No puedo controlar lo que traen con ellos.

—No me vale. —Gabi no se para a pensar en las palabras, en lo que pueda significar que su hija esté *abierta*. Se da cuenta de que Jonno retrocede para incluirlos en plano—. ¡Corta! —le chilla, y tiene que luchar contra la tentación de dispararle también en el hombro, aunque solo sea para que deje de grabar.

Clayton se da la vuelta lentamente con el brazo

herido colgando. Su rostro ha vuelto a la normalidad. Si es que había cambiado en algún momento. Tiene la piel flácida y gris, el pelo blanco trasquilado le nace de punta; la mira esperanzado.

—Dispáreme. Hágalo salir. Llevo muchísimo tiempo intentando quedármelo dentro, pero no me pertenece. Nada nos pertenece a uno ni a otro.

—¡Mamá, cuidado! —vocifera Layla, y Gabi se da la vuelta y ve emerger a su hija del laberinto de periódicos apoyándose en un hombre corpulento, temblando y sangrando. El alivio la deja sin respiración. Viva.

Y entonces siente algo: Clayton la agarra de un tobillo. De algún modo, en ese segundo ha sido capaz de cruzar la sala y atraparla. Le dispara, pero el proyectil sale desviado, roza una de las pilastras y atraviesa una de las ventanas cegadas, que estalla en una lluvia de cristales, cosa que no es normal, piensa Gabi con extraño

distanciamiento, porque una bala debería perforar el vidrio y dejar un agujero perfecto con algunas grietas. Pero entonces Clayton la hace perder el equilibrio de un tirón. Su cabeza golpea contra el cemento con el ruido seco de quien acierta el tiro al blanco en una barraca de feria. Suelta un respingo de dolor, estrellas negras en el fondo de los ojos.

Se le aflojan todos los huesos y se da cuenta de que ha soltado la pistola. Se retuerce para recuperarla al mismo tiempo que Clayton la arrastra por el suelo y logra engancharla con la punta de los dedos. Ve que su hija se adelanta.

—¡No, Layla! Corre. Lárgate de aquí a toda prisa. ¡Largo!

A lo mejor solo está pensando estas palabras, porque su hija no corre.

—Lo notas. —Clayton no se dirige a ella, sino a Layla—. Se está abriendo en ti.

A Gabi se le escurre la Smith & Wesson, la coge

por el cañón, le da la vuelta y la sostiene por la culata. Bascula sobre la espalda, clava los codos contra las costillas y, mientras Clayton la alza como si acabase de pescar el mejor ejemplar de la temporada, ella levanta el arma y le vuela los putos sesos. Y es entonces cuando todo se va a tomar por culo de verdad.

Todos vuestros miedos

Los disparos duelen. Un dolor abrasador. El cuerpo se enciende con los disparos. Los pedazos de Clayton que siguen con vida gimen y farfullan. Quiere salir corriendo. El sueño no puede permitírselo, no todavía.

La Policía lo está echando todo a perder. Necesita cumplir su plan, necesita que todos vean el fénix, su obra más perfecta. Necesita estar vivo para que la puerta se abra.

Este es el momento. El sueño impera en la fábrica, el Vagabundo y la Hija lo han traído consigo, y el Mensajero ha soltado sus semillas y las ha diseminado por todo internet, mil pantallas, cien mil, y el sueño crecerá y perdurará su legado, aun en el caso de que muera ahora. Pero no quiere morir. Le da miedo la oscuridad. Razón por la cual el sueño le retuerce un brazo y lo lanza por el suelo, es tan fácil remodelar la realidad ahora que los presentes han visto y creído. El sueño agarra a la Policía y la hace caer. Solo quiere que deje de

hacerle daño, deshacerse de la pistola. Solo quiere vivir.

La mujer dispara y el sueño explota por toda la sala; pájaros de cristal oscuro y un revoloteo de papelajos, poseídos, toda su imaginería liberada, y desea reírse y chillar satisfecho. ¡Por fin!

La siguiente bala perfora la cabeza de Clayton. Demasiado rápido. Al sueño debería haberle dado tiempo a transformarla en un pimpollo que floreciese en el aire, en una libélula o un pez. Pero no estaba atento y ahora es demasiado tarde.

La cabeza de Clayton salta hacia atrás cuando el metal caliente le atraviesa la frente abriéndose paso por entre el tejido gris y rosa con sus pliegues secretos y los pensamientos que centellean en el músculo, y revienta por la parte trasera arrancando carne, sangre y trozos de hueso... y con ello todo lo que era Clayton.

Los pensamientos del hombre, que acosaban al sueño, se han esfumado en un instante, como al

arrancar la página de una libreta. Nota cómo se escurre Clayton y profiere un quejido de terror, porque no puede seguirlo, y todo lo que temía de la muerte es verdad. Lo han soltado, pero sigue atrapado en este mundo, con la salvedad de que ahora está solo. No puede encontrar una forma. El sueño bulle y se agita sobre el cuerpo que una vez le sirvió de refugio, y la estancia entera se vuelve loca a su alrededor.

La Policía se pone en pie y se tambalea hacia la Hija, que corre a su encuentro ayudada por el hombretón. El Mensajero continúa grabando: y todo lo que ve su objetivo se vuelve más vivo, más real. Una ventana al mundo, después de tanta obsesión por las puertas. Y tal vez hay aún una posibilidad de resurgir de las cenizas.

El sueño se hace con el dominio de todo lo que ha quedado y mueve los hilos; en el centro del laberinto, Marcus abandona su columna y se dirige hacia ellos.

Ver para creer

De algún modo, Layla sabe que su madre no puede verlo. El brazo muerto del hombre retorciéndose sobre sí mismo, transformándose en un tentáculo negro que reptaba por la sala mientras ella lo contempla con un amor y un alivio

conmovedores. No lo ve enroscarse alrededor de su tobillo y dar un tirón.

Su madre dispara y Layla se tapa los oídos. Es como si un petardo hubiese estallado dentro de su cabeza. La ventana se hace añicos, pero los trozos de vidrio se transforman en cuervos que revolotean por la sala. Jonno suelta un alarido, manotea contra las aves, se pega a la pared y toquetea su teléfono.

Pero aunque el asesino esté ocupado arrastrando a su madre por el suelo, no deja de mirar directamente a Layla.

—Lo notas —le dice.

—No. Que te follen —susurra ella. Pero sí que lo nota. Esa es su virtud. Imagina a otras personas. Se mete en sus zapatos. Puede verlo: el tumulto interno de Clayton. Los sueños que se van acumulando hasta comérselo vivo.

Y entonces su madre le vuela la cabeza. La pila de periódicos queda salpicada de materia

cerebral, sangre y trocitos de cráneo, pero algo más surge del amasijo que le queda sobre los hombros al caer al suelo: un nubarrón, como si en el aire se condensase un pedazo de algodón de azúcar gris.

Todo se sale de madre. Por la sala revolotean periódicos y cuervos.

—¡Hostia puta, hostia puta! —chilla Jonno sin dejar de grabar.

Layla se da cuenta de que el móvil hace crecer y oscurecerse la nube, y piensa que los dioses de la antigüedad necesitaban la fe de la gente para ser poderosos.

Gabi se está poniendo en pie, vacilante, agarrándose la cabeza; busca a su hija.

—Mamá, estoy aquí.

Corre hacia ella seguida por TK y se incrusta bajo su brazo. TK hace lo mismo, aunque para ello tiene que agacharse.

La madre no puede parar de tocarle la cara a su

hija.

—Layla, pensaba que iba a matarte. Pensaba que ya estabas muerta.

—Venga, mamá, en marcha. Eres una puñetera poli de Detroit y le has pegado un tiro al malo. Está muerto. Ahora todo va bien.

Solo que no es verdad, lo cierto es que no, porque puede ver la tormenta que se acumula sobre sus cabezas y percibe los pensamientos brutales que danzan por el ambiente como relámpagos.

—¡Está buscando dónde meterse! —le grita a TK, porque Gabi no comprende, se hunde entre ambos a causa de la conmoción o el golpe, cierra los ojos para no ver la mierda que los rodea, la pintura que se descascarilla del suelo y flota por el aire zumbando en un tornado de color. Las bolsas de basura se arrastran por el suelo y hay algo que avanza lentamente por los túneles de periódicos que tienen detrás.

Jonno da un giro de trescientos sesenta grados con la boca abierta para grabar todo lo que pueda. Unos cuervos de cristal negro planean en círculos sobre una mujer muerta con el pecho abierto, y Layla no quiere mirarla demasiado de cerca porque cree que es más que real y está más que muerta.

Lo único que quiere es salir de aquí con vida.

Pero los pájaros aterrizan sobre el pecho de la mujer y le picotean la piel.

—No —grita Jonno, y corre hacia ellos espantándolos con las manos—. ¡No, apartaos de ella!

Layla se gira y ve que los pájaros se transforman en manchas plumosas informes a medida que se acercan al techo. Cuando están fuera de la profundidad de campo de la cámara, se desenfocan.

—Es el teléfono —exclama—. Estamos en streaming.

—Le dije que no lo hiciese. Voy a matar a ese gilipollas de los cojones.

Pero es pura bravuconería, porque apenas puede tenerse en pie.

—Los dioses de la antigüedad —dice Layla.

—¿Qué? —salta TK. También él lo ve. El desenfreno que los rodea.

—Hay que ver para creer. El teléfono lo está empeorando, lo hace más fuerte, o lo que sea. Tengo que detenerlo.

Cede el peso de su madre a TK, se escurre de debajo de su brazo y echa a correr hacia Jonno. Se agacha a recoger un ladrillo partido del suelo, con lo que no advierte la cosa rota que sale tambaleándose del laberinto a sus espaldas, un ángel con unas alas de madera que cuelgan de lado desde los hombros, con una puerta incrustada en el rostro.

Todo lo que habías soñado

Jonno no sabe en qué centrarse. Están sucediendo demasiadas cosas a la vez. El muerto con esa porquería que le brota de la cabeza, como una nube con forma de champiñón. Eso no es normal, ¿verdad? Está bastante seguro de que no. El teléfono continúa vibrando por culpa de los mensajes que recibe. Diecinueve llamadas perdidas. Van a tener que esperar. Y debería intentar averiguar cómo se rechazan las llamadas entrantes, porque tienen que estar gastándole la batería.

Déjate de juegos. Graba esta mierda. Hasta su

trol está de su lado por una vez. Se le ocurre que igual debería añadir comentarios.

—Soy Jonno Haim y, joder, mirad: esto es real. Esto está sucediendo. Todo esto es real. —Hace una panorámica de la sala y ve a los pájaros que se ciernen sobre Jen—. ¡No! ¡Apartaos de ella! —Corre hacia ellos sacudiendo los brazos sin dejar de grabar, siempre grabando. Los pájaros se elevan y pierden sustancia al aletear sobre su cabeza—. ¡Cabrones!

Concéntrate. La inspectora. El tío muerto. El volcán que sale de su cabeza.

—¡Eso intento! —grita Jonno frustrado, y entonces la chica, no sabe de dónde, le machaca la muñeca con un trozo de ladrillo—. ¡Ah, joder! ¿Pero qué coño...? —Se le ha caído el teléfono—. No, lo necesito. Déjalo. Esto no es un juego.

—Lo sé —replica ella, y salta sobre la cámara con todo su peso.

La pantalla revienta. Pero sigue funcionando.

Pesará ¿cuánto?, ¿como cincuenta kilos? Casi le resulta divertido. Casi se echa a reír, pero está demasiado ocupado forcejeando con ella para recuperar el aparato.

La chica levanta el ladrillo como Abraham en la Biblia cuando está a punto de sacrificar a Isaac, y Jonno es Dios y no va a permitirselo, porque se da cuenta de que *este* es su hijo.

Le suelta un puñetazo en la cara a Layla, que cae de espaldas y suelta el ladrillo. Jonno le arrebató el teléfono y se vuelve justo a tiempo para verlo. La cosa más asombrosa sobre la faz de la tierra.

Un ángel negro con una puerta incrustada en la cara entra en la sala.

Jonno lo enfoca y las alas empiezan a arder de repente, el halo refulge con sus puntas de luz y la puerta comienza a resplandecer como si el cielo entero estuviese al otro lado, brillando a través de las rendijas.

El ángel levanta una mano para tocarse la mejilla

con gesto solemne. Los dedos buscan a ciegas el tirador y se cierran en torno al pomo dorado.

Todo para todos²⁶

—Vamos, quédese conmigo —dice TK sujetando a la policía, semiinconsciente, delirando. Tal vez ella no ve lo que él ve, quizá es demasiado

sensible. Pero da igual, no va a quedarse mirando cómo otro niño pierde a su madre por culpa de un monstruo.

—¡No, Layla! —grita la mujer forcejeando para desasirse—. Lay, vuelve aquí. No la dejes ir.

—Tranquílcese.

Pero cuando el idiota del teléfono le da un puñetazo en la cara a su hija, la policía se busca la pistola. TK no puede decir que no lo entienda.

Pero entonces todo eso deja de importar, porque el origen de la vorágine se revela. Algo sale del laberinto, en llamas, e incluso la policía lo ve y emite un sonido con la garganta.

Gabi ve a Marcus renqueando por el pasillo de periódicos costosos hacia ellos. Lo ve encenderse y llevarse una mano a la puerta que tiene en la cara, y alza la pistola para acabar con su agonía. Entonces titubea. No puede creer que siga vivo. Tendría que haberlo comprobado al encontrárselo.

Hay que llevarlo a un hospital.

—¡Mamá! —chilla Layla poniéndose en pie al otro lado de la sala—. El teléfono. Coge el teléfono. ¡Debes intentar que Jonno deje de grabar! Confía en mí.

Y eso es lo que hace. Desoyendo cualquier instinto. Se vuelve, se aparta del ángel-monstruo incandescente, y encañona a Jonno en el preciso momento en que un maremoto de muebles impacta contra él.

Las sillas, un montón de sillas, acuden cuando TK las llama. Algunas pertenecieron al asesino, pero ya no. Se agolpan avanzando por el suelo, tic-tac, tic-tac, derriban a Jonno y arremeten contra él.

Jonno se ve zarandeado entre los muebles. Muerte por Ikea, piensa antes de que el borde de madera de una de las sillas lo alcance en la frente y le haga perder el conocimiento.

El teléfono rueda por el suelo, choca contra la pata de una silla y se desliza hasta Layla, que lo recoge y pulsa el botón de stop de la aplicación de vídeo. La transmisión en vivo se corta.

Todo se viene abajo, tal como empezó.

Los pájaros caen y se hacen trizas como un montón de cristales, los papeles arremolinados caen, las sillas dejan de moverse y Marcus se desploma. Sus alas se apagan, se le resbalan los dedos del pomo de la puertecita, se le doblan las rodillas. Ya no es un ángel, solo un tremendo error.

—¿Qué haces? —le grita Gabi apuntando con la pistola de nuevo a Marcus, que va resbalando poco a poco sobre el suelo.

Layla levanta la mirada hacia la nube oscura que ha ido creciendo hasta llenar la sala entera, flotando a pocos centímetros del techo. Nota lo que hay en su interior, la esperanza y la desesperación restallan con un ruido de estática.

—No te enteras de nada —le dice. La pone

furiosa que algo pueda ser tan estúpidamente ingenuo. Pero este es su talento. Es capaz de empatizar lo suficiente como para ponerse en la piel del más horrendo de los personajes.

Sabe lo que necesita.

Layla vuelve a encender la cámara, toquetea con un dedo la pantalla, hace zoom en la cara de Marcus y mantiene el plano, lo suficiente, lo suficiente como para que alce la cabeza, enderece el torso y sus dedos se dirijan hacia la puerta. La luz vuelve a brillar tras la puerta, un borde refulgente. Cierra la mano sobre el pomo. El pestillo hace clic. Comienza a abrirse, una pequeña rendija. Un fulgor de oro y oscuridad se arremolina para recibirla: para recibir la ráfaga de nubarrones que se precipita atropelladamente contra la puerta. Hasta desaparecer.

—Dispara a la puerta, mamá —le dice Layla—. Ya no es Marcus. No es nada.

Gabi aprieta el gatillo. El disparo es certero.

Layla para la cámara.

Pulsa «borrar».

Abierto

—¡Layla!

Gabi la agarra por los hombros, le da la vuelta, la examina en busca de heridas. Un corte profundo

con un hematoma en la sien, ya casi coagulado, sangre seca en el pelo. La ampolla renegrida en el hombro, quemado a través de la chaqueta. Los ojos enormes, dilatados, por la conmoción que aún sufre y porque está furiosa.

—Estás bien, cariño —le dice.

Es más una orden que una pregunta. Layla asiente y entonces la rabia se desvanece y el teléfono se le cae de la mano, empieza a temblar mientras se tapa los ojos con las manos.

—Oh, Dios.

—Todo va bien. Venga, cariño, vámonos de aquí. No es capaz de volver la mirada hacia Marcus. Hacia lo que queda de Marcus. Dieciocho años en el cuerpo y jamás ha matado a nadie. Y ahora...

Su hija mira asustada el humo negro que sobrevuela sus cabezas.

—Pensaba que se había ido.

—Son los periódicos. Se han incendiado. Tenemos que largarnos.

TK está quitándole de encima las sillas a Jonno, que sigue inconsciente debajo. Tira de él y se lo carga sobre los hombros.

—¿Y qué hacemos con Marcus? —pregunta Layla.

—Como tú has dicho, ya no está aquí. Tenemos que ocuparnos de los vivos. —Incluso de Jonno, aunque le encantaría dejarlo allí—. Tenemos que encontrar una salida.

Gabi ojea el lugar en busca de salidas. Las ventanas rotas se abren a una caída de seis metros. La escalera de incendios está arrancada y cuelga de un ladrillo. Sabe seguro que hay un ascensor en la otra punta, lo que significa que en principio ha de haber otra escalera.

Layla se restriega los ojos con el dorso de las manos.

—Mamá, yo sé por dónde salir.

Le busca la mano. Gabi no recuerda la última vez que se cogieron de la mano. Su hija la lleva

hasta una sección tapiada. Detrás debe de estar el cableado o el conducto de ventilación. Tiene dibujada una de esas malditas puertas de tiza.

—Oh, garbancito, no. Eso no...

Gabi no puede soportarlo. Este es el último empujoncito al abismo. Pero entonces se fija en que esta se encuentra dibujada sobre una puerta de verdad. Layla empuja hacia abajo la barra y se abre a una escalerilla que conduce al piso inferior. De lo alto llega luz: una escotilla abierta en algún sitio.

—No hay peligro, mamá.

—No, no sabemos adónde lleva.

—Confía en mí.

La cara de Layla brilla con franqueza, los ojos le resplandecen. Nunca la ha visto tan segura de sí misma. Se entrega al convencimiento de esa mujercita, repentinamente desconocida, como si todo su potencial se hubiese puesto a florecer.

—Muy bien —responde huraña—. Muy bien.

Pero yo voy delante.

Golpea la escalerilla con todas sus fuerzas. Es más que sólida. Baja unos escalones y la sacude con todo su peso. No se mueve.

Es una vieja chimenea. Distingue manchas de luz a sus pies, donde los matojos han atravesado los ladrillos. Puede que tengan que abrirse paso entre las ramas, pero al menos estarán fuera.

—Muy bien—les dice a los de arriba.

Layla pone los pies en la escalerilla sobre su cabeza.

Por encima de los ladrillos chorrea el agua, y en las grietas crece el musgo y unas florecillas violetas que se abren desafiando el frío.

Descienden los tres, peldaño a peldaño, cada vez más cerca de la luz del sol.

Después

Lavado de cerebro

Relativo a la muerte por impacto de bala del sospechoso de asesinato en serie Clayton Broom.

Informe oficial archivado #261114/4438 Departamento de Homicidios, 30 de noviembre de 2014.

Investigadores responsables: Inspector Luke Stricker, placa n.º 531 y Gabriella Versado, placa n.º 866

Informe redactado por: Investigador de Asuntos Internos subinspector Farokh

Fecha del incidente: Miércoles 19 de noviembre de 2014

Lugar: Fábrica Carrocerías Fleischer, Detroit

Documentos adicionales adjuntos:

Informe completo de los sucesos que llevaron a Clayton Broom a la muerte, según relato de la inspectora Versado

Anotaciones completas del caso

Archivo de vídeo registrado por el civil Jonathan Haim

Declaraciones de los testigos Layla Stirling-Versado, Jonathan Haim, Thomas Keen

Documentación de la escena realizada por el técnico forense

Informe de balística

Informes del laboratorio forense

Registros de llamadas

Informe de la Agencia de Protección Medioambiental a propósito de las sustancias químicas presentes en la fábrica de Carrocerías Fleischer

Informe del examen médico de Jenefer Quillane

Informe del examen médico de Clayton Broom

Informe del examen médico del agente Marcus Jones

Análisis del Departamento de Delitos Cibernéticos relativos al material audiovisual

Parte y evaluación de la inspectora Versado a cargo de la doctora Elle Weir, psicóloga del Departamento de Policía de Detroit

Conclusiones:

Este investigador considera que restan muchos aspectos perturbadores y nada concluyentes a propósito de los acontecimientos que concluyeron con la muerte de Clayton Broom y los disparos contra Marcus Jones.

El examen de la Agencia de Protección Medioambiental en el edificio y los análisis de sangre no dan resultados concluyentes en cuanto a posibles toxinas alucinógenas.

Sin embargo, las declaraciones de los testigos, entrevistados por separado, confirman que muchos experimentaron alucinaciones vívidas y subjetivas que coincidirían con las producidas por drogas psicotrópicas. La especulación relativa a si Broom era capaz de inducir una hipnosis o histeria colectivas es ya irrelevante. También se baraja como posible factor un trastorno por estrés postraumático, pues todos los testigos vieron a una o más víctimas de Broom.

El material audiovisual grabado por el «ciudadano periodista» Jonathan Haim ha sido descartado por completo como documento fiable de lo acontecido.

Delitos Cibernéticos llega a la conclusión de que las secuencias fueron manipuladas mientras se registraban por medio de una versión más profesional del software de filtros de efectos en

vivo que se comercializa ampliamente. No han logrado identificar dicho software debido a que los archivos del teléfono se borraron, aun cuando hay múltiples grabaciones de la transmisión vía streaming. El señor Haim sigue negando que las secuencias se manipulasen, si bien están movidas, oscuras y es difícil discernir algo en ellas.

Haim ha confirmado que compró las fotografías de la escena del crimen utilizadas en sus anteriores vídeos al inspector Michael Croff. Sigue pendiente la investigación contra el inspector Croff.

Los archivos de vídeo han ayudado a confirmar que la inspectora Versado dio el aviso a Broom antes de dispararle la primera vez en el brazo (nos remitimos al audio de la secuencia de vídeo en el minuto 41:56, y a los informes de balística y del forense en lo que a la trayectoria del proyectil se refiere).

Aparte del cuerpo mutilado del agente Marcus Jones, ninguna de las demás «obras de arte» de la escena contenía restos humanos. La autopsia revela que el agente Jones murió el lunes por la mañana a causa de un clavo disparado en la cabeza por una pistola de combustión, dos días antes de que la inspectora Versado descargase su arma sobre el cadáver mientras trataba de alcanzar a Broom.

Un gato perteneciente a Layla Stirling-Versado fue recuperado de la escena, vivo.

El informe de la psicóloga indica que la inspectora Versado se encontraba bajo presiones personales y profesionales extremas

durante el tiroteo.

Es más que probable que las pruebas que se hubieran presentado contra el señor Broom lo habrían llevado a la cárcel (véanse, por favor, anotaciones del caso adjuntas), incluida, la más convincente, una huella digital clara en la arcilla que envolvía los restos mortales de la señora Spinks, cuya coincidencia con su pulgar derecho ha sido confirmada.

Hemos de tomar en consideración la percepción pública relativa a este caso y al cuerpo de policía de Detroit en general. Para el ojo público no hay demasiadas dudas de que el culpable de los atroces crímenes fue Broom y que la inspectora Versado actuó de buena fe, incluso heroicamente.

Debemos también tener en cuenta la histeria colectiva en torno a los aspectos más espantosos del caso.

Creo que una declaración definitiva del Departamento de Policía de Detroit confirmando los hechos tal como aparecen registrados en este informe aplacaría gran parte de dicha histeria.

Espero que esta propuesta sea de ayuda a Asuntos Internos a la hora de emitir una resolución justa y con conocimiento de causa.

La opinión meditada de este investigador es que los disparos mortales de la inspectora Versado a Clayton Broom fueron justificados teniendo en cuenta las circunstancias descritas en los diferentes informes.

Mi recomendación es que se la felicite por sus acciones y se le

restaure su plena categoría después de un periodo obligatorio de orientación.

**Soy Jonno Haim, la última persona
que habló con el Monstruo de
Detroit
antes de morir.
Pregúntame lo que quieras**

Los sucesos que habéis presenciado en Jonnoh.TV son una grabación auténtica de los acontecimientos. No se añadieron efectos ni software de filtros alguno. Este es el link a la Secuencia Fleischer y a los foros de debate relevantes en /x, que incluyen las capturas imagen por imagen. Ayuda a sacar a la luz la verdad y financia mi documental en Kickstarter.

ACTUALIZACIÓN: Tengo una agenda de prensa frenética. Lo siento si no puedo atender a todas vuestras preguntas al momento. Pronto volveré a hacer un ask.fm, también podéis continuar el debate en mi página web.

200 comentarios destacados mostrar 500

Ordenados por: **mejor**

[-] **xsyntz** 2677 puntos

¿No te parece injusto aprofetizar así la muerte de Jen Q?

[-] **Gal0t** 2394 puntos Hace 1 año

El mejor error tipográfico de la historia.

[-] **Jonno Haim** [S] 4841 puntos

Si supieras cuánto la quería entenderías lo mezquina que es esta pregunta. Murió delante de mí, ¿recuerdas? Echo de menos a Jen cada día. En cuanto el documental esté terminado (la banda

sonora utiliza muchos de sus temas, por cierto), pienso poner en marcha otro Kickstarter para crear en Detroit la Academia de Música Jenefer Quillane. A lo mejor te apetece contribuir con una ayudita ;)

Pero en serio: si has visto la secuencia que se emitió en streaming, que ha sido capada, sabrás que no es un fake y que no soy un profeta, soy un discípulo. Todos lo sois. Vive en todos nosotros, en todos y cada uno de quienes lo hemos visto. Yo soy el mensajero.

[cargar más comentarios \(1.060 respuestas\)](#)

[-] Sinmonstruacion 1369 puntos

En tu entrevista para **No puedes soportar la verdad** [[clic para verla en YouTube](#)] insinúas que la autoridades intentan tapar este asunto. ¿De verdad lo crees? ¿No te parece que te estás perjudicando al aparecer en programas conspiracionistas cutres? Es el mismo canal en el que hicieron un especial sobre cómo las Torres Gemelas fueron derribadas por una bola alienígena. No es que contribuya a tu credibilidad.

[-] Jonno Haim [[S](#)] 4661 puntos

Se lo he dicho a la cara. Están asustados. Tratan de aferrarse al mundo que conocen. Nos toca a nosotros mostrarles lo que se esconde por debajo. Y yo difundiré la palabra allí donde pueda. A quienquiera que me escuche. ¿Te crees que no he visto el

gag que me dedicaron en **The Daily Show**? Pero yo NO SOY UN CHISTE y esto es REAL.

[cargar más comentarios \(855 respuestas\)](#)

[-] **Capitangallumbos** 1300 puntos

¿Esto no es como lo del Mutante Ruso? FAKE absoluto

[-] **Jonno Haim** [S] 2122 puntos

¿En qué se parecen? ¿En que lo del Mutante Ruso es un juego ingenioso de efectos especiales y que la Secuencia Fleischer sucedió de verdad? Voy a responderte que no. No se parecen en nada. Para todos los escépticos que nos leéis, porque esta pregunta no deja de aparecer por todas partes, ¡por favor enseñadme los filtros de vídeo que pueden crear esos efectos en vivo! He hecho que varios expertos de Los Ángeles y Francia analizasen los efectos visuales, sin contar con los «expertos» de la policía, y han corroborado que todo es real, sin adular, sin manipular. Esto NO es un caso de leyenda urbana. ¡Esto no son macarrones de sustos!

[cargar más comentarios \(1.638 respuestas\)](#)

[-] **Tostadora_Descojonadora** 2093 puntos

Creo que querías decir «creepypasta». ¿Tienes contacto con el resto de supervivientes?

[-] **Jonno Haim** [S] 3487 puntos

Estoy sujeto a una orden judicial que me impide nombrarlos o hablar de ellos. Cosa bastante elocuente, creo.

[cargar más comentarios \(187 respuestas\)](#)

[-] **Gooran** 2049 puntos

¿El motivo no es que una de ellas, Chica Misteriosa, es menor de edad y tiene un derecho razonable a su privacidad? ¿Y no la agrediste físicamente?

[-] **Jonno Haim** [S] 3655 puntos

Sí. Una de ellas es una menor. Puedes atisbarla en el minuto 47:02-37:11 de la secuencia. También es quien borró la secuencia, haciendo que me sea imposible probar nada.

[cargar más comentarios \(596 respuestas\)](#)

[-] **Empollón de la Soledad** 6752 puntos

<3 Chica Misteriosa.

[-] **Jonno Haim** [S] 7454 puntos

No pillo a qué viene tanta obsesión por ella. Sé que queréis idealizarla y transformarla en una superheroína en plan **Juegos del hambre** o lo que sea, pero era una adolescente capulla que

pasaba por allí de casualidad. Es un milagro que no nos hiciese morir a todos.

[cargar más comentarios \(2.541 respuestas\)](#)

[-] **SaraCuervo** 2041 puntos

¿Y qué hay del Héroe Indigente que te salvó la vida?

[-] **Jonno Haim** [S] 3257 puntos

¿El tío que me dejó inconsciente a sillazos? ¿Crees que tengo que darle las gracias por sacarme a cuestras de un edificio en llamas? No lo sé. Declinó la invitación de ser entrevistado para mi documental, que podéis ayudar a financiar, por cierto, si es que el ayuntamiento de Detroit no me demanda de nuevo.

[cargar más comentarios \(461 respuestas\)](#)

[-] **Anonimo** 4100 puntos

Parece que hables de una vendetta.

[-] **Jonno Haim** [S] 9383 puntos

Lo es. Como siempre ha sucedido con quienes se atreven a sostener la verdad contra el poder. Pregúntale a Galileo, a Aristóteles o a Martin Luther King. Soy un hereje y van a hacer todo lo que esté en su mano para pararme.

[cargar más comentarios \(3.853 respuestas\)](#)

[-] **Dakegra** 1998 puntos

¡Eso suena gravísimo! Estás a salvo?

[-] **Jonno Haim** [S] 9264 puntos

Solo digo que si muero de repente en un accidente de coche o me dispara un tarado en el cine, haced preguntas. MUCHAS preguntas.

[cargar más comentarios \(5.788 respuestas\)](#)

[-] **Oolex** 1998 puntos

¿Pasó de verdad?

[-] **Jonno Haim** [S] 6868 puntos

Sí. Todo sucedió de verdad. Ahora vive en mí. Si lo has visto, hay una esquirra de ello también en ti. Podemos cambiar el mundo. Solo tienes que abrir la puerta.

[cargar más comentarios \(8.641 respuestas\)](#)

UPFEED: 10 motivos por los que el Héroe Indigente es el tipo más duro que conoces

1. Cuando tenía catorce años le pegó un tiro al hombre que había matado a su madre a puñaladas, en plan venganza del lejano Oeste.

«Está en mi expediente, míralo ahí si quieres. Yo no quiero hablar de eso. Es un asunto triste y chungo».

2. Lleva un machete escondido dentro del bastón que usa para caminar.

«Nunca he tenido que utilizarlo. Normalmente basta con enseñárselo a quien corresponda».

3. Le da mucha rabia que se diga que es un héroe.

«¿Quién coño dice eso?».

4. A los trece años era el dueño de un tugurio, alquilaba habitaciones en edificios abandonados.

«Cuidaba de mis amigos».

5. Hablando de amigos, su mejor amigo, Ramón Flores, fue asesinado por el famoso asesino en serie Clayton Broom, el Monstruo de Detroit, que le colocó una cabeza de muñeco a su cadáver. (clica para ver fotos)

«¿Crees que se puede presumir de eso? ¿A ti qué te pasa?».

6. Le siguió el rastro al Monstruo de Detroit y proporcionó pistas a la policía. (clica para oír las llamadas a la línea directa de la policía)

«¿Te crees que iba a dejar que el cabrón que le había hecho aquello a mi amigo se fuese de rositas? Ya te digo que no».

7. Es muy modesto.

«No tengo nada que ver con eso. Fue mi Poder Superior».

8. Y gruñón (también ayuda a exdelincuentes en la parroquia del barrio).

«Que te den por saco a ti y a tus preguntas. Soy una persona ocupada. ¿Ves a esa gente de ahí? Están esperando para que les ayude a redactar el currículum. Mira que hacerme perder el tiempo así. Sí, mecanografía. Hago sesenta palabras por minuto».

9. Intentó vencer al Monstruo de Detroit por su cuenta.

«La cosa no fue así. Se me ocurrió que igual podía con ello, que igual podía asimilarlo, ¿sabes? Podía quedármelo dentro sin doblégame como lo doblégó a él. Con la de mierdas que he visto en esta vida, las movidas por las que he pasado, no se me resiste nada. Podría habérmelo quedado dentro entero. En cierto modo lo hice. Parte de ello está dentro de mí. Un sueño no tiene por qué ser malo. Se trata de lo que haces con él. Por ejemplo, me estoy construyendo una casa. Ahí tienes mi sueño».

10. No hay nada que se le resista.

«¿Hemos terminado?».

[¡Clica aquí para donar a Ayudar a Comprar una casa al Héroe Indigente!](#)

MÁS UPCONTENIDO:

Si te ha gustado esto, tal vez también quieras probar:

5 ASESINOS EN SERIE MÁS DEGENERADOS QUE EL MONSTRUO DE DETROIT

10 SEÑALES DE QUE TU NOVIA ES UNA PSICÓPATA

22 FAMOSOS QUE SON MALOS PADRES

Las cosas que te siguen

Layla ha terminado acostumbrándose. A ser esa chica. La que dejó sin dientes a Travis. La hija de la que mató al psicópata. Y, por supuesto, a los rumores que circulan acerca de si es la Chica Misteriosa del vídeo.

El padre de Cas les echó una mano con eso. Hizo una secuencia falsa de la cámara de videovigilancia de una tienda de ocasión que demostraba que ella ni siquiera estaba en la fábrica. Lo puso tan a la cabeza como pudo en los resultados de búsqueda, compró opiniones al peso de una compañía india que se sirve de estudiantes

angloparlantes que cobran 1 centavo por comentario usando sus propias palabras para sembrar la duda sobre las teorías de los foros de Reddit y 4Chan. Andy Holt está convencido de que el toque humano va a ser lo que diferencie a Walled Garden de otros servicios de gestión de la reputación. Tal vez tenga razón.

Al final pasó unos meses en Atlanta con su padre mientras el asunto saltaba por los aires. Lo cierto es que se llevó bien con sus hermanastros Julie y Wilson, e hizo que representasen una obra navideña con un Transformer como Santa Claus y Wilson con cuernos de reno gritando «arre, arre»; hasta logró que su madrastra se ablandase un poquito, aunque sigue tratándola como si fuese una carga de dinamita en mal estado que pudiese estallar de un momento a otro.

Fueron con los pequeños al parque temático Six Flags y fue estupendo, pero su padre la llevó también a una recreación de *Otelo* con marionetas

que tuvo que explicarle después mientras comían. Los dos solos, fue como en los viejos tiempos, como cuando hacían enrevesadas manualidades juntos, o cuando iban al campo a mirar las estrellas con prismáticos.

Y conoció a un chico. Armand. Tiene diecisiete años y quiere estudiar ciencia molecular, pero también le gustan los videojuegos, el cine y el teatro raro. Ya no soporta las galerías de arte, pero lo llevó a aquel remake de *Otelo* después de verlo con su padre. Tontearon, pero no llegaron a acostarse. Fue intenso, como el amor, aunque no se dijeron nada parecido, ni tampoco hablaron de lo que le había pasado a ella, si bien lo han hecho desde entonces en dos ocasiones. Él le ha prometido visitarla en verano, porque acaba de volver a Detroit.

Echó de menos a NyanCat, y tras grandes discusiones familiares en las que Gabi amenazó con enviarla con sus padres a Miami, se decidió

que lo que necesitaba realmente era estabilidad y vida en familia, al menos hasta que acabara el colegio. De modo que volvió a tiempo para empezar el nuevo curso.

Hablaron de cambiarla de colegio y que adoptase el apellido de su padre solamente. Pero a ella le gusta ser Layla Stirling-Versado. Está orgullosa de su madre, aunque a veces haya tensiones entre ellas, y ambas están recibiendo tratamiento de un psicólogo para intentar lidiar con lo sucedido, que es algo en lo que no se han puesto ni se pondrán de acuerdo nunca, probablemente.

Cas es Cas, aunque ahora es más abierta. Cuando no vives con la losa de un secreto las cosas son más fáciles. Incluso dio una charla sobre la agresión sexual en un crédito de estrategias cotidianas. Fue incómodo, pero muchos chavales fueron luego a decirle que había sido muy valiente. Son unas veteranas, ellas dos. Asustadas, pero vivas.

Que circulen los rumores. Cuando llegan correos de admiradores de la Chica Misteriosa, los tira directamente a la basura. Puede con ello.

Así es ahora el mundo. Todo es público. Tienes que encontrar a otra gente que lo comprenda.

Tienes que encontrar una manera de vivir con ello.

Agradecimientos

He contado con guías muy generosos en la ciudad de Detroit que iban más allá de lo evocativo del ruin porn y del fatalismo de las noticias. Os agradezco que compartieseis conmigo vuestra visión y espero que sepáis disculpar las libertades artísticas que pueda haberme tomado.

Anna Clarke fue la cicerone ideal, con buenos contactos y la aportación de su ojo periodístico a cada uno de los lugares que visitamos y con todas las personas con las que hablamos, y leyó el manuscrito cuando estuvo terminado.

Robert-David Jones me introdujo en la escena

artística, me contó historias descacharrantes (incluida la de la sesión de espiritismo), me llevó a bailar al Eastern Market y me paseó por toda la ciudad en la furgoneta negra de una funeraria.

El NOAH Project de la Central United Methodist Church me permitió trabajar en su comedor benéfico una mañana. Estoy muy agradecida a la gente que estuvo dispuesta a sentarse a charlar y contarme sus vidas, sobre todo a James Harris, que me dio permiso para utilizar algunos aspectos de su historia personal. Podéis hacer donativos a NOAH para ayudar a continuar su labor por medio de su sitio web <http://www.noahprojectdetroit.org/>.

Julia Cuneo me organizó una visita a la Detroit Arts Academy y una quedada con sus alumnos, entre los que encontré gente de lo más sorprendente y fabulosa. Gracias por ser tan abiertos. La Mosaic Theater School me proporcionó un pase de backstage a la

representación de *Hastings Street* (y me hizo participar en los ejercicios de calentamiento). Gracias especialmente a Ta-Shaun y a Shenell por nuestras conversaciones vía internet acerca de los peligros de ser una obsesa del teatro.

El sargento Robert «Bubble» Haig me aconsejó en lo relativo a procedimientos policiales, me dejó leer un primer borrador de sus memorias, *Ten Little Police Chiefs*, sobre su largo servicio en el Departamento de Policía de Detroit, me prestó la anécdota del bebé muerto en el sótano, y, junto con el comandante Joseph O'Sullivan, me proporcionó un intercambio de pareceres inestimable a propósito de los procedimientos policiales que aparecen en esta novela. Cualquier error o incoherencia es mío.

Keith Weir y Randall Hauk me presentaron a los inspectores de Homicidios William Peterson y Paul Thomas, que me dejaron invitarlos a comer. Un agradecimiento especial al sargento Kenneth

«The Reverend» Gardner, que me llevó a visitar Beaubien, y a todo el departamento de Homicidios. Valoro vuestro punto de vista personal en lo tocante a la labor extremadamente ardua y estupenda que desempeñáis.

Zara Trafford y Amanda Stone me ayudaron a establecer contactos inestimables. Sherry Sparks me llevó a Pewabic Pottery, Saladin Ahmed me llevó a un concierto con su familia, Dean Philips me contó historias sobre inmobiliarias y nuevo periodismo, Norene Cashen Smith aportó su visión poética y tortitas, con Clinton Snider hablé de sueños y de arte y me llevó a dar una vuelta por el distrito de la central eléctrica, y Scott Hanselman me enseñó en qué consistía el tratamiento para la diabetes por Skype desde Portland.

El fotógrafo y artista Scott Hocking me dejó secuestrarlo por un día, me enseñó los ángeles de DelRay y a la patrulla fronteriza, túmulos funerarios y fábricas fantasma, y me contó lo de

encontrar un cadáver en el hielo, que no pude incluir en la novela.

Mickey Alice Kwapis, de la Detroit Academy of Taxidermy, me explicó cómo pelar una naranja muy gorda y me cedió su historia del canguro, y el chef Wylie Dufresne de WD50 me explicó los detalles del uso del pegamento para carne. Me he tomado algunas libertades con la ciencia. Cynthia Duncan Eñi Acho Iya de AboutSanteria.com debatió conmigo con franqueza a propósito de su fe, disipó los clichés facilones y me introdujo en el mundo de las cabezas rotas.

Gracias a Danah Boyd por aquello que se suponía que no debías hacer, y a Scott Westerfeld por facilitarlo; a Katherine y a Kendaa Fritzpatrick por su punto de vista personal en lo que se refiere a criarse de forma birracial; y a Jane Cifuentes por los detalles cubanos.

Megan Abott, Anna Clark, Anne Perry, Emma Cook, Matthew Brown, Helen Moffett, Sarah Lotz

y Emad Akhtar leyeron primeros borradores de este libro y me ayudaron a darle forma a la bestia.

Entre bambalinas, le debo todo a mi agente Oli Munson, por hacerlo posible. Gracias a Jennifer Custer, H el ene Ferey y Vickie Dillon de AM Heath, así como a todos los miembros de Blake Friedman; también a Lawrence Mattis, de Circle of Confusion.

Estoy muy agradecida a Julia Wisdom, Joshua Kendal y Fourie Botha por su fe y su perspectiva.

En lo personal, quiero dar las gracias a mis amigos y a mi familia, especialmente a Dale Halvorsen, Nophumla Nobomvu, Craig Madeley, Monene Watson, Roxy y Ella, Sarah Lotz, Keitu y Matthew Brown, cuyo amor y amistad lo son todo para mí y lo hacen todo posible.

Este libro es lo que es gracias a mi editora, Helen Moffett, que hizo que el relato profundizase y se elevara, y que me recogí cuando caí.

Gracias.

Notas

- 1 «Last Night a DJ Saved My Life», Indeeep, 1982 (single). (*N. del T.*)
- 2 «Smooth Operator», Sade, *Diamond Life*, 1984.
- 3 «The Detective's Daughter», Emily Haines & The Soft Skeleton, *Knives Don't Have Your Back*, 2006.
- 4 En castellano en el original.
- 5 Frank Sinatra, *Ol' Blue Eyes Is Back*, 1973
- 6 John y Jane Doe es el apelativo genérico que da la policía a un cadáver sin identificar: Juan Nadie. Otra acepción de «doe»: hembra del ciervo; «fawn» es un cervatillo.
- 7 «Yearling»: añal.
- 8 Arcilla es *clay* en inglés, parte del nombre de Broom.
- 9 *You Only Live Once*.
- 10 *Anywhereland*, Anywhereland, 2012.
- 11 En la novela *Domingo negro* de Thomas Harris (creador de Hannibal Lecter), el protagonista, con veleidades suicidas, coopera

con un grupo terrorista para estrellar un dirigible en un estadio durante la Super Bowl.

12 Si *hooters* son «tetas», *peras*, los juegos que proponen las chicas son *tooter* (de «rulo» para esnifar cocaína) y *pooters* («caca»). (*N. del T.*)

13 El 2 de noviembre de 2013, Renisha McBride, mujer afroamericana de diecinueve años, tuvo un accidente de coche en el barrio de Dearborn Height, Detroit, a altas horas de la noche. Aturdida, deambuló por el vecindario hasta llamar a la puerta de una casa. El dueño, Theodore Wafer, abrió y le disparó con una escopeta. En agosto de 2014 fue condenado a una pena de entre 17 y 32 años de cárcel por asesinato en segundo grado.

14 Trayvon Martin, afroamericano de diecisiete años, murió a causa de los disparos del hispano George Zimmerman durante la ronda de vigilancia vecinal de este último, el 26 de febrero de 2012 en Sanford, Florida. El alegato de defensa propia del homicida estuvo en entredicho hasta que en agosto de 2013 se le declaró no culpable. (*N. del T.*)

15 Faygo, empresa de refrescos carbonatados sita en Detroit.

16 Plato consistente en un pavo deshuesado relleno con un pato deshuesado, a su vez relleno con un pollo pequeño deshuesado.

17 «La Segunda Venida», de William Butler Yeats.

18 «Mama Said Knock You Out», LL Cool J, *Mama Said Knock You Out*, 1990.

19 «Curiouser and curiouser!», del capítulo II de *Alicia en el País de las Maravillas*.

20 «Call Me Maybe», Carly Rae Jepsen, *Call Me Maybe*, 2012.

21 «Head Like a Hole», Nine Inch Nails, *Pretty Hate Machine*, 1989.

22 «Leaving on a Jet Plane», John Denver, *Rhymes & Reasons*, 1969.

23 «Brain Stew», Green Day, *Insomniac*, 1995.

24 «Mechanical Animals», Marilyn Manson, *Mechanical Animals*, 1998.

25 Cava-dios-perro-cava.

26 «Everything to Everyone», Everclear, *So Much For the Afterglow*, 1997.